

LA CORTE DE LUCIFER



OTTO RAHN



EL ÁRBOL SAGRADO
Historia



OTTO RAHN

LA CORTE DE LUCIFER

SABIOS, PAGANOS
Y HEREJES EN
EL MUNDO MEDIEVAL



OTTO RAHN

LA CORTE
DE LUCIFER

SABIOS, PAGANOS
Y HEREJES EN
EL MUNDO MEDIEVAL

OTTO RAHN

LA CORTE DE LUCIFER

Sabios, paganos y herejes en el mundo medieval

Colección: El árbol sagrado

Título: La corte de Lucifer. Sabios, paganos y herejes en el mundo medieval

Título original: Luzífers Hofgesind

Director editorial: Héctor González López

Medición: enero de 2005

© 2004, Circulo Latino, S. L. Editorial E. I.
Odesa C/Los Pozos, 38 Tel. 93 653 16 60. Fax
93 682 43 57 E-mail: info@circulo-latino.com
08740 - San Andrés de La Barca Barcelona -
España **www.circulo-latino.coni**

© 2004, Duncan Propiedades Intelectuales
duncan2002@terra.com

Todas las fotografías utilizadas en el presente libro provienen de colecciones privadas y bibliotecas de imágenes, y han sido usadas con el único fin de ilustrar. Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Printed in Spain

ISBN: 84-96129-37-3

Depósito Legal: B338/2005

Impreso por UBERDUPLEX

C/Constitución 19 bloque 4 local 1-5

08014 Barcelona.

Investigación periodística: Duncan Propiedades Intelectuales

Director creativo: Andrés j. P Paez

Asistente de Dirección: Pilar Zubiría Revuelta

Edición: Osvaldo Tangir

Arte de cubierta e interior Juan Fenu

Maquetación: Silvana Fabro, Romina Cardóse, Soledad Fernández

Corrección: Edgardo D'Elio, Andrea Oriol

Traducción: Marcelo Pelayo

ESTUDIO PRELIMINAR

EL BUSCADOR DEL GRIAL

Una mañana de verano, la delgada figura de un joven se recorta a lo lejos: asciende la ladera de la montaña hacia el castillo de Montségur. La gente del pueblo de Lavelanet observa al personaje vestido con ropas de montaña, corre el año 1931.

Todas eran incógnitas para aquel joven Otto Rahn, que recorría detenidamente los estrechos senderos agrestes del Pog en el inhóspito Ariège. Por entonces, este alemán tenía 27 años y sus conocimientos y convicciones lo habían llevado a uno de los lugares claves de la Romania cátara: la fortaleza que alguna vez fue el último bastión hereje del catarismo.

Seguramente sus daros ojos, al llegar a la cima y encontrar el castillo, dejaron atónita su capacidad de asombro y sus pensamientos, hasta hacer desbordar su mente con un sinfín de nuevas ideas...

Montségur (monte seguro), en el Pirineo francés, es un cono de piedra de 1.772 metros de alto, con precipicios de 500 a 800 metros

de profundidad que rodean la ciudadela.

Actualmente hay una sola manera de ascender hasta el *monte tabor de los cátaros*, pero se supone que en el pasado hubo una red de galerías y pasajes cavados en la montaña que permitían distintas maneras de llegar hasta la cumbre y el castillo, por ocultas entradas secretas. También se cree que una larga escalera de tres mil peldaños permitía encontrar una puerta escondida sobre la ladera del Hars.

El castillo es un nido de águilas con muros de dos metros de espesor, las murallas no tienen torres de franqueo para su defensa y sólo el muro oriental posee una almena, que corta en un precipicio a pique. Es una construcción singular y extraña, llevada a cabo entre 1205 y 1211, aproximadamente. Tiene un asentamiento estratégico de muy difícil acceso y muchas de sus características son comunes a otros castillos occitanos, por ejemplo Quéribus y Puivert.

Mucho se ha dicho sobre el Tabor. Se supone que, en la Antigüedad, en él fue erigido un templo solar, y se sabe que desde siempre se lo consideró un lugar sagrado, mucho antes de la aparición del catarismo y del mismo cristianismo. La orientación del castillo señala las posiciones solares; el eje de la simetría del castillo está orientado de norte a sur. También se debe señalar su forma de pentágono, así como la ausencia de líneas curvas en toda la construcción.

Su puerta principal, exageradamente grande, es la invitación a un cofre lleno de secretos celosamente guardados. Notable es que, tras la caída de la fortificación en 1224, la Inquisición pregunta de manera incesante a los pocos cátaros que sobreviven, interrogados bajo tortura, por el tesoro que guardaba el castillo.

Trágica es la historia de Montségur, y peor el final de la resistencia cátara que con tanto ahínco sobrellevaron quinientas personas, aproximadamente, durante diez meses de asedio. Una oscura noche de 1244, en la que veinte mil soldados -que integraban la cruzada contra la herejía- esperaban la irremediable rendición, llega el final

del perseguido movimiento herético. Terrible destino a manos de los inquisidores les esperaba a doscientos de los resistentes: la hoguera. Hoy descansan en el *prat dels cremats*.

La historia y los hechos allí acontecidos no les eran desconocidos al joven Rahn, por el contrario, le fascinaba la idea de estar visitando e investigando aquel lugar del Languedoc (lengua de oc) en el sudeste de Francia, de donde se llevaría apuntes y un diario de viaje que tiempo después le servirían de notas para sus dos libros.

Otto Rahn nace en Michelstad en la región de Hesse, el 13 de febrero de 1904. Hijo de una familia protestante (luterana) burguesa, su padre fue juez de Maguncia. Asiste de adolescente al gimnasio humanístico en Giessen, y termina sus estudios de Bachiller en 1922, también completa estudios de música, a la cual era afecto, especializándose en la ejecución de piano.

Posteriormente estudia Derecho durante ocho meses en Giessen, Freiburg y Heidelberg. En ese tiempo decide también asistir a clases de Filosofía e Historia.

Enamorado de la historia romanística, sus estudios se orientan en esa dirección; luego serán la motivación de toda su vida. Éste es tal vez el momento en el cual se sellará su destino: ya no podrá abandonar sus investigaciones sobre la historia, la cultura y la lengua de los países románicos, y desde ese momento su obsesión por la historia de la Occitania provenzal, el Languedoc, no lo abandonará, predestinando su vida a una increíble búsqueda.

Sus estudios lo llevan a presentar su tesis doctoral sobre la herejía cátara-albigense y también sobre el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach. Intentan esclarecer la identidad de Kyot, supuestamente Gyot de Provins, quien habría comunicado a Wolfram los hechos y leyendas sobre el Grial.

Por el año 1929 comienza sus investigaciones y durante los siguientes tres años, apasionadamente, explora de manera exhaustiva la región. En el Languedoc habla con los habitantes

de cada pueblo y de todo toma notas, también hace incursiones espeleológicas en las grutas del Ariège y realiza dibujos con apuntes de sus visitas.

Su espíritu inquieto y sediento de conocimientos lo lleva a las universidades de Toulouse, París y Friburgo, en las que consulta documentación y fuentes en archivos y bibliotecas.

En aquella época es cautivado por las reflexiones de Deódat Rodé, Maurice Magre y Antonin Gadal, con los cuales traba relación personal de amistad.

Luego de su viaje por Francia, Rahn escribe su primer libro, *Cruzada contra el Grial (Kreuzzug gegen den Greal)*, que es publicado por la editorial Urban, de Friburgo, en 1933. En la primera edición de éste, se anuncia en el prólogo el siguiente libro del autor, que iba a ser titulado *Konrad von Marburg, el inquisidor germano* -sobre la persecución de herejes y paganos en Alemania durante la Edad Media-, pero este proyecto no llega a concretarse nunca.

Es evidente que Otto Rahn ya había encontrado un rumbo en sus investigaciones y dio forma de manera atrevida a sus hipótesis y conocimientos. Seguramente, por aquel entonces, este hombre de espíritu libre era llevado por la imperiosa necesidad de su vida interior. Construyendo su destino en profunda soledad, Rahn emprendía la búsqueda esencial de la tradición y la gnosis.

Gracias a la ayuda de un profesor de la Universidad de Burdeos, llamado Robert Pirou, en el año 1934 *Cruzada contra el Grial* es traducido al francés y editado con el título *Croisade contre le Graal Grandeur et chute des albigeois*.

Otto Rahn estaba convencido de que había una estrecha relación entre la Occitania medieval y el mito del Grial-Graal,

pensamiento que definiría la orientación de sus investigaciones.

Su fascinación por la historia del movimiento cátaro y la herejía atribuida al mismo deja traslucir en Rahn ese inconformismo existencial, ávido de búsqueda y saber trascendente, que manifiesta cierta rebeldía y oposición a verdades consideradas absolutas.

En la historia de la humanidad hubo muchos buscadores que dieron luz a infinidad de misterios. El mito del Grial, sin embargo, fue manipulado y despojado de su contenido legendario primordial.

Antes de Otto Rahn se le había dado al Grial una historia y significados asociados a una ideología determinada por la Iglesia católica, que no profundizaba en la verdadera esencia del mito del Grial; el legado es mucho más profundo en su origen.

Otto Rahn devuelve el *misterio* al Graal, su insondable y verdadero significado como leyenda, mito, símbolo y tradición. Leyendas de pueblos paganos que fueron asimiladas por el cristianismo, transformándose luego en lo que sería la tradición del Santo Grial.

Rahn concluyó que la herencia del Graal-Grial fue tomada por los cátaros albigenses de Occitania, quienes también absorbieron los conocimientos esotéricos de la doctrina mazdeísta.

El término *graaus* (*graal* en función de complemento), se supone, tiene su origen en la lengua de oil (hablada en la antigüedad en Francia, al norte del Loira). Se corresponde con el latín *gradalis*, que significa gran plato hondo, bandeja utilizada en el medievo para servir alimentos. Términos latinos equivalentes son *grádale* (también plato hondo o fuente) y *garale* (vaso), donde se servía una salsa latina llamada *garum*, según Helinandus.

Otra posibilidad es que la palabra Graal provenga de los térmi-

nos del francés antiguo *greal* o *grasal*, del provenzal *grazal* o del catalán antiguo *gresal* (recipiente hueco). Puede provenir también de *garalis* o de *grais*, de origen incierto.

La palabra latina *cratus* puede haber derivado en *cratalis*, en provenzal, *grazal* y en francés *graal*. Existe también una relación de *gratum*, *gratia*, *gráce* con reliquias del cristianismo; de *san greal* se obtiene *sang real*, haciendo clara referencia a la sangre de Cristo.

En el medievo se habla de una copa sagrada o un plato místico, descripción que aparece en poemas e historias de caballería. Esta imagen sirvió para la institución de la eucaristía.

Se dice que el Santo Grial es la copa en la que José de Arimatea recoge la sangre de Cristo, de la herida infligida por la lanza del centurión Cayo Longinos, Cuando Cristo estaba agonizante en la cruz.

La historia del Santo Grial no tiene un origen cierto, pero la Iglesia católica la interpreta de manera eucarística, y con el correr de los tiempos la transforma en un relato épico religioso. En estas historias se encuentran héroes como Carlomagno o Roldan, y se gesta la fe en las cruzadas.

También se encuentra otro componente, *el alegórico-romántico*, que define la aventura romántica y mística. Es Cuando aparecen héroes como Arturo y Lancelot. En estas historias legendarias se manifiesta de manera literaria la leyenda del Grial, en el siglo XII, con Chrétien de Troyes y Robert de Boron. En los siglos XVI y XIV aparecen versiones alemanas, islandesas, castellanas e italianas, extendiéndose así la leyenda por toda Europa.

Otto Rahn analiza la obra poética de Wolfram von Eschenbach (*Parzival*, 1210), y concibe la idea de que el *Parzival*, en realidad, tiene una narración oculta, en la que se relatan los hechos sucedidos durante la cruzada contra los albigenses.

El arquetipo del Grial evoca, en la construcción de su simbología: copa, sangre, lanza y espada. Este concepto se aleja de las referencias eucarísticas consolidadas en el medievo por oscuros y anónimos monjes cistercienses.

Rahn arriba a la conclusión de que la unidad fundamental y trascendente de todas las religiones, leyendas y mitos fue incorporada por los cristianos a la historia del Santo Grial, como complemento de la eucaristía. De esta manera se desvirtuó el símbolo y se perdió su sentido primigenio.

Para Rahn, el Graal implica una enseñanza perdida, criterio que es asimilado por los nacionalsocialistas, que consideraron la *pedra* Graal como una ley sólo válida para los arios. Rahn interpreta en el Grial la Tradición Primordial, el *estado primordial* y su derivación en las doctrinas cátaras, e identifica el Muntsalvatsche (monte salvaje) de Eschenbach con Montségur.

Para Rahn, la reliquia del Grial tenía una existencia real, esto se corresponde con el análisis que hace de las poesías de Wolfram Cuándo habla en el *Parzival* de la piedra Graal.

También considera que los maniqueos originarios de Persia (para Rahn, arios también) asociaban el término *Gorr* (piedra preciosa) a la palabra *al* (fragmento), que en la contracción corresponde a la palabra Grial. Éste es uno de los posibles orígenes etimológicos de la palabra Graal con el significado de *pedra preciosa grabada*.

Este fundamento etimológico podría explicar la tradición que recoge la Iglesia católica de la expresión *pedra preciosa*, tomando el sentido literal de gema, y haciendo de esta gema su simbólica esmeralda desprendida de la frente de Lucifer; en su caída original, Cuándo Dios lo expulsa de los cielos.

Cuenta la tradición que en esta esmeralda fue tallado el Grial, en ciento cuarenta y cuatro facetas, para ser convertido en la copa sa-

grada que contiene la sangre de Cristo.

El Grial como símbolo mitológico se pierde dentro de profundas tradiciones comunes a todos los pueblos. También representa un estado primordial y el viaje hacia un conocimiento puro y trascendente.

Puede asegurarse, casi con certeza, que Rahn vislumbró el paradigma que representa el símbolo del Grial. Y también es muy posible que el viaje y la búsqueda que representan el Grial signaran su vida, llevándolo, a su vez, a efectuar él mismo una búsqueda y un viaje trascendente.

En la vida de Otto Rahn se mezclan la leyenda y la realidad, y se combinan de manera paradójica tres elementos: *el sujeto de la búsqueda, el objeto de la búsqueda y el camino*. Como en una leyenda, atada a la inquietud de un hombre que busca la trascendencia al final del viaje.

Rahn sostenía que, por múltiples situaciones relacionadas con sus contextos históricos, los pueblos occidentales bárbaros no pudieron abstraerse de la corriente de un pensamiento nuevo y ajeno, *dogmatizado y estructurado*. El cristianismo era una lejana e insondable cultura mediterránea, pero no fue posible contrarrestarlo con los fragmentos de una sabiduría arcana.

Por ello se produjo una asimilación intuitiva y no intelectual del cristianismo por parte de los pueblos paganos y herejes, y el conocimiento nunca llegó a ser efectivo, tomando un estado de arquetipo entronizado que no le corresponde. La Iglesia católica estableció un credo unitario y consideró heréticos a todos los cultos de la tradición ancestral pagana, puesto que se oponían al proceso de asimilación impuesto.

El estudio de la obra de Wolfram acentúa en Rahn la idea de una tradición y una sabiduría primigenias, simbolizadas por la *pedra Graal*, el *lapsit exilis* o *lapis elixir*, o la *pedra filosofal alquímica*.

Según relata Eschenbach en uno de sus versos (el 471), los ángeles (*zwívelaere*) permanecieron neutrales. Cuando ocurrió la lucha entre Dios y Satán, trayendo y escondiendo en el mundo la piedra Graal.

El Grial proporciona juventud eterna al igual que el *lapis philosopharum* de la tradición alquimista. Rahn en su búsqueda intenta desentrañar las características extraordinarias del Grial, lo considera un objeto valioso y difícil de alcanzar o encontrar. Ésta es una analogía con la piedra Graal de Wolfram, que se identifica con la *pedra alquímica*, un símbolo del *sí-mismo*.

Al igual que el Parzival de Wolfram, Rahn es el buscador del Grial... Y buscará el Graal en Montségur al descubrir que Parzival en su traducción al provenzal es Trencavel.

Raimund Roger Trencavel, vizconde de Carcassonne, es un personaje importante dentro del movimiento cátaro. Dice Rahn: ***"Trencavel y su madre se consagraron a la herejía. Rechazaron el símbolo de la cruz. El Grial era, según mis conocimientos, el símbolo de la creencia herética que fue depositado en la tierra de los puros, como relata numerosas veces Eschenbach en su poema"***.

Dilucida que Trencavel es el primo de la condesa Esclarmonde de Foix, dueña del castillo de Montségur y muerta en la hoguera tras la caída de la resistencia cátara. En el poema de *Parzival*, Esclarmonde es la señora del castillo del Grial (Muntsalvatshe), la única que puede portar el Grial.

Por estas razones Rahn piensa que el tesoro de los cátaros es el Graal, y supone que se encuentra escondido en alguna de las tantas cavernas de la región o en algún lugar secreto del castillo de Montségur.

Rahn tiene la certeza de que el Grial se halla en el Languedoc, ya que la saga del Grial de *Parzival* llega a Alemania proveniente de la Provenza.

Rahn investiga y rastrea la zona circundante al castillo de Montségur en 1931, pero nada encuentra. Es entonces Cuando escucha *de* un pastor del lugar una historia cautivante.

La misma es relatada en este libro *La Corte de Lucifer*, del que cito: "*Cuándo todavía se mantenían en pie las murallas de Montségur, los Puros guardaron en ella el Santo Grial. El castillo estaba en peligro. Las huestes de Lucifer se encontraban ante sus murallas. Ansiaban poseer el Grial para ponerlo en la diadema de su príncipe*".

Antonin Gadal le comenta sus sospechas acerca de que el Grial se encontraba guardado en las cuevas del Sabarthés, más específicamente en la gruta de L'Hermitte, o posiblemente en las cuevas de Ormolac, Fontanet y Lombrives. Estas enormes cavernas, con pasajes y laberintos desconocidos para Rahn, fueron un templo para el buscador y sus muros, mudos testigos de su búsqueda.

Las cuevas fueron el lugar donde se refugiaron los pocos cátaros supervivientes de la persecución de la cruzada, en los finales del catarismo, después de la aniquilación de la resistencia de Montségur. Las investigaciones de Rahn en las grutas lo llevaron a la siguiente conclusión: "*Allí se preservaron dos Griales [...] el Santo Grial cristiano y la piedra Graal pagana*".

Wolfram dice en el *Parzival*: "*Y la piedra se llamaba Graal*". Sólo Rahn supo qué encontró en esas cuevas. Lo cito: "*Quizás encontraron asilo en las cavernas pirenaicas. Muchos indicios tenderían a demostrar que el manto blanco de los Témplos, en el cual resplandecía la cruz roja octogonal, se perdió, junto con los vestidos negros y las cruces amarillas de los cátaros, en las*

grutas tenebrosas del Sabarthés".

Rahn pensaba que el Graal probablemente estaba compuesto por varias tablillas de piedra o madera, con grabados rúnicos antiguos. Wolfram cita en el Parzival: *"Gyot, el maestro de elevada nombradía, encontró, en escritura pagana enrevesada, la leyenda que se remonta hasta la primera fuente de las leyendas"*.

Rahn supone que estas piedras paganas llegan a la región del Languedoc desde Persia, Cuando cae el legendario reino de Thule, la tierra de los hiperbóreos, antepasados de los indoeuropeos.

Esta piedra, considera Rahn, pertenecía al tesoro de Salomón: *"En la batalla de Guadalete (en 711), que duró siete días, los visigodos fueron aniquilados por los árabes. El tesoro de Salomón, que había pertenecido al rey Alarico, cayó en manos de los infieles"*,

Rahn sostiene la hipótesis de que el Graal (tabla de Salomón) fue llevado por Alarico (rey de los visigodos) cerca del 410 d C. desde Roma hasta Carcassonne; estas tablas eran parte del tesoro de Salomón, rey de los hebreos, y fueron sacadas de Jerusalén por los romanos.

Para Otto Rahn los cátaros eran los custodios del Graal-Grial. Documentos de la Inquisición cuentan que la noche anterior a la caída de Montségur descendieron de la fortaleza, mediante sogas, cuatro personas. Sus nombres eran Amiel Aircart, Alfaro, Poitevin y Hogues.

Rahn sabe de lo cometido aquella noche del Domingo de Ramos en que Montségur es traicionado, para acceder al castillo alguien habla sobre las puertas secretas.

Las leyendas cuentan que Cuando el Grial se encontró a salvo, en el monte Bidorta encendieron una llama, anunciando a los cátaros que estaban resistiendo en Montségur que el sagrado

objeto estaba resguardado. El Grial fue entregado al caballero herético Pons Arnold, señor del castillo Verdun en el Sabarthés.

Cátaro proviene de la palabra griega *kataró*, que significa puro o purificado; también se dice que proviene del término alemán *ketter*, que significa herético.

Los primeros cátaros aparecen en Limousin entre 1012 y 1020, y se establecen en Albi, de allí, albigense. El catarismo en su filosofía y credo tiene parentesco con el maniqueísmo de los bogomilos. Estos últimos aparecen en Bulgaria y toman su nombre de un heresiarca llamado Bogomilo (amigo de Dios, en lengua eslavo). Su doctrina postulaba el dualismo absoluto. Se conoce a los bogomilos por dos autores católicos, Cosmas y Eutimio Zigabemo, y se sabe que había dos vertientes: la de Dragovista y la de Bulgaria.

En un concilio en Saint Félix de Caraman (en el Languedoc), en el año 1167, dualistas albigenses fueron presididos por un diácono bogomilo llamado Niquinta, que llegó desde Constantinopla. Dualistas balcánicos, italianos y franceses tenían intereses en común.

En el año 1017 había cátaros en Orleans; fueron quemados en la hoguera. Lo mismo sucedió en Tolosa en el año 1022. En Monteforte, cerca de Asti, en 1030, una comunidad de herejes fue procesada condenada e inmolada. Lo mismo sucedió en Chalón, en 1045; en Goslar en 1052, y en Colonia y Bonn, en 1145.

El movimiento cátaro se extiende durante el siglo XII por Soissons (región de Flandes), también había cátaros en Suiza, Lieja, Reims, Vezelay y Artois. Milán era otro de los centros de la herejía, pero es en el sur de Francia donde el catarismo alcanza su mayor plenitud. Es en estas tierras de Occitania donde la doctrina cátera se desarrollará de manera asombrosa.

El movimiento cátaro era mucho más que una herejía: tomó distancia en muchos aspectos del cristianismo tradicional y rechazó todos los dogmas del catolicismo. Contrarios a la Iglesia, los cátaros

acentúan la tradición maniquea y rechazan los sacramentos, la cruz como símbolo de muerte y todas las ceremonias del culto cristiano; también rechazan el Antiguo Testamento.

Los cátaros pensaban que el cuerpo tenía un origen maligno y era producto del demonio. Por lo tanto, Cristo no había nacido de la Virgen María, pues esta Inmaculada seguía siendo una mujer. Para ellos, el nacimiento virginal era una invención católica.

Sostenían que Cristo era un espíritu puro y no un hombre mortal, por ello negaban la crucifixión y la resurrección, ya que un espíritu es etéreo. Negaban la Santísima Trinidad y creían que Juan el Bautista había sido un enviado del demonio para burlar la misión de Cristo en el mundo.

Para los cátaros, María Magdalena fue la mujer de Cristo, y que éste era un espíritu puro albergado en un cuerpo mortal. Por este motivo Cristo pudo casarse como cualquier hombre.

Al no aceptar los sacramentos católicos, a cambio recibían el *consolamentum* o consuelo. Los que pasaban por este ritual eran llamados *perfecti* y accedían a una minoría selecta en conocimiento de la gnosis. Cuando llegaban a este estado debían mantenerse puros, llevando una vida rigurosa, disciplinada y dura, por este motivo sólo accesible unos pocos; éstos eran los llamados *hombres buenos*.

Los creyentes o seguidores eran llamados *credentes* y podían casarse y tener hijos. Antes de morir, un *credente* recibía el *consolamentum*, de esta manera accedía al estado de *endura*, estado de purificación, en el cual sólo el agua podía tocar sus labios. Ninguna mujer podía tocar al moribundo, ya que se consideraba a la mujer como instrumento de atracción del demonio.

Las mujeres también podían ser *perfecta*, y, en ese caso, no podían ser tocadas por ningún varón. Cuando una persona no accedía al estado de pureza a través del *consolamentum*, debía

reencarnar una y otra vez en hombre o animal.

El martirio y abnegación eran una manera de no reencarnar, por ellos se accedía de forma estoica a la pureza. Esto explicaría por qué los cátaros no ofrecieron resistencia alguna frente a la Inquisición y sus tormentos.

No temían a la muerte y, en ocasiones, los *perfecti* se dejaban morir mediante el *endura*. Otto Rahn comenta al respecto: "*Su doctrina permitía, como la de los druidas, el suicidio, no obstante, exigía que uno pusiera fin a su vida no por cansancio de vivir, por miedo o por dolor, sino en un estado de perfecto desapego de la materia*".

Rahn dice que los cátaros practicaban el *endura* por parejas, ya que ellos predicaban de a dos. Él dice al respecto: "*Ese hermano, al lado del que el cátaro había pasado, en la amistad más ideal, años de esfuerzos continuados y espiritualización intensiva, quería, de acuerdo con él en la otra vida también, la verdadera vida, gustar las bellezas parcialmente entrevistas del más allá y la revelación de las leyes divinas que mueven los mundos*" (de *Cruzada contra el Grial*).

Ponían fin a sus días eligiendo una de estas cinco maneras: dejándose morir de hambre, tomando veneno, cortándose las venas, arrojándose al agua helada después de un baño hirviente o tirándose desde un precipicio. El fin del *endura* no siempre era la muerte, generalmente era un prolongado ayuno purificador, de dos a tres meses.

Los cátaros estaban organizados en diócesis, dirigidas por obispos, diáconos y *perfecti*. Llevaban una vida ejemplar, predicando un evangelio de sencillez y purificación.

En Montségur, en las grutas de Ormolac (lugar de iniciación), una

paloma esculpida en la roca, la paloma es un símbolo del Espíritu Santo, la luz divina que desciende entre los hombres. Esto hace pensar que el catarismo es una religión de luz y no mágica.

El movimiento cátaro fue en realidad una *religión*, difamada en herejía, completamente alejada de conceptos radicales violentos, lo que la aleja del catolicismo inquisidor de aquella época. Lo demuestra la total tolerancia y la forma de vida que llevaron y predicaron, haciendo llegar un mensaje de misericordia, amor y libertad.

A fines de 1933, Otto Rahn entabla amistad personal con Alfred Rosenberg, filósofo y jefe hitleriano, extraño romántico aislado en las brumas idealistas del nacionalsocialismo, convencido de la doctrina hasta el final de su vida, que terminó en el patíbulo, en Nuremberg, en 1946. Rosenberg fue la mente de la gnosis nazi, de orientación metafísica y vasta cultura, autor del libro *El mito del siglo XX*.

Rosenberg, como intelectual, siente admiración por aquel hombre de delgada figura, especialista en historia y herejía, autor de la *Cruzada contra el Grial*. Mantiene largas charlas con Rahn, y cautiva con su discurso la atención del buscador del Grial. Rosenberg considera que todos los acontecimientos tienen significado, y remiten a una eterna lucha donde se enfrentan la *luz* y las *tinieblas*.

Los herejes cátaros, para Rosenberg, eran los artífices de una magna tragedia de alcance cósmico. Afirma Rosenberg: "*En la historia de los albigenses, de los valdenses, de los cátaros, de los hugonotes, de los reformados, de los luteranos, hay que ver el marco extraordinario de una lucha épica*".

Rosenberg es elegido para dirigir la Oficina del Reich para la Promoción de la Literatura Alemana y la Federación Cultural

Nacionalsozialista; este cargo, que desempeña después de 1934, demuestra la importancia que tenía como intelectual en la Alemania de esa época.

Rahn recibe de Rosenberg la misión de corroborar la hipótesis sobre el lugar donde se encuentra el Grial. Rosenberg promete el apoyo del Sacro *Colegio* hitleriano.

En 1935 Otto Rahn es enviado a la frontera franco-española, se establece en Les Marronniers, en Ussat-les-Bains, en el Pog-de Montségur cercano a las cuevas de Lombrives en el Sabarthés. Los pocos datos que existen sobre sus investigaciones se conocen por las cartas que enviaba a sus superiores en Alemania, pidiendo la confianza de Himmler.

En marzo de 1936, Rahn ingresa a la SS, al poco tiempo es nombrado coronel (*oberstrumführer*) y es destinado al Estado Mayor personal de Himmler, en una oficina llamada *Ahnenerbe* (un organismo superior de investigación SS), donde es puesto a colaborar con Karl María Willigut, un personaje que supuestamente poseía dotes paranormales que le hacían tener visiones del pasado. Rahn realiza otro viaje al sur de Francia acompañado por su amigo y compañero Paul Ladame (quien prologa *La corte de Lucifer*); está sólo unos días y regresa a Alemania.

En 1937, en Leipzig, la editorial Schwarzhäupter edita *La corte de Lucifer (Luzifers Hofgesind)*, subtitulada "*viaje a los buenos espíritus de Europa*". Rahn ya era un reconocido intelectual ganado por el partido nacionalsozialista.

Otto Rahn, el romántico hereje, sabía que el objeto de búsqueda de Parzival era una piedra de luz, pero encuentra otros significados a la tradición de la diadema de Lucifer. Cita de un verso de Wolfram lo siguiente:

Desde la Provenza hasta la tierra alemana
Nos fue enviada la leyenda auténtica.
Lucifer se perdió al bajar
Con su rebaño al infierno,
Entonces el hombre nació.
¡Pensad lo que Lucifer obtuvo
junto a los camaradas de lucha!
Ellos eran inocentes y puros...

Rahn no cree que fueron las huestes de Lucifer las que penetraron Montségur, sino que lo hicieron las de Satán, preparadas para apropiarse del Grial que cayera de la corona del *Portador de Luz, Lucifer*.

Idealista en su mirada sobre los hechos de la caída de Montségur, Rahn escribe: "*Puros eran los cátaros, pero no los frailucos y aventureros que con la Cruz al pecho querían preparar la Provenza a favor de una nueva estirpe: su propia estirpe*".

Otto Rahn en éste, su último libro, establece profundas relaciones sobre el origen de las tradiciones paganas y su significado, remontándose al origen de la creación y la historia.

Heinrich Himmler ordena a sus oficiales la lectura obligatoria de *La corte de Lucifer*, asignándole el valor de "*trascendente evangelio*". Otto Rahn escribiría: "*Por siempre recordaré el Sabarthés, el Montségur, el Castillo del Grial y el Grial, que puede haber sido aquel tesoro de los herejes sobre el que leí en los registros de la Inquisición. Reconozco públicamente que me hubiera gustado encontrarlo*".

Rahn, por 1938 se dedica a la actividad periodística y radiofónica, escribe artículos y da charlas y conferencias sobre los temas que eran la motivación de su vida.

En marzo de 1939 presenta formalmente su dimisión a la SS, y desaparece de la escena. A partir de esto se han elaborado todo tipo de especulaciones: hay quienes suponen que le pidieron sus "*certifi-*

cados de pureza racial", trámite obligatorio en la Alemania nazi. La abuela de Rahn se llamaba Clara Hamburguer y su abuelo Leo Cucer, nombres judíos de la Europa Central. Esto pudo haber sido una de las razones de su desaparición repentina y, más tarde, quizá, de su suicidio.

Otra hipótesis es que Rahn era homosexual y que esta condición lo hizo determinar un retiro al ser descubierto dentro de la SS, aunque, nuevamente, sólo es una especulación.

También se ha asegurado que envió una carta a sus superiores diciendo que no acercaría el Grial a los nazis, ya que no estaba de acuerdo con la política del partido nacionalsocialista. Sea cual fuere el motivo de su desaparición, no hay nada probado, todas son hipótesis.

Su cuerpo es encontrado el 13 de marzo en las montañas del Wilden Kaiser, cerca de Kufstein. En el obituario del periódico oficial nazi *Boikischer Beobachter* se publicó: *"Rahn murió congelado practicando el estado cático de endura; su rostro tenía una expresión de profunda paz"*. Un general de la SS llamado Karl Wolf firma el comunicado de prensa que se editó en el diario *Schwarsze Korps*. El sepelio de Rahn tuvo lugar en Darmstadt.

Se especula también que Rahn murió en la cima de la montaña envenenado por propia voluntad, envuelto en pensamientos profundos de la existencia.

Lo que sí está probado es que pocos días antes de su desaparición escribe una carta a un amigo diciendo en uno de sus párrafos: *"Me preocupa muy seriamente mi patria [...]. Yo soy un hombre tolerante, no puedo ya vivir en mi hermosa Patria, ¿en qué se ha convertido?"*.

También se dice que la muerte de Rahn fue un ardid fraguado para hacerlo desaparecer con fines secretos, que en realidad no murió

sino que continuó su vida con otra identidad, y un cambio en la fisonomía de su cara, practicado mediante cirugía. Se dice que Rahn, después de la cirugía, habría asumido la identidad de Rudolf Rahn, un asesor de la embajada alemana en Bagdad. Esta hipótesis aparece en 1979 en una publicación alemana, en ella se asegura que la secretaria de Otto Rahn fue, luego de la muerte de éste, secretaria de Rudolf Rahn, cosa sugestiva según la investigación referida. Según esta teoría Otto Rahn no murió y transformo su vida de *buscador del Grial* en la de un agente secreto en Medio Oriente, donde falleció en 1975.

No es extraño que se hable de su muerte y de su posible cambio de identidad. La vida de Rahn tiene demasiados momentos que se confunden con la leyenda o la ficción. Tal vez ya no quería vivir en un mundo que no comprendía, o quizá no murió y decidió desaparecer para nunca más ser reconocido, ya que avizoraba momentos siniestros en la Alemania que tanto amaba...

La búsqueda del Grial fue continuada por los alemanes luego de la desaparición de Rahn, pero estos hechos también se pierden en las nieblas de la leyenda, en infinidad de especulaciones y teorías, aunque se sabe que un grupo de científicos alemanes, en junio de 1943, exploró por meses en Ussat y Omolac.

Se dice que Himmler era un obsesionado de la leyenda del Grial, y que pedía Diariamente informes sobre la expedición de 1943. Al no haber resultados satisfactorios sobre la búsqueda del Grial en los lugares investigados por Rahn, Himmler decide enviar a Otto Skorzeny.

Skorzeny por aquel entonces tenía el grado de coronel de la SS, y era el hombre que años antes había liberado de un secuestro a Benito Mussolini, en una operación por demás complicada. Esta hipótesis, desarrollada por un norteamericano, dice que Skorzeny fue a Montségur acompañado por un grupo selecto de militares

de su máxima confianza, acampó a los pies de la fortaleza cátara y analizó las posibilidades de dónde podía estar escondido el Grial, llegando a la conclusión de que había que seguir las posibles rutas de escape de los supuestos cuatro cátaros que se descolgaron del castillo según los registros de la Inquisición.

Nuevamente se funden en la leyenda, la ficción y la realidad. Se dice que el coronel Skorzeny encontró el tesoro cátaro y lo puso en manos de Himmler...

También se dice que el tesoro fue llevado a Alemania, a la torre de Merkers, y que el Grial estaría enterrado en terrenos lindantes al castillo Wewelsburg.

Estas historias terminan formando parte de una nueva saga contemporánea del Grial, y a su vez siguen alimentando el *eterno mito del Grial*, que trasciende ya los hechos reales e imaginarios. Componentes objetivos, subjetivos y fantásticos continúan alimentando la saga, con lo que hacen más profundo e insondable el misterio.

Otto Rahn fue el último buscador del Grial, convencido del significado pagano y la gnosis oculta negada a los conquistadores. Rahn, en *Cruzada contra el Grial*, hace una descripción poética de la cruzada contra los albigenses, allí dice: *"A la cabeza, cabalga el sombrío e irreconciliable abad de Cîteaux, el jefe de las fuerzas cristianas contra los herejes albigenses. Parecido a un caballero del Apocalipsis, galopa, hábito al viento, a través del país que no adora a su propio Dios. Detrás de él, el ejército de arzobispos, obispos, abades, padres y monjes. Al lado de los príncipes de la Iglesia cabalgan los príncipes laicos con sus armaduras resplandecientes de acero, plata y oro. Luego, vienen los caballeros saqueadores, con sus soldadescas que entran a saco por doquier. Robert Sans-Avoir, el que no bebe agua, Dios sabe sus nombres.*

"A continuación, los ciudadanos y campesinos, y luego, por

millares, la chusma de Europa: los ribaldos, los truhanes y, en los templos de Venus montados sobre cuatro ruedas, las pelanduscas de todos los países posibles".

Estos párrafos expresan sus sentimientos con respecto a la cruzada contra los albigenses y la persecución de la herejía. Rahn tal vez fue un moderno heresiarca, seguidor romántico de aquella utopía ya desaparecida en el mundo.

Y por si fuera poco... la utopía se resiste a desaparecer, el profundo significado del Grial sigue guardado en los misterios de la gnosis. Y es en el fugaz extremo de las ideas donde la utopía continúa alentando la búsqueda del Grial.

Y hombres como Rahn y tantos otros, equivocados o no, siguen esa búsqueda, por momentos herética, que resulta en denodada manifestación del espíritu humano. Es tal vez en ese paraje intangible, subjetivo y recóndito de las ideas, donde se encuentra el Grial. La mística, que resulta en un legado atávico.

Otto Rahn fue un romántico y moderno buscador del Grial, y con él se llevó sus misterios, los del Grial y los propios. Sus experiencias no se han perdido... Quedaron algunas certezas y otras equivocaciones de su intelecto, y, lo más importante, la utopía de su búsqueda que ahora nos pertenece como un mito.

El Grial seguirá oculto como un misterio. Rahn quizá lo encontró al final de su vida, o en su profunda soledad, en momentos como ése en que -recordando a Franz Kampers- dice: *"A veces, junto a mi lámpara, sus palabras me ayudaron a iluminar los tenebrosos laberintos de las cuevas del Grial [...]. La palabra Grial era oscura desde el principio. Esta falta de claridad del nombre en sí y de su origen nos indica precisamente que lo santo tuvo una prehistoria en la que existía una Grandeza, conocida y aprehensible, que también se llamaba Grial"...*

Andrés J. P. Paez

LA PARTIDA

*Quien ama a su patria, también
debe entenderla; quien la quiera
entender, debe, sobre todo, tratar
de penetrar en su Historia.*

Jakob Grimm

Este libro se basa en hojas del "Diario de mi vida", que empecé en Alemania, continué en el sur y concluí, por el momento, en Islandia. Tuve que terminarlo ya que la visión del sol de medianoche había abierto un núcleo esencial del círculo en que mi pensamiento y mis aspiraciones regularmente se mueven.

Como el artista que crea un mosaico debe amontonar primero las pequeñas piedras de los diversos colores para encajarlas en la obra intuida y en contornos previamente dibujados, así también procedí. Bajo cielos diferentes y en diversos países he obtenido presentimientos y conocimientos que, reunidos, produjeron la visión total.

Lo he configurado de modo tal que, por omisión, complementación o poniendo de relieve las hojas seleccionadas del "Diario de mi vida", y, no en última instancia, también su modificación, la imagen vista en espíritu por mí, al ser contemplada también por otros, pudiera ser entendida y querida. ¡Ojalá mi pluma lo conseguido!

He puesto este libro por escrito en una pequeña ciudad del alto Hesse. Al alzar los ojos por sobre mi escritorio, se abre un

paisaje qué me es inmensamente entrañable y al que, Cuándo el destino me empuja por campos y yermos extraños, con frecuencia he añorado: el alto Hesse, la tierra de mis antepasados. En un pequeño pueblo de alturas pobladas por bosques, que parecen recluir la comarca contra el sur, han vivido cultivando el suelo desde tiempos remotos, o erguidos frente al yunque, o moliendo granos para hacer harina, o sentados ante el telar en pequeños cuartos. La tierra es pedregosa y del cielo casi siempre cuelgan nubes. Pocos de ellos han logrado ser pudientes.

A los ancestros de mi madre que vivían en Odenwald las cosas se les dieron más fáciles. Allá, el sol y el aire son templados y la tierra suele ser generosa con quienes la cuidan con amor. La pequeña ciudad del alto Hesse en la que viví y escribí este libro está dominada por los restos de muralla de un castillo. A pocos pasos de la puerta del burgo, que se ha mantenido incólume, se alza un viejísimo tilo. Aquí debe de haber predicado Bonifacio a los catos del cristianismo de Roma. Estando bajo el tilo miré hacia el norte, mis ojos quedaron fulguradamente hechizados por una montaña sobresaliente, sobre cuya cima el "Apóstol de los alemanes" celebró una fiesta conventual: *Amöneburg*. Mis antepasados no quisieron a san Bonifacio, que pretendió predicar el Evangelio del Amor. En una carta que envió al papa en el año 742, los trataba de idiotas.

Desde mi pequeña ciudad del alto Hesse hasta Marburg, a orillas del río Lahn, hay pocas horas de camino. Un hijo de esta ciudad, "el flagelo de Alemania", también evangelizó para Roma. Sobre el lomo de una mula recorrió el maestro e inquisidor Konrad von Marburg su patria, recolectó milagros de rosas para la canonización de su excelentísima penitenta, la esposa del landgrave Isabel von Thüringen, y coleccionó herejes, a los que quemó en el centro de su ciudad natal, en un lugar que hasta hoy se llama "Arroyo de los Herejes".

Mis antepasados más remotos fueron paganos; los más recientes, herejes.

PRIMERA ETAPA

*Para Dios no hay ningún diablo,
pero, para nosotros, éste es un muy
efectivo delirio.*

Novalis

BINGEN DEL RIN

En esta pequeña ciudad a orillas del Rin pasé ocho años de mi niñez, hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. Ahora, después de una larga ausencia, estoy de nuevo aquí; por un día. Ya no existe la casa de alquiler donde entonces viví: la demolieron por ruinoso. También desaparecieron los prados sobre los que retozaba y jugaba. Allí se han levantado nuevas casas. Sólo los viñedos que empiezan detrás de nuestro huerto han permanecido sin variaciones. Pronto darán una rica vendimia. Es otoño.

Estoy en los comienzos de un gran viaje. Mañana a esta misma hora partiré al sur. A Francia, y más allá, a las tierras entre los Alpes y los Pirineos. Quizá también a Italia y al sur del Tirol. Bien sé que la patria tiene más que decimos que lo ajeno, que tan a menudo fue nuestra perdición. Sin embargo, de todas maneras me marchó a esas tierras lejanas. Porque mis antepasados remotos y más recientes fueron paganos y herejes. El futuro nos es más decisivo que el pasado, también de esta alternativa del momento soy consciente. Pero los tiempos, aquellos que quiero rastrear, está claro que son

pasado, mas no fueron superados. Mucho se habla hoy de paganos y herejes.

En esta ciudad a orillas del Rin desde la que emprenderé el viaje, cierta vez una hembra haragana oriunda de Grüneberg, en el alto Hesse, delató a los adeptos de su esposo al gran inquisidor alemán Konrad von Marburg, y fueron arrastrados a la hoguera.

Dentro de poco veré el monasterio materno de todos los inquisidores: la abadía Notre-Dame de Prouille, cerca de Toulouse, desde la cual se expandió sobre Occidente la costumbre de rezar por medio de un rosario. La historia de este monasterio dominico fundado por santo Domingo se mezcla con la habilidad de los más conocidos herejes medievales, los albigenses, también llamados cátaros. La palabra cátaro significa puro (del griego: *katharoi*), pero acabaron estropeándola al trasponerla a nuestro cuestionable concepto de hereje. Voy hasta el sur de Francia porque desde allá debe de haber llegado a Alemania la herejía.

He leído sobre los cátaros todo lo que pude conseguir; una vez "fueron tantos como las arenas del mar y en mil ciudades tuvieron adeptos". Es por esto que sé que sólo fueron llamados albigenses en el sur de Francia, en los territorios de la Provenza, del Languedoc y de la Gascuña. En Alemania se los llamó *Runkeler*, o amigos de Dios. Deben de haber sido muy influyentes en la Lombardía, según informa el poeta *gnómico* Wernher, que vivió como sacerdote alrededor del año 1180 en Ausburg: "Cual lámpara arde en herejía".

Los teólogos e historiadores del campo católico o del protestante concuerdan en que los cátaros, más allá de dónde se asentaran, tenían que ser aniquilados, ya que, de no ser así, la vida espiritual de Occidente se hubiese salido de sus carriles y se hubiera dirigido a vías "no europeas". Pero han disputado, y aún disputan, acerca de en qué se podría clasificar de reprobable la herejía de aquéllos ante el Señor. Los unos quieren ver en ella una variedad de la tristemente célebre

heterodoxia maniqueísta, aquella que el cielo persa había originado.

Pueden citar autoridades y documentos en cantidad. Los otros, que han quedado en minoría, consideran la herejía de los cátaros como residuos de aquella creencia de la cual los godos, vándalos, borgoñeses y lombardos habían sido una vez devotos. Desde el dominio visigodo podría haber permanecido activo el arrianismo en el sur de Francia, en el antiguo país Gothien. ¿Quién tiene razón? Las mismas fuentes contemporáneas a esos hechos se contradicen y se vuelve difícil superar tantas dificultades. Es sintomático que un inquisidor haya transcrito las acusaciones de libros antiguos en los que se inculpa a los herejes de los albores del cristianismo.

La "lista de culpas" de los cátaros los acusa, entre otras cosas, de que cabalgaban sobre cangrejos para ir a sus orgías nocturnas, besaban el trasero de una gata, mataban niños y los devoraban en forma de polvo. Presuntamente reprobaron la procreación para que Lucifer, en su creencia creador de todas las cosas visibles y del cuerpo humano, no siguiera obteniendo más almas en su poder. Lo que claramente desmiente la inculpación de que habían sido adoradores de Lucifer, que se fundamentaba en el hecho de que los herejes alemanes del siglo XII, como se ha comprobado, se reconocían entre ellos por el saludo: "Lucifer, a quien no se hizo justicia, te saluda".

Mañana a esta hora viajaré hacia el sur con la decisión de aclarar cuánto me sea posible la oscuridad. ¡Ojalá me sea dado el poder llegar a ser un portador de la luz!

PARÍS

Me enseñaron las reproducciones de dos cuadros del maestro español Berruguete, que representan escenas de la vida y la obra de santo Domingo. Los originales cuelgan en el Prado, en Madrid. En uno de los cuadros se queman herejes. La pira empieza a arder; los sacrificados están atados a postes para que no puedan salvarse. Pronto serán antorchas vivientes. El segundo cuadro muestra a santo Domingo ocupado en quemar libros sospechosos de herejía. Los pergaminos ya echan llamas. Un libro, sin embargo vuela libremente por el aire. Ha encontrado el beneplácito del Dios de Roma y no necesita desaparecer.

En la Rué de la Seine compré la Biblia traducida por Lutero para volver a leer el Libro del profeta Isaías, donde ha quedado por escrito por qué Lucifer fue hecho caer y maldecido por Yahvé.

¡Cómo has caído del cielo, tú, hermosa estrella matutina! Pensaste en tu corazón: "Quiero subir al cielo y elevar mi silla por sobre las estrellas de Dios; quiero sentarme sobre la Montaña de la Asamblea en el más lejano Septentrión; quiero viajar sobre las nubes altas y ser igual que el Altísimo". ¡Irás al infierno, a la caverna más profunda!

Has sido arrojado lejos de tu tumba como un gajo despreciable, cubierto por muertos apaleados, traspasados por la espada, que descienden a las piedras de la caverna como cadáveres seccionados. ¡Tú no serás sepultado como cualquiera!

¡Se dispone que el que sacrificó a sus hijos no pueda engendrar, ni heredar la tierra, ni emporcar el suelo de las ciudades! El Señor de los Ejércitos ha afirmado bajo juramento y dicho: ¿Qué importa esto?, debe ir como yo pienso y permanecer como es mi propósito. Porque el Señor de los Ejércitos, Sabaoth, lo ha decidi-

do. ¿Quién pretenderá impedirlo? Y su mano está extendida. ¿Quién pretenderá apartarla?

Yo, el Señor de los Ejércitos, soy el Señor, y nadie más, no hay otro Dios salvo yo, el que hago la luz y creo las tinieblas; yo, el que doy la paz y creo el mal.

¡Ay de quien dispute con su Creador, un fragmento como otros fragmentos! El barro también le habla a su alfarero. "¿Qué haces tú?" ¡Ay de quien le diga al Padre: "¿Por qué me has engendrado?". Y a la mujer "¿Por qué pares tú?"

Toda la tarde he deambulado junto a los muelles del Sena, he ido a un *bouquinier* un librero de viejo junto al otro, puede que sean medio millar los que ponen a la venta libros de ocasión. Se me había dicho que ya habían pasado los tiempos en que aquí podían descubrirse algunos tesoros, ya fuera una valiosa primera edición o una obra que había pasado a ser rara. Desde un cajón (a esto se asemejan estas librerías) afianzado al muro del muelle cogí, del místico alemán Jakob Böhme, *Aurora*. Al hojearlo encontré escrito: "Mira, te cuento un secreto; ha llegado el momento en que el novio corone a la novia; adivina dónde se halla la corona. Hacia la Medianoche, entonces en las tinieblas la luz será resplandeciente. Mas ¿de dónde viene el novio? Del Mediodía, donde el calor hace parir la luz y viaja hacia la Medianoche, allá la luz será resplandeciente. ¿Qué hace entonces hacia el Mediodía? Se duerme en el calor, pero los despertará una tormenta, y bajo ésta muchos sentirán un susto de muerte". Jakob Böhme fue un zapatero protestante de Görlitz. Contemporáneo de Kepler y de Galileo, murió durante la Guerra de los Treinta Años. El título completo de su libro reza: "*Aurora, o alba del Levante, raíz o madre de la filosofía, astrología y teología sobre las bases correctas o descripción de la naturaleza como todo ha sido y todo es*". Adquirí el libro a un precio ridículamente bajo. Ahora está ante mí sobre la mesa. Junto a la Biblia.

He llegado del norte. Deseo viajar al sur. Apenas comenzado mi

viaje, vuelvo a mirar hacia el norte. Hacia el Septentrión. Allá deben estar una Montaña de la Asamblea y una corona...

TOULOUSE

Había abandonado París ya avanzada la noche, bajo una fuerte lluvia de octubre. Cansado por la gran ciudad, pronto me quedé dormido. Al despertar, saludé a través del vidrio de mi compartimento al azul nunca visto por mí de un cielo sureño; los árboles refulgían en colores estivales, las aguas de un río brillaban, por encima se extendía un puente medieval ancho y alto.

Estoy en la ciudad desde hace casi diez horas, y he visitado lo que un viajero debe ver para poder decir con todo derecho que ha estado en Toulouse. Lo último que *visité* fue la catedral Saint Germain, una maravillosa construcción de ladrillo románica, que me ha hecho recordar las iglesias góticas de Greifswald, Stralsund, Wismar o Chorín. Al venir desde el centro de la ciudad, la catedral se aproximaba; caían sobre ella los rayos dorados del sol al atardecer escondido por las casas altas. Casi parecía que ardiera en el interior de la casa de Dios un fuego que hiciera poner al rojo la piedra, o como si se la hubiese rociado con sangre. Mucha sangre ha corrido por Toulouse: sangre de godos y sangre albigense...

Crucé la plaza frente al portal de entrada y recordé al filósofo italiano Vanini, al que los sacerdotes de Roma le cortaron la lengua para que en adelante nunca más pudiera hablar a los hombres. Finalmente se lo quemó vivo en Toulouse el 19 de febrero de 1619 porque, al quedar mudo, había comenzado a escribir. En el interior de la iglesia me fijé en un paraguas toscamente enrollado arrimado a una columna; al lado, oprimiendo la espalda contra una segunda columna y los brazos puestos por detrás de la misma,

había una campesina que con ojos embelesados observaba un crucifijo que se alzaba ante ella. No se dio cuenta de mi presencia ni de los numerosos hombres que pasaban ante ella. Tampoco percibía que de Cuándo en Cuándo caían monedas tintineantes en el cepillo ubicado a los pies del Crucificado. Me alejé de allí y salí a recorrer la ciudad.

En la muralla de la ciudad hay una losa de mármol empotrada. Indica el lugar donde el generalísimo de la cruzada contra los albigenses implantado por el papa y por el rey francés, el noble caballero Simón de Montfort, oriundo del norte de Francia, fue muerto durante el asedio a Toulouse de una pedrada. Sucedió el Día de San Juan del año 1216. La piedra la había lanzado con honda una heroica tolosana de mano segura, desde la muralla de la ciudad. Deben de haber tolosanos y provenzales, se me hizo saber, que aquí escupen. Ellos no han olvidado qué le hizo Simón de Montfort a su suelo patrio.

Debido a los albigenses vine a esta tierra. Tal como mis ancestros, deben de haber celebrado tratos con el diablo. Guando fue quemado en Toulouse, en el año 1275, un grupo de herejes, se hizo trasladar también de las llamas temporales a las eternas a una mujer de 56 años llamada Angela de Labaretha. Se le había arrancado la confesión, en las cámaras de tortura, de que había mantenido relaciones camales con el maligno y que el fruto de su vientre sería un monstruo. Tendría cabeza de lobo y cola de víbora. También confesó que había sido obligada a ir todas las noches a robar niños pequeños, para alimentar con éstos a su monstruoso descendiente. Todo esto tuvo que confesar esa mujer herética. Torturada.

PAMIERS

El clima de esta pequeña ciudad -cuyas aguas cristalinas se reflejan en sus muros y provienen del río Ariège, que nace en las nevadas montañas de Andorra- debe de ser muy malsano, me dijo un joven tolosano que conocí en una librería y que me dijo en secreto que hacer amistad con ciertas mujeres puede ser más exitoso todas las mañanas a las once en la catedral Saint Germain. Hasta era más fácil encontrar allí a las *femmes légères*, o sea, a las rameras. Yo solamente, continuó aconsejándome, no tendría que irme a apostar en Pamiers. Allá, seguro que me moriría de aburrimiento. Al decirle que tenía la intención de continuar viaje de Pamiers a Foix y al caserío de Montségur, en los altos Pirineos, para pasar allí algunos meses, se quedó mirándome sin comprender. De pronto asomó una sonrisa sobre su lengua, una sonrisa cortés y compasiva a la vez. Y arriesgó: "¿También usted desea buscar el tesoro de los albigenses?" A mi pregunta sobre de qué se trataba eso, vine a saber que una leyenda cuenta de un tesoro que, durante la cruzada emprendida por Roma y París hace 700 años contra los albigenses, éstos habrían enterrado su tesoro en el castillo de Montségur. Allí permanece todavía. En estos momentos andaba en su búsqueda un ingeniero de Bordeaux, usando dinamita, varita adivinatoria y otros medios auxiliares semejantes.

Pamiers está empotrada en un cerro cuyas graciosas líneas no permiten suponer los picos pirenaicos que se elevan por detrás. En estrechas calles se apiña la gente, entre la que se divisan negros senegaleses y árabes con sus vestimentas típicas. Evidentemente, esta ciudad no podría hacer demorar mi estancia.

En el año 1207 aquí se contaba lo siguiente: de las ciudades y conventos del sur de Francia, y hasta del propio Vaticano, acudían

por invitación de una condesa de Foix, que tenía el bello nombre de Esclarmonde, sacerdotes, doctores y monjes romanos para discutir con los herejes albigenses sobre la creencia cristiana. Esclarmonde, hereje ella misma, sintió temor por su patria al saber que el papa de Roma y el rey francés de París habían decidido su ruina. Pronto corrió la sangre.

Por mandato del papa Alejandro III, un abad, Heinrich de Clairvaux, que en el Concilio Lateranense del año 1179 fue nombrado obispo cardenal de Albano, había predicado una cruzada contra los albigenses y, con peregrinos reclutados, trató de imponer el escarmiento ordenado por Roma, matando y quemando. En 1207 se hacía cargo oficialmente del sillón de Pedro el tristemente célebre Inocencio III. Había jurado aplastarle la cabeza al dragón albigense y preparar al país herético para una nueva estirpe.

En el castillo de Pamiers, residencia de viudedad de Esclarmonde, tendría que decidirse quiénes eran mejores cristianos, los romanos o los albigenses. La propia Esclarmonde intervino en la encendida disputa. Cuando censuró a los romanos por la nada cristiana cruzada del obispo cardenal de Albano, un encolerizado monje le replicó: "¡Señora, usted debiera estar con su huso. En una reunión como ésta usted nada tiene que hacer!".

Esclarmonde de Foix ha sido, aunque hoy casi nada se sepa sobre ella, una de las mujeres más eminentes del medievo. Anatematizada por el papa y odiada por el rey francés, hasta su último aliento sólo respondió a una única intención: la independencia política y religiosa de su país natal. Murió a edad avanzada, nadie sabe dónde. Tal vez en un aposento para damas del castillo de Montségur, que ella había hecho construir como fortaleza defensiva inexpugnable. Lo que sí es seguro es que no vivió el trágico fin de su patria. Confiada, en algún lugar, ha mantenido su fe hasta su último reposo. Esclarmonde era archihereje. Como neopagana la habrían calificado los creyentes cristianos de hoy en día, ya que reprobó el Antiguo Testamento, ca-

lificó al Dios judío Yahvé de Satán y no creyó en la muerte de Jesús Cristo en la cruz, ni mucho menos en lo que, sobre esta base, llegó a ser la posible redención de los hombres.

La admisión de Esclarmonde en la herejía se llevó a cabo el año 1204 en Fanjeaux, cerca de Pamiers. El patriarca de la iglesia herética, el caballero Guilhabrt de Castres, de la noble familia de los Belissen, realizó la *Haereticatio*, como fue llamada por los inquisidores la ordenación heresiarca. Desde entonces, Esclarmonde pasó a integrar la comunidad de los cátaros.

Sólo podía ser cátaro aquel que primero había sido adepto o *credenz* (creyente) y luego -se supone- formulaba el voto siguiente: "¡Prometo consagrarme a Dios y a su verdadero Evangelio, no mentir nunca, no jurar nunca, nunca más tocar a una mujer (la hereje renunciaba al hombre), no matar ningún animal, no comer nada de carne y vivir solamente de frutos. Y prometo no traicionar nunca mi creencia; aquel que la amenace será muerto!". Cumplido esto pasaba a ser un puro o *perfectos* (perfecto). Al recién admitido se le ponía una vestimenta de punto llamada veste o hábito. Los herejes portaban, en lugar de éste, una especie de diadema. En el idioma provenzal este acto de incorporación se denomina *consolament* (consolación). Un creyente herético que no había formulado este voto podía seguir viviendo como debe vivir un ser humano que está en la vida. Tenía, mujer e hijos, iba al trabajo y de caza, comía carne y bebía vino. Como casa de Dios le servían el bosque o una cueva. Para él los cátaros eran los cuidadores del alma, a quienes también llamaban reverentemente *bonshommes* (buenos hombres). El santo Bernardo de Clairvaux informa que en el sur de Francia "*Tere omnes milites*", casi todos los cátaros eran caballeros.

Cuándo Esclarmonde de Foix recibió la ordenación herética era una anciana viuda y madre de seis hijos mayores. ¿No sería ésta una razón especial que tenga que ver con el ascetismo herético? No puedo

imaginarme a esos "casi todos caballeros" llevando una vida monacal.

FOIX

Esta pequeña ciudad pirenaica me agradó mucho. Encerrada por poderosas montañas, sobresalen en ella un pintoresco castillo y una bella iglesia. Empotrada en el verde de amplias plantaciones, deja serpentear estrechas pero limpiísimas calles y callejuelas en todas direcciones. Es sorprendente cruzarse con hombres rubios y altos. ¿Por qué no podrían ser de sangre germana? Los godos y los francos durante mucho tiempo tuvieron aquí su hogar, hermanos adversarios...

La iglesia comunal recuerda esa lucha fratricida. Está consagrada a Volusian, un santo poco conocido, del que hay que saber lo siguiente: alrededor del año 500 de nuestra era, durante el dominio de los visigodos en la Galia del Sur, los obispos romanos habían mandado a llamar al rey franco Clodoveo porque estaban descontentos con el dominio de los reyes arios, y este Volusian les abrió a los francos, que ya estaban cerca, las puertas de la ciudad de Tours. Volusian tuvo que huir. Los godos, enfurecidos, persiguieron al traidor y se apoderaron de él en los Pirineos. Lo mataron a golpes.

Después de la batalla en las proximidades de Vouillé, que le costó la vida al rey godo Alarico II y que les permitió a los francos la conquista del sur, Clodoveo recogió los restos del muerto y lo hizo proclamar mártir y santo por el clero franco. Alrededor de la tumba de Volusian hoy se alza un convento y alrededor del convento, por sobre las ruinas de poblaciones antiquísimas, un villorrio al que el rey franco Carlos siguió construyendo hasta convertirlo finalmente en un poderoso baluarte. Así se hizo la Foix que conocemos.

Esta pequeña ciudad, sin embargo, debe su nombre a los focenses, aquellos helenos del Asia Menor que en el siglo VI antes de nuestra era abandonaron su ciudad, Focea, desplazados por el tirano persa Harpagos, y emigraron a la costa sur de la Galia, a Massilia, la actual Marsella; Portus Veneris: Port Vendres y muchas otras ciudades del sur de Francia surgieron de esa manera. También Foix pertenece a ellas, a una Focea o Fócida del Poniente.

Sucesos terribles deben de haber visto la región, la ciudad y el castillo de Foix hace setecientos años. Fue la época de la cruzada contra los albigenses. En el año 1209, por orden del papa y a instancias del rey francés, se congregaron en Lyon trece mil ortodoxos, y con ellos la gente de esos confines, para arrollar la bendita tierra entre los Alpes y los Pirineos, las comarcas de la Provenza y el Languedoc bajo el mando supremo de un archiabado de Citeaux, y bajo éste, Simón de Montfort. Había tres razones: se tenía que conseguir el reconocimiento como credo único del cristianismo de Roma, imponer la soberanía de Francia y volver a poner en acción a las masas, acostumbradas, desde las cruzadas de Palestina, al exterminio y despojo de infieles. El rey parisino les había prometido un rico botín. Gran impresión causó también la garantía del papa: todos los participantes en la guerra contra los albigenses podían estar totalmente seguros de obtener luchando, después de cuarenta días, la salvación eterna y, desde un comienzo, la absolución de todos los pecados cometidos durante la guerra. Bajo el protectorado de la virginal Madre de Dios, María, la turba inundaba las fronteras provenzales acompañada de una legión salmodiante y no menos armada de arzobispos y abadeses, curas y monjes.

En una declaración del 1º de septiembre de 1883 el papa León XIII, también él uno de los odiadores de Alemania, en el trono de Pedro, explicó que los albigenses habían pretendido derribar a la Iglesia por la fuerza de las armas, pero ésta no había sido

salvada por las armas, sino a través de las preces, por medio del descubrimiento dominico del rosario, por el que se había obtenido la mediación de la Santa Virgen; por lo que, o este papa había sido mal informado o informaba falsamente por su cuenta. Roma y París fueron los que desencadenaron la guerra.

El rey sin corona del sur de Francia, el conde Raimund de Toulouse, hizo una rogativa tras otra para evitarle a su patria la desgracia. Esfuerzo vano. Aunque hizo penitencia, muy pronto ardieron las primeras ciudades, pueblos y seres humanos.

Finalmente, los cruzados sitiaron la ciudad de Foix. Con anterioridad, el señor de la ciudad, uno de los más fieles vasallos del conde tolosano, elevó una demanda en el tercer Concilio Lateranense al representante de Dios en la tierra, el papa, por consentir la matanza de los provenzales todos, sin importar la fe que profesaran. Quinientos mil seres humanos fueron los que cayeron sacrificados por los cruzados asesinos. Con una diplomática sonrisa le fue dispensada al acusador la bendición de despedida. Lo que tuvo que padecer el condado de Foix como derivación de esto en atrocidades, enajenaciones y persecuciones, tanto por parte de los peregrinos como de sus perseguidores, excede toda descripción, especialmente para la cristianización de los albigenses (léase exterminio de los albigenses) establecida por los dominicos (léase inquisidores).

En aquel Concilio Lateranense se le reprochó al conde de Foix que su hermana Esclarmonde fuera archihereje y protegiera con toda firmeza a los herejes. A lo que el conde replicó que esto no era culpa suya, ya que su hermana podía mandar en sus propiedades como ella dispusiera y podía atender a sus súbditos de acuerdo con su propio juicio. Que, en lo referente a su credo, él menos derecho tenía, así como posibilidades, de obligarla a cambiar por la fuerza. Porque, según su punto de vista, era irrefutable que cada persona es libre de optar por su fe.

Cuándo en todo el país fueron cantadas misas en latín, Cuándo los burgos provenzales fueron ocupados por los nuevos amos, Cuándo la tierra conquistada se puso bajo las órdenes de la corona

de Francia, Cuando la lengua de los vencedores, la francesa, más triunfos comenzó a cosechar, la fe, finalmente, sólo siguió siendo libre en el castillo de Montségur y en las tierras altas de Foix protegidas por el castillo y por las imponentes montañas pirenaicas. Y todavía se mantenía libre aquí en el año 1244, o sea, treinta y cinco años después del comienzo de la guerra. La previsorá condessa Esclarmonde, a cuyos bienes por viudez le pertenecía en condominio Montségur, después de la fracasada Conferencia de Pamiers, le había dado la orden al mejor arquitecto de castillos de aquellos tiempos, Bertrán de Baccalauria, de consolidar el castillo de manera tal que, según toda humana prevención, fuera inexpugnable. Sólo así fue posible que aquí arriba, cerca de las nubes, un puñado de caballeros fieles a la patria, herejes de fe inquebrantable y buenos lugareños, pudieran mantenerse firmes contra el obstinado enemigo, tan superior en fuerza.

Cecilia, hermana de Esclarmonde, también era "hereje". Pero pertenecía a los valdenses, creyentes en la Biblia y adherentes al comerciante de Lyon Pedro de Valdo, que, como protesta por la opulencia de Roma y la depravación de las costumbres, se esforzaba por llevar una vida apostólica, en el sentido de la imitación, apegada a la letra, de Cristo. También a los valdenses, a los que muy pocos caballeros o asentados libres provenzales pertenecían, el Vaticano había jurado exterminarlos. Durante la cruzada contra los albigenses arrastraron miles y miles de ellos a la muerte.

Pero los archiherejes eran los cátaros más odiados por Roma, que eran con los que el padre y el hermano de Esclarmonde simpatizaban. Este último era un trovador famoso y su burgo permaneció abierto para todos los rapsodas vagabundos. A la hora de su muerte, pidió que se le impartiera el "consuelo" herético.

LAVELANET

Durante el viaje hacia los altos Pirineos apenas he podido ver algo. Desde ayer llueve torrencialmente. También aquí parece querer retener su entrada el otoño. Finalmente viajé en un autobús de correos. Campesinos que llevan sus productos al mercado de Lavelanet eran los viajeros. Muy pronto lograron sonsacarme que soy alemán y que me instalaría en sus montañas. Gustosamente me hubieran enseñado el castillo de Montségur, que debe dominar hasta muy lejos el paisaje, pero las nubes lo cubrían. ¿Es cierto que usted busca el tesoro de los albigenses?, me preguntaron una y otra vez. Supe que hacía poco había aparecido en un diario de Toulouse un artículo a este respecto.

Una pequeña y limpia hostería me proporcionó albergue por la noche. A eso de las diez de la mañana siguiente pude proseguir con el hijo del hostelero, un médico, la travesía al pueblo de Montferrer, que quiere decir Monte de Fierro o Hierro, y desde allí continuar al caserío Montségur. Él tenía enfermos que atender.

Después de cenar, un octogenario me invitó a su casa para mostrarme su colección de hallazgos. Llevaba décadas cavando en las ruinas del castillo y en las grutas de su pueblo. Huesos de osos y de leones de caverna, herramientas de piedra, flechas de hueso, de bronce o de hierro, fragmentos y muchas otras piezas me dejó ver, solícito y con orgullo. También había explorado, aunque superficialmente, los escombros del castillo Montségur. Armas, ladrillos y proyectiles de piedra que se habían echado a rodar hacia el valle, contra los atacantes, eran los objetos más importantes que había hallado. Por último sacó de un escriño, con mano cautelosa, palomas de barro: palomas confeccionadas de arcilla, que también

había en las ruinas de Montségur. Mi anfitrión no pudo decirme a que finalidad habían servido. Además, según supe para mi estupefacción, un amigo ya fallecido había hallado en el castillo un libro escrito en caracteres extraños -no sabía si en chino o en árabe-. Se ignora su paradero. Apenas me transmitió estas noticias, esperé, aún con más impaciencia de lo que lo había hecho hasta ese momento, el viaje a Montségur, y reflexioné toda la noche acerca de una historia que breves momentos antes de la partida -como se dice, entre la puerta y su gozne- me fue contada.

A fines del siglo XII, en algún lugar de Cahors, en tierras tolosanas, vivía el poderoso vizconde Raimundo Jordán. Para un caballero de renombre, por esos tiempos era conveniente dedicarse a la *Minne* y a escribir poesías a una dama noble, o sea, ser trovador. La elegida por Raimundo Jordán fue Adelaida, esposa de un noble, el caballero Pena, que bien sabía de la *Minne* de ambos y la consentía. Al estallar la guerra contra los albigenses, tanto Raimundo como el noble empuñaron las armas y salieron a oponerse al enemigo. Cayó el caballero Pena y poco después se carecía de toda noticia de Raimundo. Adelaida esperaba anhelante y preocupada al trovador. En la creencia de que había perecido en combate, renunció al mundo y se retiró, ya que era hereje, a lo alto del castillo. Quiso pasar sus días allá como eremita. Pero Raimundo Jordán había salvado su vida. Gravemente herido, había encontrado amparo y cuidados entre amigos. Después de padecer largo tiempo postrado, pidió volver a ver a Adelaida y partió al castillo de Pena por senderos secretos. Éste había sido desde hacía mucho tiempo ocupado por el enemigo y la señora había desaparecido sin dejar huella. También a él, declarado proscrito por el enemigo, no le quedó otro recurso que dirigirse al castillo de Montségur. Allí volvió a encontrar a Adelaida.

En el trayecto de regreso a casa recordé unos pocos versos de Ludwig Uhland. Siendo escolar tuve que aprenderlos de

memoria. ¿Quién por esos años me hubiese dicho que alguna vez me instalaría en los valles de la Provenza?

En los valles de la Provenza
Ha brotado el *Minnesang*:
Hijo de la primavera y la *Minne*,
El más agraciado, más íntimo compañero.

Debido a los albigenses, que fueron herejes como mis ancestros, he venido a esta tierra. Que entre herejes y *Minnesanger* se hubiera establecido una estrecha relación, de ningún modo lo hubiera sospechado.

MONTSÉGUR EN LOS PIRINEOS

Vivo en una casa de campo muy sencilla. El agua tengo que sacarla de un manantial algo alejado, desde el que un sendero lleva al llamado Campo de la Pira. Aquí fueron quemados por monjes dominicos de una sola vez doscientos cinco herejes en una gigantesca hoguera. El manantial brota a corta distancia de un tolmo, del que sobresale una cruz forjada en hierro, atravesada por dos espadas. De los maderos longitudinales de la cruz cuelgan un látigo, una vara de zahorí y una corona de espinas. También de ellas cuelgan las llaves de san Pedro. Directamente detrás de la roca se alza la majestuosa montaña del castillo. Sobre ella descansa en grandioso retiro Montségur, las ruinas del castillo.

El caserío de Montségur cuelga sobre un abismo; puede que tenga unas treinta casas, no más. Y, por añadidura, una parte se ha desmoronado. El que puede se muda a cualquier parte de las ciudades o al valle, dejando abandonados sus bienes. Nada crece en estas alturas fuera de pastos de verano, patatas y algunas frutas. La gente es cruelmente pobre, de lo que también se queja el dueño de casa, el párroco del lugar. Suele sentarse sobre sus libros de registros parroquiales y se

pone dale que dale a sacar cuentas. Las prebendas y la limosna no le alcanzan para vivir. A veces se marcha algunos días a visitar parientes en las cercanías de Veleta, retoma cargado de pan y embutidos.

La iglesia, una mísera construcción, es visitada casi exclusivamente por niños de escuela. Los adultos, exceptuando un par de arrugados ancianos, sólo aceptan ir a la iglesia para el día de las ánimas, el único día del año en que el cura junta a su comunidad. En el día de las ánimas se conmemora a los difuntos.

Junto a la iglesia del pueblo vive aquel ingeniero de Bordeaux que busca el tesoro de los albigenses y con el que trabé conocimiento el primer día de mi estancia aquí. El castillo es propiedad de la comunidad, me dijo, y él había dejado estipulado por contrato que le cedería la mitad del tesoro en el caso de que su empresa fuera afortunada. Este tesoro consiste, lo sabe exactamente, de oro y plata.

Abriga además la esperanza de hallar el Evangelio no falsificado de san Juan, que contendría la verdadera doctrina de Jesucristo y que habría estado en poder de los albigenses. Con éste la Iglesia romana, falseadora del Evangelio, habría deseado destruir el verdadero y único mensaje de Dios hecho hombre.

Le pregunté de dónde sabía esto con tanta exactitud.

Eso no podía revelármelo. Pertenece a una sociedad secreta que exige de sus adeptos completo silencio. Lo que podía contarme era que los albigenses habían sido exterminados hasta el último de sus hombres por los inquisidores y sus sayones; con todo, el verdadero Evangelio de san Juan halló en el interior de la montaña del castillo, que era hueca, un seguro lugar de asilo. Durante el largo tiempo que el castillo estuvo en poder de los romanos, a menudo éstos excavaron y rebuscaron para encontrar la Sagrada Escritura de san Juan. En vano. Amén de eso, a él le sería conocido -de esta manera siguió contando- dónde se encuentra la tumba de Esclarmonde. Un zahorí le había indicado el lugar y también,

gracias a la inclinación y amplitud del movimiento de la varilla detectara, podía describir el sarcófago. Es de piedra, y encima de la lápida hay una paloma de oro.

REPRIMÍ UNA SONRISA

Nunca había tenido desde la cima de la montaña del castillo una vista más bella que la que tuve hoy por la mañana. Hasta Carcassonne, donde una vez se mantuvo firme la corte de los reyes visigodos, y hasta Toulouse, la llanura se me ofrecía abierta. En lo más remoto al este creí divisar el mar que, entre los montes Negros y los montes de Alarico, resplandecía argénteo. A mis pies asomaba, desde el verde exuberante, la abadía Notre Dame de Prouille: convento matriz de la orden de los dominicos, patria del rosario y cuna de la Inquisición. La abadía es una fundación de santo Domingo, a quien, en ocasión de una visión que tuvo de la Madre de Dios, le fue ordenada la introducción del rosario y la exterminación de los herejes: desde ese momento tuvo entre ceja y ceja a Montségur. Nunca puso sus pies en el castillo herético: antes de que éste fuera ocupado por sus iguales, tuvo que cerrar para siempre sus ojos y, si la iglesia instruyó correctamente, entró a la comunidad de los santos. Santo Domingo cargaba muchas muertes humanas sobre su conciencia...

Por el noreste de Toulouse, por donde se cierne un leve vaho, ha de estar Albi, que les otorgó el nombre de albigenses a los herejes, debido a que cobijó al mayor número de ellos. De forma totalmente nítida divisé a mis pies, a más de mil metros de profundidad, la pequeña ciudad de Mirepoix. Sé que en tiempos anteriores a Cristo se llamó Beli Cartha. Significa ciudad luminosa, ya que Belis y Abellio, en esta región, fueron los nombres de la divinidad luminosa. En dirección norte, puede que a cuatro horas de camino, vi sobresalir entre dos alturas destacadas al castillo de Foix. En sus vidrios se reflejaba el sol matutino. Al oeste y al

sur se extendían las cumbres pirenaicas, unas más orgullosas y más temerarias que otras: Canigou, Carlitte, Soularac y el majestuoso pico de San Bartolomé, llamado Tabor por los lugareños. ¿Será, al igual que el Tabor palestino, una montaña de la Transfiguración? En torno de sus prácticamente tres mil metros de empinadas cumbres revoloteaban jirones de nubes.

Cerca de treinta años estuvieron arremetiendo contra Montségur durante la cruzada antialbigense los peregrinos y soldados, y posteriormente también los dominicos, en contubernio con los franceses. Detrás de sus murallas, como sabemos, se habían parapetado los últimos herejes y caballeros libres. Más de treinta años llevaban resistiendo hasta que pastores sobornados, en la noche del Domingo de Ramos del año 1244, les enseñaron a los sitiadores un risco sobre el cual quien no sufriera de vértigo podía alcanzar la cumbre de la montaña. La falda occidental, que es la menos escarpada, única vía de acceso al castillo, era la mejor protegida por las obras de fortificación. Empero, también el peligro amenazaba por aquí a los sitiados. Los atacantes habían construido una máquina de asedio llamada "gata" que día tras día se aproximaba unos pies, arrastrándose hacia el remate, y ya amenazaba los muros. El castillo cayó por la traición de los pastores. Todos los que no quisieron reconocer al dios Yahvé, el poderío de las Llaves de Pedro y el dogma de Roma fueron quemados el Domingo de Ramos en una enorme pira levantada a los pies del tolmo. Doscientas cinco fueron las víctimas, entre ellas la hija del castellano Esclarmonde de Belissen, pariente de la castellana Esclarmonde de Foix. Los demás prisioneros, unos cuatrocientos aproximadamente, fueron arrojados a las mazmorras de la fortaleza de Carcassonne, donde la mayoría pereció a causa de las penalidades sufridas.

Me repuse descansando al lado de un pastor que encontré en el pico de Soularac. Me dio de comer de su queso y, a mi vez, le di de beber de mi *gourde*, una botella de piel llena de vino tinto que

me habían dado para el viaje. Aunque el sol de un cielo despejado calentaba allí abajo, en el sur bramaba la tormenta. El pastor y yo charlamos de Montségur y del tesoro de los cátaros.

Mi interlocutor quería saber si verdaderamente estuvo alguna vez guardado en el Montségur el Grial: Cuándo todavía se mantenían en pie las murallas de Montségur, los Puros guardaron en ella el Santo Grial. El castillo estaba en peligro. Las huestes de Lucifer se encontraban ante sus murallas. Ansiaban tener el Grial para volverlo a engastar en la diadema de su príncipe, que cayó a la Tierra durante la caída del ángel. En estas circunstancias llegó del cielo con la más apremiante emergencia una paloma blanca y con su pico abrió en dos el Tabor.

Esclarmonde, custodia del Grial, lanzó la valiosa reliquia a la montaña, que volvió a cerrarse al recibirla, y así fue salvado el Grial. Cuándo los demonios arrasaron el castillo, ya fue demasiado tarde. Montados en cólera quemaron a todos los Puros no lejos del tolmo, en el *Camp des Cremats*, el Campo de la Pira. Todos los Puros fueron quemados, sólo Esclarmonde no lo fue. Ya que ella supo guardar el Grial, escaló hasta la cúspide del Tabor, se transfiguró en una paloma blanca y voló hacia las montañas de Asia. Esclarmonde no ha muerto. Todavía vive en el paraíso terrenal. Sólo que, precisamente por esto -concluyó mi pastor, la tumba de Esclarmonde sería imposible de hallar.

Le pregunté sobre la opinión que le merecía lo del zahorí y los datos que me había proporcionado sobre el sarcófago de Esclarmonde. Opinó: "*Ce sont tous des fumistes*", son tramas de fantasiosos.

Comí con el sobrino del cura y algunos aldeanos, cerca de la chimenea de un fogón. En el cuarto contiguo, muchachos jóvenes alborotaban jugando al belote. El tiempo se había puesto oscuro, el caserío y el castillo de Montségur colgaban de las nubes. Aún hoy, pasados tres días, no se ha aclarado el cielo. Es otoño. Hace un frío espantoso. Todos ustedes saben que el Montségur debe ha-

ber sido el castillo del Grial. En toda la región de Foix se piensa así. El ingeniero había ironizado cierta vez que ellos charlaron con él a este respecto. Por eso ellos no me habían querido contar ni una palabra sobre esta tradición oral.

No he de obviar que gracias a mi entusiasmo nuestra conversación sé hizo más aventurada. Conseguí averiguar más: el ingeniero no podrá encontrar el tesoro porque éste se halla en una cueva del bosque del monte Tabor, protegido contra intrusos por una losa extremadamente pesada; en el interior de esa gruta montan guardia víboras. Aquel que quisiera levantarla podría localizarla el Domingo de Ramos -*Fettes de Ramoux*-, mientras el sacerdote oficia misa. Entonces es Cuándo la losa se deja levantar y duermen las serpientes. Mas ¡ay de aquel que no abandone la gruta antes de que el sacerdote cante Misa est! Al finalizar la misa se vuelve a cerrar de inmediato la cueva del tesoro y se tendría que agonizar atrozmente por las mordeduras ponzoñosas de las serpientes que han despertado repentinamente.

Uno de los contertulios sostuvo que su abuelo, mientras cuidaba ovejas en medio del bosque, había localizado una losa como la descrita, con una argolla de hierro, pero le fue totalmente imposible alzarla, por lo que se vio necesitado de ir rápidamente al pueblo a pedir ayuda. Al regresar al bosque no pudo hallar nunca más el sitio preciso. ¡Enigmática tierra ésta!

Ha llegado el invierno y ha nevado casi ininterrumpidamente ocho días. Al ausentarme de mi terruño, allá en el norte, ni siquiera en sueños me hubiese podido imaginar que alguna vez a punta de pala tendría que abrirme camino a través de la nieve para ir a tomar mis comidas en una pequeña fonda. No serán las casas de campo del sur de Francia las que me hagan relegar al olvido que estoy en el extremo sur de Francia, que a pocas horas de camino se está en España, país que erróneamente imaginamos sólo como un huerto repleto de limones y naranjas. En un lugar de éstos están los macizos imponentes, no muy diferentes de los de los Alpes bávaros, olmos cubiertos de nieve y bosques de abetos prácticamente sepultados en la nieve. Así de norteño es el aspecto del sur, tal como ahora lo experimento.

Solamente el cielo es de un azulino, y el sol de una luminosidad, antes totalmente desconocidos para mí. La noche es de crudo frío y las estrellas están tan cerca que uno se figura que se podrían coger con las manos. Echo un leño tras otro en la chimenea y les impreco, porque en las cercanías del fuego hay calor abrasador y, a pocos pasos de distancia, se enfría uno hasta helarse. Al sentarse frente a la chimenea se le pone a uno la piel de gallina, a la vez que comienza a sudar. Prefiero permanecer en la cocina de la fonda. Aquí hay un fogón que irradia calor parejo. Los parroquianos tuvieron la misma sensación que yo. La cocina ha pasado a convertirse en el salón de la fonda.

Escalar la montaña es imposible. Lo intenté en estos días, pero el manto de nieve está muy alto. Cuando pude abrirme paso, el declive escarpado debajo del castillo era un muro de hielo inescalable y orientado en contra del viento tormentoso que ruge alrededor de la montaña; a duras penas pude regresar. Tuve que optar por unos libros que había mandado pedir a Alemania: el *Parzival*, del gran *Minnedichter* alemán Wolfram von Eschenbach; el poema de la "Guerra de Wartburg", trabajos franceses y alemanes sobre la saga del Grial y del *Minnesang*, la canción trovadoresca alemana.

La poesía de Wolfram me proporcionó una alegría incomparable. ¿Qué buscador de la justicia no es un buscador como Parzival? ¿Qué madre que tenga que interceder por la vida de su hijo no es una Herzloyde? ¿Qué hombre recto no tiende a la luz y a la claridad, a un país del Grial?

No tan profundamente me conmovió la canción de la "Guerra de Wartburg", escrita por una mano desconocida. Le falta armonía globalizadora, lo transtemporal y lo universalmente válido que tiene la obra de Wolfram. Francamente estremecedores son los unívocos pasajes donde se pone en evidencia todo el dolor de un religioso en lo más grave de un tiempo revuelto, el siglo XIII de la era cristiana. El clamor "¡Fuera de Roma!" ha encontrado aquí un

carácter que, aunque ligado temporalmente, busca en la literatura alemana su semejante.

El motivo de la añoranza de Parzival es el Grial, una Piedra de Luz frente a la cual el esplendor terrenal es nada; para Parzival, la realización del deseo terrenal debe ser el Paraíso. Quien mire directamente el Grial no necesita morir. Heracles, Alejandro el Grande y otras figuras heroicas de la Antigüedad griega deben de haber tenido conocimiento de él. Al fin y al cabo, un "pagano y astrólogo" lo vio desde la luz astral y desde la órbita y lo predicó a los hombres. Cómo llegó el Grial desde el firmamento hasta la tierra, Wolfram lo silencia. La piedra quedó por fin en la tierra, dejada por un coro "que volvió a las estrellas, porque su Pureza los impulsaba a retornar al hogar". En un castillo de nombre Muntsalvatsche, desde entonces será custodiado por templarios en permanente estado de guardia y por un rey, esperando a su Doncella del Santo Grial y a su Guía, la única que podrá portarlo. Un joven héroe parte a la búsqueda del Grial: Parzival. Abandonó a su madre, Herzloyde, para consagrarse a la caballería. Al llegar a ser caballero de la Mesa Redonda del rey Arturo, anheló con todo su corazón la máxima bienaventuranza terrenal. La encuentra en el castillo de Muntsalvatsche, en el Grial, y pasa a convertirse en Rey del Santo Grial. Su hijo Lohengrin, Cuando adulto, será Heraldo del Santo Grial. En una barca sirgada por un cisne va él hacia los hombres, para defenderlos de la injusticia.

El editor de mi versión de *Parzival* opina que el castillo del Grial debe estar en los Pirineos. Indicaciones geográficas como Aragón y Cataluña le habrían inclinado a sustentar su punto de vista. Los lugares del Pirineo no están equivocados Cuando a sus ruinas del Montségur también las conocen como el Castillo de Saint-Graal. La nieve entre la que el buscador del Grial, Parzival, dejó trotar su corcel hasta llegar por fin al Castillo de la Bienaventuranza bien pudo haber sido la nieve del Pirineo. El nombre de Muntsalvatsche -que únicamente Wolfram le dio al

Castillo del Grial- significa, como muchos suponen, Monte Salvaje. Si se toma por base la palabra francesa *sauvage*, ésta proviene del latín *silváticas* (de *silva*, bosque). En lo que a bosque respecta, no hay ninguna carencia -pero sólo en el distrito de Montségur-. En el dialecto de aquí, Monte Salvaje corresponde a *Moun Salvatgé*, esto merecía no omitirse. Contradiendo a Wolfram, su fuente de información, Richard Wagner, el compositor del "Lohengrin" y del "Parzival", llama al castillo del Grial Montsalvat, que significa Monte de Salvación. Montsalvat y Muntsalvatsche pueden ser considerados como iguales, y sin forzar los términos como un *Moun Segur*, Monte Seguro o Montaña del Reposo, ya que el castillo de Montségur, en cuyas cercanías vivo, también desde este punto de vista perfectamente podría ser el tan buscado Castillo del Grial.

Sólo en Wolfram von Eschenbach hallamos, como he dicho, la denominación de Muntsalvatsche. Los demás poetas del Grial del medioevo temprano, que fueron muchos, eligieron las denominaciones más diversas. En una antigua novela en prosa francesa, el objetivo que mueve al caballero del Grial es el Edén paradisíaco, *Chastiax de Joie*, Castillo de la Alegría, o *Chastiax des Ames*, Castillo de las Almas. En otro poema, el objetivo final es el propio Olimpo. Quien halle el Grial, por consiguiente, se ha convertido en olímpico, como lo han sido los dioses y héroes de Grecia. A la montaña y al castillo del Grial, en todos los poemas del medioevo temprano se les ha visto como la Tierra de la Luz y como Lugar de la Transfiguración. Puede ser que el Pic du Saint Barthelemy, en cuyo puesto avanzado se asienta el Castillo de Montségur, por eso haya recibido su apodo de Tabor, que tal como es sabido es el nombre de la bíblica Montaña de la Transfiguración.

En mi habitación hasta ahora colgaba un cuadro de colores chillones representando a Jesucristo en el Monte de los Olivos. Un ángel alado sobresale de la mitad de una nube ofreciendo al orante un cáliz semejante a una custodia. Quité el cuadro y lo reemplacé por una hoja de mi mejor

papel de carta, sobre la que, lo más cuidadosa y más bellamente que pude, escribí algunos versos de Wolfram von Eschenbach. Dicen así:

Desde la Provenza hasta tierra alemana Nos fue
enviada la leyenda auténtica. Lucifer se perdió al
bajar Con su rebaño al infierno, Entonces el
hombre nació. ¡Pensad lo que Lucifer obtuvo
Junto a los camaradas de lucha! Ellos eran
inocentes y puros...

Quisiera creer que fueron las huestes de Satán y no las de Lucifer las que se apostaron frente al Montségur para obtener el Grial caído de la corona del portador de la luz, Lucifer, y guardada por los Puros. Puros eran los cátaros, pero no los frailucos y aventureros que con la cruz al pecho querían preparar la Provenza a favor de una nueva estirpe: su propia estirpe.

UNA VEZ MÁS LAVELANET

Hace pocas horas me fui del caserío de Montségur. El carricoche tirado por mulas que llevará mi equipaje al valle llegó hace un rato. Mi escritorio está en el jardín delantero del albergue, junto a una higuera. En las grandes fabricas de tejido aullan las sirenas, es el cambio del turno de trabajo. Alrededor de la mitad de todos los habitantes de esta pequeña ciudad, averigüé, son tejedores; y el arte del tejido se ha generalizado desde tiempos inmemoriales.

También a los cátaros se les llamó *tisserands*, tejedores...

Volví a ser huésped del octogenario *monsieur* Rives, como lo llamo. Gracias a él logré datos importantes: *Minnesang* y Herejía habían sido congéneres antes de la época de la cruzada contra los albigenses. A favor hablaría el que la cataridad pidió ser una *Gleyiza d'amours*, una Iglesia del Amor, y que el ritual de escuchar atentamente a un trovador por parte de su dama se llamaba *consolament*, consuelo, como es bien sabido, también se denominaba así al acto de consagración que permite a un *credens* herético convertirse en un

perfectus. De aquí provino el cantante y enamorante *chevalier errant*, el caballero errante, y pasó a convertirse probablemente en *chevalier parfait*, caballero perfecto; de un *pregaire*, rogador o buscador, llegó a ser un trovador, un hallador o encontrador. La categoría de *chevalier errant* habría correspondido al de un *credens* herético, y la categoría del *chevalier parfait*, a la de un *perfectus* herético. Las denominaciones latinas primero fueron introducidas por los inquisidores escribientes en latín. En lo que atañe a la *Table Ronde*, la Mesa Redonda, de la que los poemas medievales tantos prodigios supieron cantar, será el símbolo de la comunidad de los *perfecti* y el objetivo de los anhelos de los *chevaliers errants*, ya que tiene la forma "perfecta" de un círculo. La redondez de la tabla de Arturo y la redondez del Grial deben considerarse como el mundo poético del amor glorificado de los cátaros.

A mi pregunta de si él conocía la leyenda del Castillo del Grial, Montségur; y de si él la tenía por seria, me dio un franco sí por respuesta. En las escuelas y universidades se enseña -prosiguió *monsieur* Rives- que los trovadores fueron unos zánganos sentimentaloides y efusivos que dejaban las preocupaciones cotidianas a mecenas y protectores, y que no conocían otra ocupación más que empeñarse, por medio de canciones y cortesía, en obtener los favores de una dama, con frecuencia una mujer casada. Esto hay que atribuírselo a un falseamiento de los hechos verdaderos llevado a cabo conscientemente por Roma después de la cruzada contra los albigenses.

Quien lea sin prejuicios las canciones del *Minnesang* provenzal pronto constatará que los trovadores nunca nombran a sus damas por sus nombres, sino que le cantan alabanzas de "rubia dama", de "dama de la bella faz" o de "luz del mundo". Estas damas no serían otras que la simbolización de su Iglesia del Amor [*Minnekircher*], y todos los trovadores que, a manera de ejemplo, elogiaban a su rubia "dama de Toulouse" o a su "señora de Carcassonne" no se referían a otra cosa que no fuera la Comunidad Cátara Secreta de Toulouse o Carcassonne. Como último fin, los inquisidores de Roma introdujeron

por fuerza la adoración a María y la práctica del rosario, no pocas veces bajo amenaza de hoguera; y si los trovadores le dedicaron versos a María, iban dirigidos secretamente a su Iglesia del Amor. Esto se desprende inequívocamente de las actas de la Inquisición. La Domina, señora de los trovadores, según su punto de vista, era una diosa, no un ser humano, Cuando ellos alaban en ella a la sabiduría divina. Así fue también en sus comienzos con los *Fedeli d'amore*, los Fieles al Amor [*Minnegetreuen*] de la alta Italia, trova influida directamente desde la Provenza que ensalzaba con ardor a una *Madonna Intelligenza*, señora Sabiduría.

Si una Domina o Madonna fuera "casada", entonces, Cuando analizo la biografía de los trovadores compruebo que al esposo caballeresco siempre se le menciona con su nombre completo y nunca omitiendo datos de su lugar de residencia o zona de dominio. Este "esposo", como se puede comprobar, en antiguas fuentes debía de ser considerado como el protector noble de la comunidad cátara dentro de su zona de soberanía. Es por esta razón que la Dama Adelaida, cuya triste historia él me narró en su última visita, fue protegida por el caballero Pena. El caballero Pena, cuyo nombre completo ahora no viene al caso, habría impulsado y protegido el catarismo con todas sus fuerzas en la comarca albigense bajo su dependencia. El "adorador" de Adelaida, el trovador Raimundo, habría sido "amado" [*geminnt*] por parte de ella, con conocimiento y por voluntad del caballero Pena. Lo que significa que ella le confirió a él en Pena el Consolament: de rodillas él tuvo que prometerle a ella fidelidad hasta la muerte, y ella le dio a él como símbolo de *Minne* un anillo o una veste...

¿Cómo puede ser que la palabra alemana *Minne* no exista ni en el catarismo ni en el *Minnesang* provenzal?, pregunté.

Me contestaron que estaba equivocado. La ceremonia de consagración del *Consolament* en la lengua de los albigenses también se llama *Manisola*, o Fiesta de la Mani Consoladora; la

Mani correspondería a la alemana *Minne* y la palabra gótica del mismo origen *munni* corresponde a lo que nosotros llamamos *Gedenken* [conmemorar]. ¡Nunca la palabra *Minne* significó amor sin más ni más! Quiere decir una "memoria en amor". En sánscrito, el lenguaje culto de la India antigua, tiene el mismo significado, pero también designa a una piedra legendaria que según dicen esclarece el mundo y destierra la Noche del Error. Quizá ya me era conocido que muchos investigadores imaginan esta piedra, en la mayoría de los casos, como el vivo retrato de la mesa de piedra oferente de comida y bebida, Cuándo no ven en ella el Ideal del Grial. Por último pregunté a mi anfitrión si desde su punto de vista el *Minnesang* provenzal sería un bien espiritual germánico. Mi pregunta fue asentida: *Manisola* y *Consolament* habrían sido representaciones de la bebida del amor, el *Minnetrinken* germánico, y ya que se celebraban en el primaveral mayo, se originaron en la tradición de las danzas del mes de mayo germánicas. Desde el tiempo de los visigodos se ha mantenido la tradición en el "país de Gotia".

Antes de despedirme de *monsieur* Rives, éste me nombró libros con los que podría comprobar y ampliar los datos que me había dado. También agregó, apretando cordialmente mi mano: "No olvide usted que los trovadores cultivaron y practicaron una *Gaja Scienza*, una Ciencia de la Alegría".

Me zumbaba la cabeza. Si todo lo aprendido aquí era la pura verdad, tendría que desprenderme de todo lo que sabía y creía. Tendría que aprender todo de nuevo, como se suele decir.

Pues que así sea.

La palabra alemana *Minne* no significa amor, sino recuerdo y memoria. Entonces, teniendo en cuenta que yo pienso, poetizo e interpreto a causa de mis ancestros, resulta que yo mismo soy un poeta trovador [*Minnedichter*]. Yo busco. Quisiera ser trovador: encontrador. Mi "ciencia", aunque parezca en ocasiones dura o ca-

prichosa, es alegre, y debe alegrar a todos los hombres de mi especie. Empero, no debo ni hacérmelo fácil, ni hacérselo fácil a aquellos que leerán este libro, en Cuánto éste me parezca bueno...

CASTILLO P. EN LA TOLOSANIA

Soy huésped en la ciudadela de la condesa P, una dama de edad avanzada. Nadie mejor que ella conoce historias, tesoros, tradiciones y leyendas orales, así como sobre usos y costumbres típicos de su patria. Su biblioteca personal es de una no corriente homogeneidad y muy completa. La condesa me visitó con frecuencia en el Montségur. Ahora le devuelvo la visita.

Hoy hemos pasado la hora de la merienda en la costa mediterránea, al anochecer hemos emprendido el regreso con toda comodidad. Vinimos por los montes D'Alaric, melancólicos y desolados, que llevan su nombre por el rey godo Alarico. A la orilla del camino, a la sombra de un árbol se hallaba un carro, y frente a él un hombre delgado de cabellos blancos. A su lado una joven rubia estaba sentada sobre una piedra. El viejo nos miró con sus penetrantes ojos daros. "Es un *cagot* -me explicó mi acompañante-, un *cagot* de vida nómada. Los hay también sedentarios allá arriba en los Pirineos. Cuando se pregunta sobre ellos a vecinos y aldeanos, por respuesta dicen que es gente maldita. Presumiblemente la palabra *cagot* está compuesta de *Cathares* y *Gots*, o sea, cátaro y godo. Ahora mismo ve usted un descendiente de los últimos albigenses."

Al anochecer nos sentamos frente a la chimenea. La condesa tejía. Yo leía en voz alta un libro que fue encontrado en la cercana *Montagne Noir*, Montaña Negra, en las tumbas de la época de los albigenses. Una de ellas, fosa común. Doce esqueletos formaban una especie de rueda: las calaveras juntas conformaban el cubo y los

cuerpos constituían los rayos. Eso se debe entender como culto al Sol, opinó seguramente con razón el autor del libro. Entonces mantuvimos un coloquio. Desde hacía mucho tiempo mi anfitriona tenía conocimiento de la leyenda de Montségur como Castillo del Gríal. Si el Gríal hubiera sido realmente guardado en este castillo, de lo que estaba convencida, sus mayores habrían sido caballeros del Gríal y habrían dejado su vida en los combates por el Gríal; muchos de ellos cayeron entonces defendiendo Montségur, algunos habrían sido quemados. Finalmente dijo: "La gran Esclarmonde es de mi sangre. Me siento orgullosa de ello. A menudo suelo verla en espíritu sobre la plataforma reclinada en el torreón y en la paz de Montségur, leyendo los astros. Los herejes amaban el firmamento, creían firmemente que después de la muerte tendrían que ir acercándose a la divinidad de estrella en estrella, cumpliendo las etapas de deificación. Por la mañana rezaban hacia el sol del levante; al ocaso dirigían su mirada, devotamente, hacia el sol del poniente. Por la noche se dirigían a la argéntea luna o al norte, porque el Norte les era sagrado. En cambio consideraban al sur como una morada de Satán. Satán no es Lucifer, pues Lucifer significa portador de luz. Los cátaros tenían otro nombre para él: Luzbel. No era el Maligno. Con el negativo los judíos y los papistas lo degradaban. En lo referente al Gríal, como es la opinión de tantos, debe de haber sido una piedra caída de la corona de Lucifer. Así la Iglesia, al pretenderlo para sí, hacía de algo luciferino algo cristiano. Si la montaña de Montségur es la Montaña del Gríal, entonces ha sido Esclarmonde la Señora del Gríal. Después de su muerte, de la destrucción de Montségur y del exterminio de los cátaros, quedaron abandonados el Castillo del Gríal y el propio Gríal. La Iglesia, conscientemente, con la cruzada contra los albigenses llevó a la práctica una guerra de la Cruz contra el Gríal, y no dejó escapar la oportunidad de volver a apropiarse de un símbolo de creencia no eclesiástico para poder ponerlo al servicio de sus fines. No satisfecha con esto, declaró al Gríal como el cáliz en el que Jesús les ofreció la cena a sus discípulos, el mismo que recogería su Sangre en el Gólgota. Incluso concedió al conven-

to benedictino de Montserrat, que está al sur de los Pirineos, ser el templo del Grial.

Los cátaros, llamados a menudo luciferinos por los inquisidores, habían custodiado la luciferina piedra del Grial, al norte de los Pirineos. Más tarde, la Iglesia afirmó que al sur de la misma montaña, el Grial ya estaba en poder de sus monjes católicos, haciéndolo pasar por una reliquia de Jesús, el Triunfador sobre el Príncipe de las Tinieblas. Ambos guardamos silencio. Luego, la señora continuó su relato: "No necesito recordarle que san Ignacio de Loyola fue el fundador de la Compañía de Jesús. ¿Sabe usted que en Montserrat, cerca de Barcelona, Ignacio ideó los *Ejercicios espirituales*, la organización de la orden de los jesuitas y, si no me equivoco, la adoración del sangrante corazón de Jesús? Usted debería preocuparse en seguir estas referencias".

Mi anfitriona me obsequió algunos libros. Gran alegría me causó en especial un libro alemán publicado hace setenta años. Lleva el título de *Cesarius von Heisterbach*. El autor lo designa como un aporte a la historia de la cultura de los siglos XII y XIII. Quizás en mi próximo libro anteponga una frase del Evangelio de san Juan que hallé en él: "¡Une los fragmentos para que nada perezca!". Mis antepasados remotos fueron paganos, y los recientes, herejes. Para exculparlos voy recogiendo los trozos que Roma desdeñó como sobras.

CARCASSONNE

Treinta y cinco años antes de la caída de Montségur, el 15 de agosto de 1209, Día de la Asunción de María, esta ciudad fue tomada por los peregrinos de la cruzada contra los albigenses. Gracias a la ayuda de María, como informa el cronista.

Un largo sitio le había precedido y se habían desarrollado aterradoras escenas, ya que la ciudad estaba bajo el estigma de la más temible de las muertes: frente a las puertas se apostaban los "soldados de Cristo" listos a encender las hogueras, y dentro de las murallas asolaba la peste, causada por la aglomeración de hombres y bestias, por carencia de agua, por hambre y por nubes de mosquitos.

Dos días antes de la caída llegó frente a la puerta este un emisario de Roma como parlamentario, e invitó al vizconde Raimon-Roger Trencavel, señor de Carcassonne, a negociar en el campamento cruzado. El parlamentario juró por Dios Todopoderoso que el salvoconducto estaba asegurado y que cumpliría su juramento. Luego de una breve conversación con sus barones y cónsules, el vizconde Trencavel decidió corresponder a la invitación propuesta. Abrió la esperanza de poder salvar la ciudad. Acompañado de cien caballeros se presentó en la tienda de campaña del jefe de las fuerzas armadas enemigas, el archiabad de Citeaux. Allí fue cogido por sorpresa y encarcelado con sus acompañantes. El archiabad sólo permitió que se salvaran unos pocos caballeros para que informaran en la ciudad la captura de su príncipe. El archiabad esperaba para el día siguiente la entrega de Carcassonne. Sin embargo, los puentes levadizos se mantuvieron alzados, y las puertas de la ciudad permanecieron cerradas. Los cruzados, sospechando una estratagema, se fueron acercando con todo recelo a las murallas. Espiaban. Ni un ruido. La puerta este fue echada abajo. La ciudad estaba vacía. Las pisadas de los invasores parecían las de almas en pena por despobladas callejas. ¿Qué había ocurrido? Los sitiados se habían salvado gracias a un paso

subterráneo que daba a las montañas. Sólo medio millar de ancianos, mujeres y niños, a quienes la huida les hubiese resultado demasiado penosa, fueron hallados en los sótanos. Cien de ellos, que por miedo a la muerte se confesaron católicos, fueron totalmente desnudados y se les dejó en libertad "vestidos solamente con sus pecados". Los demás fueron sentenciados a morir en las llamas por no abjurar de la herejía. Mientras los cruzados celebraban una misa de acción de gracias en la iglesia de Saint Nazaire, gemían de dolor los herejes quemándose. Se mezclaba el incienso con el denso humo de las hogueras. Al ir extinguiéndose los estertores agonizantes de los sacrificados, el archiabado de Citeaux celebró la "misa del Espíritu Santo" y predicó sobre el nacimiento de Jesucristo. Una vez terminado el oficio divino fue elegido el caballero proveniente del norte de Francia, Simón de Montfort, bajo la manifiesta autoridad del Espíritu Santo, "como Señor terrenal del país conquistado", por la gloria de Dios, para honra de la Iglesia y por el fin de la herejía. Simón de Montfort hizo envenenar al vizconde Trencavel. Así fue victoriosa la Cruz en Carcassonne. Fue plantada en lo alto de la torre como símbolo de triunfo...

¡Bella y solemne Carcassonne! En ningún lugar de Occidente hay otra como tú. Ceñidas como otrora se alzan las macizas murallas de sus torres y barbacanas. Y ellas hablan...

Hoy estuve en la *Tour de l'Inquisition*, la Torre de la Inquisición. En ella se llevó a cabo el fin del drama albigense. Aquí los inquisidores hicieron emparedar a los defensores del castillo de Montségur que no fueron quemados en la hoguera. Cuatrocientos. Entre los emparedados también se encontraba un caballero que una vez frente a la cruz había proclamado a viva voz que nunca querría ser salvado por este símbolo. ¿Qué símbolo de salvación hubiera preferido? ¿El Grial?

También estuve en las *Tours des Visigots*, las Torres de los Visigodos, y en la *Tour du Tresor*, la Torre del Tesoro, también proveniente de la época visigoda. Podría ser que su interior cobijara

alguna vez el Grial, ya que perteneció al famoso tesoro godo, tal como lo narran los viejos romances, pero esto tiene otra curiosa explicación: los romanos lo robaron. Permaneció en su poder hasta que el rey Alarico logró llevarlo a Carcassonne. El rey ostrogodo Teodorico, o sea, Dietrich von Bem, aproximadamente un siglo después lo hizo llevar a Ravena, Una parte del tesoro quedó, sí, en Carcassonne.

¡Misterioso Grial!

Ahora es noche.

Una atmósfera sofocante pesa sobre la ciudad y los campos. Sobre los Pirineos cruzan los rayos el espacio. Se logran percibir leves truenos. La tormenta parece aproximarse. Una tras otra, las estrellas irán desapareciendo por entre las nubes.

El cálido viento del sur me agota. Quiero trabajar y me faltan las fuerzas. Mis viajes y búsquedas se me ocurren de súbito inútiles. Me reprendo a mí mismo, en secreto, como un iluso disparatado.

En tres horas continuó mi viaje. Voy a Saint-Germain, en las inmediaciones de París. Tengo que anotar algo de lo que ahora he aprendido, para no olvidarlo.

Primero: Wolfram von Eschenbach da a los nombres del Buscador del Grial y Rey del Grial Parzival el significado de "corte por el medio": *Percavel*, "bien cortado". La antigua palabra provenzal *Trencavel* indica lo mismo. Wolfram von Eschenbach alabó al vizconde de Carcassonne Raimund-Roger Trencavel ¡como Parzival!

Segundo: la madre de Trencavel se llamaba Adelaida. Fue el prototipo de la Herzeloide de Wolfram. Por lo tanto Adelaida, antes de que el padre de Raimund-Roger acátara la unión matrimonial, fue cortejada por el rey de Aragón Alfonso el Casto, fallecido novio

de Herzeloide. Este rey debe de haber servido de prototipo a Wolfram para su rey Kastsis.

Tercero: Adelaida y su hijo se consagraron a la herejía. Rechazaron la cruz como Símbolo de Salud. El Grial era, según mis nuevos conocimientos, el símbolo de la creencia herética. Tal como tantas veces Wolfram von Eschenbach lo proclama, fue depositado en la tierra por los Puros. Con éstos daba por entendido que aludía a los cátaros, ya que cátaro significa puro.

Cuarto: Wolfram von Eschenbach trata al Rey del Grial, Anfortas, a cuyas penurias puso fin Parzival, como un "*guotman*" y "*guotenman*", un hombre bueno, bondadoso. Los cátaros eran honrados por sus seguidores y protectores como *Bonshonmes*, hombres buenos...

Quinto: Wolfram von Eschenbach aseveró que la verdadera saga del Grial llegó a Alemania procedente de la Provenza, al sur de Francia. El bardo latino Kyot de Provenza le transmitió la leyenda. A fines del siglo XII estuvo alojado en la corte de Carcassonne un trovador llamado Guiot de Provins. Este poeta errante era el Kyot de Wolfram y cantó alabanzas, como por aquellos tiempos era corriente, a la casa Trencavel agradeciendo a sus anfitriones, a Adelaida y a su hijo Raimund-Roger Trencavel como Herzeloide y Parzival, y Wolfram tomó a Guiot como modelo para su Kyot.

Sexto: Adelaida de Carcassonne y su hijo Trencavel eran parientes cercanos de la condesa Esclarmonde de Foix. Esta, como señora del castillo Montségur, era la Señora del Castillo del Grial Muntsalvatsche.

En el *Parzival* de Wolfram la volvemos a encontrar como Repance de Schoye, la única que puede portar el Grial, y es prima de Parzival.

Séptimo: Wolfram von Eschenbach y el trovador Guiot de Provins se conocerían en Maguncia, ya que ambos coincidieron allí por la misma fecha asistiendo a una fiesta ofrecida en honor de los caba-

llos por Federico Barbarroja. Con esto no se quiere decir que las figuras de Parzival y Herzeloide sean creaciones del poeta Kyot-Guiot, ya que entonces las narraciones legendarias sobre el Grial y sobre Parzival estaban ampliamente divulgadas y eran profundamente deseadas. Se puede deducir, además, que son de una antigüedad de mucho más de setecientos años. Lo que quiero decir es solamente que Kyot-Guiot cantó alabanzas a sus anfitriones como si éstos fueran una Herzeloide y un Parzival.

Octavo: aunque Roma haya destruido los escritos de los cátaros, nosotros poseemos, de todas maneras, el *Parzival*, de Wolfram, un poema sin lugar a dudas dictado por la cataridad.

SAINT-GERMAIN EN LAYE

Desde hace varias semanas trabajo en la Biblioteca Nacional de París. Aquí se conservan los registros de la Inquisición, que pueden ofrecer una explicación clara sobre el trágico fin de Montségur. Ahora sé que en aquella noche del Domingo de Ramos en que Montségur fue traicionada, cuatro sacerdotes heréticos envueltos en paños de lana se descolgaron desde la cima del castillo para salvar su "Tesoro de la Iglesia". El propósito se cumplió totalmente. Pudieron entregar el preciado bien al caballero herético Pons Arnold, señor del castillo Verdun en el Sabarthés.

Sabarthés se llama el barranco del río Ariège, al poniente del monte Tabor. Desde Montségur sale hacia allá un sendero para ganado mular, la *Route des Cathares*, la Ruta de los Cátaros. Si el misterioso tesoro de los cátaros del cual informa la saga y al que sólo hay que alzarlo a la superficie cuando los demás hombres estén en la iglesia, y este Tesoro de la Iglesia, que quizás haya sido el Grial, son la misma cosa, entonces habrá que buscarlo en el Sabarthés.

Pronto vendrá la primavera y volveré a ir al país de los albigenses. Esta vez también me internaré en el Sabarthés.

Gracias a mis estudios en la *Nationale*, como los franceses llaman a su biblioteca pública, aprendí, entre una gran diversidad de novedades y singularidades, que los cátaros y los trovadores deben de haber constituido una Comunidad del Amor [*Minne*] única: el monje cisterciense alemán Cesarius von Heisterbach, su contemporáneo, dijo que los cátaros no serían herejes si hubieran reconocido a Moisés y a los profetas; y este error de los albigenses predominó en tan gran medida que dentro de un corto espacio de tiempo habría contaminado miles de ciudades; toda Europa hubiera sido emponzoñada si la espada de los creyentes no los hubiese aniquilado.

Por lo tanto, la lucha de la ortodoxia autoproclamada cristianidad contra el catarismo ha sido, en realidad, la violenta generalización de la religiosidad y la intolerancia según el Antiguo Testamento, y más aún:

Hace veinte años la católica Universidad de Lovaina publicó la tesis doctoral de Edmond Broeckx, licenciado en Teología y catedrático en el pequeño Seminario de Hoogstraten, dedicada al cardenal Mercier y que lleva por título *Le Catharisme* (El catarismo). En ella escribe que el ascetismo monacal habría sido practicado por una ínfima cantidad de herejes y que estos ascetas eran la excepción. (¡De excepciones no necesito preocuparme demasiado!) No raras veces los herejes, se dice en la tesis doctoral, ejercieron el oficio de carniceros, como lo prueba el ejemplo de un hombre, Salsigne. Éste no necesitó renunciar a su profesión. En lo que atañe al matar en general, esto tiene un ejemplo perfecto: Wilhelm Belibaste, que no solamente permitió a los creyentes heréticos matar animales, sino también a católicos Cuando éstos salieran a la caza de herejes... Todavía más importante es otro "descubrimiento" que hice en este libro y que cabe en una sola frase: "*La secte possédait des écrits et des chants nationaux*". En castellano: "La secta poseía escritos y canciones nacionales".

Estos escritos y canciones fueron destruidos, tal como fueron exterminados aquellos que, en tiempos ahora remotos, los custodiaron. Aquel cuadro donde santo Domingo quema libros heréticos dice bastante. Cuelga en El Prado de Madrid...

La leyenda del Grial llegada de "la Provenza a tierra alemana" y "cantada en lengua alemana" por el trovador Wolfram von Eschenbach, en la Franconia, ha sido una de estas canciones nacionales.

Mientras Wolfram ponía por escrito su *Parzival*, quemaban en la Provenza a los *peregríni* (peregrinos de la cruzada contra los albigenses) *innumerabiles cum ingenti gaudio* (innumerables, con ingente alegría). Esta horrible frase se encuentra en la *Hystoría Albigensys* (Historia de los albigenses) del monje Vaux-cernay. Pero también se puede tomar buena nota de un hecho satisfactorio: que "casi todos los barones del país protegían y albergaban a los herejes, que eran sinceramente queridos y fueron defendidos contra Dios y la Iglesia".

Wolfram von Eschenbach fue un valiente. Si no lo hubiese sido, no hubiera admitido que la "verdadera saga" era un bien espiritual provenzal.

El santo Bernardo de Clairvaux dijo en cierta ocasión que no ha habido prédicas más cristianas que las de los cátaros, sus costumbres eran puras y sus acciones concordaban con sus dichos. Sea mencionado, pese a todo, que quiso quemar herejes en las piras.

Habrá que comprobar si los cátaros pronunciaron o no "prédicas cristianas" y si realmente, como aseguraba el dominico francés Guiraud en d año 1907, los ritos heréticos se correspondían con la liturgia del cristianismo primitivo, pero para tratar este punto no me siento competente.

Es un hecho que el Cristo de los cátaros es muy diferente del que conocemos por la Biblia. En los registros de la Inquisición se dice: "*Dicum Christum phantasma fuisse non hominen*". Los herejes albigenses han aseverado, por consiguiente, que Cristo sería una vi-

sión, no un hombre. En otra parte encontré escrito que habrían aprendido de Cristo que Él estaría "sujeto de las estrellas del cielo". Los cátaros debieron, según esto, haber sostenido el criterio de que la cristología no sería otra cosa que un mito astral obtenido por interpretación del curso de las estrellas (criterio semejante al del recientemente fallecido y duramente combatido alemán Arthur Drews).

Los herejes amaban a los astros, me confió hace pocos días una anciana de ancestros cátaros. Declaró una verdad.

También he visitado el museo del castillo local. Hace aproximadamente 300 años residió aquí el llamado rey hugonote y rey de Francia Enrique IV, cuyo origen procedía de la casa condal de Foix.

En un gran salón se conservan los objetos protohistóricos procedentes de los Pirineos. Casi no hay objeto sin cruz gamada, sin los vetustos símbolos de los soles y de la salud Reflexiono sobre Alemania...

CAHORS

Nuevamente estoy en el sur francés. Cahors es la ciudad que vi desde el tren en mi primer viaje al país de los albigenses y a la patria de los trovadores; la vi al cruzar un puente ancho y alto, que se extendía sobre el río. ¿Será por esta causa, me pregunto, que a este respecto el papa se califica de *Pontifex Maximus*, máximo constructor de puentes?

De esta región es oriundo el trovador y vizconde Raimund, que vivía inflamado de *Minne* por su dama Adelaida de Pena, que volvió a ser Amado [*geminnt*] Cuando estuvo perdido durante la guerra contra los albigenses y que, por fin, volvió a encontrar en el castillo Montségur a su huidiza dama. Y, sorprendente encuentro, el monje cisterciense alemán Cesarius von Heisterbach, al que agradecemos tantas informaciones sobre los albigenses, vino

aquí en peregrinación por el año 1198. Antes que él había emprendido esta peregrinación el santo Engelbert Weyland, arzobispo de Colonia y el más notorio perseguidor de herejes. Dos veces hizo este peregrinaje. Me parece que en el fondo se trataba de viajes de estudio. En una oportunidad, Cesarius fue testigo de la quema de un hereje español. Le sacó provecho a esta experiencia para la quema de herejes en el cementerio judío de Colonia. De ello me ocuparé más adelante.

Cesarius era monje cisterciense. Cómo y por qué entró en esa orden lo sabemos por él mismo: "Fui una vez, con el abad Gevard, de Heisterbach a Colonia. Sobre el camino me exhortó encarecidamente a la conversión, y me contó de aquella magnífica aparición ocurrida en Claivaux durante las cosechas: mientras los hermanos segaban gavillas en el valle, la Santa Madre de Dios, su madre Ana y María Magdalena vinieron de la montaña y en luminosa claridad descendieron al mundo en el valle; a los monjes se les secó el sudor y tuvieron que abanicarse. Esto me conmovió tanto que prometí al abad que, si fuera voluntad de Dios, no ingresaría en convento alguno que no fuese el suyo. Por ese entonces tenía otra obligación que cumplir, ya que había prometido realizar una peregrinación a Santa María de Rocamadour. Una vez que di por finalizado este viaje, tres meses después, me trasladé, sin hacérselo saber a ningún amigo, al Valle de San Pedro, hacia Heisterbach". Así es como Cesarius pasó a ser monje. Entonces fue Cuándo escribió su famoso *Dialogus Miraculorum* (Diálogo milagroso) -declarado eclesiásticamente peligroso por los teólogos e historiadores romanos, porque duda y ridiculiza el milagro verdadero-, una *Vita S. Elisabethae landgraviae* (Vida de Santa Isabel, esposa del landgrave) y -"ad petitionem magistrí Joannis" (a pedido del maestro Juan), "que un tortor haereticum" (torcionario de herejes)- el escrito *Contra haeresim de Lucífero* (Contra la herejía de Lucifer).

Me he dedicado a estudiar la Biblia y he leído una y otra vez

cada uno de los versículos del libro del profeta Isaías que informa sobre la condena de Lucifer y sus hijos por Yahvé, el Dios de los judíos. Entonces fue Cuando me decidí a darle el título "La corte de Lucifer" a este libro, para el que viajo, pienso y escribo. Con él quisiera interpretar bien a aquellos buscadores del derecho y la justicia que, sin tomar en consideración los doce mandamientos mosaicos, han encontrado, desde su propia fuerza, derecho, deber y sentido; a aquellos arbitrarios y orgullosos que no esperan ayuda del monte Sinai, sino que han ido, aunque sea inconscientemente, a una "Montaña de la Asamblea en la más tenebrosa medianoche" para buscar ayuda y llevar su sangre a los hombres; a aquellos que han puesto el saber por sobre la creencia y el ser por sobre el parecer; y, no en último término, a aquellos que han reconocido que Yahvé jamás podría ser su divinidad, ni Jesús de Nazaret su Salvador. También en la Casa de Lucifer hay muchas habitaciones. Muchos caminos y muchos puentes conducen a ella...

Ornolac en la región de Foix

El Sabarthés, donde ahora vivo, es un valle irregular y romántico, encerrado entre monumentales y escarpadas calizas y calado por las aguas torrentosas del Ariège. Viniendo del sector del Col de Puymorens, un desfiladero muy transitado, en cuyas alturas se bifurca el camino que viene a Toulouse para conducir a Cataluña y a Andorra, va saltando este río de aguas cristalinas valle abajo sobre rocas quebradas, formando en varios puntos estupendas cascadas. Así llega a Ax-les-Thermes. Este balneario termal es antiquísimo. Ya los romanos se restablecían de sus dolencias en sus aguas sulfurosas. En el medievo, los cruzados que volvían de Palestina curaron aquí sus cuerpos enflaquecidos y leprosos por las fatigas; claro que, además de contar con la salvación eterna asegurada por la Iglesia, contaban con una vida lo más larga posible y plena de vitalidad en la vida terrenal.

Por debajo de Ax-les-Thermes, cambiando de rumbo hacia el

noroeste, bate el Ariège, impetuoso y espumante, a través de una garganta oscura que separa las descargas de sus aguas del Pic du Saint-Barthelemy y del Pic du Montacalm. Los pueblos de Verdun, Bouan, Ornolac, el balneario Ussat, de la pequeña y pintoresca ciudad de Tarascón (no confundir con la conocida Tarascón de Rhône) están situados aquí, y Sabart, que en otra época fue uno de los lugares de peregrinación más renombrados, sólo perdió su fama en el último siglo, por el florecimiento de Lourdes. Sabart le otorgó su nombre al Sabarthés. Luego el Ariège se da prisa orientándose al norte, a las ciudades de Foix, Pamiers y Toulouse, para juntarse con el Garona y afluir a Vizcaya.

Voy en sentido contrario por el mismo camino sobre el cual fue salvado el misterioso "Tesoro de la Iglesia" en la noche del Domingo de Ramos del año 1244, desde el amenazado castillo de Montségur; por cuatro valientes cátaros.

La *Route des Cathares*, que aún hoy se llama así, comienza en el pueblo de Ornolac, donde vivo, y va subiendo dando rodeos hacia el Plateau de Lujat, una especie de meseta situada encima del monte Lujat. Éste, una avanzada del Pic du Saint-Barthelemy, se despeña en forma vertical hacia el Sabarthés. Sobre la meseta, poblada de densos arbustos de espino e incalculables zarzales de mora, hallé una bóveda empotrada en la montaña. No sabría precisar a qué fines sirvió, pero puedo imaginarme que fue una especie de lugar de descanso para los cátaros que se dirigían de Sabarthés a Montségur. Estaban necesitados de un lugar de este tipo, debido a que aquí empieza un grandioso mundo de alta montaña. Rocosidades y más rocosidades se van sucediendo cada vez más alto hasta cúspides de casi tres mil metros. Digno de admiración, Cuán esmeradamente y con cuánta seguridad trazaron los cátaros este camino. Es bastante frecuente que, Cuándo repentinamente se abre un precipicio y uno cree llegar al fin del camino, se superan las depresiones con recubrimientos de sólidos troncos de árboles superpuestos, unidos por tablones. Quien no sufra mareos y sea perseverante, después de escalar muchas horas

alcanzará la cima del Tabor, como llaman los lugareños de los Pirineos al Pic du Saint-Barthelemy. Desde lo alto, si las nubes no lo impiden, se puede admirar en las abismales profundidades la pirámide del Montségur coronada por el castillo, el objetivo final, y, allá en la lejanía, la sierra Maladetta. Sobre la cima del Tabor descansan algunos restos de un templo de Belis o Abellio y de un observatorio meteorológico. Este observatorio, construido sobre las ruinas del templo, fue destruido por una tormenta. Sólo subsisten los cimientos y algunos sillares pulimentados.

Al ir atravesando el llamado *Val de l'Incat*, Valle del Encanto, camino a Montségur, tuve que dar muerte a una peligrosa víbora que había pisado inadvertidamente y que ya se había alzado para picarme.

Del gran número de cavernas del Sabarthés, en buena parte seguras, prefiero dos: la caverna Lombrives y la caverna de Fontanet, a la que también llaman *fbunt Santo*, Fuente Santa. Se internan en la montaña profundizando agujeros de kilómetros; las decoran maravillosas concreciones calcáreas; el mármol y el cristal centellean al resplandor de la lámpara de carburo, a la que presto atención para que me dé un buen servicio; en las paredes de las cuevas hay figuras de la edad de piedra y dibujos, inscripciones y signos indicadores para orientarse; desde lo más profundo de las profundidades asciende bramando la espuma del río subterráneo, que debe abrirse dificultosamente camino a través de la montaña. De vez en Cuándo una quebrada abierta hace detener el pie, que vacila, de todos modos, para no aplastar huesos humanos: desde aquellos tiempos Cuándo se elaboraban aparatos y armas de piedra vinieron aquí hombres a dormir para siempre. La cueva de Lombrives, la más grande y la más ramificada, alberga en su interior un gigantesco salón de más de ochenta metros de altura: la catedral. Se trata de la más grandiosa de las *gleyso* subterráneas, o sea, iglesias, como hasta nuestros días se llaman las catedrales en grutas de los albigenses. La cueva de Fontanet también debe haber visto celebraciones de cultos cátaros. También ella es una *gleyso* y ahí reside el llamado altar, una estalagmita de indescriptible

belleza.

Las claras paredes del salón en las que la naturaleza la emplazó están ennegrecidas por el humo. Puede que estas huellas de humo hayan sido originadas sólo por antorchas, ya que empiezan a la altura de un hombre por encima del suelo. Esto se puede explicar como sigue: en cavernas, a la luz de las antorchas, los herejes provenzales celebraron su acto de consagración más importante, la *Consolament*. También Wolfram von Eschenbach cantó alabanzas a una caverna: antes de que el héroe Parzival se diera a la salvación del Grial, se detuvo a hacer un examen de conciencia donde el anacoreta Trevizent, en una caverna próxima a la Fontane la Salvasche. Por Trevizent es guiado frente a un altar y vestido con un hábito como si él fuese uno de aquellos cátaros a los que, para su consagración herética, en Fontanet se les cubría con un hábito ante el altar. La concordancia es bien clara.

De igual manera se puede relacionar la cueva de Lombrives con las leyendas del Grial. De sus catedrales parte una escalera de piedra hacia la segunda parte del inquietante laberinto. Al fin se abre un precipicio de cientos de metros de profundidad, sobre el cual se halla suspendido un enorme bloque rocoso, desde donde el agua goteante ha ido creando, por encantamiento, una forma a la que los lugareños la tienen por la losa sepulcral de Heracles, a quien Wolfram ensalzó como profeta del Grial. La saga: en tiempos remotos dominaba en Lombrives, en un palacio subterráneo, el rey Bebryx, Bebryx tenía una hija, llamada Pyrene. Heracles y la hija del rey se enamoraron apasionadamente. El gigante, que se encontraba de paso, muy pronto volvió a abandonar el palacio del rey Bebryx. Se fue perdiendo en lontananza. Más, bajo su corazón, Pyrene llevaba un hijo. Se puso en camino tras sus huellas por temor a enfrentarse con la ira paterna y por añoranza del amado. Los animales salvajes cayeron sobre la desamparada.

Llamó a Heracles clamando por su auxilio, para que la socorriera. Él oyó su llamado, pero llegó demasiado tarde. Pyrene estaba muerta. Heracles sollozó lastimeramente. Debido a sus lamentos retumbaron las montañas y de ellos se hicieron eco todas las rocas y las grutas. Luego enterró a Pyrene, que jamás será olvidada porque, para toda la eternidad, los Pirineos ostentan su nombre.

Otras tres rocas de concreción calcárea en un lago medio de la caverna se llaman Trono de Bebryx, Tumba de Bebryx y Tumba de Pyrene. El agua fluye incesante sobre ellas, como si la montaña llorara por la muerta hija del rey. Junto a ellas cuelgan, de la pared y del techo, las vestimentas petrificadas que fueron sus preferidas en vida. Pyrene debió de haber sido la propia diosa Venus.

Cada una de las cuevas del Sabarthés es más bella, grande y enigmática que la otra. Si quisiera referir las experiencias que allí tuve, tendría que llenar muchas cuartillas. No pocas veces corrí peligro de muerte; pese a todo, siempre logré encontrar el camino para salir incólume. Casi nunca regresé a casa sin haber encontrado algún objeto. Quien visite el Sabarthés debe enseñar en Ornolac los objetos hallados. Aquellos otros "objetos hallados" que aprecio de todo corazón sólo los puedo exponer para mí mismo describiéndolos: dibujos e inscripciones.

Varios son de tiempos remotos. Otros proceden de nuestra época. La más reciente de las inscripciones es una pregunta planteada por un joven: pregunta a Dios por qué le dejó a él sin mujer y a sus hijos sin madre. También exige respuesta otra pregunta del año 1850: "¿Qué es Dios?". Otra enuncia: "*Je me cache ici, je suis l'assassin de Maître Labori*", me oculto aquí, soy él asesino del Maître Labori. Maître Labori fue el defensor de Emile Zola, que escribió las renombradas novelas *Roma* y *Lourdes* y, si no me equivoco, fue muerto a disparos por un desconocido, en Rennes, en 1899. El propio Enrique IV, rey hugonote de Francia,

en 1576 confió su nombre a la pared de la cueva. Cuatro décadas más tarde era asesinado por la espalda por el católico fanático Ravailac. Enrique era descendiente por vía directa de Esclarmonde de Foix. Su sepultura puede que esté en las cercanías de aquella formación petrificada bajo la cual reposan su sueño eterno Heracles y Pyrene.

Los testimonios de la época de los albigenses me han conmovido profundamente. Hay muchos, pero son difíciles de hallar. Me costó todo un año poder ver una embarcación que hacía muchos siglos un cátaro había dibujado con un carbón en la eterna noche cavernal sobre la pared de mármol. Representa una barca de los muertos, el sol portador de vida y de todos los inviernos volviendo a renacer le sirve de velamen. Próximos a este dibujo desenterré del suelo arenoso huesos humanos. Estaban carbonizados. Por esto es que me pregunto: ¿quemarían los cátaros a sus muertos? No pueden ser víctimas quemadas hasta la muerte por los inquisidores de Roma, porque las cenizas de los herejes se esparcían a los cuatro vientos.

Descubrí además un árbol, el Árbol de la Vida, también dibujado con carbón y, en una cueva muy enigmática, la figura de una paloma esculpida en la piedra, símbolo del Dios-Espíritu y que debe haber sido el emblema de los Caballeros del Grial.

Con tristeza empaqueto mi hatillo para abandonar para siempre el Sabarthés. También tengo que dejar un gato que desde hace tiempo me viene siguiendo los pasos, hasta ser mi acompañante permanente, incluso en las cavernas. Me fue fiel. Es un animal que con su actitud desmiente a esos monjes medievales que hicieron cargar a los herejes con el injurioso mote de que eran "traidores como los gatos".

Por siempre recordaré el Sabarthés, el Montségur, el Castillo del Grial y el Grial, que puede haber sido aquel Tesoro de los Herejes sobre el que leí en los registros de la Inquisición.

Reconozco públicamente que me hubiera gustado hallarlo.

MIREPOIX

No soy experto en la Biblia y tampoco pretendo serio. De todos modos, mantengo que el Antiguo y Nuevo Testamento hablan de dos "antidioses" diferentes, pero piensan en uno y el mismo. El Antiguo Testamento anatematizó la "hermosa estrella matutina"; el Nuevo Testamento, en cambio, revela en el Apocalipsis según san Juan que un determinado "rey y Ángel del Abismo" tiene "en griego el nombre de "Apolión". Apolión, Ángel de los Abismos y Príncipe de este mundo, es el ¡Apolo luminoso! Mi afirmación de que la Estrella Matutina del Antiguo Testamento y el Apolión del Nuevo Testamento son uno solo se apoya en el hecho de que en el espacio griego a la Estrella Matutina Fósforos (esta palabra también significa portador de luz) se la considera la acompañante permanente, anunciadora y representante del dios Apolo, máximo portador de la luz, y que al propio Apolo se le tiene como la bella "estrella de la montaña", el Sol.

No sin razón elegí la pequeña ciudad pirenaica de Mirepoix para poner por escrito estas consideraciones. Se encuentra situada frente a aquellas alturas de la gigantesca pirámide del Montségur dominada por la sobresaliente Montaña del Grial. Hay dos horas de camino hasta el caserío que se halla a los pies del castillo. Una vez más he estado arriba. El ingeniero de Bordeaux continúa su búsqueda del verdadero Evangelio de san Juan para su sociedad secreta. La razón primordial de mi estancia aquí es la siguiente: Mirepoix, antes de la era cristiana, se llamó *Belí Cartha*, Ciudad Luminosa, ya que Belis y Abellio fueron, tal como ya se dijo, por estas tierras, nombres del Apolo luminoso.

De las tierras ricas en tradiciones orales de los hiperbóreos, muy en el norte, "allende el viento del norte", vino Apolo, hijo del Padre del Universo, Zeus, una vez al año al sur, para retornar nuevamente al norte según el curso prescrito. El día del solsticio de primavera fue celebrado en el país de los griegos como el día de la

festividad suprema. Apolo era el sol con sus leyes del naciente y del poniente, como también la naturaleza luminosa dominante y eterna, inmutable.

Sólo en épocas más tardías fue adorado como dios principal el solar Helios en lugar de Apolo. Al comienzo, Helios sólo había sido venerado en la isla de Rodas, en el mar de Asia Menor, o ambos considerados lo mismo. Originalmente, y precisamente por los cazadores dóricos y jónicos, pastores y agricultores llegados a la Hélade desde el norte, él fue adorado como Portador de la Luz primaveral después de la larga noche invernal, como Protector de los sembrados, los campos de pastoreo, los rebaños, las abejas y todo aquello que más profundamente interesa a los campesinos. Es por este motivo que los criadores de animales celebran en su honor fiestas del carnero, y los campesinos, fiestas de cosecha. En sus cantos decían de él que había dado muerte victoriosamente al dragón invernal Pitón e imploraban a la Luz para que no permaneciera durante mucho tiempo en el Norte con el afortunado pueblo de los hiperbóreos. Puesto que la primavera y el verano curan las enfermedades del invierno, se le tenía por defensor del mal y padre del médico divino Esculapio.

Éste era una parte consustancial de Apolo. Ambos fueron llamados Redentor o Salvador. El gallo anunciador de la mañana luminosa les era sagrado. Por este hecho es que bien dijo Sócrates, antes de tener que escanciar la mortal cicuta, a sus discípulos que no debían olvidar sacrificar un gallo a Esculapio. Confiando en el salvador Apolo y en el redentor Esculapio, Sócrates esperó reconfortado el nuevo mañana...

Además de los campesinos y pastores, Apolo se hizo familiar a los caminantes y navegantes, partió con ellos sobre tierras y mares, montañas e islas, consciente de su propósito. Además del monte Parnaso del norte de Grecia, donde se encuentra el famoso templo de Delfos, lo que más debe de haber querido es la isla de Delos,

en el mar Egeo. Allí se celebra su nacimiento el séptimo día de un mes de primavera. La Tierra ha reído como informan los mitos, y el varón de los dioses ahora mismo ha dejado oír su voz: "Quisiera una cítara y un arco curvado. Haré saber a los hombres el infalible consejo de Zeus!". Entonces él saltó fuera del círculo de las diosas, que habían asistido a su madre como parteras, y voló sobre las altas nubes, para hacer saber a los hombres la Ley Divina, enseñarles canciones y tocar la cítara. Por esta causa era el dios de aquellos vates para los que poetizar y orar es lo mismo. Cuando Apolo vino al mundo, la Tierra debe de haber reído. ¿Porque sabía que ahora le tocaría en suerte una ciencia alegre?

Con Delos estaba Delfos, en la comarca de Fócida, recostada bajo las faldas del monte Parnaso, lugar principal del culto del dios. Fue en Delfos donde Apolo, un Sigurd-Siegfried heleno, venció al Dragón del Invierno y a la tétrica Python, y donde los enterró bajo una piedra. Aquí en Delfos vaticinaba la pitonisa. Se sentaba sobre un trípode encima de una grieta del suelo de la que emanaban vapores fríos y aletargadores. De aquí manaba la fuente de las musas para la plática con Dios, imprescindible *katharsis*, purificación. Y aquí comenzaba en primavera la fiesta del regreso de Apolo desde el país solar de los hiperbóreos, que queda allende el viento norte...

Donde quiera se adorara a Apolo, no se olvidaba a su hermana Artemisa, en esta región llamada Belissena, dedicándole sacrificios y plegarias. Tal como su hermano, ella gobernaba una estrella: ella es la Ley de la Luna y de su naturaleza luminosa. La Luna recibe la Luz del Sol y va igualmente por el zodíaco, sólo que más rápido. Por eso Artemisa "caza", caminando silenciosa, con sus ninfas, los animales del campo y del bosque. Más ella no es sólo la cazadora de animales, sino también la que les conserva su tierra. Como ofrendadora del rocío, que cae copiosamente por

las noches iluminadas por la Luna, la diosa aumenta, además de al hermano luminoso, también a las plantas. Las mujeres, cuya menstruación está sujeta a la regla lunar, permanecen bajo su especial protección. Si a una mujer no le llega la regla, entonces viene Artemisa inadvertidamente como Eileithya: partera para la parturienta, y la asiste al venirle los dolores de parto. Los romanos la veneraban como Diana, por este motivo vieron en la Luna su astro de mayor confianza. Como diosa del alumbramiento es, a la vez, diosa de la fertilidad. Pero no en el sentido de esas hetairas libidinosas, como representaba la sensualidad del Cercano Oriente a la fertilidad. Aguardaba la casta al amado, para que él la bendijera y la hiciera madre, objetivo máximo de toda hembra.

Los griegos también conocieron "una Artemisa maternal y terrenal" semejante a la madre Tierra, Geméter o Deméter. De ella sólo puedo decir algo luego de que haya afirmado, por principio, lo siguiente: la Grecia temprana no oraba a "dioses" personales, sino a poderes y fuerzas que imperaban en el otro mundo, en este mundo y en el mundo abismal. Al Gran Padre, a la Gran Madre...

Lo que César dice a los germanos en su *Guerra de las Galias*, que ellos sólo adoran como dioses a aquellos que gracias a su poder les apoyaran manifiestamente (Sol, Luna y Fuego), tenemos que aceptarlo casi literalmente, especialmente para las representaciones religiosas de la zona norte en general y para determinados griegos del norte. Estos también creían que el Otro Mundo estaba regido por el Sol; este mundo, por la Luna, y el mundo abismal, por el Fuego; cuya trinidad nuevamente correspondía a los tres "géneros": masculino, femenino y neutro. Como neutro (o hermafrodita) se consideraba al Fuego. Femeninas, la Tierra y la Luna. Masculinos, el Sol y el Cielo. Por esto estas trinidades dependen de múltiples ligazones entre sí; por esto se buscó revestir a estos fenómenos que ocurren dentro de la naturaleza con un ropaje evidente y hacerlos concordar entre sí

(un ejemplo: desde el Cielo, donde está el Sol, cae un rayo a la Tierra y la enciende. Esto es, por lo tanto, como bien se puede decir, que el Cielo y la Tierra han engendrado el Fuego).

Hablé de la diosa Artemisa en esta región llamada Belissena: ella es la Luna hembra. Por el Sol masculino, que pertenece al día, ella nunca podrá ser tocada por la noche, permaneciendo, por lo tanto, virgen; pero ya que en muchos aspectos ella se parece a él, se la ha imaginado como su hermana gemela. Hembra divina es también la hembra Tierra, que debe ser fecundada por el Sol masculino para poder dar a luz al ser terrenal, y que es en sí el mismo amor en el que ella espera al esposo solar. La diosa del Amor antes estuvo fijada al Cielo, así pensaron los griegos, pero llegó a ser un ser especial. A partir de aquí el hecho se puede explicar sin dificultad ya que, finalmente, de la hembra-diosa saldrán muchas "diosas": la madre celestial Hera, la virgen Artemisa, la amante Afrodita y la madre terrenal Deméter (los antiguos romanos las llamaron Juno, Diana, Venus y Ceres). El tan difamado politeísmo de los pueblos paganos pasa a verse totalmente diferente "observado a la luz". Se le ha entendido equivocadamente, o, como creo, se le ha querido interpretar erróneamente.

En la época del florecimiento del catarismo vivió en Sicilia un prestigioso eremita de nombre Joaquín Flora. Pasaba por ser el mejor comentador del Apocalipsis según san Juan. Como las langostas de las que habla el capítulo noveno del Apocalipsis, debió de haber considerado a los cátaros, "que con la fuerza de los escorpiones salen de las profundidades sin fondo al abismo". Ellos serán, arguyó Joaquín, en secreto, el mismísimo Anticristo, su poder aumentará y su rey ya está elegido. En griego su nombre es ¡Apolión!

Apolo no puede ser otro más que Lucifer, a quien los herejes provenzales llamaron Luzbel y a quien, como ellos creyeron, no se le hizo justicia.

Los cátaros interpretaron la "caída" de Lucifer como la "suplantación ilegítima del hijo primogénito, Lucifer, por el Nazareno". Varios de ellos -que constituían la excepción- creían que, en efecto,

Lucifer hubiera sido por arrogancia y orgullo apartado del camino por el Dios Padre, al igual que el hijo perdido del Evangelio, y creyeron que el Día del Juicio caería de rodillas ante el Todopoderoso para pedir perdón. Este mito cosmogónico (no podría ser de otra manera) se basaba en que el mundo sería un lugar apartado de Dios y un lugar de sufrimientos, que solamente podría ser perfecto cuando el Dios-Espíritu eterno hubiera espiritualizado, divinizado y redimido al mundo, materia precedera y sin espíritu. En aquellos herejes, que como se ha dicho constituían la excepción, ya había hecho su efecto la influencia debilitadora de la creencia en la redención cristiana, aunque con vestimentas no romanas. No necesito ocuparme de excepciones...

La piedra fundamental de la cristiandad eclesiástica es la doctrina de Dios personal y de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. A este respecto, caen en profundas contradicciones las representaciones de Dios de los cátaros. Decían: nosotros, herejes, no somos teólogos, sino filósofos que primero buscamos la sabiduría y la verdad. Reconocemos que Dios es Luz, Espíritu y Fuerza. Si bien la tierra es manantial, sin embargo permanece ligada a Dios. Por medio de la Luz, el Espíritu y la Fuerza, ¿cómo podríamos el mundo y nosotros vivir, si el Sol no nos diera vida? ¿Cómo podríamos pensar y conocer, si no estuviera obrando dentro de nosotros nada espiritual? ¿Cómo podríamos buscar la verdad y la sabiduría, que son tan difíciles de encontrar, y empeñarnos en seguir buscándolas pese a todos los obstáculos, si no hubiese fuerza en nosotros? Dios es Luz, Espíritu y Fuerza. Y obra en nosotros.

Dios es Ley y nos ha dado las leyes, pero, para nosotros, no aquellas que Moisés, que tomó a una negra por esposa, dio a conocer desde la cima del monte Sinaí a los judíos. Nuestro código de Dios es el Cielo estrellado y la Tierra llena de los más variados seres vivos. De acuerdo con su Ley invariable, el Sol cursa su recorrido del levante al poniente por los doce signos del Zodíaco o, entre invierno y verano, hacia sus solsticios prescritos. Al anochecer abandona a

los hombres, entonces Dios-ley deja irradiar a la Luna y a las incontables estrellas, que sin excepción van por el cielo cumpliendo su camino. No decimos que el Sol o uno de los astros sea el propio Dios. Ellos son anunciadores de Dios y portadores de Dios.

La divinidad es múltiple, pero no hay dioses, como se nos reprocha por doctrina. Con nuestros sentidos sólo podemos concebir una parte: la naturaleza. Esta se compone de nosotros mismos, ya que somos materia perecedera; provenientes del mundo mil veces diferente, en el que tenemos que cursar nuestra carrera de vida; provenientes del cielo estrellado, el del día y el de la noche. La naturaleza no es Dios Padre, por lo tanto, absolutamente Luz, Espíritu y Fuerza. Ella es Hija de Dios, una criatura de la Luz, del Espíritu y de la Fuerza. Ella se rige sólo por la Ley dada por el Dios Padre. Por tal motivo es insensato, así opinaron los cátaros, rogar por lluvias, buen tiempo, salud o por dinero, como hacen tantos cristianos. Tampoco habría milagros que infrinjan la Ley.

La Ley por sí misma es milagro suficiente. Si se la investiga, entonces puede de por sí realizar "milagros". Un médico (los cátaros eran tan notables médicos que hasta los obispos católicos se hacían curar por ellos para no tener que abandonar todavía este "milagroso" mundo) sólo puede llevar a cabo el milagro de una curación Cuándo conoce tan bien la ley actuando en el cuerpo humano que le permita restablecer el orden perturbado. La naturaleza no es Dios, sino divina. Ella no es la Luz sin más ni más, sino portadora de Luz. Ella no es la Fuerza sin más, sino fortalecedora. Ella no es Espíritu sin más ni más, sino que proporciona al espíritu activo, desde nuestro nacimiento, la ley del conocimiento que conduce a la contemplación de Dios. Ésta es la única y verdadera "redención". Nuestro portador de Luz supremo es el Sol; él es el dirigente de los ejércitos celestiales a los que se les llama ángeles, que no son otra cosa que las estrellas, todas ellas sujetas a la Ley

también vigente en la Tierra. También nosotros, los seres humanos, podemos conocer las leyes si buscamos consecuentemente y observamos atentamente el cielo, podemos conocer aquella ley divina que rige allá en lo alto y que también organiza de tal modo nuestra vida que nosotros tampoco podemos infringirla, sino cumplirla. ¡Tenemos que ser hijos del Sol portador de la Luz!

En Mirepoix vivió, en la época de las cruzadas contra los albigenses, el caballero Mirepoix del linaje Belissen, un súbdito y pariente de la casa condal de Foix; Cuándo la fortaleza Montségur fue sitiada, él era, además, su jefe militar. Cuándo la situación de emergencia llegaba a su extremo, gracias a sus indicaciones fue puesto a buen recaudo el Tesoro de la Iglesia en algún punto del Sabarthés, por cuatro resueltos cátaros. Antes de que Roma y París emprendieran las cruzadas por largo tiempo planeadas contra el país albigense, el castillo de Mirepoix era un punto de reunión de la vida cortesana. Trovadores y caballeros andantes gozaban aquí del derecho de hospitalidad y no continuaban su camino sin haber recibido un considerable viático.

La mayoría de los trovadores medievales alemanes eran terriblemente pobres. Muchos de ellos, y no los peores, provenían del pueblo llano: Berhard von Ventadour, para señalar uno entre tantos ejemplos, era hijo de un fogonero de horno de panificación. La pobreza y su modesto origen social de ningún modo impidieron su camino a la caballería. El rústico que sabía hablar con elocuencia podía llegar a ser noble y el artesano poeta podía ser nombrado caballero. Quien no era distinguido de nacimiento, así está escrito en una canción del trovador Arnold von Marveil, podía, sin embargo, poseer cualidades más que suficientes para sustentar un carácter distinguido, porque una virtud tendrían todos, tanto aristócratas como ciudadanos, artesanos y campesinos, para estar mancomunados: la dignidad. Los cobardes y los groseros no merecen que se les preste atención, ni mucho menos ser dignos de

sus versos, opinaba el poeta. Nos habla desde el corazón.

A un trovador se le exigía mucho: debía disponer de "una excelente memoria y de vastos conocimientos de historia"; conocer los mitos y sagas de su patria y, además, tenía que ser "alegre y amable, ingenioso y hábil, bienes obtenidos gracias a los dones del espíritu y del corazón, caballerosamente valiente en la guerra y en los torneos, abierto a todo lo grande y bueno". Todo auténtico trovador tenía, según el lenguaje culto actual, que contar con un "conocimiento enciclopédico". Por esta razón quizás el canto trovadoresco de nuestro tiempo, que se esfuerza, por un pensamiento sintetizador, esté acercándosele, aunque las formas de pensar de aquella época estén lejos de las nuestras. Sin limitaciones aceptaremos, sin embargo, su "sincera exigencia de belleza de la manifestación vital, por la educación de gusto, por la alegría del "ser-en-el mundo más estética" y por su "ideal de nobleza en el interior del hombre". La nobleza caballeresca provenzal no tenía nada en común con la tristemente célebre nobleza caballeresca feudal.

París y Roma observaban con odio y envidia al mundo trovadoresco provenzal. La corona francesa, en aquel entonces en el apogeo de su poder, codiciaba desde hacía mucho tiempo la anexión del Mediterráneo y el dominio sobre los países más ricos de la antigua Galia. Y, ¿por qué la silla de Pedro? Al igual que los cátaros, para la Iglesia romana los trovadores (dejemos momentáneamente de lado las diferencias tradicionales hasta hoy) eran vistos como "sirvientes del diablo, destinados a la condenación eterna". Con frecuencia fueron enviados papistas que intervinieron contra trovadores individuales por medio de prohibiciones. Pero fue inútil. Más que nunca antes los trovadores rehusaron tajantemente todas las ideas y concepciones, doctrinas y leyendas clerical-teológicas. Ellos no alababan al dios Jehová o a Jesús de Nazaret, sino al héroe Heracles o al dios Amor. Y este dios era profundamente odiado por la presuntuosa Roma, rechazada a su vez por los cátaros como "Sinagoga de Satán" y "Basílica del diablo".

El dios Amor puede ser visto en el mundo, opina el famoso

trovador Peire Cardinal, por un espíritu fuerte al que la creencia le aclare el ojo. Desde luego que puede ser así, canta el no menos conocido Peire Vidal, pero el dios sólo se muestra en primavera, y para verlo, sigue diciendo, hay que ir a la Casa de Dios, la que precisamente entonces despierta Naturaleza. Dios tiene él aspecto de un caballero, de cabellera rubia, y cabalga un corcel mitad negro como la noche y mitad blanco deslumbrante. Un carbúnculo en la rienda brilla cual sol. En su séquito hay también un paladín. Su nombre es fidelidad.

Hay que ser fiel hasta la muerte, de este modo Dios dará la corona de la vida eterna, está escrito en la Biblia. Ya que los trovadores pertenecían, para la Santa Iglesia Católica de Roma, a los sirvientes del diablo, porque habían escrito en sus estandartes su fidelidad al dios Amor; ya que ellos, como incontables ejemplos lo demuestran, cantaron maravillosos aires sobre una corona de Lucifer, podría ser -si aceptamos el lenguaje bíblico- que hayan dado con una luciferina "corona de la vida eterna", y podría ser, si seguimos tejiendo los hilos en este sentido, que el dios Amor haya sido Lucifer en su más elevada persona. Esta suposición pasa a ser evidencia si atamos los nudos de otra manera. El dios Amor es el dios de la primavera.

Apolo no lo es menos. Por lo que ambos, Amor y Apolo, son el dios de la primavera. El que vuelve a traer a su sitio la luz del Sol, de acuerdo con esto, es portador de Luz, un "Lucifer". Según el Apocalipsis de san Juan, se considera, como lo hemos visto, a Apolión-Apolo como el diablo y, en el credo de la Iglesia romana, que se apoya para esto en la Biblia y en los padres de la Iglesia, Lucifer es Satán. Por consiguiente, el dios de la primavera Apolo-Amor, de acuerdo con la creencia eclesiástica, es Satán y diablo. De lo que resulta sin más ni más la conclusión de que también a los trovadores "sirvientes del diablo" se les puede aplicar la acusación de Joaquín de Flora: que ellos eran Anticristos con Apolión como rey.

De aquí en más no necesito hacer ninguna otra diferencia entre

cátaros y trovadores, los preceptores en la corte de Lucifer...

Peire Vidal, hijo de un peletero tolosano, caballero y trovador, permitió cabalgar al Paladín Fiel en el séquito del dios Amor. La fidelidad está condicionada por una ley, que puede ser exterior o interior. También los trovadores estaban subordinados a una norma de esta clase: la ley de la *Minne*, cuyo párrafo superior da a conocer que Amor nada tiene que ver con el amor carnal. Aunque a todos los trovadores se los llamara *Chanters d'amour*. Salimos sin esfuerzo de la disyuntiva Cuándo les aplicamos la traducción alemana corriente desde hace siglos: *Minnesanger*. El Amor provenzal es la *Minne* alemana. Ésta en sus orígenes tampoco tenía ninguna relación con el amor físico, porque no es, como bien sabía Walter von Vogelweide, "ni hombre ni mujer" y no tiene "ni alma ni cuerpo". Es fuerza y fortalece el espíritu, porque es la fidelidad. También Wolfram von Eschenbach es de esta opinión: la verdadera *Minne* es la verdadera fidelidad.

La ley de la Minné consta de varios artículos llamados *Leys d'amors*. El primer trovador debe haber encontrado la ley en la rama de una encina sagrada. Por este motivo, él será un trovador: un encontrador. Su nombre será "Salvador"...

Cuándo los peregrinos de la cruzada contra los albigenses (a la que el historiador jesuíta Benoist calificó como "la acción más justa del mundo"), debido a la vida eterna prometida y al botín esperado, perpetraron con ardor la orden papal y prepararon al país para una nueva estirpe, los trovadores cantaron, como la fidelidad lo requería, al "servicio del príncipe en peligro y representaron su política contra la Iglesia, los franceses y la Inquisición de los dominicos"; cantaron y lucharon. Cuándo sus bienhechores vieron las magníficas cortes de los burgos reducidas a cenizas, los últimos de ellos se marcharon hacia* tierras extrañas a través de los Pirineos o de los Alpes. Pasaron a ser *Faydites*, desterrados. En estas circunstancias, para este pueblo errante bosques y caminos

rurales se convirtieron en patria: en Alemania, en la alta Italia y en España. Hasta en Islandia se han encontrado vestigios de ellos, según leí hace poco en un libro de un investigador de lengua latina.

Y el portador de luz, Apolo, dios protector de los poetas y caminantes, no abandonó a los suyos en su penuria. Aunque también él había llegado a convertirse en un proscrito, en un desterrado, incluso en el diablo mismo. Más, puesto que él no era el Maligno, cumplió, fiel, la ley divina, pasando por bosques y caminos. Dejó brillar el carbúnculo en la rienda de su corcel como el sol. Cuando moría, un cantor lo portaba sobre las nubes hacia la "Montana de la Asamblea en la más lejana Medianoche", hacia el cenit del Norte. ¿Que importaba si sus hijos no podían vivir en ciudades como los demás hombres y no podían ser enterrados como ellos? En la casa del Portador de Luz hay luz abundante. Más Luz que en las casas de Dios, catedrales e iglesias; allá dentro Lucifer, delante de vidrios expresamente ensombrecidos, sobre los que están pintados profetas y apóstoles judíos o dioses y santos romanos, nada pudo encontrar y nada quiso encontrar. ¡En el bosque era libre!

Cada vez que Apolo, enviado a otra parte por la ley divina, no pudo permitir que la piedra de carbúnculo alumbrara, vino la "Abuela del Diablo", "la Gran Madre" que es la Tierra y gobierna a la Luna. La Tierra dio a los desterrados, durante la noche comida de su casa, cuya cuidadora es ella; bebida de su rocío, cuya donadora es ella, la que indica con sus rayos argénteos el Camino...

Si el diablo y su abuela no estaban en "su casa", o llegarían algo más tarde, enviaban un representante y anunciador. Lucifer envió la estrella matutina, la Gran Abuela envió el lucero vespertino: la misma estrella que se llama Lucifer o Venus. Que, por cierto, de ningún modo se ha caído de nuestro cielo.

PORT VENDRES

Desde temprano por la mañana hasta tarde al anochecer, en los muelles y pasarelas de embarque hay una vida agitada. El tiempo se me va volando. Hay pescadores que me invitan a ir de pesca. Estaríamos de vuelta al salir el sol. Debido a que en estos días la marea está muy alta, me aconsejan que espere un poco.

Vi zarpar un gran vapor a África. Muchos ingleses iban a bordo. Se me dijo que el clima de la costa francesa del Mediterráneo no tiene la constancia y suavidad que tuvo en otros tiempos y que su rival ha pasado a ser la costa del norte de África.

Antiquísimo es este puerto al pie del Pirineo oriental. Ya los fenicios obtuvieron oro en sus montañas y establecieron aquí un importante centro comercial. Desalojados por los griegos, debieron dejarles la supremacía. Portus Veneris (Puerto de Venus) es su nombre antiguo.

En nebulosos tiempos remotos, una vez navegaron vikingos del otro lado del mar. Eran helenos llegados de su ciudad materna, Argos, y desembarcaron en el Puerto de Venus. Su viaje tenía un fin preciso: querían llevarse de la isla del Sol Aea una piel de carnero sagrado: el Vellocino de Oro. Sobrevivieron a muchas aventuras. Tuvieron que sostener una lucha con un rey Bebryx que a todos los extraños que llegaban a su país los retaba a un combate a puñetazos e incluso les daba muerte a golpes. Pero el hostil rey fue vencido.

Después de haber logrado llegar al Puerto de Venus, los argonautas, como estos helenos vikingos se llamaban, debían sacar el vellocino de una encina sagrada, de cuyo ramaje colgaba.

Los argonautas fueron conducidos por Jasón, de Tesalia. El nombre significa "Salvador". Sus doce "o cincuenta y dos" camaradas eran hijos de los dioses; héroes y bardos de la Antigua Grecia: Heracles, Castor y Pólux, Orfeo, por nombrar sólo a los más famosos.

El objetivo de los argonautas, como se ha dicho, era encontrar el Vellochino de Oro. Había que buscarlo allende un gran mar: en el norte, según informan los antiguos mitos; el *Argo*, la nave de los argonautas, se hizo a la vela "con viento norte". Para encontrar la isla del Sol situada hacia el Septentrión, habían intercalado una rama de oráculo en la proa de su nave. Esta rama había sido sacada de la encina de Dodona, el árbol más sagrado de Grecia.

En mi patria, el antiguo país de los catos, puso Bonifacio, enviado por Roma, el hacha en la encina sagrada de Geismar. Ésta había sido consagrada a Thor-Donar y los lugareños la llamaban la "Fuerza de Dios". También en Dodona, santuario supremo de los helenos, ella era reina de los árboles. En sus susurros al viento, los antiguos griegos creían escuchar hablar al dios. Para no tener que prescindir de la querida voz de su dios, los argonautas hicieron un tablón con una rama de la encina de Dodona y lo insertaron en la proa de su nave, *Argo*. Esta rama les indicaba dirigirse al norte. En el Septentrión, de donde es nativa la encina, por el año 1000 de la era cristiana todavía se consultaba a una rama de oráculo de encina consagrada al dios Thor: Cuando los nobles noruegos menoscabados en su tradicional libertad se hicieron a la mar en sus embarcaciones a vela hacia la Islandia distante para establecerse allá, a la vista de su nueva patria arrojaron al mar un pilar de candelero de encina. Se establecieron en el terreno al que su dios había conducido la rama sagrada. Los trovadores, los *Minnesanger* provenzales, tampoco habían olvidado aún la santidad del árbol: el conocimiento sobre la *Minne* y el *Minnesang*, las así llamadas *Lays d'amours*, Leyes de la Minne, fue recibido por el primer trovador, el "Salvador", de un águila o halcón que estaba posado sobre la rama de una encina dorada.

Trovador quiere decir encontrador. El primer trovador halló la ley de la *Minne* y del *Minnesang* en la enramada de una encina. Los argonautas, también "encontradores", una vez que llegaron al objetivo de su larga odisea, sacaron de una encina el Vellochino

de Oro. De alguna manera eran *Chevaliers errants*, caballeros andantes, y habían llegado a ser poetas, porque esta palabra en griego original también significa encontrador. También Goethe opinó que el Vellochino de Oro había transformado a su hallador en poeta. Hace informar a su Fausto, al entrar en la clásica Noche de Walpurgis, por el muy versado en medicina centauro Quirón, medio caballo y medio hombre, sobre el "bello círculo de los argonautas y todos aquellos que construyeron el Mundo de los Poetas", respondiendo:

En el alma círculo de los argonautas Cada
valiente fue según su proceder Y según la
fuerza que le animaba Podía bastarle
donde al otro le faltara.

¿Los argonautas estaban animados por la fuerza de la *Minne*? Fuera como fuese, era pasión por Dios -una fuerza que "mueve" montañas y permite "caminar sobre los mares"-.

Uno de los argonautas fue Heracles. Éste era venerado de dos maneras, informa el historiador griego Heródoto, en el siglo V a. C.: como héroe humano y como dios. Quizás Heracles haya sido alguna vez hombre, quizá fue, como dice una antiquísima inscripción maltesa, un "dirigente primitivo" de los helenos y llegó a ser dios. Los mitos sobre él son la canción suprema de los griegos antiguos sobre la firmeza y la salvación que provienen de la fuerza propia. La voluntad de esta fuerza se levanta contra el destino, y el destino era el suyo propio. Tal como el sol se alzó, un "dios solar" sobre la noche del silencio y la inercia, buscó a Dios y lo encontró en sí mismo. Es por esto que él mismo llegó a ser dios.

Heracles era rebelde: quiso ser igual al Altísimo. Pero también era tolerante: tolerantemente padeció la ley fatal, la que el universo cósmico cumple y ordena. De esta manera llegó a ser olímpico. Heracles llegó al Vellochino de Oro en la isla del Sol Aea. Los hombres de la Edad Media afirmaban que este vellochino, el símbolo de

la deificación humana, en realidad fue la "piedra filosofal". ¿Halla Heracles el Grial, la piedra de la luz? ¿Era él un Parzival heleno? Creo que sí. Wolfram von Eschenbach piensa que "Heraklius conoció la piedra". Por lo tanto, Heracles también sabía de aquella piedra desprendida de la corona de Lucifer, la cual se llama Grial. En una antigua poesía francesa, el objetivo final, hacia el cual el caballero buscador del Grial exitosamente se empeña, es el Olimpo. Heracles ingresó, sostengo yo, al círculo del Grial, y Parzival se sentó a la mesa olímpica de los dioses para que se le diera néctar y ambrosía.

Como admitió un teólogo e historiador belga, y no en beneficio de su iglesia, los cátaros preservaron y cuidaron sus escritos y canciones nacionales. Roma había destruido todo en la Provenza, en la Lombardía, en Alemania. Sin embargo, no logró silenciar totalmente las canciones. La corte de Lucifer canta todavía, aunque en voz baja, sus antiquísimas, mas siempre nuevas canciones. Aquí en su tierra, los campesinos del Pirineo son fieles herederos de sus antepasados, conservadores de sus canciones. En las montañas y bosques, *où découvrit Apollon* (donde se descubre Apolo), ellos oyen salir del agua murmullos; de los árboles, cuchicheos de los antiguos dioses, a los que se ha convertido en ídolos y diablos, desde hace muchísimo tiempo ausentes y, sin embargo, parroquianos tan íntimamente queridos. En las canciones y sagas heredadas de padre a hijo y de éste al nieto, preservan ellos el preciado bien. Así como antaño vive la múltiple divinidad que realmente sólo es una, sobre las cumbres cercanas a la luz y en las noches eternas de las cuevas. Todavía tejen sobre los restos de burgos primitivos los manes de los combatientes y héroes. Yo conozco algunas de estas canciones.

Los argonautas han viajado al Puerto de Venus: debe de ser Port Vendres -los dióscuros vencieron a un rey Bebryx, en la Cueva de Lombrives lo han enterrado los lugareños del Sabarthés-. De la Provenza debe haber recibido Wolfram von Eschenbach la leyenda del Grial; en las montañas provenzales se enseña el Castillo del Grial.

Heracles ha sido, según dice Wolfram, uno de los profetas del Grial; no lejos del Grial pirenaico los lugareños de Ormolac creen que el gigante convertido en dios descansa de sus faenas. Y, próximo a Port Vendres, el cabo Cerbere trae a la memoria a Cerbero, guardián de los infiernos; Heracles lo venció y lo ató porque no sentía ningún temor a la muerte.

También los mitos de los argonautas y Heracles son parte de esas "canciones nacionales" que un día los cátaros preservaron. Son los restos de lo que floreció aquí en tiempos remotos.

Los argonautas, vikingos helenos, me remiten al norte. Me marchó hacia el Septentrión, así llegaré a mi patria. Los catos han rendido pleitesía a Heracles. La inscripción latina de un altar lo da a conocer. Los propios mellizos argonautas Castor y Pólux, como todos los germanos, lo sabían. Alcides debe de haberse llamado allí Tácito.

MARSELLA

Arriban buques, atracan, fondean, zarpan...

Aquí acondicionan carbón y allá descargan frutas, aquí zurren grúas y rechinan cadenas, por allá una sirena, estibadores gesticulan, marineros ebrios arman jaleo, hembras repulsivas hablan a los gritos, se gimotean sentimentaloides canciones callejeras, vendedores de periódicos se acallan unos a otros gritando a voz en cuello, automóviles tocan sus claxons, tranvías campanillean y, sobre todo y hacia dentro de todo retiemblan, metálicas, las campanas de Notre-Dame de la Garde.

"A la Virgen de la Guardia" se encomienda aquí cada marinero, incluso aquél recién despachado por una ramerilla de una de las sucias casas cercanas al puerto, para que la inmaculada Virgen María lo acompañe por los mares y le permita retornar a casa sano y salvo. Son pocos aquellos que, a cambio, de vuelta a casa expresan su reconocimiento, y ni siquiera digamos que vayan a darle las gracias. La mayoría se apresura a ir a otra parte...

Algunos años después de la muerte, en el Gólgota, de Jesús el Nazareno, un barco se dirigía al puerto de Marsella. A bordo tenía fugitivos judíos y conocidos por la Biblia: José de Arimatea, María Magdalena y su hermana Marta. Parece que, como anuncian las leyendas de la Iglesia, llevaban consigo el Grial. Pero no debe haber sido la piedra, sino ese vaso en el que Jesús y sus discípulos comieron el cordero propiciatorio la noche del Jueves Santo, antes de ser traicionado y entregado a los esbirros por Judas Iscariote. Este vaso, se dice, habría encontrado al día siguiente, Viernes Santo, una aplicación más santa aún: en él se recogió en el Gólgota la sangre derramada del Crucificado. Cuando el Nazareno dijo "se ha consumado", inclinó la cabeza y acabó su vida. Su cuerpo fue dejado en un sepulcro rocoso que José de Arimatea solícitamente había puesto a disposición. Por esta causa, José fue encerrado por los judíos en una mazmorra y abandonado allí sin alimento. Mas, ¡oh maravilla!, noche tras noche se le apareció un ángel y le dio de comer del Grial, del sacrosanto vaso. Finalmente, José fue liberado por el propio Jesús que le encomendó llevar el vaso a otras tierras. Con María Magdalena y Marta, se confió a Dios y al cuidado del mar. Y Dios quiso que alas y viento lo trajeran a Marsella. María Magdalena debe de haberlo cuidado hasta el día de su muerte en una cueva del Grial situada en las proximidades de Tarascón, a orillas del Ródano. Otras leyendas cristianas afirman que Poncio Pilatos cedió el Grial, un cáliz o un vaso, para que prestara servicios a José de Arimatea, los que éste prestó; después de que recogieran en él la sangre de Jesús, José lo llevó hasta Gran Bretaña. Con la muerte de José, el cáliz del Grial desapareció de la tierra y volvió a aparecer cuando el tan loado Titurel llegó a ser rey. A éste se le encomendó la vigilancia de la lanza con la que fue abierto el costado del Crucificado por el centurión romano Longino. Titurel construyó para las reliquias, ante todo para el Grial, un castillo de majestuosidad y belleza incomparables. El monasterio benedictino de Montserrat, cerca de Barcelona, en Cataluña, podría haber sido este castillo, pero no lo era. Correspondiendo a su

táctica, la Iglesia ha dado otra interpretación al mito del Grial, en el sentido judío y cristiano.

Hace 2.270 años fondeó, aquí en el puerto de la ciudad colonial helena Massilia, un barco de muy poca apariencia, pero excelente para navegar. Qué nombre tenía, no lo sabemos, pero lo que sí sabemos es que Pytheas se llamaba el patrón del barco y que era un intelectual: geógrafo, matemático y astrónomo. Pytheas quiso navegar por el océano y marchar al país de la más lejana medianoche, al Septentrión.

Cuándo la pequeña nave fue abastecida de todo lo necesario para la manutención de la tripulación durante el largo y dificultoso viaje, antes de subir a cubierta y hacer izar el velamen, Pytheas hizo una ofrenda a su dios. Había prestado juramento de fidelidad a Apolo, aquel dios resplandeciente que había vencido al dragón Pitón, y para honrarlo, él, investigador massiliota, se dio el nombre de Pytheas. Pero bien pudo peregrinar al actual Monaco donde entonces se alzaba un templo al Heracles Monoikos -un templo en el que sólo Heracles podía ser venerado-. Heracles era el dios protector, también, para los viajeros a los países boreales. Cierta vez este héroe, uno de los argonautas, viajaba por mar a bordo del *Argo* para traer el Vello de Oro de la isla del Sol Aea, y, como los mitos más antiguos lo señalaban, navegaba a vela "en dirección al norte". A solas emprendió su aventurero camino de vida y deificación, para llegar a "una tierra áspera" donde por mucho tiempo permaneció invitado por el rey Bretanos. Por consiguiente, estuvo en Britania.

Pytheas, al encomendarse en sus oraciones a Heracles, en modo alguno lo hacía en detrimento del luminoso Apolo, ya que Heracles, hermanastro de Apolo, era un divino apolíneo: él, Jasón y los argonautas, todos ellos hijos de dioses y "salvadores", habían conseguido con sus oraciones a la orilla del mar, y antes de subir a bordo del *Argo*, la protección y escolta de Apolo. Por lo que la plegaria de Jasón correspondía al sentir de todos los

argonautas: "¡Permítele, oh Señor, a tu imparcial hado despejar el cielo de precipitaciones y soltar las sogas de amarre para zarpar según tu sabiduría! ¡Quiera que nos sople un viento favorable con el que apaciblemente crucemos el oleaje hasta lograr llegar!".

Pytheas debió orar de manera semejante.

Muchos ya se han quebrado la cabeza con Pytheas de Marsella y su viaje a las tierras boreales y a la isla de Thule, al que hay que "incluir entre las más significativas proezas de la investigación geográfica". Los escritos de Pytheas, que deben de haber contenido una descripción minuciosa de su viaje, están perdidos.

Que esta pérdida sea tan lamentable se debe a que Pytheas fue el único heleno del que sabemos con certeza que fue a buscar personalmente la antigua región principal de obtención del ámbar en la bahía Alemana (en la desembocadura del Elba y del Eide) y a que él emprendió la experiencia inaudita para aquella época de intentar desde la punta norte de Escocia un osado avance hacia desconocido Mar del Norte, el Atlántico Norte. Lo que confiere tanta importancia al viaje exploratorio de Pytheas es "la audacia de navegar sin brújulas por los mares abiertos del norte, donde nubes y nieblas con demasiada frecuencia hacen desaparecer los medios de orientación que son el sol y las estrellas". Finalmente, penetró en el norte hasta una lejana isla que él llamó Thule y que hasta la actualidad conserva su reputación enigmática como la frontera de la tierra habitada, como "última Thule", la más distante Thule. A pesar de que hasta nosotros no llegaron los informes del viaje de Pytheas, de la *Geographia* del griego Estrabón podemos figurármolo por los siguientes párrafos: "Thule está a seis días de navegación de Britania hacia el norte, cerca del mar congelado; allí, la órbita del solsticio de invierno; para aquellos que viven cerca de la zona de los hielos, la carencia de frutos y animales comestibles es total o muy grande y se alimentan de mijo y otros vegetales, frutos y raíces. Donde crezcan cereales y haya miel, se prepara con ellos una bebida; apalean el cereal ya que ellos no reciben rayos de sol puro, en grandes casas donde se almacenan las espigas, ya que

debido a la falta del sol y a los continuos chubascos se hacen inútiles las parvas". En la *Historia de la naturaleza* del romano Plinio, se dice que la tierra más lejana que se conoce es Thule, donde, durante el tiempo del solsticio, Cuando el sol transita por el signo de Cáncer, no hay ninguna noche, y, por el contrario, sólo hay pocos días durante la época de invierno. En Geminos de Rodas (que escribió la obra *Elementos astronómicos*) se lee: "Parece que Pytheas de Massilia también llegó hasta aquella región, por lo menos, dice en ese escrito redactado por él sobre el océano: 'Los bárbaros nos señalaron el lugar donde el sol se pone. Éste se encontraba justamente en estas inmediaciones donde la noche era demasiado corta; en algunos puntos duraba dos horas, en otros, tres, por lo que el sol poco tiempo después de su ocaso volvía a salir'". Hay que añadir que el romano Pomponius Mela también dejó un párrafo digno de prestarle atención, que quizá se apoya en Pytheas: "Por la época del solsticio de verano no se da allá ninguna noche, porque el sol allí ya aparece más ostensible y no muestra más el reflejo, sino la mayor parte de sí mismo". Este informe es la más antigua alusión al sol de medianoche y lleva la impronta de un hombre que ha visto esta maravilla de la naturaleza. Pomponius Mela no estuvo en el Septentrión. Su exposición, como es de admitir, se basa en los escritos de Pytheas, por lo que no cabe ninguna duda de que el marino de Massilia, en los comienzos del verano astronómico, se internó hasta casi lo más extremo del círculo polar. Éste, hace 2.200 años, se encontraba a una latitud de 76° 15' y 22". Cuando nosotros sabemos, gracias a Geminos de Rodas, que Pytheas llegó a un punto en donde el sol dos o tres horas después de su puesta volvía a aparecer, estamos en condiciones de calcular el grado de latitud para el año 350 antes de Cristo: 64° 39". El sur de Islandia y el centro de Noruega se hallan sobre esta latitud. O ésta o la otra tienen que haber sido Thule...

Pytheas debe de haber emprendido viaje hacia las tierras del norte 334 años antes del nacimiento de Jesús el Nazareno. De regreso, el barco que lo había llevado al país de los hiperbóreos, pasando por las columnas de Hércules, volvió a arribar al puerto de Massilia.

Sospecho que Pytheas viajó hacia el norte impulsado por su sed de conocimientos. Ya sabía que la Tierra es una esfera; que los planetas giran alrededor del Sol; que en el Norte hay un polo; que el polo que mantiene en órbita tanto a los planetas como al Sol posee fuerza de atracción. Creyó que el polo, por ser sabio y apolíneo, en sí mismo descansa; que polo y Sol, al ser Apolo, poseen la misma fuerza de atracción, que incluso no permite que los seres humanos puedan desembarazarse nunca de Dios; que Apolo en las tierras del polo, en el Septentrión, tiene su verdadera patria entre el venturoso pueblo de los hiperbóreos.

Me parece que el dios al cual dirigió Pytheas sus oraciones antes de emprender su viaje al Septentrión fue el propio Apolo hiperbórico. Él oró a esta luz divina que una vez al año partiendo de Delfos, su lugar preferido en la región helena, se traslada al país de los hiperbóreos en una barca o carro tirado por cisnes. Al estar Apolo en el Norte, los delficos, ávidos por el lejano dios, cantaban peanes: colocaban coros de muchachos alrededor de cada trípode santo, desde donde debía decir su oráculo la pitonisa, e imploraban al dios para que volviera a venir. Él regresó siempre. Sólo marchó de año en año nuevamente hacia el Norte, al lugar de su origen.

Puigcerdá en Cataluña

Con conocidos que aquí tenían ocupaciones profesionales, viajé hacia el norte en automóvil. Estoy solo y aguardo bajo el pabellón de la pintoresca plaza del mercado de la pequeña ciudad. Señoras acicaladas, guardias fronterizos serios y de mirada penetrante, verduleras gordas, sencillos campesinos de Andorra, desmontados, mulas sobrecargadas avivan la de todos modos colorida y animada estampa.

En una mesa contigua, ciudadanos de aspecto satisfecho juegan al belote. Se arma una gresca: uno acusa a otro de haber mentido.

En el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach, alguien dice: "Señor, no soy uno de esos que puede mentir". Era un puro, tal como fueron puros los cátaros. Éstos enseñaron acerca de dos "pecados capitales": la dureza de corazón, que es lo opuesto al sufrimiento en otro -no la compasión- y la mentira...

Un tren expreso resopla sobre la meseta de la Cerdanya. Viene de Toulouse y va a Barcelona. Pasará por las proximidades del monte conventual de Montserrat una vez que haya cruzado Cataluña. Cataluña, una vez, fue tierra de godos y alanos. Ante todo, esta tierra no debiera llevar su nombre.

La condesa P. tiene razón: el Grial nunca ha sido guardado en Montserrat, ni los jesuitas han ejercido jamás la caballería del Grial. ¡Cómo podrían hacerlo si fueron los maestros de la mentira! Ya el santo Ignacio de Loyola, fundador de la orden de los jesuitas, había recomendado a sus discípulos que en el trato con principales y distinguidos había que ganarse su confianza adaptándose al temperamento de cada uno y para esto se debía emplear permanentemente la adulación. Como fiel discípulo de Ignacio, posteriormente, un padre Gracián, rector del colegio jesuita de Tarragona, en su *Oráculo manual* expuso con toda precisión cómo debe comportarse cada compañero de Jesús *Ad Majorem Dei Gloria* (para mayor gloria de Dios): "Todo lo favorable, obrarlo por sí; todo lo odioso, por terceros. Entrar con la ajena para salirse con la suya. Hanse de procurar los medios humanos, como si no hubiese divinos, y los divinos, como á no hubiese humanos. Dorar el no. La muleta del tiempo es más obradora que la acertada clava de Hércules. No perder de vista la salida afortunada, ya que el vencedor no necesita dar cuenta alguna. Nunca negar rotundamente, para que siga persistiendo la dependencia del peticionario. Nunca darle a uno la oportunidad para que nos examine a fondo. Sin mentir, pero sin decir todas las verdades".

El Grial nunca fue guardado en Montserrat. Jamás!

Mientras cerca de mí juegan a las cartas y beben ajeno compañeros españoles, debo pensar en el loco don Quijote, que cabalgó sobre su rocín Rocinante por España y ha pasado a ser la irrisión de los hombres. Quiso que la caballería hundida en su patria fuera nuevamente honrada. ¡Este loco! Tantos libros de caballería había leído que le habían "comido el coco". Sin embargo, yo creo que, si hubiera leído o tenido noticias del entonces ya casi olvidado trovador y caballero Piere Cardinal, no habría tenido que sacar su enmohecida armadura de caballero del desván de cachivaches, no habría tenido que complementar su armadura con tapas de cartón y no hubiera salido a cabalgar en busca de aventuras luciendo vestimentas de tiempos pasados:

**Déjate enterrar, caballería
Y que ninguna palabra te anuncie jamás,
Escarnecida estás y sin honra,
Ningún muerto tiene tan poca fuerza,
Serás exprimida y traicionada, el rey anula tu herencia,
Y todo tu imperio es alucinación y compra,
Y por lo tanto ¡estás acabada!**

Estaremos aquí todo un día, tal como fue previsto. No estoy descontento con ello.

La tierra española vio aún a otro "caballero", vasco de nacimiento, sobre el que debo meditar. Este no perteneció a la corte de Lucifer. De joven montó un corcel. En años posteriores prefirió una mula, porque también Jesús de Nazaret, el "Rey" judío, entró a la ciudad de David sobre una burra. El caballero se llamó Ignacio de Loyola. El fundó, contra la corte de Lucifer no exterminada, la hasta hoy existente Compañía de Jesús...

En la época en que don Quijote cabalgaba sobre el lomo de su Rocinante por el país español, el paje Ignacio de Loyola debía, arrodillado junto a la mesa, alcanzarle la copa a la reina española Germana, esposa de Fernando el Católico; ponerle el manto al salir e

ir alumbrándole el camino con una vela. Germana, princesa francesa de Foix (Los condes de Foix en línea directa se habían extinguido, y el rey francés le había otorgado el título de Foix a una familia feudal del norte de Francia.) Era la segunda esposa del enviudado Fernando, A la primera se la había cubierto, de acuerdo con su último deseo, con una basta casulla franciscana y sepultado sin solemnidad Apenas había pasado un año Cuando Germana se encontraba en Valencia con una flota de treinta barcos cargados de vestidos, zapatos, sombreros, lencería, perfumes y cosméticos.

"Exclusivamente para ella, se hacía llegar de Sevilla los más raros pescados, aves, frutas, especias y vinos. En la corte y en las casas de los grandes, un banquete seguía a otro, por lo que constantemente eran devoradas enormes cantidades de alimentos; más de una vez sucedió que los comensales murieron por exceso de comidas y bebidas."

Sólo una figura permaneció por encima de esta frenética práctica en la corte de la nueva reina y se destacó en este punto como un testigo solitario del austero espíritu antiguo. Se trataba del enjuto monje Francisco Jiménez de Cisneros, primado de España, Gran Inquisidor y Canciller Real...

El paje Ignacio de Loyola sólo contaba entonces 14 años de edad. Rodeado de un ambiente de desmesurada ambición, los primeros arrebatos amorosos del muchacho en pleno desarrollo físico se dirigieron hacia la reina. De esta manera, para él el amor pasó a tener el mismo significado que su solicitud en el servicio cortesano; asoció sus fantasías sobre la mujer con el vano anhelo de lucirse ante la soberana y conseguir su favor. Cuando logró ser nombrado caballero y, de acuerdo con la costumbre generalizada, debió elegir una "dama de su corazón", escogió para ello a la reina. En las fiestas y torneos lució los colores de ella, y la máxima retribución que hubiese podido esperar era un pañuelo de encaje lanzado por su mano al vencedor en el picadero. Ahora, Cuando se encontraban, él tenía sumo cuidado en no quitarse la gorra, ya que, según las formas de servicio de trova, esta infracción contra el ceremonial era considerada como la adoración más

desconcertante. Por lo tanto, su amor brotó menos de una pasión real sensual, que de una frívola ambición por hacerse notar ante la mujer suprema y así es como comprendió que tenía que enlazar esta adoración romántica a una "dama del corazón", inalcanzable, con el menosprecio total al respeto a aquella mujer que lo hacía víctima de sus extravíos. Así, pues, Ignacio, tal como los demás caballeros jóvenes de su época, se enredó en dudosas aventuras y se dio a la caza de los más vulgares placeres carnales. Lo poco que destacaba como adolescente por su pureza de carácter se infiere de sus propias confesiones. Muchas décadas después, siendo ya general de la orden de los jesuitas, le contó arrepentido a uno de sus cofrades que en sus años mozos, siendo caballero, había cometido un robo sin avergonzarse y luego había sido testigo de cómo se castigaba a un inocente por culpa de lo que él había hecho.

Por el tiempo en que Ignacio estaba en la corte real española, los caballeros habían sufrido menoscabo, en el centro de una vida ociosa a la sombra del soberano, en su valentía varonil y en la orgullosa dignidad de sus ancestros. Es lo que también ocurrió con el joven noble de Loyola; el gusto al desafío de los valientes antepasados decayó y se rebajó a una barata alegría por toda clase de granujadas contra indefensos ciudadanos y ciudadanas. Todos estos jóvenes caballeros eran bruscos y arrogantes. Cuando tenían que tratar con subalternos y de sumisión belicosa contra soberanos y favoritos, pero, entre ellos, de una ridícula cortesía ceremoniosa.

De este frívolo modo de vida y de estos mezquinos ideales de Ignacio, surgió una formación totalmente unilateral y superficial. Aunque bien había aprendido a leer, sus lecturas eran sólo aquellas novelas de caballería e historias de encantamientos que por esos años provocaban entusiasmo en todas partes. Todavía no había pasado mucho tiempo desde la invención del arte de la imprenta y esta gran conquista sirvió primero casi sólo para que en todas las capas y clases se popularizaran las novelas de caballería. Era aquella época de la que pronto saldría la grandiosa

parodia de Cervantes, el *Don Quijote*.

También Ignacio permaneció sumido noches enteras en el *Tirant lo Blanch*, de Juan Martorell, y en *El desgraciado caballero de Montalbán*; pero la mayor impresión se la produjo el libro de aventuras *El cabañero de la espada verde*, de Amadís de Gaula, Las maravillosas acciones de este héroe dejaron sin aliento por aquellos años a toda España y también arrebataron completamente el interés de Ignacio.

El joven caballero pasaba sus días con ejercicios militares ligeros, cacerías, galantes jugueteos, despilfarrando comilonas y en brutales camorras. Un documento oficial de aquella época, la solicitud del corregidor de Guipúzcoa al juzgado episcopal en Pamplona del año 1515 nos ha conservado la imagen del caballero Ignacio de Loyola. Audaz y provocador, en almilla de cuero y armadura, portando dagas y pistola, la larga cabellera ondeando hacia adelante bajo el pequeño gorro aterciopelado de caballero, así se le describe en este documento; pero a su carácter el juez lo califica como "astuto, violento y vengativo"...

He repetido de manera resumida la evolución de Loyola, según el libro de Rene Fülöp-Miller, *Poder y secreto de los jesuitas*. No es necesario dar a conocer cómo Ignacio cayó muy pronto en desgracia a causa de unas habladurías cortesanas, por lo que debió abandonar la corte real.

Pasaron los años. "Cierta noche Ignacio se levantó de su lecho, se arrodilló ante la imagen de la Madre de Dios en el rincón de la habitación y prometió solemnemente, en adelante, ponerse al servicio como fiel soldado bajo la real bandera de Cristo (mejor debiera decirse de Jesús). Al decidirse a renunciar a la gloria terrenal, empleaba no sólo su "conversión", sino también cada uno de los intentos siguientes para lograr una nueva conducta de vida enteramente bajo la influencia de los ideales caballerescos. Igual que un cruzado, acompañó hasta la primera estación a sus

hermanos, criados y al resto de su servicio doméstico. Allí montó sobre su mula y partió hacia la sierra de Montserrat.

En el camino encontró a un morisco, un árabe bautizado, y entablaron un diálogo sobre la Virgen María. El moro se declaró partidario de la creencia de la virginal concepción de la Madre de Dios, pero impugnaba que esta virginidad de María también permaneciera después del nacimiento de Cristo. Ignacio sintió este punto de vista como una injuria a su nueva "dama del corazón", y de acuerdo con la manera caballeresca increpó al morisco con palabras airadas. Éste presintió una desgracia y cabalgó precipitadamente para escapar de allí, mientras Ignacio meditaba si no sería su deber ir tras el blasfemo y darle muerte.

No fueron ni su conciencia ni sus sentimientos más íntimos los que dieron fin a sus dudas. Siguiendo una vieja superstición latifundista, confió la decisión más a una "señal" exterior, en este caso a la voluntad de su mula. La liberó de las riendas, y sólo al hecho de que el animal rehusó ir a la retaguardia del morisco tuvo que agradecer este pagano bautizado el salvar su vida. Así comenzó Ignacio su servicio como "paladín del reino celestial" con una acción totalmente consagrada por el uso en el espíritu de la caballería profana, y de modo semejante se llevó a cabo también su espiritual "ordenación como caballero". Para tal efecto, había elegido Montserrat, el lugar del legendario Castillo del Grial Después de cambiar su vestimenta con un pordiosero. Cumplió "guardia nocturna" ante la imagen de la Madre de Dios en Montserrat, exactamente tal como se describe la ceremonia de este tipo en el libro *Amadís de Gaula* (esa famosa novela de caballería española). A la mañana siguiente, bajó de la sierra caminando solemnemente, vestido con el nuevo ropaje de caballero combatiente de Dios, una miserable túnica de pordiosero, un calabacín y un bordón, para marchar como soldado a la conquista del reino celestial. Orientó sus pasos hacia la localidad de Manresa y se detuvo allí en una húmeda cueva a los pies de una roca, como sitio de estancia donde se sometió,

desde esa vez en adelante, a los más severos ejercicios de penitencia. Pasaba siete horas diarias arrodillado, y el poco tiempo que dormía lo hacía sobre suelo húmedo, con una piedra o un trozo de madera como almohada. Con frecuencia ayunaba durante tres o cuatro días, y si algo comía eran los más duros y negros mendrugos o un poco de verduras que previamente espolvoreaba con cenizas que las hacían todavía más desagradables. A pesar de todo, no le fue posible lograr ser considerado por los pordioseros como su igual; éstos se mofaban de él aún más. Cuando andaba entre ellos en una andrajosa casulla, el saco de pan sobre un hombro y un gran rosario rodeándole el cuello. Los golfillos lo señalaban con el dedo, se reían de él y lo llamaban, con sorna, "padre del saco".

Diariamente se flagelaba con violencia, no pocas veces se magullaba el pecho con una piedra, y una vez se castigó tanto que tuvo que ser llevado gravemente enfermo e inconsciente a casa de una bienhechora. Los médicos que lo atendieron lo desahucieron, y ya pedían algunas mujeres devotas a la dueña de la casa algunas prendas de la vestimenta de Ignacio como reliquias. Ésta quiso satisfacer esos deseos y abrió el armario de Ignacio para buscar las ropas del supuesto muerto; de inmediato, retrocedió espantada: en el armario colgaban, limpios y perfectamente ordenados, los instrumentos de mortificación más terribles: cinturones de flagelación de alambre trenzado, cadenas pesadas, ropa interior con clavos yuxtapuestos en forma de cruz y una prenda entretejida de pinchos de acero. ¡Todo esto portaba Ignacio sobre su cuerpo!

Ya que el libro de Fülöp-Miller, del que entresaco estas apreciaciones sobre la vida y obra de Loyola, de conformidad con una conversación del conocido padre jesuita Friedrich Muckermann, es "de unos rasgos característicos entretejidos de la más alta consideración", y debido a que la orden de los jesuitas "debe estar contenta de esta exposición", yo puedo seguir narrando: "Sobre la escalera de la iglesia de Mantesa, Ignacio creyó percibir una luz de lo alto que le indicaba cómo Dios había creado el mundo". Allí experimentó el "dogma

católico, y en forma tan diáfana que se atrevía a morir por la doctrina que él de tal suerte había visto". Pero tampoco faltaron las visiones más extraordinarias. Cierta día se le apareció "algo blanco como tres teclas de un clavicordio o de un órgano", y se convenció de inmediato de que era la Santa Trinidad. En la aparición de un cuerpo blanco "ni muy grande ni muy pequeño" creyó poder ver "la humanidad de Cristo"; en otra visión vio a la Virgen María. De manera recurrente tuvo la visión de una gran bola luminosa, "un poco más grande que el sol", la que él interpretó como Jesús Cristo...

Otra vez tuvo una visión luminosa parecida a una serpiente y que a él, pese a su radiante belleza, pronto se le transformó en siniestra. Al darse cuenta de que la visión "al acercarse a la cruz parecía perder belleza", dedujo que en esta serpiente no era Dios quien se le aparecía, sino el diablo. Con rapidez echó mano al bordón para expulsar con contundentes golpes al demonio. Sin embargo, "cada acción y cada impulso, a fin de cuentas, tenía su tiempo fijado: la misa no debía durar más de media hora, y un reloj de arena tenía que cuidar que este plazo no fuera sobrepasado. Él sólo se permitía "iluminaciones" durante la misa, y ni siquiera las lágrimas de emoción y de estremecimiento eran en él simplemente una irregular *gratia lacrimarum*, gracia lacrimosa, como en los primeros tiempos de su transformación anímica, sólo lloraba mucho más. Cuando éstas le surgían provocadas justamente por razones de su disciplina interior. En su propio diario de vida cuidó remarcar tal desbordamiento lacrimoso y de aforar, poco más o menos, su intensidad y duración, si durante el llanto sólo vertía algunas lágrimas o si se trataba de un río de lágrimas con sollozos...

El fundamento de la orden jesuita, que no existiría sin Ignacio de Loyola, son sus *Ejercicios espirituales*. "Quien los soportare debe experimentar infierno y cielo con todos sus sentidos hasta el dolor agudo y hasta lograr el gozo beatífico y hasta que se impregne en el alma la diferencia entre lo malo y lo bueno, para siempre, inextinguiblemente". De tal forma preparado se le planteará entonces al ejercitando la gran elección, si se decide por Satán o

por Cristo. Para la representación viviente del mal sirve en los ejercicios espirituales una escenificación espeluznante. En toda su pavorosidad primero se muestra el infierno, repleto de multitudes de gimientes condenados. Se da comienzo con este ejercicio para que el discípulo ante todo pueda medir "con la mirada de la imaginación, la longitud, anchura y profundidad del infierno", a continuación también tienen que actuar los demás sentidos, porque en estas singulares instrucciones para la dirección del montaje con su clasificación exacta, según puntuación, se indica:

"El primer punto consiste en que yo, con los ojos de la imaginación, veo aquellos inconmensurables fuegos abrasadores y a las almas como metidas en cuerpos ardiendo.

"El segundo punto consiste en que yo, con el oído de la imaginación, escucho el llanto, el clamor, el griterío, las blasfemias contra nuestro Señor Cristo y contra sus santos.

"El tercer punto consiste en que yo, con el sentido del olfato de la imaginación, huelo el humo, el azufre, los charcos y las cosas putrefactas del infierno.

"El cuarto punto consiste en que yo, con el sentido del gusto de la imaginación, saboreo las cosas amargas, las lágrimas, la tristeza, el gusano roedor de la conciencia en el infierno.

"El quinto punto consiste en el contacto, con el sentido del tacto de la imaginación, con aquellas brasas que cogen y queman las almas."

Al lograrse esto, se le muestra al ejercitando el ideal que debe seguir en lo sucesivo: Ignacio le enseña a profundizar en la vida y pasión de Jesucristo. Como en las imágenes anteriores sobre el infierno, en esta oportunidad también se emplean todos los sentidos para provocar imágenes expresivas, y también ahora Ignacio exige sin cesar una exacta "representación imaginaria del lugar".

"Entonces tengo que suponerme, como si mirara con el ojo de la imaginación, las sinagogas, ciudades y ciudadelas que

Cristo, nuestro Señor, recorrió y en las que predicó [...]. Si el asunto trata sobre la Santa Virgen, entonces el medio representativo que me figuro es una casa pequeña y después me imagino de manera especial la casa y los aposentos de nuestra amada Señora en la ciudad de Nazaret, en la región de Galilea". Durante la meditación sobre el nacimiento del Señor, Ignacio dio la orden de "recorrer con los ojos de la imaginación el camino que conduce de Nazaret a Belén", su largo y su ancho "también hay que tomarlos en consideración, así como el hecho de si el camino es liso o conduce por valles o sobre altura". También hay que imaginarse la "cueva del nacimiento" Cuán vasta y Cuán angosta, Cuán baja o Cuán alta y cómo estaba dispuesta...

Con la aplicación de todos los sentidos, Jesús debe de haber sido presentado "sobre el terreno frente a Jerusalén" como el generalísimo de su ejército, mientras frente a él, "en la comarca de Babilonia", Satanás reunía en torno de sí a sus demonios para la última batalla decisiva.

"Me figuro cómo Lucifer hizo venir hacia él incontables espíritus para enviarlos a todos, a todo el mundo, sin omitir un país, un lugar, una familia o un solo hombre [...]. De modo semejante hay que mirar sobre la parte contraria del supremo y verdadero general en jefe, nuestro Señor Cristo, [...] cómo escogió a sus apóstoles y discípulos y los envió a todo el mundo para divulgar su santa doctrina entre todos los hombres."

Mientras don Quijote cabalgaba por el país para resucitar la caballería andante, la corte española celebraba servicios de Amor, misas de *Minne* grotescamente desfiguradas desde el triunfo de las cruzadas contra los herejes. El enfermo de obcecación religiosa, el caballero Layóla, bajo el símbolo de Jesús, organizó una campaña clerical contra Lucifer haciendo que Montserrat se convirtiera en Montaña del Grial en lugar del ya hacía mucho tiempo destruido Montségur. En la propia cueva del Grial, Fontane la Salvasche, no faltan la

cabalgadura ni el capote de Parzival. Sólo que el capote se ha convertido en capa de mendigo, y el corcel se ha convertido en mula, así como Jesús de Nazaret había dado preferencia, en vez de al Pegaso apolíneo, a una burra para entrar en Jerusalén. El espíritu de Esclarmonde tampoco gobernaba más.

Por esta época el Nuevo Mundo fue descubierto, por segunda vez, por Cristóbal Colón. Su nombre de pila significa "portador de Cristo". Por lo que Colón ha llevado la doctrina de Cristo que Jesús sacó de la casa de David a través del océano. Sobre las huellas de Colón, Hernán Cortés navegó sobre el océano y conquistó el imperio azteca de México para España. Escribió un informe al rey. Allí se dice que Moctezuma, emperador de los aztecas, se sometió al rey porque lo consideraba como el señor "de aquel ser luminoso superior", de quien sus propios antepasados provenían. Moctezuma incluso admitió que Cortés quitara todos los "ídolos". Sólo cuando él, el emperador, fue hecho prisionero y gravemente herido por los invasores sedientos de oro, rechazó todo tipo de tratamiento a sus heridas, desdeñó llegar a ser Cristo, quiso morir -y murió-.

Había pagado un terrible error. Cortés era un enviado del papa y del rey católico, pero no del "sabio Dios", al que él y los suyos por tanto tiempo habían esperado. Del norte debía llegar el Dios, de la patria primitiva Tulla o Tulán, que había sido una "Tierra del Sol", pero donde "el hielo había empezado a dominar y ningún sol más había": proveniente de Thule. En lugar de la llegada de la corte de Lucifer -cito de *Redentor blanco*, de Gerhart Hauptmann-, el engendro, que al rostro de nuestra Madre Tierra deshonra desvergonzadamente con la inmundicia de su horror...

LOURDES

Estoy impresionado por este santuario. Es el mayor de Francia. Al ir escribiendo estas líneas, dejo deshacer un bombón sobre la lengua que, como dice un anuncio de escaparate charlatanesco, se produce con *Eau bénit de Lourdes*, con agua bendita de Lourdes. Tenía sabor-a-nada. El aire, por el contrario, está donde también a mí me gustaría estar, preñado de olores, se recuesta sobre el pecho y no quiere ceder. Aquí exhalan pesadamente los más variados perfumes, allá hienden también vahos de fenol y cloroformo apropiados para hospitales. Sólo raras veces, según percibí, dominó el aire puro del bosque y de las altas montañas que circundan deliciosamente Lourdes.

No quiero contar cómo Lourdes, desde febrero de 1858, poco a poco llegó a ser una de las minas de oro más productivas de la Iglesia romana. En esa fecha, la joven de diecisiete años Bernadette Soubirous vio a la Virgen María y de ella recibió la orden de construir allí una iglesia de peregrinación. Quien desee saber acerca de ello, puede consultar la novela *Lourdes*, de Emile Zola, que hasta este momento nadie ha podido refutar. Aquel que quiera mirar con sus propios ojos el encanto maravilloso, que viaje allá, para la temporada de las grandes peregrinaciones. Pero puede resultarle peligroso tener que ver la estación de ferrocarril de Quai d'Orsay, en París, y la estación de Montabiau, en Toulouse, congestionadas de camillas donde se hallan tendidos enfermos graves, y tener que viajar acompañado en el mismo compartimiento por personas enfermas con manifestaciones visibles e internas. Quedará conmovido por toda esa humanidad. Rezos murmurados se aúnan con el ruido del rodar del tren y puede ser que durante el viaje algún pasajero lo emprenda hacia el más allá.

Desde unas estribaciones pirenaicas irradia al peregrino una pro-

paganda luminosa en forma de cruz y desde el castillo de Lourdes, destacándose de la ciudad santuario, un proyector. El peregrino busca, antes de que se haga totalmente noche, la famosa gruta. Una Madre de Dios blanca, rígida y siempre sonriente está de pie sobre la roca; de ella fluye el agua medicinal. Cientos de cirios titilan. De la roca cuelgan muletas y báculos. Los que recobraron la salud los han dejado como testimonio para la auxiliadora Madre de Dios. Orantes se postran ante ella. Algunas veces son diez; otras, cien; otras, miles. Todo peregrino a Lourdes, sea católico o herético, no deja de visitar los baños que se alimentan de desviaciones de la fuente termal de la gruta, porque aquí puede llegar a ser testigo del gran "milagro" que proporciona Lourdes: torundas de algodón empapadas de pus o trozos de apositos y sucios emplastos incapaces de infectar a aquellos que miran al cielo y no al baño, que se meten en las gélidas aguas para que ellas los curen. De todas maneras, para que el visitante pueda divisar este "milagro", tiene que tener aquello que suele denominarse como "buenas relaciones".

Ni Kevelaer en la Renania o Echternach en Luxemburgo -ni siquiera la propia Roma- pueden ofrecer el espectáculo que Lourdes ofrece. Una gruta, sobre ella una iglesia suntuosa y, construida encima de ésta, otra; una segunda nueva iglesia que debe de haber costado cantidades ingentes de dinero. Es de noche. Negras se recortan las montañas, pero infinidad de luces alumbran en el valle, en las pendientes y hasta en las mismas cimas. Llegan en masa cientos de miles. Muchos acompañan o portan enfermos. Se reza en todos los idiomas del mundo. El rosario o el padre nuestro. Todos van en pos de la curación de enfermedades mentales o físicas, aquella que da el Señor de los Ejércitos, María, debe ayudar...

Ahora, todos encienden una vela o un farolillo de papel impreso con imágenes piadosas y versículos sagrados y se incorporan a la procesión. Las campanas empiezan a tañer, ondean las coloridas estampas de santos y los pesados pendones, destella la custodia, rezan sacerdotes y legos, los más enfermos emiten quejidos, varios de ellos serán consolados por

hombres sanos, y después... Después avanzan empujándose todos, pero todos subiendo a la iglesia de peregrinación de arriba, cuyos oro y piedra reflejan otra vez la diversidad multiplicada de la magnificencia. La música suena. La gigantesca multitud canta y los altavoces braman -es un aire de danza- la "Canción de Bernadette". Muchos quisieran que fuera una coral, pero es ¡un aire de danza!

Permanezco apañado. Y observo. Y recuerdo. En los tiempos primitivos, aquí se alzaba un templo de Venus. En la Edad Media aquí se les dio muerte a los cátaros, durante la cruzada contra los albigenses, en el siglo XII. Porque ellos no adoraron o veneraron a María, y a los santos y al señor Sabaoth, ni quisieron ser sometidos por Roma ni Francia.

También recordé la cueva de Betharam, cerca de Lourdes. La había visitado el día anterior. Es la cueva más visitada de los Pirineos. Sus más bellas concreciones calcáreas, que son el motivo de la llegada masiva de visitantes, están siendo traídas aquí desde hace mucho tiempo. Fueron sustraídas de la cueva de Lombrives, cerca de Sabart, en cuya noche eterna permanecen aquellas estalactitas y estalagmitas que han ido siendo creadas por agua de montaña en el transcurso de millones de años, que siempre crecen más alto sobre las legendarias tumbas de Heracles, de la Venus pirenaica y del rey Bebryx, y que desde hace mucho tiempo han llegado a ser demasiado enormes para que puedan ser trasladadas a otro sitio. En la cueva de Lombrives también esperan las osamentas de albigenses plenos de confianza en el Día del Juicio.

Permanecí apartado durante la procesión. Sobre mí lanzaba sus rayos una cruz, desde una alta cima de montaña. Desde el norte me saludó Arktos: la Osa Mayor y la Osa Menor. Deberé ir hacia él Cuando quiera encontrar mi Alemania...

Hace unos días realicé una larga caminata con un médico

de Pau, por las montañas de la zona de la sierra Maledetta. Mi amigo también es *Rimayre*, rimador. Así es como los gascones llaman a sus poetas. Mientras ascendíamos a las alturas me contó que sus paisanos, en tanto que lugareños aborígenes, se consideran descendientes directos de Heracles y de Pyrene, y que en la Gascuña aún se cantan canciones en las que Apolo y Venus y las Gracias y Ninfas campean a su gusto por los bosques y manantiales patrios; estos campesinos consideran a las propias montañas de los griegos, al Olimpo, a las Osas y al Pelión como menos orgullosas y menos sagradas que sus montañas, los Pirineos.

Después de un largo recorrido por altos montes y de un cansador ascenso, llegamos a miserables cabañas de piedras bien montadas, las que, para tener un adecuado sostén, se reclinan sobre las faldas de los montes. Estaban pegadas como nidos de golondrinas a la escarpada pendiente. Nuestras provisiones se estaban acabando, por lo que decidimos ir a comprar pan y queso, ya que todavía teníamos por delante un largo camino. Al ir aproximándonos, vimos desaparecer hombres en las pobres chozas. Aunque golpeamos las puertas con toda fuerza, nadie abría. Llamamos a viva voz; nadie respondía. Silencio mortal. Sólo un gato empezó a maullar. Las puertas permanecieron cerradas. Tuvimos que seguir caminando con las manos vacías.

Mi acompañante estaba convencido de que nosotros habíamos estado en un poblado de *cagots*. Hay algunos de ellos por aquí arriba, alejados de los hombres. Él es de la opinión -como la mayoría- de que adoptaban como designación original la de *Canis gotus*, can gótico, y los *cagots* deben de haber sido considerados como descendientes de los visigodos. Eran, sin excepción, gente de estatura alta, de rasgos muy expresivos, ojos azules y pelo rubio liso.

¿Tal vez la denigración que pesaba y todavía pesa sobre ellos -acoto yo- haya tenido su origen en cuestiones de creencia? No cabe duda, si no, no se habrían dirigido en el año 1517 por medio de una solicitud al papa León X suplicándole volver a gozar de su favor, ya que el error cometido por sus antepasados hacía mucho tiempo debería estar expiado. Si se les prestó atención es una cosa que escapó a sus conocimientos, dijo mi acompañante y manifestó que le interesaría saber con seguridad si aquí a los *cagots* también se les llama *salbatgés*. Que puede significar tanto salvaje como salvado.

Pensé en el Castillo del Grial Muntsalvatsche, de Wolfram von Eschenbach. Proseguimos nuestro largo viaje pedestre. Al bosque ya lo habíamos dejado lejos a nuestras espaldas. A ambas orillas del sendero pedregoso se alzaban altas matas de romero. Un águila trazaba sobre nosotros poderosos círculos. De pronto se elevó hacia las alturas de la sierra Maledetta. Tal profusión de luz nos irradió desde la colosal montaña surcada por glaciares, que nuestros ojos nos llegaron a doler. Tontamente habíamos olvidado traer gafas oscuras. Me preguntó si me era conocida una leyenda del Pirineo del trovador supremo Bertrán von Born, quien, afligido por la decadencia de su patria y por la pérdida de su libertad, subió a la sierra Maledetta y se dejó arrecir hasta convertirse en bloque de hielo del glaciar. No, contesté, pero sí sé que el Dante envió a los trovadores al infierno, donde él, decapitado, llevó la cabeza delante de sí para, de esta manera, alumbrar su camino a través del infierno...

El trovador Bertrán von Born y los canes góticos, los *cagots*, pertenecen a la servidumbre palaciega, la corte de Lucifer, le dije en el camino de regreso a su casa al rimador, quien, al igual que yo, iba pensativo. Preguntado acerca de lo que entendía tras este concepto de corte, quizá demasiado prolijamente, expuse lo siguiente:

En el Antiguo Testamento, Isaías, en nombre del Señor de los Ejércitos, que es el Dios de los judíos, se lamenta por todos

los que son interrogadores y héroes. A éstos les irá como a Lucifer, que desde el cielo cayó a lo más profundo por querer sentarse sobre la Montaña de la Asamblea en el más lejano Septentrión. En el más profundo Norte debe de estar situada esta montaña, ya que el Norte es la isla de la Medianoche. Allí dominan el hielo y la nieve, tal como dominan sobre el glaciar de la sierra Maledetta. ¿Quién sería el primero que llamó a esta montaña, la mayor y más hermosa del Pirineo, la *maledeite* sierra? Puede que hayan sido los mismos que cargan sobre sus conciencias la tragedia de los *cagots*.

He comprendido muy bien por qué el papa, con la cruzada contra los albigenses, quería a la Provenza y al Languedoc "dejarlos preparados para una nueva estirpe". Había que erradicar totalmente del sur de Francia la sangre germana, porque ésta, la del norte, no era sagrada para Jerusalén o Roma.

A los germanos se los convirtió en bárbaros; a los vándalos se los convirtió en destructores vandálicos; a los borgoñeses, en *bougres* -que en Francia es uno de los peores apodos injuriosos-, y a los cátaros los llamaron herejes. ¡Cuánto ha tenido que odiar Roma al germanismo! Eligió los medios y las vías más indignas y antidivinas que pudieran ser elegidos. Así es el aspecto de la historia de la religión occidental: a quien quisiera levantarse de las tinieblas de la ignorancia, Roma lo humillaba por la fuerza. A quien buscara desvelar los secretos del mundo y de la vida, lo enviaba al infierno o lo fulminaba, Cuándo no lo podía exterminar con anatemas y libelos difamatorios. ¿Es acaso un delito que un hombre elija como objetivo la posibilidad máxima: el Ser Supremo? Roma llevó hombres a la muerte porque no quisieron rezarle a aquel Dios de los judíos que se ha arrepentido de haber creado el mundo y a los hombres. El papa de Roma ha hecho quemar a aquéllos y a otros los ha hecho padecer una muerte cruel porque no lo quisieron reconocer como representante de la divinidad, ya que es indudable que los papas, como la historia lo deja suficientemente claro, tuvieron que ser

contados muy a menudo entre la escoria humana.

Como corte de Lucifer, comprendo a aquellos que tuvieron sangre nórdica y le fueron fieles, que eligieron a una Montaña de la Asamblea en el más lejano Septentrión, como objetivo final de su búsqueda de Dios, y no a los montes del Sinaí o Sión del Cercano Oriente. Como corte de Lucifer, comprendo a aquellos que no necesitaron de un mediador para lograr llegar a su dios o para entablar con él un diálogo, sino que, por el contrario, buscaron a su dios con sus propias fuerzas y -es mi creencia- fueron escuchados por él. Como corte de Lucifer, comprendo a aquellos que no creyeron por medio de los más burdos recursos -como las penitencias medievales o los derviches árabes o algunos otros que creían caer en éxtasis para ver la divinidad-, sino que miraron la vida con sus confusiones, contradicciones y cargas como un deber impuesto por la divinidad, para que con paciencia pudieran aclarar sus confusiones y hacer compatibles sus contradicciones. Como corte de Lucifer, comprendo a aquellos que no imploraron de rodillas al cielo, sino que con valentía reclamaron su admisión en él porque hicieron todo lo humanamente posible para ser dignos de un endiosamiento.

Mi compañero de ruta opinó que sólo en escala limitada podría aprobar mi parecer, pero tuvo que aceptar que, Cuando hablé en cierta ocasión de los trovadores, el trovador Peire Cardinal, haciendo caso omiso del portero del cielo, Pedro, había exigido con violencia a Dios su admisión en el Paraíso.

Ya en el camino de regreso de la sierra Maledetta -cuyo glaciar más helado, como rival del infierno más ardiente del Dante, ha cobijado al trovador Bertrán von Born congelado por la pena y quizá se ha convertido por eso en *maledete*-, me recitó en lengua provenzal una poesía herética de Peire Cardinal:

Ahora poetizo una nueva canción de censura
Que oirá el Día del Juicio Él, que nos creó de la
nada. Nunca más debería cerrarnos su puerta Y
que el Santo Padre la custodie Es la mayor
vergüenza para Él. No: Desde el propio poder,
alegre y sonriente Nos instalaremos allí algún
día.

Una corte que no nos parecerá perfecta; dentro de ella la
servidumbre palaciega ríe mientras los otros lloran.

Y él será venerado como el más alto Señor,
Reñiremos en caso de que se resista a admitirnos.
Quisiéramos lograr un compromiso, ¡Que nos lleve a
donde Él nos sacó!

SEGUNDA ETAPA

*Todos mis pensamientos hablan de Amor
(Minne).*

*Y son en si de modos tan
diversos.*

Dante

EN UNA NOCHE DE VIAJE

Recién acaban de abandonar el tren dos oficiales de la marina francesa. Este tren une la frontera española con la italiana, en el puerto de Cette. Ellos, como yo, habían subido en Narbonne. Antes de que salieran del departamento y por propia iniciativa, me dejaron los libros que ya habían leído como lectura de viaje. Les había dicho que tenía que pasar en el tren toda la noche. Los libros son novelas baratas, horriblemente ilustradas. Empero, no me son tan desagradables para entrada la noche. El tren está repleto de gente bulliciosa y hace un bochorno sofocante. Ni pensar en dormir. Seguramente hay tormenta sobre el Mediterráneo, porque el aguacero fustiga contra los vidrios como si fuera arrojado a cántaros llenos.

Un padre jesuita reza en secreto el rosario. Su boca deslabiada, una raya, se mueve de Cuándo en Cuándo. Por momentos, sus ojos pequeños y duros miran fijamente a los demás viajeros. Uno de ellos es obeso. Gotas de sudor perlan su frente, en ocasiones las seca con un pañuelo apoltonado. En su mano hay muchos anillos. Incluso uno de matrimonio. El obeso es judío, aunque de la cadena de oro macizo de su reloj penda un medallón cristiano.

Frente al jesuita, en otro rincón de la ventana, va sentada una mujer simple, de peinado con raya y gafas. Con manos que evidencian el trabajo doméstico, teje a ganchillo un jersey para un muchacho, que pronto estará listo. No levanta los ojos.

Pese a su faena, me parece que sonrío quedamente. A lo mejor viaja para encontrarse con su chicuelo... Entre los pasajeros hay un judío. Le gustaría ser bautizado, pero es judío. Pertenece a aquel "pueblo elegido" al que a Ignacio de Loyola, fundador de la orden de los jesuitas, le hubiera gustado pertenecer. Loyola exteriorizó una vez que él lo habría tenido por un favor muy especial de su Dios si éste le hubiera permitido ser de origen judío para tener un "parentesco de sangre" con Nuestro Señor Jesucristo y con Nuestra querida Señora, la bienaventurada Virgen María.

Observo cómo la mujer simple ejecuta diligente y con buen humor su trabajo manual, quizá tiene en su mente a un chicuelo al que va a encontrar y que no conoce la moraleja jesuita de que "los hijos deberían hurtar a sus padres, si éstos no les hicieran caso después de repetidos ruegos y quejas, tanto como la costumbre y la posición lo permitan". Pienso en mi madre y en mi padre. Nosotros, sus hijos, les hemos causado muchas preocupaciones. Pero lo que no supe es que nosotros les tendríamos que haber robado. Si hubiese querido ser jesuita, entonces debería "deponer toda simpatía moderadamente sanguínea frente al parentesco de sangre", y no debería decir que tengo "padres o hermanos, sino que yo los tuve". Gracias a Dios, todavía los tengo.

Soy alemán. "Para el jesuita no puede haber ninguna separación de los hombres según naciones y razas; para él solamente hay hombres que luchan bajo la bandera de Lucifer y hombres que lidian bajo la bandera de Cristo". En lo que a mi creencia en Dios respecta, yo combato bajo la bandera de Lucifer. Soy hereje y

mundano a la vez, porque con gusto voy a teatros y a salas de concierto. "Los discípulos de la Compañía de Jesús no deben ir a espectáculos públicos, romerías ni a otras representaciones ni a ejecución de delincuentes, aunque sí pueden hacerlo para la ejecución de herejes". En aquellos tiempos pasados a mí también me hubiesen quemado.

GENOVA

Me encuentro en suelo italiano. Hace un calor abrasador. Ayer pasé el día en Monaco; su nombre deriva del Heracles Monoiko. Esta noche sigo mi viaje a Milán. A mis oídos llega un cantar sentimental; un señor se lamenta de su nostalgia *di baci* y su nostalgia *d'amore*; nostalgia de besos y de amor. Se me ocurre un juego de palabras: la inversión de amor es Roma. Una vez, los genoveses se sintieron muy orgullosos de su Sacro *Catino*, su Cáliz Sagrado. Ha sido el Grial, y seguramente aquel que utilizó José de Arimatea con ocasión de la Pasión de Jesús Cristo. Un cronista medieval, Wilhelm von Tyrus, aseguró que el Grial genovés fue conservado inicialmente en el templo de Heracles en Tiro y luego cayó en manos de los musulmanes. Según informes posteriores, los genoveses lo capturaron durante las cruzadas palestinas y se lo llevaron a su ciudad. Se lo tenía por una esmeralda hasta que Napoleón lo hizo examinar en 1806 y se constató que era vidrio en pasta verde oliva. Lo que debe de haber indignado a los genoveses.

También son malos para hablar sobre el verdadero descubridor de América. Sólo a regañadientes reconocen que un vikingo pagano y bárbaro de Islandia, medio milenio antes del cristiano genovés Cristóbal Colón, había descubierto el Nuevo Mundo. El Nuevo Mundo no me atrae, pero quiero ver Islandia. Muchos creen que es la Thule de la que el esforzado Pytheas llevó noticias a su casa. Siento ardientes deseos de nubes y temporales, de nieve y hielo.

Roma, Milán y Verona son las únicas ciudades italianas que puedo ir a recorrer. Con gusto hubiera ido a visitar Nápoles, en cuyas cercanías, en el Mons Lactarius, fueron exterminados los últimos ostrogodos durante el reinado de Teja en 555. Florencia, que una vez estuvo completamente entregada al catarismo y donde un Dante alabó en Minne a la "casada" Beatriz Rávena, donde el rey ostrogodo Teodorico residía en los tiempos de paz y donde "construyó con sus propias manos su jardín". Si amenazaba guerra, el rey trasladaba su corte a Verona, alabada por muchos poetas antiguos como Bern. Como he dicho, Roma, Milán y Verona son las únicas ciudades que veré. También habría ido gustoso a Loreto, a orillas del mar Adriático, debido al lugar católico de peregrinaciones, Nazaret. Allí muestran la casa natal de la Madre de Dios, María, a la que un ángel trajo aquí en una noche desde Palestina.

Teodorico, nuestro Dietrich von Bern, hizo traer a Rávena aquel famoso tesoro de los godos, que antes había estado en posesión de los romanos, desde Carcassonne, adonde lo había llevado el rey ostrogodo Alarico. El Grial debe de haber estado entre estas joyas. Me pregunto si Dietrich, en Rávena, la tan alabada ciudad Raben, habrá sido Rey del Grial. Una segunda pregunta suscita el antiguo poema de la "Guerra del Wartburg". Érase una vez en Roma una rica familia que "*was in armuot kommen durch ir edelen milten muot*" (se había empobrecido debido a su hidalga y clemente valentía). ¿Habrá sido esta rica familia la dueña del tesoro de los godos?

Justamente hace cien años, antes de la decisiva batalla en Mons Lactarius, cerca de Napóles, vino al mundo el rey ostrogodo Teodorico. El decimocuarto rey de descendencia directa de la estirpe real de los Amala, "los que en cierto modo vencieron gracias al hado, y que fueron llamados por los godos semidioses o Ansis (Ases)". El primer Amala debe de haber sido Gant, entre quienes algunos creen que debiera incluirse al propio Dios. Otro "al que los godos veneran entre los dioses de su pueblo" era Taunáis o Thanauses. Otro más fue Ermanarich, que debe de haberse

autoproclamado "rey de los escitas" y que también dominó sobre la mayor parte de la Germania. Fue "el más noble de los Amalas", afirmó en el siglo VI de nuestra era el historiógrafo Jordains, que nos ha legado un importante compendio de los doce libros de la historia perdida de Casiodoro, canciller y hombre de confianza de Teodorico. Jordains también dio a conocer que los godos "antiguamente habían emigrado de la isla de Escandía", que había himnos conmemorativos referidos al origen del nombre del pueblo gótico y que los recuerdos de las expediciones godas sobreviven en "viejas canciones de tipo casi histórico". Los himnos y canciones se han perdido.

Teodorico vio la luz del mundo en las proximidades de Viena, dos años después de la muerte del rey de los hunos, Atila. Éste, que entró en la saga de los héroes como rey Etzel, fue enterrado por nobles ostrogodos. Alrededor del cadáver en su fastuoso ataúd al aire libre cabalgaban los nobles del servicio feudal sobre sus corceles y cantaban alabanzas al muerto.

Finalmente, Teodorico dominó el territorio itálico entre los Alpes y la puerta sur de Calabria -y también sobre la pacífica Sicilia abandonada por los vándalos-. Embajadores llegados de las más alejadas comarcas de Germania se encontraron en Rávena para rendirle homenaje. Un día también vino el rey de los eures, una tribu norgermánica, y pretendió ganarse la amistad de Teodorico. Lo ensalzó "de acuerdo con el rito gótico de estado de adopción a rango de hijo".

Hasta las ramas de los árboles fueron traídas por mensajeros desde el litoral del mar Báltico para que ellos depositaran ámbar a los pies del gran rey. El godo real mantuvo con los escandinavos, especialmente, un trato amistoso. En su corte se quedó a vivir de manera permanente -como deduje de una edición inglesa- "un príncipe sueco que había gobernado sobre una de las trece tribus más populosas que entonces habitaban una parte de la península escandinava. Este país septentrional, al que a veces se ha dado

vagamente el nombre de Thule, fue poblado e investigado hasta el grado de latitud 78, donde los habitantes del círculo polar en cada detención del sol de verano y del sol de invierno durante cuarenta días lo disfrutaban o lo pierden. La larga noche de la ausencia del sol o de la “muerte del sol” era la triste época de la indigencia y del miedo, hasta que emisarios enviados a la cima de la montaña veían regresar los primeros rayos de luz y anunciaban a la llanura la fiesta de su renacimiento”.

Se dice con razón que la isla Escandía, de la cual una vez emigraron los godos, y la península de Escandinavia son una sola. Es posible que el massiliota Pytheas haya vivido en Escandinavia, por lo que deberíamos considerar a Escandinavia como su Thule.

Cuándo murió Teodorico, en 526, parecía que el imperio ostrogodo había quedado firmemente cimentado para todos los tiempos futuros. Sin embargo, treinta años después su imperio estaba destruido, su pueblo había sido exterminado y de su dominio no quedó en pie más que aquel magnífico mausoleo que su hija Amalasantha había hecho levantar a la vista de la ciudad de Rávena. También habían supervivido las sagas heroicas de Dietrich von Bern y de Thidrek.

Los poetas católicos del medievo dicen de Teodorico que fue raptado por el diablo y asado a fuego lento en las brasas, para toda la eternidad...

MILÁN

El patrono tutelar de Milán es san Ambrosio. Fue arzobispo de Milán de 374 a 397, Cuándo Teodosio I reinó en la Roma oriental y Valentiniano II en la Roma occidental, ambos como emperadores. Sus huesos reposan aquí en la iglesia Sant’Ambrogio, que fue lugar de coronación de los reyes lombardos y los emperadores alemanes desde el siglo IX hasta el

siglo XV. En esta iglesia bautizó como cristiano romano, en 387, a san Agustín, al que el maniqueísmo había causado gran agitación y una penosa situación.

San Agustín perteneció tan poco a la corte de Lucifer como Ambrosio. Sin embargo, debo informar sobre él. Agustín nació en Numidia, de madre cristiana y de ascendencia púnico-africana. Su padre era pagano y semita. Fue a la escuela de una ciudad que no quedaba lejos de la esfera de los nómadas. Con dieciséis años "era, como el mismo Agustín lo contó, un joven apuesto, por lo que el padre se complacía junto al joven en el baño, y, preparado como sirio-púnico de pura cepa, ya pensaba en nietos". Dos años después, el padre se arrepentía de su deseo, porque Agustín trajo al mundo un nieto ilegítimo. Fue llamado Adeodat, que significa "dado por Dios". Durante trece años vivió Agustín con la madre de su hijo en concubinato.

Entonces Agustín se dedicó por un tiempo al maniqueísmo. Sus discusiones con uno de los más afamados maniqueos de aquella época, un hombre de nombre Fausto, las dejó registradas de una manera muy poco noble en el escrito *Contra Faustum* (Contra Fausto). Odiaba rabiosamente el maniqueísmo.

Un día Agustín decidió trasladarse a Roma. No permaneció mucho tiempo en esta ciudad, que se autodenomina eterna, sino que atendiendo a su vocación ejerció de profesor de retórica en Milán. Aquí repudió a la mujer con la que había convivido por tanto tiempo y que le había dado un hijo. Creyó que debía contraer matrimonio concordante con su posición social. La madre de su hijo regresó abatida al norte de África, donde "transcurrió el resto de su vida soltera en una comunidad cristiana". Muy pronto halló él "una mujer adecuada que satisfizo sus requerimientos carnales y sus ambiciosos objetivos". Pero, por alguna razón, el matrimonio se aplazó hasta dos años más tarde. En el ínterin, Agustín tomó para sí una querida. Al ir aproximándose la fecha del casamiento echó de la casa a esta mujer y no contrajo matrimonio con la novia. Porque en este

entretanto se había convertido al cristianismo católico y había hecho votos de castidad ante Dios y la Iglesia. Verdad es que en los años posteriores dijo que las prostitutas son una parte constitutiva de la sociedad humana tal como los verdugos, a pesar de que para él la palabra del apóstol Pablo había pasado a ser regla de conducta: no tiendas a la comida y a la bebida, ni a la alcoba y la lascivia, ni a la discordia y la envidia, sino al Señor Jesús Cristo y espera del cuerpo, por lo tanto, que no sea lascivo. "No seguí leyendo -comenta Agustín-, no era en realidad necesario, porque justo al finalizar esta palabra se hizo la luz de la paz en mi corazón y huyó de mi la noche de la duda". Con su hijo Adeodat, al cual, como acostumbraba decir, "había engendrado en pecado", se hizo bautizar por Ambrosio. Un año después el hijo murió.

Él mismo se marchó de este mundo el año 430, mientras el gran rey vándalo Genserico ponía cerco a la ciudad donde Agustín fue obispo por última vez, la ciudad norteafricana de Hipona. Dentro de sus murallas yacía moribundo un semita y obispo que posteriormente fue canonizado como Padre de la Iglesia. Un rey germano asaltó las murallas. El semita continuó triunfando en Cuánto que, en los tiempos futuros, todos los papas, casi todos los curas y algunos emperadores romanos de la nación alemana, ante todo Carlos el Franco, han utilizado, junto a la Biblia como eficaz martillo, la obra más significativa de Agustín, *Civitas Dei* (La ciudad de Dios), para volver a forjar occidente en el senado semítico. Casi lo lograron. Pese a todo, debemos abrigar la esperanza de que Europa algún día se limpiará de toda mitología judía...

Cuándo Agustín llega a Roma, la encuentra conquistada por los godos. Los romanos se quejaban de que el dominio godo sólo pudo ser posible porque Roma había adoptado "la nueva religión oriental", el cristianismo. Agustín replicó a los romanos: "¿Van acaso los godos a la iglesia cristiana? No, la evitan. Porque los godos son hombres diferentes a nosotros y a vosotros".

Y el semita adoctrinó a los romanos en su *Ciudad de Dios*: "Entre

los hombres hay caínes y abeles. A los de Caín perteneció Roma; con el asesinato de Remo perpetrado por Rómulo, comenzaron a gobernar los caínes. Angeles apartados de Dios crearon Asiría, Persia, Atenas. Solamente en Sem se multiplicaron las semillas de Abel, aunque, por cierto, él también sufrió de debilidad desde la caída de Adán. En la historia del pueblo de Israel, el pecado siempre se muestra de nuevo. Y en ella debía aparecer Jesús para salvar a aquellos que han sido determinados para la redención. Porque de Israel sale la Iglesia. Ella intercede por aquellos predestinados a la salvación por la liberación de las debilidades de la carne. ¡Sin la Iglesia no hay ninguna verdadera comunidad, sólo violencia y guerra, a duras penas reprimidas por las leyes! Pero ahora está aquí la gran unidad: la *Civitas* romana; el imperio romano ha sido superado y transformado desde que los emperadores son cristianos. Roma misma y todas sus instituciones pertenecen ahora a la Iglesia. A ella tiene que servir el Estado terrenal; Iglesia y Estado son las dos instituciones de la gran unidad de la cristiandad, ambas encarnan en la humanidad el Estado de Dios, que es la finalidad y el objetivo de la historia. Al finalizar el día, el propio Jesús tomó el mando y separó a los elegidos de los condenados eternos". Así enseña Agustín, el padre de la Iglesia en su *Civitas Dei...* ¡Y nosotros podríamos coger el toro por los cuernos!

Abro el primer libro de Moisés en los capítulos cuarto y quinto. Leo: conoció Adán a su mujer Eva, que concibió y dio a luz a Caín. Después dio a luz a su hermano Abel. Y aconteció que, estando ellos en el campo, Caín se alzó contra su hermano Abel y lo mató.

Y conoció de nuevo Adán a su mujer, que dio a luz a un hijo al que llamó Set. Porque Dios, dijo ella, me ha sustituido otro hijo en lugar de Abel, al que Caín ha estrangulado.

Y Set también engendró un hijo y lo llamó Enós. Enós engendró a Cainán. Éste engendró a Mahalaleel. Que engendró a Jared. Que engendró a Enoc. Que engendró a Matusalén. Que engendró a Lamec. Que engendró a Noé. Y siendo Noé de quinientos años

engendró a Sem, a Cam y a Jafet.

Agustín se equivocó al hacer reproducir la simiente de Abel en Sem. Sem provenía de la simiente de Set, con el que Yahvé sustituyó al estrangulado Abel. La Biblia hace ser a Sem un nuevo descendiente de Lamec; a éste, un descendiente de Enoc; a éste, un descendiente de Mahalaleel, y a éste, un bisnieto de Set.

Voy a abrir el primer libro de Moisés en los mismos capítulos.

Leo: conoció Adán a su mujer Eva, que concibió y dio a luz a Caín.

Y Caín conoció a su mujer que concibió y dio a luz a Enoc. Pero

Enoc engendró a Irad. Que engendró a Mahujael. Que engendró a

Matusalén. Que engendró a Lamec. Lamec engendró un hijo y lo

llamó Noé. Siendo Noé de quinientos años engendró a Sem, Cam y a

Jafet

En consecuencia, la Biblia se contradice a sí misma. Por cierto, en ambos casos, Sem es un nieto de Lamec. Pero ahí comienza el desconcierto: Lamec es tanto un nieto de Enoc como su tataranieto, y Enoc es, entonces, tanto un tataranieto de Adán como su nieto.

¿Y Sem? Según la Biblia, Sem es de la descendencia de Set o de la descendencia de Caín. Pero no; como asegura Agustín, de la descendencia de Abel, ¡oh fue estrangulado por Caín y en cuyo lugar Yahvé puso a Set!

El padre de la Iglesia san Agustín debe de haber conocido la Biblia en general y el primer libro de Moisés en particular. ¿Por qué se ha extraviado deliberadamente de la "palabra de Dios"? Respondo a la pregunta: ¡para el cristiano Agustín, se trataba de la pertenencia a la raza de Jesús de Nazaret! Quería convencerse de que Jesús no provenía de la descendencia de Caín, que había sido un asesino. El padre de la Iglesia Agustín también quería convencerse de que no sólo el pueblo de Israel, que continuó la descendencia de Sem, sino también la Iglesia salida de Israel tendría su origen inicial en la descendencia de Abel. Y lo que, no en último lugar, le importaba al semita Agustín en relación con la ciudad universal de Roma -

que manifestaba desconfianza a la "nueva religión oriental"- era que ésta tenía que ganar sea como fuere, para lograr la conquista del mundo por el pueblo de Israel y de la Iglesia proveniente de éste, que iba siendo una codiciosa potencia mundial (el mundo tenía que pasar a constituir un Estado de Dios judío).

Es por esto que Agustín se inventó, sin ningún fundamento, que Roma pertenecía a la casta de Caín, Abel-Remo habían sido asesinados por Caín-Rómulo, por esta causa Roma había caído en el pecado y la flaqueza y solamente el semita Jesús podría liberarla de los godos, conquistadores de la ciudad eterna. Los godos no provenían de la descendencia de Sem, por lo tanto ni de Caín ni de Set. Menos aún podrían provenir de la descendencia del bíblico Abel, ya que la Biblia nada da a conocer de la descendencia de Abel. ¿De qué descendencia eran los godos? Respondo a la pregunta: los godos eran de la descendencia de aquellos ángeles caídos de Dios de los cuales habla Agustín. Con Lucifer, estos ángeles son condenados por el Dios bíblico al infierno, a la caverna más profunda. Los "ángeles caídos de Dios" de Agustín y su descendencia, de la que procedían los godos, conforman la corte de Lucifer. Ahora, que cada uno de los que hasta aquí me han seguido saque sus propias conclusiones de la doctrina racial de Agustín. No olvide tampoco pensar aquí en aquella tan poco conocida frase del estadista inglés Disraeli, un judío, que ha dicho consciente y manifiestamente que la historia solamente puede ser entendida Cuándo se tienen conocimientos sobre los problemas de las razas. También piense en Heracles y los argonautas. Uno de ellos, Perseo, fue el "creador" de Persia, Heracles y los argonautas todos pertenecieron a los "ángeles caídos". Incluso Cuándo todavía hoy estén en el cielo como constelaciones ¡a pesar de Yahvé! La homonimia de las palabras de Abel y Abelio (así llamaban también al sol los antiguos cretenses) obliga a reflexionar a quien piense más allá. A este respecto también yo me preocupo. Quizá dé a conocer en otro libro estas preocupaciones.

En Roma hubo, dice la antigua canción de la "Guerra de

Wartburg", una rica estirpe "*was in armuot comen durch ir edelen milten muot*", *war in Armut gekommen durch seinen edlen milden Mut* (que llegó a la pobreza por su noble valentía).

Esta estirpe bien podría ser la descendencia de Eneas y de su padre Anquises, los dos llegados de Troya en calidad de exiliados. Eneas llevó a tierra a su padre Anquises cargándolo sobre sus hombros, cual si fuera un pilar de candelechero, que en el monte llamaban Alcís, Ansís o Ases. Ante tales pilares, los hombres de las tierras boscales solían beber *Minne* (Amor) y conmemorar al Dios Padre del Universo o a sus antepasados.

Por fin, el caduco imperio romano fue superado y transformado por una religión del cercano Oriente; ahora pertenece con todas sus instituciones, por un largo tiempo, a la Iglesia católica procedente de Israel. Católica significa: abarcando todo el universo.

Y los ostrogodos llegaron por un tiempo relativamente corto. ¿Podríamos considerarlos como la "estirpe rica"? Los reyes godos eran Amalos cuya genealogía debe remontarse hasta los "semidioses" llamados Ansís o Ases. Deben de haber sido los señores de aquel tesoro de los godos en el que se encontraba el Grial. Al ir los godos acercándose a Roma, temblaban los ciudadanos de la Ciudad Eterna. Les habían contado horrores de la fuerza goda y de las espadas góticas. Roma tembló. Pero pudo triunfar pronto pese a todo: en el Mons Lactarias a los "hombres del Norte" les asestó el golpe mortal el general y eunuco bizantino Narsés. Este monte queda cerca de Puteoli en la Napotitania.

Gustoso hubiera visitado Puteoli (hoy Puzzuoli), pues allí tengo más para ver y meditar: por Puteoli se hallan los Campos Flégreos sobre los que se llevó a cabo la gigantomaquia -aquella lucha entre dioses y titanes por la supremacía olímpica-. Probablemente se trata del mismo combate que las *Eddas* refieren entre los Ases y los Wanen. Puteoli también me atrae por las ruinas de la antigua Cumas, una colonia helena. Desde allí se propagó sobre Italia el culto a Apolo, y

allí, en una cueva, profetizaba Sibila de Cumas, una pitonisa itálica. Wolfram von Eschenbach dice que la Sibila era una profetisa del Grial. La Sibila cumae vivía en una cueva de la montaña próxima...

Así es: primero, si fuera a Puzzuoli, cerca de Nápoles, iría en busca de una cueva en la montaña. Seguramente está cerca del lago Averno, donde los antiguos imaginaron que se encontraba la entrada de los infiernos. Según da a conocer Dietrich von Nieheim, que a fines del siglo XIV era obispo de Verden en el Aller, en la montaña tienen su casa muchos hombres hasta el Día del Juicio y se deleitan con placeres diabólicos. La montaña se llama Grial.

Quien me haya seguido hasta aquí no olvide a los cátaros, Cuando por sí mismo siga el hilo. Ellos también en la Lombardía fueron "tantos como la arena del mar", y se les abrasó en su herejía "como a lámparas". Unos fueron anatematizados como maniqueos; los otros, como amaños. Como los herejes alemanes, seguramente también se reconocían por el saludo: "Te saluda Lucifer, a quien no se hizo justicia".

ROMA

El alemán Tannhäuser, como el pueblo errante de la Edad Media lo vio, una vez se arrodilló ante el papa. Le pesaba un gran "pecado", ya que había ido al bosque a mirar un milagro y había dado con el Monte de Venus. La señora *Minne* -que también se llamó señora Saelde o señora Holda- imperaba en esa montaña. Allí había muchos héroes y muchos cantores. Siete años permaneció Tannhäuser junto a la diosa. Entonces lo asaltaron las dudas sobre la salvación de su alma y se despidió de la señora *Minne* para peregrinar a Roma. En vano la graciosa le suplicó que permaneciera junto a ella, porque junto a ella estaba su salvación. Tannhäuser se desprendió de sus brazos y no escuchó que le encomendaba que no debía olvidar "despedirse de los hombres antiguos". Con pies sangrantes peregrinó el desventurado hacia Roma. Allá tañían las campanas y se escuchaba el canto llano.

Los cirios titilaban, los monjes cantaban y el papa celebraba misa en la desmesurada catedral de San Pedro. Arrepentido, constricto y agotado, el peregrino permaneció de pie detrás de una columna cercana a la entrada. Las lágrimas le corrían sobre las cárdenas mejillas y le dolía el desasosegado pecho. Y le hizo dar gritos de júbilo, porque era Navidad, el himno mil veces diferente: "Alabado sea Dios en las alturas y haya paz en la tierra para los hombres de buena voluntad". El papa celebrante murmuró siguiendo el texto bíblico: "Venid a mí aquellos de vosotros que sufrís penas y agobios, yo os reconfortaré".

Allí estaba Tannhäuser de rodillas frente al papa. Con la voz entrecortada por los sollozos, balbuceaba: 'A ti he venido agobiado por mis miserias. ¡Reconfortadme!'. El papa, sin embargo, sosteniendo una ramita seca en la mano habló, ahora en italiano, lanzando al peregrino humillado ante él una horrible maldición: "Tú has estado en el Monte de Venus, en el infierno. Por eso serás condenado para siempre. Así como es imposible que esta rama seca en mi mano dé rosas, aún es más imposible que te conceda perdón e indulgencia. ¡Levántate y vete!".

Tannhäuser se levantó con rapidez, apesadumbrado por haber gimoteado ante aquel hombre tan mortal como él mismo.

¡Sí, así veo a Tannhäuser! Ahora se encuentra erguido y fuerte. Calla, Porque en espíritu ve el bosque alemán. La nieve cubriendo praderas; cuervos graznando al volar, abriéndose paso entre copos de nieve, detrás de los celajes anuncian el vespertino arrebol; de los oscuros abetos penden claros carámbanos, los abetos van siendo cubiertos por la nieve. Se ve a sí mismo pisando firme a través de la floresta nevada. Libre de pesares, libre de discordias, porque está en su casa. Ninguna otra palabra dice al papa. Sólo lo contempla en su magnitud y se marcha de allí. Hacia el norte. El papa queda sobrecogido de

frío o de temor por esta mirada, y necesita tiempo para volver a gozar del sol romano. Antes de que Tannhäuser entre para siempre en la montaña de la señora Holda, canta una antigua canción que bendice una vez más al sol, y a sus queridos amigos. Éstos podrían ser los astros. Entonces se sienta frente a los hombres viejos de los que estúpidamente había olvidado despedirse, y que no estaban resentidos porque eran sabios y de jóvenes también se habían equivocado. El error pone al rojo vivo la pureza de aquellos que son de buena y firme voluntad.

Y el abeto alemán se va cubriendo aún más profundamente con el manto de nieve de la señora Holda, feliz por el retorno de Tannhäuser al lar, y le tararea una canción de cuna. Pronto se adormece soñando con la primavera y con el dios de la primavera, que ya estaban de camino.

El gran papa Gregorio, el Santo, tal como él se vio a sí mismo, tuvo cierta vez una visión. Gustaba -pese a que Ignacio de Loyola todavía no había podido introducir los ejercicios espirituales, ya que recién mil años más tarde pudo venir al mundo-, según todas las normas jesuíticas, de la gloria eterna del reino de los cielos cristianos que describió así: "Los justos, sin embargo, ven a los injustos siempre en sus tormentos, por ello su alegría aumenta. La vista de los castigos a los condenados tampoco enturbia en el espíritu de los justos la luz de su tan grande bienaventuranza, porque allí donde no hay ninguna compasión con la miseria, sin ninguna duda que la alegría de los justos no podrá ser atenuada. Qué maravilla que la vida de los tormentos a los injustos sirva de sustento de la alegría de los justos. Puesto que, como se ha dicho, las alegrías de los bienaventurados aumentarán más Cuándo ante sus ojos la desdicha de los anatematizados mas se intensifique, esa desdicha de la que ellos mismos pudieron escapar".

El papa Inocencio III, tal como lo vio el poeta alemán

Lenau, después de haber mandado exterminar a los albigenses, una vez se arrodilló en la paz de la noche, ante una imagen de Cristo en el Vaticano, y rezó en voz alta. ¿Quizá tuvo miedo ante el silencio, desde que él al mundo dio tal paz?

Alzó la vista a la imagen de Dios,
Le asustaron el amor, y la indulgencia.
Mientras pensaba en sus acciones,
Cuán sangriento había dispuesto al mundo.
Fija la imagen en la cara,
Una arruga le apaga la luz
Y le circundan las tinieblas
Y el silencio, a la imagen no pregunta
Nada más...

De súbito lo estremecieron las llamas: las llamas de la Provenza, que había ordenado preparar para una nueva estirpe. Las llamas le señalan la cruz sobre el pecho de aquellos esbirros que él había mandado a traer desde los cuatro puntos cardinales para alistarlos en la cruzada contra los albigenses, de aquellos a los que, por ser "soldados de Cristo", les había prometido la gloria eterna.

Se derrumban las ruinas, rechinan las armas,
Y desde el fogoso crepitar
Escucha maldecir su nombre:
Al soplarle el espanto en el rostro
Toma conciencia en su puño
Y musita resignado: ¡amén!, ¡amén!

El nombre del papa Inocencio III significa inocente. Ningún papa pertenece a la corte de Lucifer.

El alemán Fausto, como nuestro poeta Christian Dietrich

Grabbe lo describió, una vez se encontraba sentado en la noche en su estudio sobre la colina Aventino. Buscaba claridad. Y oteaba hacia el Gólgota. Desengañado, apartó la mirada de su objetivo, porque ningún rayo de luz le llegó desde allí.

En torno a él los hombres se arrastraban para salir al encuentro de su supuesta bienaventuranza. "Ahora bien -dijo Fausto- sean ellos bienaventurados, las almas adormiladas que son lo suficientemente débiles, para, encandiladas por el resplandor, tenerlo por luz y creer ciegamente, porque ellos ciegamente abrigan esperanzas. ¡Yo prefiero sangrar por el tormento! Volé hacia ti, Roma, para acoger en mí a toda la humanidad, ya que eres el espejo roto del pasado más abarcador. Y las imágenes de los héroes centellean al resplandor de la sangre de las naciones y de los habitantes nativos, intercambiándose cada vez más fragmentos de este espejo. Cuándo más profundamente se mire. Tú eres la ciudad donde ahora se amalgaman milenios: el papa en el Capitolio y sobre la hiedra del Panteón de ayer. Todos los imperios se desploman frente a ti hasta volver al polvo. ¿Por qué? Eso nadie lo sabe, porque tú no eres mejor que ellos. Y Cuándo tu espada todo conquiste, también caerás tú, con todo lo nuevo, en la noche y la barbarie."

Cuánta razón tienes, Fausto, tú que quizá no eres más que un tocayo del Fausto maniqueo, a quien san Agustín combatió de manera innoble. ¿Prefieres sangrar por el tormento? Hazlo así, porque ésta es la vía de toda carne alemana. Cuándo quiere lograr la gloria.

¿Qué habrías dicho, Fausto, si hubieras vivido en Roma en 1536? Voy a contarte lo que entonces sucedió y que en las horas actuales puede volver a ocurrir: aquel año un cometa empezó a iluminar el cielo nocturno de Roma. Bajo los techos romanos los hombres se acurrucaron angustiados. El Santo Padre se preocupó por sus ovejas creyentes y pronunció el anatema contra el fenómeno celeste como fantasma del diablo. Pero al cometa nada le importó, porque millones de kilómetros lo separaban de la ciudad que quiere hacerse pasar por eterna.

También él, regocijado con su centelleante cola, dejó de colear y continuó, consolando, su grotesco camino. Probablemente ni siquiera notó a los hombres y herejes y campanas y corales, como tampoco a los anatemas proferidos por el papa. Si algún día tiene que regresar, los astrónomos del Vaticano vestidos de jesuitas lo traerán del observatorio astronómico *Ad majorem Dei Gloriam*, aumentado en mil veces, ahora que han reconocido también por su parte como verdadero y prueba de Dios que la Tierra gira alrededor del Sol. Es imposible detener el curso del mundo. Pese a Roma.

Fausto, el más alemán de los alemanes, nos permite seguir a Tannhäuser e ir hacia unos hombres antiguos de los que podemos aprender más que de Roma, espejo roto del pasado más abarcador. Desde hace más de dos mil años los "hombres antiguos" sabían, como Heráclito y Pytheas -aquel Pytheas ávido del Norte, oriundo de Massilia-, que la Tierra gira alrededor del Sol. Ellos enseñaron así: "¡Nosotros giramos en torno al Sol y estamos a su servicio!". Mil años después, otro astrónomo, el famoso Ptolomeo, afirmaba: "No, todo gira alrededor de nosotros!". Las teorías de Ptolomeo fueron muy bien recibidas por Roma, por la Roma papista, y ello requirió que se debiera creer en un cierto Cristo, así él no quedaría expuesto a juicios condenatorios: "¡Nosotros somos el centro y todo gira en torno de nosotros!". Entonces volvieron a rebelarse hombres sabios y valientes: Galileo y Copérnico. Ellos hicieron saber: "Sin duda que giramos". Por sus enseñanzas heréticas Galileo fue llevado ante un tribunal de la Inquisición. Corría el año 1613 Cuándo en Alemania los cristianos se armaron para consumir en nombre de Cristo la funesta Guerra de los Treinta Años, y Cuándo un zapatero que respondía al nombre de Jakob Böhme confió a sus prójimos el secreto de una corona que está en el Septentrión. El secreto de la corona de Lucifer...

Dame la mano, Fausto. ¡Abandonemos Roma y juntos busquemos la Montaña de la Asamblea en el más lejano Septentrión! Allí se es orgulloso y no vanidoso como en Roma. Y es mejor vivir con un portador de luz que con un atrapador de luz o espejo quebrado, que destila sangre. ¡Vayamos por el infierno a Jo luminoso! Fausto dijo:

¡Sea!
Busqué la divinidad
Y estoy a las puertas del infierno.
Pero aún puedo seguir mi camino.
Seguir cayendo,
Aunque sea a través de las llamas.
Finalidad, debo tener una meta.
Hay una senda hacia el cielo
Que conduce a través del infierno,
Al menos para mí.
¡Vamos, pues
Yo me atrevo!

VERONA

Después de viajar en un tren nocturno repleto, me tendí al sol sobre los antiguos muros de la fortaleza de Verona hasta temprano por la tarde. Después tomé un buen baño en las aguas reanimantes del Adigio, que baja de las montañas del Tirol trayendo consigo un hálito del norte, limpiándome el polvo de Roma. Más tarde terminé visitando la bella ciudad con su impresionante anfiteatro y sus notables iglesias. Muchas otras cosas observé.

Ahora me hallo en Bern, donde gobernó el gran rey godo Teodorico e intentó infructuosamente la unificación de todos los pueblos germanos. En Raben, que es Rávena,

murió de muerte natural. Los godos lo enterraron allí, entristecidos. Apenas enterrado, los cristianos católicos sacaron de la mole de roca que era su tumba las cenizas del "hereje digno de anatematización" y las esparcieron a los cuatro vientos. ¿Hacia dónde habrá ido el alma de Dietrich von Bern?

En la Edad Media de las cruzadas, al retornar los cruzados a su hogar desde tan lejos, solían narrar multitud de historias. Está claro que muchos no llegaron hasta Palestina. Pero habían visto mares y países, y lo que debe de haberles provocado más fuerte impresión son las montañas vomitando fuego. Parece que el Etna los cautivó más que la zona volcánica napolitana, donde se alza una montaña llamada Gral. El canciller arelático Gervasios von Tilbury escribió: "Tal como antes, el rey Arturo vive cerca del Etna y allí padece de una herida dolorosa que se va abriendo de año en año. El cartujo y peregrino a Levante Ludolf von Suchen, que además escribió una *Vida de Jesús*, llama al Etna la montaña Bel y deja entrever que es la entrada al infierno. Al pasar por Sicilia y por el Etna, informa Cesarius von Heisterbach, con toda claridad se puede escuchar 'cómo, mediante voces sobrenaturales, se anuncia el advenimiento de los anatematizados y se ordena atizar el fuego para ellos'. Es penoso ir allá, opinaba el de Heisterbach".

Arturo no estaba solo. Lo rodeaba una servidumbre o corte esclarecida. Entre ellos, como no pocos cronistas aseveran, se encontraba el rey godo Teodorico, que no es otro que nuestro magnífico Dietrich von Bern. Durante su vida fue hereje arriano y ésta es la *razón* por la que peregrinos a Palestina y monjecillos gazmoños sintieran por él tanta aversión como para trasladarlo a un reino de fuego volcánico. Pero los héroes decididos, entre los que se cuenta Dietrich, pudieron reír decididamente. Y ante el infierno no sintieron el menor temor. En vez de permitir ser arrojados al reino del fuego, siguieron

adelante, tan ávidos de novedad y valientes como eran, entrando de buen grado. Ya adentro, rieron decididamente. Descubrieron que de ninguna manera existía un infierno o temperatura en ebullición y frío de hielo, vapores sulfurosos y tormentos; ni tampoco Belcebú ni diablillos utilizando instrumentos de tortura, como tampoco había condenación eterna. Aquellos héroes fueron hombres muy especiales y todavía en el medievo tardío, supuestamente oscurecido, no se había perdido de ningún modo el buen recuerdo dejado por ellos. Con frecuencia decían: "Prefiero estar sobre la montaña de Bel junto a reyes y príncipes, que en el cielo donde sólo hay hombres malvados y mujeres santurronas, ciegos y cojos". Esta historia medieval me ha encantado.

En la Biblia está escrito, en el libro de Isaías, que en nombre de su celoso Dios, Sabaoth, el Dios de los Ejércitos, echó la maldición sobre Lucifer y sus hijos: "¡La Bel está doblegada!". Siento que el secreto de la Bel del Antiguo Testamento, de la montaña Bel y el Luzbel del medievo, como los albigenses llamaron a Lucifer, algún día yo habré de dejar completamente aclarado. Si tarde o temprano, no puedo saberlo.

Sobre el rey Arturo y Dietrich von Bern da noticias también la "Guerra de Wartburg", aquel extraordinario poema escrito por mano desconocida hacia comienzos del siglo XIII, que canta la legendaria controversia poética en el Wartburg, sede del gandgraviato de Hermann I de Turingia. Siete trovadores de Amor, entre los que se hallaban Heinrich von Ofterdingen, Walter von der Vogelweide y Wolfram von Eschenbach en 1207, año del nacimiento de santa Isabel, deben de haber luchado a vida o muerte con acertijos poéticos. En los siglos XIII y XIV se corría muy fácilmente peligro de ser conducido como hereje a suicidarse ante el juez inquisidor. Mientras los cantores se peleaban en el burgo de Wartburg, un tal Stempfel de Esisenach esperaba a los vencidos para decapitarlos con un hacha. Debe de haber sido un maestro de herejes. Cada vez que uno de los cantores en lucha, sobre todo Wolfram von Eschenbach, tocaba cuestiones espinosas sobre la fe, se interrumpía

súbitamente como si tuviera miedo de su propio coraje. No le habría hecho ninguna gracia ser muerto por StempfēL En lo que se refiere al famoso combate poético, Cuándo Wolfram von Eschenbach puso en apuros a Heinrich von Ofterdingen, tuvo que hacerse venir desde Hungría, patria de santa Isabel, al maestro Klingsor. Éste estaba aliado con el diablo (en uno de los manuscritos se lo llamaba Nazarus: ¡nazareno!). Wolfram superó también a Klingsor mediante un diálogo que deben de haber sostenido en los viejos tiempos Dietrich von Bem y el rey enano Laurín, y sobre el que Eschenbach cantó con completo entusiasmo.

Wolfram hace decir a Laurín en relación con Bern: "A los cincuenta años todavía tendréis que vivir, Dietrich. Y también seréis un fuerte héroe, mas la muerte os sobrevendrá. Has de saber, sin embargo, que a mi hermano, que mora en su tierra alemana, se le ha concedido vida por mil años. Vos sólo necesitáis elegir una montaña que sea fogosa en su interior. Entonces, dice la gente, seréis llevado a calor grande, es más, seréis igual a los dioses terrenales". A lo que el rey Laurín responde: "Es lo que quiero hacer y me alegro por anticipado de ello. Jamás mi boca hará saber de esto a otros hombres". A lo que Wolfram von Eschenbach añadió de sí: "Y yo no delataré cómo los romanos, con ánimo hostil, pasaron ante esa montaña".

Entonces Eschenbach cantó con energía contra Klingsor "Maestro, hay un rey llamado Arturo. ¿Podrías nombrar a otro rey que se le asemeje? Continúa escuchándome: Arturo mora en una montaña. Caballeros nobles, que se deleitan con toda comida sin excepción y con bebida pura, conforman su corte. Ni arnés, ni vestimenta, ni corcel echaban en falta. También vivían allí juglares. Desde que Arturo mora en su montaña, ha enviado paladines al país de los cristianos con una buena nueva. Una campana anuncia este mismo mensaje. Y al comenzar ésta a tañer enmudecieron abruptamente los juglares de Arturo, habitualmente plenos de destreza. La alegría de la corte decayó. ¿Me comprendéis, por fin, maestro Klingsor? ¿No? Si así fuere, entonces tampoco podréis saber a quién envió Arturo como paladín al país de los cristianos y

quién tañó la campana que interrumpió la alegría. Al campanero debéis adivinarlo vos mismo. Mas sí os nombraré al paladín. Se llama... Lohengrin".

Lohengrin descende de la estirpe del rey del Grial: Parzival fue su padre y Anfortas, que portó ante éste la Corona del Grial, su tío abuelo. De Anfortas, Wolfram da a conocer en su *Parzival* que sufre de una herida incurable por haber cortejado por "Amor (*Minne*) no permitido" y, así, haber infringido la ley suprema de la caballería del Grial. Con cuánto ardor habría anhelado la llegada también de la muerte, pero él no podía morir. Sólo había una cura para el rey doliente: un noble caballero que no supiera nada sobre la existencia y secreto del Grial y por su propia fuerza encontrara el castillo de Muntsalvatsche y expusiera la pregunta redentora. Parzival, padre de Lohengrin, fue el salvador.

¡El enfermo rey Arturo y el enfermo rey Anfortas son uno solo! También la montaña dentro de la cual reina Arturo en el círculo de su excelentísima corte y la Montaña del Grial son una sola: de aquí navegó hacia los hombres Lohengrin en su barca tirada por cisnes. ¿Desde qué punto cardinal habrá venido? ¿Del occidente, donde está el Montségur? ¿Del monte Bel en Sicilia o del Grial cercano a Nápoles? ¿Del oriente? ¿O de la Montaña de la Asamblea, en el más lejano Septentrión?

En 1183 se celebró en Verona un concilio eclesiástico. En esta ocasión se debatió y discutió acerca de qué medios se tendrían que aplicar contra las herejías neoarriana y neomaniqueísta. También se decidió la exterminación de los últimos cátaros en la ciudad del arriano Dietrich von Bern, medio siglo después de su muerte. Antes de la llegada de los godos, ya los longobardos habían encontrado patria en la pendiente sur de los Alpes y en la llanura del Po. También ellos eran arríanos: herejes.

MERANO

Desde hace pocas horas estoy en Merano, como esta ciudad se llama en la actualidad. Desde aquí continuaré pronto mi viaje, ya que nada me detiene en esta ciudad. Además del Castillo del Tirol, importunado por la visita de turistas y bañistas termales de todas las naciones, he visto el camino al Tappein y las alamedas - que en otras ciudades del sur del Tirol pueden encontrarse mucho más hermosas-, judíos leyendo diarios en hebreo, como también hace muchos años un renombrado militante del partido de centro alemán, para quien el suelo de Alemania se había vuelto demasiado peligroso. Esto me ha amargado la estancia.

Siento que los manes de los duques de Merano, tan alabados por el pueblo errante de la Edad Media, nunca más podrían gobernar aquí: por un Berchtung que tenía que matar al héroe Wolfdietrich, pero que lo echó a la floresta, y por un Berchther a cuyos encarcelados siete hijos, el rey Rother, haciéndose pasar por Dietrich von Bern, les trajo la liberación por medio de arpa y canción. En otro lugar tendré que evocarlos. Tampoco encontraré en Merano la piedra Claugestión. El veterano duque Berchther, como vasallo del rey Rother, la ha llevado como penacho. E "incluso en plena medianoche alumbraba la piedra con divina claridad". Otrora, Alejandro el Grande encontró la piedra en un país donde -dice- "nunca un cristiano ha llegado". ¡También yo deberé buscar la piedra Claugestión en otro lugar!

De los legendarios duques meranos provendrá Gertrudis, esposa del rey Andreas II de Hungría y madre de santa Isabel. "De Gertrudis se ha conservado -como recientemente deduje de un artículo aparecido en un periódico del sur del Tirol- un recuerdo asaz maligno en la historia húngara: por su soberbia y su predilección por los extranjeros, los húngaros, confidencialmente, de manera permanente violaban a su alta protectora, y a los 28 años de edad, la reina fue asesinada. Cuándo la madre fue asesinada, la entonces pequeña Isabel, de

6 años, no vivía ya en Hungría." En el año del nacimiento de Isabel, 1207, se desarrolló la famosa Guerra de Wartburg. Uno de los cantores en la lid, el maestro Klingsor -al que Wolfram von Eschenbach le propinó durante la lucha una animosa derrota, como atestiguan otras leyendas, tal y como yo lo encuentro escrito en mi buen periódico católico tirolés-, atrajo la atención del landgraviato de Turingia, bastante endeudado pero magnificente, hacia Isabel, la hija del rey húngaro, nacida hacía poco. Es por esto que hizo su aparición entonces, al cuarto año de vida de la princesa, una delegación de Turingia enviada a la corte real húngara para pedir la mano de la princesita para el hijo primogénito del landgrave. Efectivamente, a sus 4 años de edad fue prometida al heredero del trono turingio y, conforme a la usanza de aquellos tiempos, de inmediato fue llevada a la corte de su futuro suegro. Los tesoros que llevó consigo como arras incluían una cuna y una bañera de plata, entre muchos otros objetos de fina plata que pesaban no menos de doscientos quintales cada uno. Empero, pronto murió el novio, el conde heredero Hermann. Los miembros de la familia, hostiles a la pequeña princesa Isabel, pretendieron enviarla de regreso a Hungría. Pero en este caso hubieran tenido que devolver las arras, ya para entonces dilapidadas en orgías. Por este motivo Isabel, sin ser consecuentemente consultada, se convirtió en prometida del penúltimo hijo del conde, Ludwig. Es probable que debido a esto el aún allí presente Klingsor redactara la leyenda del linaje huno-húngaro -el texto poético más antiguo de la prehistoria húngara—, claramente debido a su necesidad de demostrar la verdad de la noble procedencia de la entonces onceañera hija del rey húngaro, tratada en la corte de Turingia como una cenicienta. Con 14 años se le hizo contraer matrimonio con su novio, siete años mayor. El landgrave Ludwig llevó con su esposa, "hermanita", como la llamaba, una vida plena de amor y devoción; con posterioridad, y aunque no llegó a ser canonizado, su pueblo también lo veneró como santo. Cuatro hijos fueron la bendición de esta unión conyugal. Cuando la esposa del landgrave, que siempre sintió inclinación al ascetismo, contaba con 19 años, apareció súbitamente en su vida una figura peculiar: el inquisidor general Konrad von Marburg, un monje dominico que recibió de sus

contemporáneos el título de "azote de Alemania" por su cerrada religiosidad y su rigurosidad. Exigió de su hija de confesión, Isabel, obediencia absoluta, obediencia que debía extenderse a sus asuntos de dinero. Para ello impuso a la princesa una disciplina extremadamente rigurosa, lo que pronto le acarreó caer en descrédito ante sus parientes, que la consideraron maníaca. Para colmo, "su impulso caritativo, lindante en fervorosa prodigalidad, la llevó a convertir en dinero toda su herencia paterna, incluyendo la propia cuna de piala, y este dinero, así como el producto de la venta de su propia vestimenta, se lo regaló a los mendigos".

Me sorprende que Isabel convirtiera en dinero su herencia paterna, hasta la misma cuna de plata, ya que todo se lo habían "dilapidado" los parientes turingios. Esto poco importa ahora, ya que queremos seguir leyendo sin impugnaciones hasta el final el artículo periodístico que, como dijimos, no es herético. He tenido que introducirle algunas mejoras debido a que está redactado en un alemán estilísticamente malo:

"Después de seis años de matrimonio murió el marido de Isabel de manera repentina. Cuando iba en camino a una cruzada; desde ese momento su vida en la corte de Wartburg se convirtió en un puro martirio. Su suegra y cuñada la expulsaron junto a sus hijos. La orgullosa hija de Arpad (el rey Andreas, padre de Isabel, era un vástago de la primera dinastía de Hungría, de la estirpe de los Arpadios) encontró cobijo en el establo de un labriego bondadoso. Su padre confesor la llevó hacia una disciplina todavía más rigurosa. La noticia de esto por sí sola se propagó hasta llegar a la corte real húngara, por lo que, al llegar a oídos de su padre, éste quiso que regresara al hogar. Pero, como quiso conservar el privilegio de su primogénito en la sucesión del trono como príncipe reinante, no pudo abandonar el país.

"El amargo destino de la princesa refugiada se le hizo penoso a su familia, por lo que convinieron construir para Isabel un lazareto en Marburg, a orillas del Laftan, para que pudiera dedicarse completamente, como su priora, al cuidado de los leprosos. Al mismo tiempo

se incorporó como novicia de tercera en la recién fundada orden franciscana y así vivió todavía algunos años dedicada a la beneficencia social. Apenas tenía 24 años cuando cambió el terrenal valle de lágrimas por el reino celestial. Aún estaba viva y ya se contaban de ella las más diversas narraciones de milagros. La más difundida fue la de las tres rosas milagrosas que la fantasía popular hizo enrojecer más ardientemente. Ya de pequeña cogió el apasionamiento, todavía en la corte paterna, por dar limosnas. Su delantal estaba siempre rebosante con restos de comida para los mendigos. Su padre le prohibió el trato con los pordioseros, probablemente para prevenirla del peligro del contagio de la lepra. Pese a la prohibición, nunca pudo dominar su apasionamiento y un buen día volvió a llevar pan a los mendigos. Al notar su padre que algo guardaba en el delantal, le llamó la atención; en su apuro, la muchachita logró inventar una mentira inocente. ¿Y qué sucedió? Ante el requerimiento de su padre de que abriera el delantal, éste se encontró repleto hasta los bordes de rosas, por gracia especial de Dios. El segundo milagro de las rosas aconteció poco después de la muerte de su primer novio. Por este tiempo había decidido dedicarse el resto de su vida al Novio divino y como símbolo de esta promesa llevó desde entonces en su cabellera una guirnalda de rosas (es muy probable que el autor del artículo no se atreviera a decir rosario). Una vez que los emisarios de su padre llegaron al castillo de Wartburg, le comunicaron el deseo paterno, según el cual, de ahora en adelante, tendría que ser la novia del landgrave Ludwig. Sufriendo un conflicto espiritual, se quitó la guirnalda de rosas de su cabeza y la arrojó al río. ¿Y qué sucedió? En un santiamén las rosas se multiplicaron y toda la superficie de las aguas se sonrojó con la luz rosada del río florido. El tercer milagro con rosas, sin embargo, sucedió durante su vida matrimonial. Rebo-sante de abnegación atendía a los leprosos; como un día no le quedaba ninguna cama para uno de los incurables, lo acostó en su propio lecho. Cuando su marido regresó de sus ocupaciones le increpó con dureza inquiriendo a qué extraño cobijaba en su gineceo.

Herida en sus más profundos y sagrados sentimientos de confianza matrimonial, no le fue posible articular en respuesta palabra alguna. Su esposo alzó presto la cubierta de la cama, y he aquí que, en medio de fragantes rosas yacía entre almohadones el propio Redentor. Ludwig se prosternó ante ella y le pidió perdón."

Aunque ya sé que las declaraciones bajo juramento que nos han sido transmitidas por las cuatro sirvientas de la esposa del landgrave (entre ellas una Jutta o Judith que había sido puesta al servicio de Isabel Cuándo sólo contaba 5 años de edad) nada decían sobre milagros durante la vida de la santa y sólo atestiguaban que la fallecida había tenido visiones, yo tuve por conveniente repetir la narración de este celebrado milagro de las rosas tal como lo ven sus simpatizantes clericales, dándoles crédito. Mas, continuamos escuchando:

"Inmediatamente después de la muerte de Isabel se llevaron a cabo en su tumba diversos milagros curativos por lo que su, hasta ese instante, padre confesor -el que, dicho sea de paso, poco tiempo después fue muerto a golpes por unos nobles- urgió al papa romano para que su penitenta fuera canonizada. La canonización también se llevó a cabo el año 1235, aún en vida de su padre, a quien esto le sirvió como eficaz ayuda en su conflicto con la curia romana (ahora me toca a mí exclamar ¡fíjense!); no se podía seguir tratando con tan extrema rigurosidad al padre de una santa de la Iglesia romana. (Vuelvo a exclamar: ¡fíjense!) Durante el año de la canonización se empezó la construcción de una iglesia en su honor, la primera catedral de estilo gótico puro de Alemania. En Budapest, los baños curativos Rudasbad fueron adaptados en su honor como lazareto y se les dio su nombre. La historia de su vida, al poco tiempo de su muerte, fue puesta por escrito por Konrad von Marburg, Cesarius von Heisterbach y Dietrich von Thüringen.

"De los bienes relictos terrenales de la santa princesa arpadia en Hungría, lo único que se conserva es un báculo engastado en oro, en el tesoro de la iglesia archiepiscopal de Esztergom, que fue labrado con madera del sencillo lecho de la santa."

Acerca de otros dos báculos sacados de la madera de la armadura de la cama de Isabel y de sus reliquias, contaré tan pronto como esté en mi patria. La santa Isabel ha sido "un consuelo y tesoro del muchas veces pobre país de Hesse", además, como se asegura sin fundamento, debe de haber sido "la dama del corazón" de Tannhäuser.

ROSALEDAS DE BOLZANO

Desde hace semanas vivo sobre un pastizal alpino de verano que está tan arriba en las montañas que ya al comenzar el otoño, que transcurre ahora, se pueden ver copos de nieve deslizándose desde ellas. Un paño blanco cubre las perfumadas gencianas, las árnicas cuyos jugos curan muchos achaques, y la casta rosa alpina. Este pastizal descansa, seguro de sí, entre el más arriba y el más abajo. Se basta a sí mismo, ostensiblemente limitado por escarpadas sobresalientes, y representa, como yo lo percibo, un mundo encantado.

Encerrado por magníficas dolomitas, aunque esté alejado del mundo, no es de ningún modo extraño al mundo. Y claramente no lo es, porque él, sin estar ligado a eso que habitualmente se llama "mundo", está unido a él. Para llegar a él hay que seguir un empinado sendero sujeto a las faldas de montaña audazmente salientes. Con frecuencia lo saltan espumosos torrentes como queriéndole impedir que aúne las profundidades abismales con las alturas eminentes. Pero sube, y, mientras más escarpada sea la pared, más echa coléricos espumarajos la caída del agua, y más impertérrito conduce él más arriba. Sabe que, pronto, sólo abetos del tiempo tapizados de musgo impedirán mirar el pastizal con el que se ha comprometido y por cuya causa él es.

Cuándo lo recorrí por primera vez, sólo podía imaginar la cima a la que me llevaría, porque la neblina efervescente y fría lo envolvía densamente. Llegué arriba. Me quedé. Con ésta, tres veces he estado en Bolzano. Hay cuatro horas hasta aquí. Compré calzado recio y ropa recia. Reiteradamente subo a la quebrada debajo del pastizal. Pasando por troncos desarraigados y bloques rocosos cubiertos de musgo, encima, pegados, hay refulgentes agáricos; una inconcebiblemente escarpada senda de cazadores conduce hacia ellos. Poderosos se destacan los troncos en el camino del valle, allí ninguna] tormenta los puede quebrar. Hasta al sol se le hace difícil en la quebrada. ¿No hay días que se abstengan de la luz? En esos asciendo a las profundidades.

Con mucha frecuencia largo a andar por el caminillo que lleva desde el pastizal hasta la cumbre. Sobre amplios trayectos de zarzarrosa, dentro de los cuales se amparan los rojos arándanos y a través de un bosque de oscuros pinos, entre sus ramas rasgadas, sin cesar despiden tenue luz los vastos campos nevados del grupo de los Adamello. El sendero serpentea hacia lo alto, dobla cuidadoso en torno a un abrevadero para animales y pájaros del bosque sedientos. Así va transcurriendo. Por fin se queda a solas frente a las torres del rosedal estirándose hacia el cielo, que a uno primero se le revela sobre la cumbre del imponente macizo, y del que aquí se puede llegar a ser un elemento.

Jamás olvidaré este anochecer, estaba delante de mi cabaña y miraba morir el día. La campanita de la capilla del bosque, situada sobre otra pendiente, doblaba a muerto. Pero una insospechada vida animaba la magnífica rosalada. Rojas como las delicadas rosas enrojecían sus rocas. Algunas veces llameaban como si en su interior ardiera fuego, y como si el turbión de niebla que se recostaba en ellas fuese de penachos de humo. Miraba y recordaba antiguas canciones que saben contar muchos prodigios de este monte. El rey enano Laurín, aquí, en esos tiempos remotos Cuándo los hombres eran mejores, debe haber tenido una deliciosa rosalada. El perfume encantador de las miríadas de cálices tejía en su interior, e

incontables fueron los pájaros que noche y día cantaron jubilosos alabanzas al Creador.

Sin embargo, hombres malévolos consiguieron aherrojar al rey enano para conducirlo a su ciudad y forzarlo a ser un risible malabarista y bufón. Mas, más temprano que tarde, sucedió que Laurín logró en secreto liberarse de su prisión y retornó al hogar de sus paradisíacos paisajes. Para que nunca más volviera a producirse una experiencia tan indigna como la que había sufrido anteriormente, se recubrió con un hilo de seda. Ni siquiera un hombre de brazos musculosos tendría la fuerza necesaria para romper la sutil telaraña. Ni siquiera el hombre más rico podría comprar jamás la vista de la rosaeda. Y ni siquiera el más erudito de los hombres podría saber del país maravilloso de Laurín, porque ningún libro lo puede describir.

Así, yo me ensoñé frente a mi cabaña del pastizal. Por sobre mí, la noche definitivamente estaba allí, y la luna la había seguido. Sus rayos argénteos se reflejaban sobre las rocas apagadas. El día iba muriendo dominado por la noche fresca, que empezó a cantar la muerte con una bella canción puesta en música por Brahms. Sola, la montaña frente a mí no vivió menos.

Siempre opinaré que la mayor de las maravillas de Laurín es la sabiduría sobre el día y la noche, que es también la sabiduría sobre la vida y la muerte. ¡Si pudiéramos saber algo de esto!, así se quejan los hombres y no debieran hacerlo. Ya que es posible entrar en el reino de las maravillas de Laurín. Pese al hilo de seda protector. Mas eso sólo se admite para los que son caballeros o niños o poetas.

Por el vetusto *Troj de rèses* (o sendero de rosas tirolés) que conduce desde el paso de montaña de los Carios, por el valle del Tierser, hacia el norte, cierta vez cabalgó un héroe de la escolta de Dietrich von Bern. En vano se había empeñado en hallar un acceso al reino de Laurín. Todas las veces que creyó haber logrado su objetivo, frente a

él se alzaron intrepables murallones rocosos. Más he aquí que en esta ocasión frente a él se halla un estrecho barranco horadado por las aguas. Desciende hacia él. Próximo a un arroyo recibe cantos encantadores de innumerables pájaros. Se detiene y aguza su oído. Entonces ve a una mujer que cuida corderos en una pradera soleada. Le pregunta si los pajarillos siempre cantan. La mujer responde que no los escuchaba desde hacía mucho, pero que ahora se podría, conjeturaba ella, encontrar por fin el molino, y para la redención de los hombres volver a ponerlo en funcionamiento. Que qué tipo de molino era ese, interpeló el caballero. Que estaba encantado y se había detenido hacía ya muchísimos años -respondió la mujer-. Por aquellos tiempos remotos lo habían trabajado los enanos y era pertenencia de Laurín, que en él hacía moler harina que donaba a los hombres que eran pobres. Fue sólo saberlo y ya se dejaron caer por aquí los codiciosos. Uno de ellos arrojó un enano al agua por no haberle dado bastante harina; desde esta acción el molino se detuvo y no se lo ha podido volver a encontrar. Que se lo encontraría si los pájaros volvían a cantar. El molino está en lo profundo del estrecho barranco, tan fuertemente cerrado y desgastado que ni siquiera su rueda se puede mover. Se lo ha bautizado como "el molino de rosas" porque zarzarrosas le han crecido, envolviéndolo. El caballero se apresuró a adentrarse en el bosque a la búsqueda del molino. Y lo halló. Sobre su techo proliferaban musgos, los tabiques estaban ennegrecidos de viejos, y la rueda no giraba. Las rosas lo poblaban tan densamente que aquel que no supiera del molino seguiría su camino pasando frente a él sin enterarse. Fueron infructuosos los enormes esfuerzos del caballero por abrirle las puertas. El candado no cedió ni un ápice. En la pared se fue dejando ver un ventanuco. El caballero se apoyó sobre el lomo de su corcel y miró a través de los vidrios. Dentro del recinto del molino había siete enanos tendidos, y dormían. El caballero llamó a viva voz e insistió golpeando con el puño. En vano. Cansino cabalga de regreso al prado y se tiende a descansar. A la mañana siguiente se encarama a una altura sobre el barranco del bosque. Allá hay tres matas de zarzarrosa. El caballero saca una rosa de la primera mata. Una sílfide grita desde

la mata.

-¡Traedme una rosa de los buenos viejos tiempos!

-Lo haría gustoso -replica el caballero-, mas ¿cómo la encontraré?
Gimiendo, la sílfide se desvanece.

El caballero camina a la segunda mata. Coge una flor. Otra vez aparece una sílfide que ruega, gime y se desvanece. Al coger una rosa de la tercera mata, una tercera sílfide pregunta:

-¿Por qué has golpeado a nuestra puerta?

-Quiero ir a la rosalada del rey Laurín porque busco a la novia de mayo.

-Sólo le es permitida la rosalada a los niños o a los bardos. Si puedes cantar una canción hermosa, tendrás expedito el camino.

-Sí que puedo.

-Si es así, ven conmigo -dice la sílfide, coge zarzarrosas y baja a la quebrada.

El caballero la sigue. Llega al molino. La puerta se abre ipso facto

por sí sola. Los enanos duermen todavía. La sílfide los toca con las

rosas y grita:

-¡Despertad, dormilones, las jóvenes rosas florecen!

Los enanos se levantan, se frotan los ojos y empiezan a moler...

La sílfide le indica al caballero el sótano del molino. Desde allí parte un caminito a la montaña, que acaba finalmente en luminosa claridad Y los dichosos ojos del caballero admiran el jardín paradisíaco del rey Laurín, con coloridos arriales, amenos bosquecillos y resplandecientes rosas. También ve el hilo de seda que todo lo envolvía.

-Empieza ahora tu canción -dice la sílfide.

Canta el caballero de Amor (*Minne*) y de mayo. El paraíso de rosas entonces se abre para él. Para siempre. El caballero va entrando en la eternidad.

Hay otra saga tiroleza no menos maravillosa. La novia de un príncipe había llevado al país del novio la "rosa de la memoria". Preguntada por la naturaleza de la rosa, la novia contestó: simboliza el recuerdo de

una época en la que no había ni odios ni asesinatos. Cuando todo era bello y bueno. Pasaron los siglos. De cada rosa surgió un gran jardín cubriendo la montaña y coloreándola de púrpura, alumbrando el país. En la rosaleda gobernaba Laurín, en su calidad de rey. Él era el novio al que la novia de mayo, despertar de la primavera, le había traído la rosa de la memoria. Finalmente él debe cerrar con candado el imperio de las rosas como defensa frente a los hombres. Cierta vez, unos chicuelos, jugando, encontraron una llave misteriosa que les abrió la entrada de este jardín.

¿Sería acaso una ganzúa?

Memoria es Amor (*Minne*).

La rosaleda arde. Por el Schlern y por los otros montes tan hermosos, la noche asciende por las chimeneas. La nieve llena hasta el borde las torrenteras. Un dorado madero de sol, el último de hoy, se tiende sobre la corte de Vogelweide. Aquí tiene que haber abierto sus ojos al mundo el trovador Walter von der Vogelweide, que cantó con tanto gusto una alegre cancioncilla. Como hijo del Tirol, seguro que conocía las leyendas de la rosaleda, el molino de las rosas y los pájaros cantores. Sabía, además, que se tenía que buscar el Amor (*Minne*) sublime y deificador. Por eso cantó:

El Amor (*Minne*) no es hombre ni mujer,
No tiene alma ni cuerpo.
Su ausencia nadie aún la inventó.
A nada se le puede comparar.
Y nunca tú podrás obtener
Gracia de Dios sin él.
Nunca entra en corazón falso.
Sólo es propio de los nobles.

Para Walter von der Vogelweide el Amor (*Minne*) fue espíritu y llave para lograr el Reino de Dios.

Escaladores de Bolzano me han recibido como a uno de los suyos, y subieron a mi pastizal alpestre para convenir una caminata de

escaladas. Permanecieron hasta tarde por la noche. Tuve que leerles pasajes del diario de mi vida y enseñarles nuevas canciones de mi patria. Pero el beneficio mayor fue para mí: pude aprender una canción muy popular en el Tirol y como consecuencia de esto a los escaladores, que son para mí una amada hermandad, también hay que incluirlos en la corte de Lucifer.

Y si alguna vez,
Cuándo Dios lo desee,
Sufriera la última caída:
Como siempre me dispondría,
Apacible y tranquilo
A la última subida.
Que haya hielo o piedras
No nos aflige:
Somos los príncipes de este mundo
Y también queremos serlo arriba.

¡Ay de vosotros, escaladores, porque también sobre vosotros el Dios de Isaías lanzó la maldición: vosotros sois rebeldes insolentes! No trepéis más las laderas rocosas para mirar la majestuosidad del mundo aún más majestuoso y en la medida más amplia posible, a vuestros pies, ante vosotros y sobre vosotros; permaneced en cuartos con aire enrarecido y en iglesias sombrías. Si no, el Señor de los Ejércitos no sólo os derribará con hielo y piedras y caeréis desde las montañas: también os hará caer del cielo, si aquí pedís ser admitidos, igual que Lucifer, el príncipe de este mundo, que con razón quería estar en el cielo. ¿Creéis vosotros que Jehová, a cuyo servicio las campanas de vuestras tirolesas catedrales, iglesias y capillas llaman desde temprano a la mañana hasta tarde al anochecer, y su portero Petrus -que vivió cerca del palestino lago de Genesaret, pero nunca en la región del Tirol- os iban a permitir acceder al cielo para entrar al seno de Abraham? ¡Al infierno os mandarán! Id ahora, si encontráis la muerte en las montañas, confiados continuad hacia allá, adonde vuestra igual de mil amores fue: la rosaleda. También allí vive la corte de Lucifer,

a la que vosotros pertenecéis. Para entrar en este reino luci-ferino, que no es el cielo, no se requiere de aquellas llaves del cielo que tiene a su cargo el representante de Jehová y virrey de Jesús Cristo en Roma sentado en el trono de Petrus. Para que vosotros podáis abrir el reino de Lucifer, necesitaréis de una ganzúa. Para poder transformarse en partícipes del encanto de las rosas, y para que los curas no lo descubran, hay que cultivar el país de las maravillas. Si así no fuese, incluso podría ser robada la propia llave ladrona. En la baja Alemania, a la ganzúa se le llama ¡Pedrito! Nada está seguro ante Petrus y su servidumbre.

EN LA CUMBRE DEL FREIENNBÜHL SOBRE BRIKEN

Es una caminata de varias jornadas -que empecé en el pastizal de Seiser y continué pasando por el Peitlerscharte, el Gobler y el Plose- la que me ha traído hasta aquí. En último término anduve por el camino de altura que lleva del refugio de esquiadores del Brixen a Palmschoss, que está situado frente a las extremadamente escabrosas elevaciones de los picos del Geisler-Sass, Irgáis, Furchetta y como se llamen, y recorrí los angostos senderillos entre bosques que van hacia el valle del Afer cayendo cortantes a las faldas del Plóse. Ahora hago un alto en un día de sol radiante sobre un banco cercano a una capilla del bosque, cuyo interior de mal gusto, frío y húmedo me lleva a huir de allí rápidamente. En tiempos pasados, en su lugar, debe haber existido un santuario de la diosa Freya. Freya significa señora, dueña.

Es un día apacible. Ni una brisa mueve las copas de los abetos. Un par de nubecillas lechosas se pegan al cielo. En el blanco deslumbrante surgen las montañas Zillertaler, Stubai, Oetzaler y el Ortler de los Alpes. Las más bajas, Sarntaler de los Alpes, casi al

alcance de la mano, están como espolvoreadas de azúcar con nieve nueva. En sus valles y sobre sus alpinos pastos estivales todavía moran familias godas.

Por debajo de mí, en la vaguada del Eisack, se extiende por donde mire, rígido, un impenetrable mar de nubes. Sólo de Cuándo en Cuándo se desprende un jironcillo de nubes, y, trémulo, se desvanece. El sosiego y la luz son majestuosos. Aquí arriba no se puede hacer otra cosa que ser devoto y mirar el mundo, que tan sublime y hermoso es. También aquí, en la altura, se está a solas con ese Aquel que solamente sobre altas montañas ofrece diálogo directo...

BRIXEN

Recién hoy, tres días después de mi llegada a esta bella ciudad, he ido a visitar el sepulcro del trovador Oswald von Wolkenstin, la catedral con su claustro policromado y las arcadas antiguas. También vi mancebos vestidos de largo hábito negro que nunca experimentarán la alegría de ser padres. Como sacerdotes en ciernes, han traicionado la vida y su ley. En poco tiempo se convertirán en los iguales de esos que acabo de ver arrastrando los pies, con cuerpos marchitos y mirada perdida en las lejanías, yendo por las calles angostas de Brixen en dirección al nuevo convento de los agustinos: los sacerdotes viejos. Un día todos han de morir, y se los cubrirá con tierra. Nadie en el mundo los recordará del modo en que guarda en su memoria el hijo a su padre y el nieto a sus abuelos. Su sangre se extingue y la rosa del recuerdo no podrá florecer nunca más.

Hace poco tiempo conocí a un conde Consolati. Gracias a él pude saber que sus ancestros, señores y lugareños del Tirol en tiempos idos, ostentaban el nombre de Tanhausen, que fueron los poseedores de la fortificada heredad Tanhausen y que tenían su

casa solariega en el Valle de Cembra. Los condes Consolati son de ascendencia gótica y de ello siempre han sido conscientes: un nombre que frecuentemente aparece en las crónicas de la familia es el de Gauta. (Así sé llamó el primer Amala, un As.) Este nombre también se conservó Cuando los Tanhausen, en el siglo XIV por causas que no conocemos, cambiaron su nombre en Consolati von und zu Heili Genbrunn, que traducido a la lengua romance quiere decir -hasta hoy- fontana santa.

Debo acordarme de la Fontana Santa en el Sabarthés, aquella fuente sagrada en cuyas cercanías hay una cueva, dentro de la cual los herejes provenzales festejaban la celebración de su *Consolamentum*. Todos estos participantes fueron consolados: *Consolati*.

En el blasón de la casa, los Consolati ostentan la *Manrune*. Hasta cerca de 1790, me contó el conde Consolati, sus antepasados se habían reunido con los condes Kunigel, Taggenburg y Wolkenstein -a cuya familia pertenecía el trovador Oswald von Wolkenstein nacido en el Trosburg (burgo de la consolación tirolés)- dos veces al año para los solsticios en la rosaleda bolzana. También se llamó Jardín de Laurín. Siempre concertaban hermandades de sangre. Esto sólo quiere decir que estos hijos de godos habían bebido Amor (*Minne*). Para mantener en su memoria su sangre gótica común, prometían mantener en la memoria y el recuerdo -que es *Minné*- a sus ancestros góticos. Para esto habían elegido el mismo paraíso de montañas al que una vez llegó el godo Dietrich von Bern: la rosaleda de Laurín.

También el beber Amor (*Minne*) se había convertido -además del arrianismo, el maniqueísmo y el catarismo- en una espina en el ojo del papa. En un edicto del año 852 anatematizaron esta antiquísima costumbre como diabólica.

Se pudo saber, además, que en la familia de los Consolati se venera una piedra de ámbar. Que una vez fue esférica y que terminó

reelaborada como una cruz.

Todo esto me da mucho que pensar...

Mañana por la mañana me voy de Brixen. Un trecho de camino lo haré caminando. Pasaré por Sterzing, hoy Vipiteno; después por el asentamiento godo Gossensass, hoy Calle d'Isarco, donde una vieja herrería señala el castillo de Wolfenbutel. Aquí estuvo escribiendo Wieland en aquellos tiempos. Luego remontaré el paso Brenner.

La ruta que recorreré es una antiquísima ruta del ámbar. De Venecia conduce al valle del Adigio, al Brenner; yendo por el Rosenjach al interior del valle, pasa cerca de Passau y sigue adelante hasta las costas frisonas y hacia las orillas del Erídano (el Elba o el Eider), que entonces, probablemente, era un gran río y hoy es sólo un riacho que separa Holstein de Schleswig. El Erídano es, según nos documenta Heródoto cerca del año 450 a. C., "un río que desemboca en el Mar del Norte" y por el que llega el ámbar. Ya Hesiodo (siglo VIII a. C.) tenía noticias de él.

Una segunda ruta del ámbar salía de Marsella por el valle del Ródano. Cerca de Châlons se bifurcaba. El brazo occidental tocaba Metz y Tréveris, cruzándolas, estrechándose por lo altos Acht, la sierra del Eifel y llegaba a la antiquísima ciudad de Asciburgium (¿la Asberg cerca de Mores actual?) del Rin. Antes de entrar en Colonia, fue el lugar más importante por doquier, incluso de todo el Rin. Más allá de Westfalia, de la landa de Lüneburg y de la región sajona-frisona, la ruta acaba por las riberas del Erídano. El brazo oriental de la ruta que viene de Marsella une Châlons con Basilea, y ésta con Frankfurt y Göttingen. También aquí el objetivo era el Erídano. Quien tomó esta ruta vio la Selva Negra, el bosque del Oden, donde fue muerto Sigfrido, el Feldberg en el Taunus donde se le enseñó a la valquiria Brunilda la cama de roca, Wetterau y el Vogelsberg del alto Hesse, el Westerwald, el Siegerland y la montaña Rothaar.

Todas estas rutas cruzaban el bosque del Harz y se unían con

los caminos que partían del Hel en el norte de Alemania. Más adelante llegaban al mar Frisio, el Mar del Norte. Concluían el recorrido ante la isla Helgoland, antiguamente llamada Abalus y Balda. Aquí debe de descansar Baldr, como refieren las letras de las canciones de antaño.

Una tercera gran ruta fue recorrida por aquellos que trajeron el ámbar desde la costa salandesa del mar Báltico, pasando por Thorn (Torún) hacia Aquilea, una ciudad comercial a orillas del Isanzo que fue la predecesora de Venecia y que una vez fue arrasada por Atila. Esta ruta es la más reciente de todas, porque en tiempos remotos la actual costa de la Frisia Oriental y de la Jutlandia Occidental fue el verdadero país del ámbar, y no la costa del Sambia del Báltico. Sobre esta tercera y más reciente ruta, los Asthen llevaron el "oro del norte" a Raben, al rey ostrogodo Teodorico.

La ruta del ámbar que tomaré mañana conduce a Brenner y pasa por tierra alemana hasta el Mar del Norte, cuyas olas bañan la isla de Helgoland, tierra santa. El historiador griego Diodoro sabía que Helgoland está "a un día de viaje de la costa de tierra firme en el océano" y además informó de ella: 'A esta isla bañan las olas del mar ricamente con *elektrón* (que así llamaban los griegos antiguos al ámbar), como no acaece en ninguna otra parte de la tierra. El *elektrón* se acumula sobre la isla y es llevado por sus habitantes hacia la tierra firme de enfrente, desde donde es traído a nuestro entorno". El romano Plinio (siglo I d. C.), en su *Historia de la naturaleza*, asegura que los habitantes de la isla Abalus habían utilizado el *elektrón* en vez de la madera para hacer fuego y que lo vendían a los teutones, sus vecinos más cercanos; el ámbar es una "materia eruptiva de mar comprimido" (por lo que se debe entender fangosas aguas bajas de la costa), y Pytheas de Masillia había visitado la isla Abalus. Abalus es nuestra Helgoland.

Sobre las más antiguas rutas del ámbar fue transportado éste del Mar del Norte hacia el sur, hasta Egipto, donde ya era conocido en

el siglo III a. C., y hasta la Hélade. Allí se lo recibía con otros dones del norte, con pieles de oso y con miel, en el bosque de encinas de Dodona, santuario supremo de Grecia, y desde allí era distribuido a los demás santuarios helenos.

De madera de encina dodónica, como es sabido, los argonautas, estos helenos transformados en vikingos, habían empotrado un tablón en la proa de su nave *Argo* para no abstenerse de la voz de su dios. En su viaje llegaron a las proximidades de Helgoland: Apolonio de Rodas, un poeta griego del siglo III a. C., dice en su *Argonáutica* que Jasón y sus compañeros de ruta, de retorno del país del Vello de Oro, habían llegado al nórdico río del ámbar Erídanos.

El ámbar es una clase de piedra de un tipo muy especial...

GOSSENSASS

A pesar de la inminencia del invierno, el tiempo está tan soleado y benigno que pasaré unos días aquí. Me he propuesto echar una mirada retrospectiva y de perspectiva y he elegido a este fin un lugar de descanso en los Alpes, ya que éstos separan el norte del sur. En las cercanías del paso de montaña, Brenner gira la puerta principal entre la Germania y Roma sobre vetustos goznes. Hay veces en que mejor hubiera sido que la puerta permaneciera cerrada.

Mi camino me ha conducido de Alemania al sur de Francia, Italia y al Tirol. En estos días superé el Brenner. Cuando cierre la puerta a mis espaldas continuaré, tan pronto haya pasado algunos meses en Ginebra, mi camino al norte. Por una ruta del ámbar. Es el mismo camino que tomaron los últimos godos dirigiéndose a la horrible batalla en las cercanías de Nápoles y la misma ruta que seguían los trovadores provenzales, después de que la Iglesia católica exterminó su etnia y sus leyes de Amor (*Minne*). Todos emigraron hacia el norte, porque no es en Oriente, sino en el norte,

donde la luz en verdad será clara.

También Tannhauser emprendió este camino.

Mientras Walter von der Vogelweide, Wolfram von Eschenbach y muchos otros bardos hacían escuchar sus aires de Amor (*Minne*) y mayo, del Grial, del jardín de rosas y del Monte de Venus -aires que el pueblo amó más que los cantos eclesiásticos en latín y que las leyendas de santos-, se llevó a cabo en el Wartburg el famoso certamen lírico. Corría el año 1207, año del nacimiento de santa Isabel. Si también Tannhauser concursó en el certamen lírico, no lo da a conocer el antiguo poema de la "Guerra del Wartburg"; ni menos aún menciona si Tannhauser amó (de *Minne*) a santa Isabel, empero, a la postre, se dirigió hacia la Señora Venus, en el reino del placer subterráneo. Debe de haber habido un trovador, Tannhauser (o Tanhuser), que vivió y poetizó entre 1240 y 1270 en la corte del duque de Bamberg, Federico II de Viena. A la muerte de sus protectores dilapidó todo lo que éstos le habían obsequiado y se echó a una vida errabunda y aventurera que le permitió coger la cruz y enfilarse rumbo al territorio palestino. Sus poesías corresponden a la época de la decadencia de la trova: con lo que Tannhauser como mejor se sentía era con la música para danzar, donde él conducía el coro y tocaba su violín hasta que las cuerdas se rompían o hasta que se quebraba el arco.

El segundo Tannhauser fue ese desventurado que, torturado por las dudas sobre la salvación de su alma, pidió encarecidamente a la diosa Venus que lo destituyera. Con el corazón apesadumbrado, ella lo despidió. Entonces peregrinó como penitente con pies sangrantes a Roma. Se arrojó al suelo frente al papa, al parecer Urbano IV, implorando perdón por sus pecados. Pero el papa, sosteniendo una rama de arroz seca en la mano, dijo: "Así como esta despreciable rama no puede producir flores, aún menos se te puede conceder el perdón. ¡Por eso te maldigo!". Inmediatamente partió Tannhauser de regreso hacia la liberal Señora Venus. Antes de ingresar para siempre al maravilloso interior de la montaña, bendijo una vez más al sol, a la luna y a sus entrañables amigos, los astros. Entonces se despidió de todos ellos. Pero al

tercer día la seca rama de arroz que el papa portaba en la mano floreció en tiernas rosas. Con prisa se enviaron mensajeros a todas las regiones para informar al desventurado la merced del cielo. Vanos empeños. Desde hacía tiempo, Tannhauser vivía con la Señora Saelde. Sin Roma era dichoso.

Con frecuencia, se han divulgado objeciones a si el legendario Tannhauser habría podido entablar relaciones con el trovador. También cantidad de veces se ha asegurado que "un poeta del siglo XIII se decidió a firmar sus poesías con el nombre alegórico de Tannhauser". Es bastante posible, ya que los nombres son tanto más sonido y humo. Cuando se habla de nombres de dioses: un tercer Tannhauser debe de haber sido Dios...

El cronista bávaro Johann Turnmayr von Abenberg, conocido por el nombre de Aventinus, nos ha legado una singular información. Este informe es de hace quinientos años. Dice: "Yo creo que los alemanes y sus parientes han invadido Asiam con el rey al que los godos y alemanes llaman Danheuser, en la Grecia Thananses, al que adoran como a un Dios. Wolfram von Eschenbach [...] y algunos otros del mismo estilo han tergiversado las acciones de los antiguos señores y príncipes alemanes, han convertido y poetizado hechos y crónicas guerreras convirtiéndolas en aventuras cortesanias; como aquellas en las cuales se derrama sangre y cuestan esfuerzo y trabajo, no debido a la guerra, ya que eso a las mujeres no les es agradable de oír, sino que eso sucede... por amor. Por lo tanto, también sucedió que Danheuser ha sido un gran héroe y guerrero [...]. Él es, como arriba he señalado, considerado como un dios por los griegos antiguos, nuestros ancestros, al que le ha sido encomendada la llave del cielo, y es honrado e invocado salvador de situaciones especialmente difíciles". A este informe agregué un segundo, un tercero y un cuarto. El segundo corresponde a la época cercana a 1580, asevera que Tannhauser se encontraba menos al servicio de Venus que al servicio de Marte y que al papa no le "confesó" su estancia en el Monte de Venus, sino "sus bribonadas de guerra". El tercero, algo anterior al segundo, ve en el Tannhäuser un directo "sucesor de los

doce maestros que inventaron la trova". El cuarto, una poesía de los maestros cantores del siglo XV llamada "Los doce viejos maestros en la rosaleta", cree que se debe rectificar esta afirmación en el sentido de que él permitió a Tannhäuser que se reuniera tanto con los doce viejos maestros como con un decimotercero.

Estos informes suelen ser tachados de "exuberantes desatinos", pero a mi me parece que de ellos es posible obtener algún sentido. Nada se conoce acerca de un dios griego o germánico Thanases. En cambio, como en otras partes he dicho, hubo un rey godo y Amal Taunasis o Thanauses al que los godos -según informa Jordan en su *Historia de los godos*- adoraron entre sus dioses. Después de su muerte partió hacia aquellos héroes "que, poco más o menos, vencieron gracias al hado y que por los godos fueron llamados Ases". Como es sabido los Ases eran doce.

Sólo ellos pueden ser los doce maestros de la rosaleta. Y la rosaleta era, si seguimos urdiendo el hilo en este sentido, el propio Asgard, ¡el paradisíaco jardín de los Ases! Tannhäuser, que se unió como un decimotercero a los doce maestros, recuerda también a los Amales y al rey ostrogodo Teodorico descendiendo en línea directa, como decimotercero, de los Amales. Y, quizá, los antepasados de los condes tirolese Consolati ostentaron el antiguo nombre Tanhausen, originalmente, en memoria del rey y dios Thanauses. Quizá.

El Tannhäuser de Aventinus, que logró llegar a la rosaleta, fue un rey que con posterioridad fue considerado un dios. Su deificación fue confirmada por haber entrado para siempre a la rosaleta y por habersele concedido las llaves del cielo. El dios de la rosaleta no puede ser el bíblico y del cielo; leed: de la rosaleta, las llaves sólo pueden entenderse como aquella ganzúa que hoy en día en la baja Sajonia no llaman llave de ladrón o ganzúa, sino como esa que llaman *Peterken*: pequeño Pedro. No menos significativamente, no tengo como destino en modo alguno el informe de Avenarius en el sentido en que él se queja de los

trovadores. Dice que ellos han "tergiversado las acciones de los antiguos señores y convirtieron hechos y crónicas guerreras en galanteos cortesanos".

Somos de su misma opinión: el Amor (*Minne*) significaba memoria. Y las verdaderas canciones de amor deben de haber sido en sus orígenes tal como las cantaban los germanos nobles Cuándo tenían que rendir los últimos honores a un rey o príncipe o pretendiente fallecido. Cantando cabalgaban alrededor de la colina de los muertos. Ya narré cómo los caballeros godos enterraron y alabaron al rey huno muerto, Atila...

En ocasión de la "Guerra de Wartburg", el maestro Klingsor, nacido en Hungría, que también era conocido en la patria de santa Isabel, disputó con Wolfram von Eschenbach. (No entremos en detalles acerca de si éste fue censurado con razón por Aventinus.) Wolfram, oriundo de Wartburg, un "sabio profano", dice que el cabalgador del cisne, Lohengrin, no llegó de la Montaña del Grial Muntsalvatsche, sino de aquella montaña en cuyo interior mora el rey Arturo con su corte. Allá hay una piedra: la piedra Aget, antaño caída de la corona de Lucifer. Esta piedra Aget (que es la denominación del alto alemán medio para ámbar o imán) y la piedra del Grial deben de ser la misma, así como Arturo y Anfortas son la misma persona: sufriente rey y custodio de una piedra sagrada. Ya me referí a ello.

Que Lohengrin llegó de esa montaña, informa la crónica sajona de Halberstadt del siglo XV, donde la Señora Venus está en el Gral; y éste es además, como dice una crónica de ese mismo tiempo, un tema falaz, no hay un rey que cambie la vida de los seres humanos en alegría hasta el Día del Juicio. El Grial fue alguna vez el paraíso, pero se fue convirtiendo en lugar de pecado. Sí: la santa Montaña del Grial fue envilecida

hasta llegar a ser el infernal Monte de Venus...

Sin ambages y sin arbitrariedades, sostengo que lo que los germanos en tiempos paganos adoraron como morada de los dioses, Asgard, y como reino de la diosa de los muertos, Hel, fue alabado en la Edad Media por herejes y trovadores como Montaña del Grial, Rosaleda, Ronda de Artús, Monte de Venus y como aquella fogosa montaña Bel, a la que entró Dietrich von Bern y que fue añorada, para hablar con Wolfram von Eschenbach, siempre como la "gloria máxima de los deseos terrenales". No alcanza con saber que lo que los griegos en tiempos paganos concibieron como isla del Sol Aea, allá donde marcharon los argonautas y Heracles, era la copia del Asgard nórdico y, del mismo modo, un ejemplo de los paraísos medievales Grial, de Artús, Rosaleda y Monte de Venus. El arquetipo para todos ellos fue la "Montaña de la Asamblea en el más remoto Septentrión", como lo llama Isaías. Para llegar a esta montaña quiso Lucifer, que es también el Apolión del Nuevo Testamento, viajar sobre las altas nubes. Pero para ir hacia el más profundo de los fosos Jehová lo hizo caer, porque, por orden de este celoso Dios de los judíos, el paradisiaco Asgard se había ido convirtiendo en el lugar de los malditos: el infierno.

Cuándo en la Alemania del medievo tardío se ahorcaba a alguien, siempre se ponía mucho cuidado en que el rostro del ahorcado mirase hacia el norte. Hacia el infierno...

En estos días crucé el Brenner y dirigí mis pasos hacia una ruta del ámbar con dirección norte. Cuándo Laurín, el rey de la rosaleda, le confió a Dietrich von Bern el secreto de la montaña de fuego divinizada, también le enseñó el camino que debía tomar una "muy expedita ruta". Puede que con ello haya querido decir una de las rutas del ámbar más lejanas en el tiempo...

Así opinaban todos, hemos sido advertidos,
Del gran calor,
Seré guardado:
Allá gozaremos de dioses terráqueos,
El Berner dijo: "Entonces sólo es cosa de Dios.
Tendrá que suceder,
Me alegro de ello,
Protección que nunca más de hombres desapareció".

GINEBRA

Desde aquí salió al mundo el calvinismo. Su objetivo fue "la conquista del mundo para Cristo". No lo logró ni lo logrará. Tampoco su "cristianización del mundo" se arredró ante el asesinato. Kohann Calvino, fanático y tenebroso fundador del calvinismo, hizo quemar a Miguel Servet, descubridor de la circulación de la sangre, porque él no quiso creer en la doctrina cristiana de la trinidad.

En el presente, a Ginebra confluyen de todos los países los delegados de las naciones que tienen asiento en la League of Nations o Societé des Nations. Los ginebrinos han encontrado otra designación para ésta: *Societé des Passions*. En castellano: Sociedad de las Pasiones. Muchas naciones y casi todas las razas están representadas aquí para poner más orden en Europa y en el mundo. Para las asambleas en las que hablan en voz alta o ríen bajito los representantes judíos de la Rusia soviética, han construido un palacio monstruoso. Algunos alemanes sin trabajo, al construirlo, han ganado algunos francos. El salario les ha llegado apenas para comer hasta satisfacerse. Faltaron los cincuenta céntimos por día para un camastro en los albergues del Ejército de Salvación, por lo que sólo pudieron acudir a los asilos nocturnos para vagabundos. Estos alemanes tendrán hoy nuevamente pan suficiente y buena cama. En casa.

El palacio de la Sociedad de las Naciones, con su blanco estridente y sus gigantescas dimensiones, irrumpe brutalmente en el paisaje

de la antes tan armónica y agradable Ginebra entre el Jura, el Saleve y el Voirons; se levanta en medio de un gran parque del que los ginebrinos, antes con toda razón, se sentían orgullosos y cuya paz deploran haber perdido: el parque Ariana. Con el nombre de Ariana, aquella potencia que teje el destino y la historia del mundo, se ha permitido un chiste.

Ariana es el antiguo nombre de Irán. Lo ostentó la región de los parsis en conmemoración de un "país primitivo ario creado por el dios luminoso", Ariana. Los escritos sagrados de los tiempos antiguos de los arios iraníes informan que cierto día surgió la "serpiente del invierno", y el luminoso paraíso, donde los hombres eran felices y donde ellos siempre vieron a la divinidad, se transformó en una tierra fría, "fría para el agua, fría para la tierra, fría para la vegetación". Por siempre habrá ahora allá "diez meses de invierno y dos meses de verano". (Domina el clima ártico.) De Ariana llegaron los hombres arios. También los indios arios supieron de esta luminosa patria primitiva, el país de los *uttarakuru*, de los hombres del norte, la "Isla del Esplendor" a orillas del mar Blanco o mar Lácteo, el "divino país de los arios". Ellos enseñaban: "Sé tu propia luz, haz acciones, hazte sabio, sé más fuerte, y podrás entrar al divino país ario".

Oh, ¡parque Ariana de Ginebra! Oh, ¡palacio de la Liga de las Naciones!

Domingo de Ramos. La mañana se inunda de tañidos de campanas calvinistas y papistas. Me acuerdo del tesoro cercano al Montségur, cercano al bosque Tabor pirenaico, custodiado por serpientes. Durante la misa, hoy se lo podría traer a la superficie... Mi hospedera, oriunda de Viena, procura hacerme el mayor bien. No sólo atiende constantemente mi bienestar corporal. También teme por la salvación de mi alma. Me miró horrorizada Cuando el primer día le pedí sacar todos los santos de yeso y aquella molesta oleografía que representa a Cristo con corazón sangrante. Desde esa vez mi hospedera, me lo ha dicho, reza todas las mañanas en la iglesia por la salvación de mi alma, después de prepararme un

delicioso café y solícitamente habérmelo mantenido caliente. Por eso no me sorprendió tanto que trajera a mi habitación una palma bendecida por su sacerdote. Seguro que ésta, para el próximo año, me mantendrá alejado de toda desgracia y todo dolor. No seré capaz de rechazar este don. Ahora la rama encantada está sobre mi escritorio.

Junto a dos pisapapeles: un cascote del friso del Templo de Delfos y una piedra del castillo de Montségur. Este fue condenado a muerte una noche de Domingo de Ramos. Por la mañana del Domingo de Ramos ascendían las "ramas sobre él, y comenzaron a quemarse sin llamas, lentamente, doscientos cinco cuerpos de herejes. En vez de las campanas se escuchó un coral cantado por verdugos en vestales de monje: "Venid, Espíritu Santo"...

Falta poco para el mediodía. Bajo mi ventana pasean hombres de punta en blanco, ruedan elegantes coches, hay risas y se escuchan bromas. Una orquesta de café concierto toca Händel, "Hija de Sión, alégrate". En el lago zarpa un vapor enfilando hacia la costa saboyana, yates a vela se dejan llevar por el viento hacia el Grand Lac. También observo el Montblanc. Se estira orgulloso a las alturas como con conciencia de ser el techo de Europa. En el café concierto Jerusalem todavía se lanzan fuertes gritos de júbilo por la llegada de su rey. Cierro la ventana y pongo un disco que me gusta desde la primera vez que lo escuché. Creo que pocos conocen esta canción que no me canso de oír, porque es realmente hermosa:

*Terre où je suis né, Terre
pauvre et mîe,
Ton sol est pierreux
Et tes champs ingrats.*

*Quand je conduis
Vieille charrue,
Je sens ton doux coeur
Battre dans mes bras.
La bàs: C'est mon pays!
Terre où je suis né,
Terre pauvre et nue,
Tes sombres forêst
Pleurent dans le vent...*

En país extraño y por una canción latina de pronto me acerco tanto a la patria como no la sentía desde hace mucho tiempo. Oigo bosques oscuros llorar al viento. Quien no ha visto el Hochwald, el anciano ancestro, en noviembre, Cuándo en él se aposenta la niebla algodonosa y fría, Cuándo sus nietecillas, las hojas, languidecen y, con el más leve soplido del viento, él y sus hijos los árboles para siempre serán arrancados, ése no sabe que el bosque puede llorar. Ése tampoco sabe que junto a su aire sospechosamente alabado tan a menudo, cobija una tragedia que estremece. No sabe que el abuelo bosque es el más digno de ser amado y puede ser también el más digno comunicante Cuándo suspira de dolor.

Se le llama nostalgia a lo que estoy percibiendo. Pienso en Alemania y también, frente al Montblanc, en Fausto, aquel al que el poeta Christian Dietrich Grabbe hace edificar, por medio del diablo Mefistófeles, un castillo encantado sobre el Montblanc, ya que a él, el más alemán de los alemanes, en Roma, cada vez "las lágrimas le colgaban de las pestañas Cuándo recordaba a Alemania". Fausto, y con él Alemania, han venido a mí. Es lo más bello que tiene para ofrecer la patria en tierras extrañas. Se ofrece ella misma, en Cuánto se la piensa con fervor. En algún lugar del extranjero, cierta vez oí una pieza radiofónica de un soldado alemán escrita para jóvenes alemanes. De regreso de sus vacaciones, ya en las trincheras, un combatiente le dice a su capitán: "Mientras más lejos de Alemania se vaya, más cerca viene". Esta aparente contradicción contiene una verdad

profunda, quizá pura y simplemente el conocimiento sobre Alemania y el espíritu alemán.

El otoño de Alemania hila el Domingo de Ramos en mi pequeña habitación de Ginebra. Los oscuros bosques lloran. Zumba el viento de noviembre en los alambres y postes que se alinean a lo largo de las carreteras que conducen a través del campo. Observo y oigo caer del árbol al linde de la calle una manzana tardía. Tal vez quiera gritar que un gusano la horada. No lo hace. Cae pacíficamente y con ello casi ha cumplido su destino: ahora sólo necesita pudrirse, para que, si su corazón es sano, renazca, o, si estuviese enfermo, viva con aquello que la tierra guarda y pueda germinar en sanos retoños.

El pequeño reloj que he traído conmigo golpea en su campanilla dos veces. Ha llegado la verdadera hora de los espíritus; los espíritus hablan ahora con nuestros ancestros, y sólo cerca del mediodía se muestra Tiubel, el diablo, a los hombres; así se creía hasta el medievo tardío. El caballero Heinrich von Falkenstein lo vio una vez, alrededor del mediodía, porque un brujo le había aconsejado ese horario. Tiubel salió del bosque "mientras el viento aullaba y los árboles crujián", como relata el cronista Cesarius von Heisterbach. Tiubel es Lucifer, a quien no se hizo justicia.

Encantamiento de mediodía...

Lucifer, desde el bosque alemán, llegó a mi cuarto. No puedo verlo, pero siento su presencia. Solamente puede ser él quien alza el trozo de friso del templo de mi escritorio; bajo él crecen columnas y a éste con otros escombros lo hace unirse en friso y techo. La casa délfica de Apolo se levanta de repente frente a mí en esta casta belleza. Desde la sagrada oscuridad de los olivos y laureles me contempla la frase: "Conócete a ti mismo". Sólo puede ser Lucifer el que ha interpretado la modesta piedra de las ruinas del castillo de Montségur haciéndola parte del respaldo del banco de piedra. Veo el banco con nitidez, sombrío bajo ramas de laurel. Un hombre está sentado allí, rubio y noble. Lleva vestimenta negra. Su cabeza está cubierta por una toca parecida a la mitra. El

hombre, un cátar, me mira y dice: "Luzibel, a quien no se hizo justicia, te saluda". Sólo puede haber sido Lucifer el que restituyó la hoja de palma al árbol de su origen en una ciudad oriental. Que está en Jerusalén. Cerca de él se dejan ver doctores de la ley judíos. Están disputando si el adulterio y asesinato del rey David, de los que informa su Sagrada Escritura, hay que entenderlos de manera literal o no. Comienza a levantarse alboroto y llega gente en masa. Gritaban a voz en cuello "Hosanna al hijo de David". Ahora veo a un hombre cabalgar sobre una burra. Es a él a quien las masas dirigen su júbilo. Su faz no se deja ver, porque, como encorvado por debilidad, mantiene la cabeza inclinada. Parece que no entra en la ciudad de David para la coronación. Podría ir aproximándose a una muerte violenta en el lugar del suplicio. ¿No abrigará en secreto el deseo de que el amargo cáliz que le espera pase de largo ante él? Él no es ningún héroe y tampoco pretende serlo, para que se cumpla la Escritura. Los vehementes orientales que lo rodean le causan estragos, ya que aquel espectáculo, para que realmente sea un espectáculo, lo acompañan con gritos y variedad de gestos. Alguien de la muchedumbre quiebra mi rama de palma y se la arroja al Rey de los judíos, que monta sobre el lomo de la burra y mira al suelo. Un hombre, que conduce la burra al cabestro, levanta la rama y se la alcanza al triste Rey. Éste la coge, y no levanta la vista.

Encantamiento del mediodía...

Deslumbrantemente blanca es la carretera que tengo frente a mí. La conozco. Ella une en el Languedoc las ciudades de Toulouse y Castelnaudary. ¿No me está hablando un hombre? Ahora lo reconozco, ya que una vez lo vi retratado en una miniatura. Es el trovador Peire Vidal. Habla con exuberancia y con fuego sagrado, poniendo los ojos en blanco: "Creedme, he visto al propio Dios sobre este camino. Vino hacia mí cabalgando como un caballero, bello y fuerte. Cabellos rubios le caían sobre el rostro tostado y sus claros ojos brillaban. Uno de sus zapatos estaba decorado con zafiros y esmeraldas, el otro estaba desnudo. Su capa estaba

adornada con violetas y rosas, y sobre la cabeza llevaba una guirnalda de caléndulas. Cabalgaba sobre un majestuoso corcel como yo nunca antes había visto: una mitad era negra cual la noche y la otra blanca cual marfil. Un carbúnculo en la rienda fulguraba cual sol. Lo que yo no sabía es que el caballero era Dios. Tampoco supe quiénes eran la dama, la damita y el paladín. Antes yo no había visto que integraban su séquito. Pero entonces fue Cuándo escuché extasiado cómo el caballero y la dama cantaban juntos una nueva canción, en la que terciaban las aves. Y la dama dijo al caballero, una vez que la canción hubo terminado, que necesitaba descansar, pero cerca de la fuente de una pradera, porque a ella no le gustan los castillos. Y el caballero le indicó un sitio apartado, bajo un laurel, junto al cual una fuente manaba sobre piedras. Después, el caballero me habló:

"Amigo Vidal, sabed, yo soy Amor; la dama se llama Gracia; la *damoiselle*, Pudor, y el paladín, Leal". Así es: he visto a Dios y Dios es Amor, es *Minne*.

"Peire Vidal -respondí en voz alta-, tú has encontrado a Lucifer, entonces te llamas Luzibel."

Despierto sobresaltado y estoy a solas conmigo. Pese a que las ventanas de mi habitación están bien cerradas, penetra aguda una nueva canción de moda: una canción de negros, apropiada para cantar bajo inmensas palmeras africanas. Ante mí, entre la piedra del Parnaso y la piedra del Montségur, hay una rama de palma. Puede que sea un vástago de encina o un haz de laurel. La guardo bajo llave.

Es el fin del encantamiento...

Hoy recibí de Carcassonne una noticia amarga para mí, que la condesa P., mi querida amiga maternal, ha fallecido de modo repentino. Durante el sueño nocturno se quedó dormida para siempre. ¿No sucede, con los seres que verdaderamente se quieren, exactamente lo mismo que con la patria? Mientras más lejos se encuentren,

igual están en la habitación y más próximo a ellos se está en espíritu. Y si estos seres han emprendido la marcha al más allá, entonces ellos se nos han aproximado más que nunca antes: de pronto los llevamos dentro de nosotros.

Los muertos amados sólo pueden ser de nuestra intimidad en el recuerdo. Yo recuerdo a la anciana fallecida en mi más profunda intimidad! No hace mucho me escribió que en un ala lateral de su mansión, a la que muchas veces asistí como invitado, había equipado una sala de trabajo para mí, había trasladado allí sus libros más valiosos y había hecho colocar un piano de cola, para que, como en Sabarthés, pudiera ella tocar. Sí, fueron veladas inolvidables las que pasamos juntos por mucho tiempo en Ornlac. Durante el día me iba a las cuevas.

Regresaba al atardecer, ella me aguardaba delante de su albergue. Tan entrada en años y frágil como estaba, no tenía fuerzas para acompañarme. En mi cámara oscura, un sótano que había adaptado para ello, me ayudaba a revelar las fotografías tomadas durante el día. Después tenía que narrarle todo lo visto y encontrado, para terminar siempre haciendo música. Una vez improvisé sobre la *suite* de Händel "Los dioses van a mendigar". Afuera ya era noche. El torrente del Ariège entornaba su fuerte y eterno canto, y un ruiseñor gorjeaba. Yo tocaba. Al terminar, el valle despertó bruscamente. A una vida como sólo el Sabarthés y su noche puede originar. Desde las cien cuevas y grutas salían miles de búhos y lechuzas. Con vuelos de almas en pena y aún más fantasmales sonidos, cubrían por completo el escaso espacio entre las paredes de las rocas y las simas.

Mi maternal amiga dijo: "¿Escucha usted, *mon ami*, cómo se quejan las almas de mis antepasados? Denuncian a Roma y su cielo. Primero los asesinó el César; que era romano. Después cayeron los francos sobre su territorio tratando de exterminarlos.

Por orden de Roma, a la que los godos, cuya sangre norteña se

había unido con la sangre norteña de mis ancestros celtas y helenos, odiaban tan profundamente. Un día arrastraron hasta aquí a los peregrinos de las cruzadas contra los albigenses y mataron a todo el que se cruzaba en su camino. Lo hacían por Roma. Entonces llegaron los inquisidores. Torturaban y quemaban a quien no era de su creencia. Porque estaban al servicio de Roma. Finalmente los hugonotes fueron perseguidos y aniquilados porque Roma no los quiso soportar. Ahora somos católicos romanos y somos parte de Francia, que se vanagloria de ser la hija más amada de Roma. Mis ancestros claman y denuncian. ¿No los escucha? Soy una vieja, mis días están contados. He hecho todo lo que he podido para ayudar a justificar y lograr el reconocimiento de mis antepasados y su luminosa divinidad. ¿Querría prometerme que, Cuando yo ya no esté, proseguirá mi obra? Usted, un alemán, debería hacerlo, porque llevamos la misma sangre. ¿Me lo promete?".

Se lo prometí, y mantendré mi promesa.

En otra ocasión estuvimos juntos en Montségur, dejamos el coche en la carretera, bajo el caserío, y fuimos al Camp des Crémals, Campo de las hogueras. Las matas de remolachas forrajeras abundaban. Guardamos silencio y levantamos la vista hacia el castillo que en el interin el ingeniero bordelés y buscador de tesoros había abandonado. Los medios económicos de la "sociedad secreta" de la que me había hablado se habían acabado demasiado pronto. Le hablé a la condesa sobre mi patria alemana. Lo hice con fervor. También le conté acerca de nuestro poeta Hölderin, que, pobre y acosado, vivió una vez en el sur de Francia. Aquí lo golpeó, como le escribió a su amada Diolma, de súbito, Apolo. Y mientras rememoro a Hölderin, quieran los manes de los cátaros quemados en las piras por clerizontes y monjes sentirse todavía más consolados esperando reconfortados el Día del Juicio y a su tribunal. Recité los mismos versos que Hölderin hace a su Empédocles lanzar a la cara de un cura antes que él, ya sobre el Etna -llamado en la Edad Media Monte de Bel-, fuera a la muerte. Empédocles siguió el camino al más allá con Dietrich von Bern como ejemplo. Despreciaba a los curas:

Por mucho tiempo me ha sido un enigma
Cómo os soporta en su corro la naturaleza.
Y Cuándo aún era un muchacho, ya os evitaba
A vosotros, corruptos. Mi piadoso corazón,
Que es incorruptible, íntimamente amable se adhirió
Al sol, al éter y a todos los mensajeros
De la gran, largamente presentida Naturaleza;
Porque bien he sentido en mi temor
Que el libre amor de los dioses del corazón
Discutir queréis para servicio común.
Y que yo lo ejecuté como vosotros.
Marchaos. No puedo ver al hombre frente a mí
Que a lo divino trata como una industria,
Su rostro es falso, frío y muerto,
Como sus dioses son. ¿Qué os sorprende?
¡Iros ahora!

Pienso en la intimidad de los muertos. Muy suavemente se oye el tic-tac del reloj que ella me obsequió.

A LA VERA DE UN CAMINO DEL SUR DE ALEMANIA

Es verano, y he regresado a tierras alemanas. Camino por suelo alemán. Por techos alemanes me tiendo a descansar. Por mi alma afortunada suena el “Tandaradei” del señor Walter von der Vogelweide.

Esta noche la pasaré en Tübingen, donde Hölderlin vivió, sufrió y escribió poesías. Los hombres lo tuvieron por loco. Sí que Apolo lo había golpeado...

Sentado a la sombra de un manzano, a través de sus ramas y follaje, le hago un guiño al luminoso cielo. Zumban abejas, avispas y mosquitos; chirrían los grillos. Una alondra levanta vuelo, con júbilo, hacia la luz. Sacó pluma y papel de escribir de mi mochila.

¿Quién me regañará porque escribo? Debo hacerlo, porque poetizo a mi manera. Debo hacerlo, porque la poesía hierve con demasiado poder en mi interior.

En espíritu, veo a hombres de los siglos XII y XIII ir recorriendo el camino. Uno tras otro van pasando...

"¿Cómo te llamas", le pregunté a un hombre. Ya no es joven. Su pelo es gris y sus mejillas son pálidas. Lleva una vestimenta larga y negra, polvorienta y con los bordes raídos. Su paso es elástico.

-Me llamó Bertrán y soy del país de Foix.

-¿Adonde quieres ir?

-Al Rin y más allá.

-¿Eres hereje?

-Lo soy -el hombre me miró asombrado.

-¿Huyes de alguien?

-Soy un proscrito y huyo de los romanos.

-Conozco tu patria.

-Bien lo sé, pero no la conoces lo suficiente.

El hombre continuó hablándome en mi idioma: "Fuí caballero. Cierta vez pasaste por los restos de mi burgo sin mirarlos profunda y respetuosamente porque ibas leyendo un libro. Debieras leer menos y aguzar más la vista y el oído. Mi castillo está cerca de Foix, sobre una colina. Mirando el Montségur. Los inquisidores quemaron a mi hermano, a su mujer y a sus hijos, mientras yo estaba lejos. Celebraba el solsticio de invierno en las alturas de Omolac, no lejos de aquella iglesia subterránea que viste en los Pirineos, en el monte Lujat, a la vera del camino de los herejes. Nadal llamamos a esta fiesta: Navidad".

Le interrumpí para preguntarle:

-En el oficio divino y en la fiesta, ¿habéis celebrado el nacimiento de Jesús de Nazaret?

-¡No! El nacimiento del sol salvador. Muchos de los nuestros lo llamaron tal como los griegos anteriores a Cristo lo llamaban: Christus. Christus no es Jesús. Éste fue judío, sectario judío. Sus adeptos sólo después de su muerte lo proclamaron como

Redentor solar.

-Por lo que el obispo Melitón, de la cristiandad primitiva, oriundo de la ciudad de Sardes del Asia Menor, con toda razón pudo decir que la doctrina de Christus no era ninguna revelación religiosa, sino una filosofía, primero sólo conocida por los bárbaros, que comenzó a expandirse modificada en tiempos del emperador romano Augusto y al mismo paso que el crecimiento del Imperio romano; dicho con otras palabras: Jerusalén y Roma se apropiaron de la doctrina de Christus y, reformada, la pusieron al servicio de sus objetivos!

-Sí. La doctrina de vida terrenal y muerte en la cruz de Jesús Cristo es judía y antidivina.

-¿Cómo es eso de antidivina?

-Es antidivino representarse la divinidad como ser personal.

-¿Qué es Dios?

-Dios es espíritu, luz y fuerza,

-¿Hay también un anti-dios?

-Sí. Es la debilidad que actúa en los hombres como mentira y duda. Él es también el espíritu de la anarquía y la destrucción.

-Por lo tanto, para ti, ¿Lucifer, a quien llamas Luzbel, no es el diablo? ¿Quién es él?

-Lucifer es la naturaleza tal como tú la ves en ti, alrededor de ti y sobre ti. Tiene un doble carácter: tierra carente de luz y vivificador cielo luminoso.

-¿Es Lucifer vuestro dios?

-¿Por qué no hablas de la divinidad? Vuestra expresión Dios, el Dios, comprende la representación de lo personal en sí. Mis contemporáneos alemanes llaman a la divinidad, debes de saberlo, "lo Dios". Las representaciones bíblicas os lo han deformado, lo queráis reconocer o no.

-¿Entonces, Lucifer es vuestra divinidad?

-No. Él es un intermediario.

-¿Así que el hombre fuerte requiere de un intermediario?

-Sí. Pero no un mediador que lo redima, sino que lo preceda dando ejemplo, siendo ejemplar. Lucifer es también el sol. Tú lo

necesitas para querer vivir. Tú no lo necesitas menos para deber morir.

-¿Cómo? -pregunté, aunque me figuraba la respuesta.

-En invierno muere el sol y en primavera resurge de nuevo. Trae la luz de la vida y la certeza, que es lo opuesto a la duda.

-¿La certeza de nacer de nuevo?

-Si así deseas llamarlo, sí. Mejor dirías de victoria sobre la vida, de inmortalidad.

-¿El hombre es inmortal?

-Tú mismo tienes que hallar la respuesta. Mira a tu alrededor Veo el tronco del manzano, bajo el cual estoy sentado. El tronco es viejo y está podrido. Cualquiera día caerá desplomado sobre sí por la descomposición. Pero aún da flores. Éstas serán fecundadas, crecerán hasta llegar a ser fruto, caerán, se hincarán en la tierra, resurgirán como árboles nuevos. Y veo ante mí al hombre. Ya no es joven. Su pelo es gris. Pregunto:

-¿Eres padre?

-Lo he sido. Me quemaron cuatro hijos en Toulouse por un auto de fe. Mientras ardían permanecí erguido, disfrazado en medio de esos hombres que pretenden estar en posesión de la creencia correcta y que fundamentan y disculpan todas sus atrocidades con pasajes del Antiguo Testamento...

-¿Cómo continuarás viviendo después de tu muerte?

-Por el ejemplo. Por el hecho de que hasta mi último aliento, pese a todo, he permanecido fuerte y orgulloso y gracias a esto he cumplido con la ley. Y...

-¿De qué ley hablas?

-Tienes que encontrar la respuesta por ti mismo. Mira a tu alrededor Y veo el sol Me deslumbra. Incluso así reconozco: todos los anocheceres debe irse del mundo. Todas las mañanas tiene que alzarse sobre el horizonte. Todos los años tiene que bajar y luego levantar su órbita diaria prescrita. Vivifica la tierra, regala luz a otros astros, de modo tal que podría presumirse que éstos también fueran soles. Generosa y caballerosamente permite que soles más grandes y más luminosos, que sólo aparentan ser más

pequeños, tengan el derecho a producir luminosidad según su propia manera de proceder. Él es fuerte, triunfa sobre las nubes oscuras, la noche negra y el muerto invierno. Es orgulloso, ya que no permite que se le impida el derecho del día y del año de su vida...

"Mira en tu interior." Así habla el hombre. Yo obedezco y escucho en mí dos voces que riñen. "Guardas silencio He dice una a la otra, tú eres la aceptación de la vida y confías, miope, en el teatro bufonesco de la vida, del mundo, de las cosas. ¿Qué es la vida? Esfuerzo y trabajo, enfermedad y muerte. ¿Qué es el mundo? Cornupia(cornucopia) de la miseria, valle de los lamentos, campo de batalla de las pasiones. ¿Qué son las cosas? Materia imperfecta, efímera y variable, desde un principio inserta en la decadencia. Los propios astros, con los que tú te recreas, alegría de vivir, un día ya no serán más. También a ellos les espera la muerte. Nada de lo que comprendes con tus sentidos es ni duradero ni divino, porque Dios es permanencia eterna. Sólo hay una única certeza: la muerte. ¡Sobre estas rocas levantarás tu templo!" A esta voz le salió al paso la otra: "¡Yo soy el Sí! Tengo la voluntad de seguir siendo el fuerte y valiente Sí. Él ha creado, no por casualidad, a la divinidad, al mundo, a todas las cosas visibles y también a mi. De esto estoy seguro. Y esta certeza me vuelve todo sagrado: el firmamento, la tierra, los elementos, y ante todo aquello donde la divinidad universal me permitió abrir los ojos a la luz: mi patria y mi estirpe. La divinidad me dio la vida, y yo construyo sobre la vida. Yo soy yo. Pero no podría serlo sin mi estirpe; no existiría mi estirpe si mi patria no existiera y mi patria no viviría si no hubiera divinidad".

"La divinidad no tiene que hacer con tu patria más que con la patria de cualquier otro hombre, porque para ella todos los hombres y todos los pueblos son iguales". Así contradijo la voz primera. La segunda guardó silencio.

Por eso me dijo el hombre:

-Mi patria ya no existe. La convirtieron en un montón de ruinas y por orden del papa la prepararon para una nueva estirpe. Fuimos

exterminados por no reconocer al Dios de los judíos, Yahvé, ni a Moisés y a los profetas. No rezamos al Dios de los judíos, porque la divinidad no tiene que hacer con el pueblo de los judíos más que con cualquier otro pueblo. La presunción de ser el pueblo elegido de la divinidad sólo la han expuesto ellos. ¿En qué es Yahvé distinto al alma del pueblo judío, presuntuoso, intolerante, fanático, ávido de poder y nada caballeroso? El alma de mi pueblo fue muy distinta. Nuestro Dios era luminoso, claro y caballeroso. En perfección, fue lo que nosotros, como hombres, hemos sido de imperfectos.

-Razón por la que os llamaron herejes, a vosotros que habíais aceptado la consagración herética, ¿vosotros perfectos? ¿Es por esto que os autocalificabais de puros? ¿No es acaso osadía calificarse así por sí mismos?

-Nosotros así nos designábamos, a diferencia de Roma, que a todos los hombres, sin importar de la sangre que sean, permite ser igual de innobles, corruptos e impuros. Como nietos de nuestros antepasados, los helenos y los godos, nos sentíamos nobles, pero no innobles. Pereceros e incluso alejados de Dios, ¡pero no corruptos ni impíos! ¡No necesitábamos al Dios de Roma ya que sabíamos que teníamos un Dios! ¡No necesitábamos los mandamientos de Moisés, porque desde nuestros ancestros portábamos nuestros mandamientos dentro del alma! Moisés fue imperfecto e impuro; de no ser así, no habría elegido una negra como mujer y no habría permitido a su Dios que matara con lepra a sus hermanos, encargados de las reprimendas. Lo que fue Moisés, fueron los judíos, que nos quieren imponer sus creencias, sus escrituras y sus leyes: imperfectos e impuros, almas serviles y bastardas. Nosotros, occidentales de sangre nórdica, nos llamábamos cátaros como los levantinos de sangre nórdica se llamaron parsis: puros. Tendrías que comprenderme, ¡o también tu sangre es impura!

-¿Parsis?

-¡Sí! ¡Los parsis, los arrianos y nosotros, los cátaros, no hemos traicionado a nuestra sangre! ¡Éste es el enigma de las "ligazones" entre ellos que tú buscas y buscas! Fíjate: Cuando meditas sobre un

Parzival, sabes desde entonces que este nombre representa una palabra irania. Esta palabra significa flor pura. Y Cuando tú buscas al Grial, buscas la sagrada piedra ghral de los parsis. Al Grial sólo será llamado aquel que sea conocido en el cielo, así lo has leído en Wolfram von Eschenbach. Nuestro cielo no es el cielo de Jerusalén o de Roma. Nuestro cielo sólo habla a los puros, a aquellos que no son criaturas y siervos de razas inferiores o de razas mixtas; habla a los arios. ¡Que significa noble y señor! Alzo la vista. Estoy solo...

El canto viene acercándose: canto de rudas voces de muchachos. Una sección de exploradores de la juventud alemana marcha acercándose por la carretera nacional. Intercambiamos gritos y palabras alegres. Luego acampamos juntos bajo el árbol florido y cantamos una nueva canción:

Si uno de nosotros se cansa,
El otro vigilará por él.
Si uno de nosotros duda,
El otro reirá lleno de fe.
Si uno de nosotros cae,
El otro se levantará por dos.
Porque todo combatiente tiene un Dios
Junto a los camaradas.

WORMS

Estaba en el puente del Rin. De la bruma de la antigua y sinuosa ciudad emergían las torres de la catedral. En el occidente más lejano permanecía azul el Donnersberg, el Monte del Trueno, en tiempos pasados consagrado al dios nórdico Donar-Thor. En el este, colgando de claras nubecillas, ondulaba la hermosa cadena del bosque Oden, que fue el bosque de Odín. Hasta podía reconocer con claridad los viñedos de la ruta de la montaña y los

castillos de Auerbach, Heppenhein y Weinheim. Allá debe de estar situado aquel pueblo donde Hagen mató a golpes a Sigfrido:

Cuándo busquéis el manantial donde Sigfrido fue muerto,
Deberíais también oírme decir la buena nueva. Allá delante
del bosque Oden hay un pueblo Odenhain. Todavía fluye el
manantial -sobre esto no cabe ninguna duda-.

Entre el bosque de Oden y el Rin vi una flecha de campanario sobresalir por sobre las copas de un gran bosque. Pertenece al pueblo Lorsch, famoso por las ruinas de su convento. Hoy éstas contienen un sitio que conmemora los muertos de la Guerra Mundial. Aunque en Alemania haya cementerios de héroes más fastuosos e impresionantes, yo solo difícilmente podría imaginarme, empero, uno más digno.

Aquí hizo la señora Krimhilde -ella así lo quiso- enterrar por segunda vez al señor Sigfrido:

En Lórse, en la catedral, con gran pompa y honra:

En un largo féretro allá yace el héroe valiente y tan augusto.

En Lorsch, cuyo nombre antiguo era Lourisham, debe haber estado esa rosaleda de la que informa el "Gran jardín de rosas", un poema épico popular del siglo XIII:

El rey Gibich de Worms tenía un hermoso paraíso terrenal de leyenda llamado jardín de rosas o rosaleda de una milla de largo y media milla de ancho. Como el jardín tirolés de Laurín, también estaba envuelto con un fino hilo de seda. Era custodiado por doce héroes renanos, uno de ellos era Sigfrido. Krimhilde, hija de Gibich y prometida de Sigfrido, había escuchado muchas historias de portentos de Dietrich von Bern. Lo invitó a venir al Rin con once de los suyos para que midieran sus fuerzas en combate con sus esforzados varones. Al vencedor le tocarían de premio una guirnalda de rosas y un beso de ella. Dietrich aceptó la invitación. Los once de Ber ganaron. Al final,

luchó Dietrich con Sigfrido, cuya callosidad le permitió desviar los cintarazos propinados por Dietrich. Bern lleno de ira, echaba espumarajos por la boca, como si fuera el mismísimo demonio. Sigfrido cayó derrotado en el regazo de Krimhilde, quien raudamente arrojó un velo protector sobre él. Dietrich y sus héroes recibieron las merecidas guirnaldas de rosas y el beso.

Esta guirnalda de rosas o rosario no puede haber sido la eclesiástica, aquella cadena de bolitas para rezar el rosario. La guirnalda de rosas o rosario antaño no era rezada, sino que, sonriendo, se suspendía del árbol de mayo y delante de casa "por la gracia del canto". Esto también lo hizo en su tiempo un eclesiástico del pueblo Elysacia (hoy Elz) en la diócesis de Tréveris, allá donde vivía el monje cisterciense Cesarius von Heisterbach y donde escribió sus crónicas en el siglo XIII. El eclesiástico había ganado en el baile en corro una guirnalda de rosas (o rosario) como premio y la colgaba frente a su casa, "para que la gente se divirtiera y tuviera ganas de participar en los bailes".. Un día se encontraba en la taberna tomando zumos de uva. Súbitamente se presentó un terrible temporal. Con su sacristán, que también había bebido, digamos, una copita, se apresuraron en llegar a la iglesia a tocar las campanas. Ya en la iglesia fueron los dos derribados por un tremendo golpe, y, curiosamente, el sacristán quedó debajo del eclesiástico. El sacristán salió ileso, pero el sacerdote estaba muerto. "Por haber bailado en el corro y una guirnalda de rosas haber colgado, fue por el cielo castigado", creyó el cronista.

En vez del rosario, aconteció muchas veces que el premio consistía en un carnero o un macho cabrío. En Hertene (hoy Kirchherten, en la baja Renania) sucedió una vez -según cuenta Cesarius- que un carnero decorado con cintas de seda fue festivamente expuesto, y un pregonero animó a la gente a bailar en torno de él. Al mejor bailarín se lo premiaría con el animal. Con acompañamiento musical comenzó la danza en rueda. Pero también sobre Hertene se descargó una fuerte tormenta que terminó con la diversión.

Otro cronista del siglo XIII, el obispo Oliver von Paderborn, escribió que estos bailarines hicieron una reverencia al carnero, lo que se consideró como herejía. Un pecado capital de los cátaros fue -así dice en otra parte- la "diabólica veneración al macho cabrío". El macho cabrío y la rosa fueron en los tiempos primitivos consagrados al dios Thor-Donar, como se sabe hoy. Tendría que preguntarme si Thor fue el hermano de aquel rey de los enanos, Laurín, que revistió con hilo de seda su roaleda tirolesa para que ningún indigno pudiera encontrar su entrada. ¿Es Thor el hermano de Laurín, quien en tierra alemana tenía su casa, a quien se otorgaron mil años de vida, a quien un camino bien llano lleva a una montaña de fuego?

Wolfram von Eschenbach hace que Laurín diga al rey Dietrich von Bern: "Vos todavía viviréis a los 50 años. Y seréis también un robusto héroe, pero la muerte os sobrevendrá. Más sabed que a mi hermano, que en tierras alemanas tiene su casa, se le han otorgado mil años. Vos sólo necesitáis escoger una montaña que en su interior sea ígnea. Entonces, opina mi gente, seréis transportado al gran calor, seréis igual a los dioses terrenales".

El antiguo nombre de Lorsch es Laurisham. Quizá Laurín también ha esperado aquí una roaleda. El convento de Lorsch está sobre una colina de arena. Para hablar con Wolfram von Eschenbach, los romanos, léase los papistas, estarán muy en contra de este "subir a la montaña" para poder construir en la roaleda un convento.

Pregunta tras pregunta. Enigma sobre enigma...

MICHELSTADT EN ODENWALD

En esta pequeña ciudad, mi madre me trajo al mundo. Sus antepasados están enterrados aquí. Ya de pequeño le tomé un profundo cariño a esta porción de tierra. Cuando mis padres, entonces residentes en Bingen del Rin, empezaban sus preparativos para nuestra estada veraniega en Michelstadt, comenzaban mis preguntas:

Que si era verdad que el manantial donde Hagen von Tronje mató a Sigfrido sería aquella fuente rodeada de tilos que me habían mostrado el año anterior. Si debía creer que el último sacerdote de Odín en Odenwald -del que poco pudo informarme el libro juvenil que tanto leí en la ciudad de Essen- habría vivido en la casa del bosquecillo donde todavía se ven sillones de piedra del Thing (*Thing o Ding*: asamblea popular y judicial de los antiguos germanos). Si la antiquísima basílica frente a las puertas de Michelstadt había sido construida por la hija del rey Karl, Emma, y por su historiógrafo Eginhard como consuelo para este sacerdote. Durante las vacaciones, siempre tenía novedades y cosas enigmáticas para ver: que en un apartado lago del bosque se reflejaba el castillo Mespelbrunn, castillo romano oculto en el monte alto; el castillo de caza Eulbach con su soberbio parque zoológico lleno de venados y jabalíes, o el armamento y equipo del rey sueco Gustavo Adolfo, en el museo de Erbasch.

Una vez viajamos por las montañas que separan Hessen de Baviera, hacia el convento Engelbert del Meno. Casualmente era día de peregrinación: los peregrinos suben arrastrándose de rodillas los varios cientos de escalones hasta la iglesia del monte mientras van rezando el rosario. Ya en aquel tiempo quería entender el sentido de una penitencia tal. A través de Amorbach regresamos a Michelstadt, yo sentado al pescante junto al cochero. Pasado mañana haré el mismo viaje, porque en las cercanías de Amorbach se encuentra, lo que no supe

Cuándo era niño, el castillo de Wildenberg, también conocido como Castillo del Grial en Odenwald. Aquí, siendo invitado de un caballero Von Durne, Wolfram von Eschenbach escribió parte de su *Parzival*. Algunos llegan a afirmar que éste fue el prototipo del Castillo del Grial, Muntsalvatsche para Wolfram. ya que en alemán es *Wildenberg*.

Lo que significa que yo vine al mundo dentro del área de destierro del Grial. Parzival, Sigfrido y Odín-Wotan fueron mis padrinos.

Es tarde por la noche. Oigo cuchichear a los árboles y hablar a una fuente. En algún sitio ladra un perro. Frente a mí está la Biblia. En el libro quinto de Moisés, al que los cátaros llamaron traidor y mentiroso, he leído una frase espeluznante que me hizo estremecer "A todas las naciones que Yahvé te haya entregado, las destruirás del todo, sin mirarlas con misericordia".

Hoy domingo estuve en la iglesia donde me bautizaron. El párroco ofreció un largo sermón repleto de citas de la Biblia. En el centro de las consideraciones, plenas de unción, estaban las palabras del apóstol Pablo: "Yo no sé lo que hago, porque no hago lo que quiero, sino lo que detesto. Así lo veo yo, que quiero hacer el bien, pero la ley me impone que lo único que me queda a disposición sea lo malo. Que se compadezca el Señor de quien Él quiera y permita ser empedernido a quien Él quiera. Oh, yo, hombre desdichado, ¿quién me libraré de este cuerpo mortal?".

Después del servicio divino que durante un largo rato me cayó como una pesadilla espantosa, me fui solo a la ciudad. Y me eché a mí mismo un sermón.

Comencé con las palabras de Schiller: "Sé como tú quieras, inefable en el más allá -sólo mi yo mismo me permanece fiel-. Sé como tú quieras, Cuándo yo me lleve solo a mí mismo al otro lado. Las cosas exteriores son sólo una apariencia del hombre.

Yo soy mi cielo y mi infierno. La prerrogativa más noble de la naturaleza humana es determinar por sí misma para hacer lo mejor por el amor de lo mejor. Los hombres nobles pagan con aquello que ellos son".

Continué mi sermón con palabras del maestro Eckhart: "El hombre justo no sirve a Dios ni a las criaturas. Permanece tan firme en la justicia que, por el contrario, no toma en consideración las penas del infierno ni las alegrías del cielo. El hombre justo toma tan en serio la justicia que si Dios no fuese justo no daría ni un comino por él. El hombre no debe temer a Dios. Dios es un Dios del presente. No hay que buscarlo o pensarlo fuera de sí, sino tomarlo como mi propio yo y como que está en mí. La verdad es, por lo tanto, noble, y ¡si Dios quisiera hacer caso omiso de la verdad, yo querría aferrarme a la verdad y dejar a Dios!".

También permito que ejerzan su impulso sobre mí las palabras dichas por sabios de nuestro tiempo. Ésta es la sabiduría de los valientes: quien quiera huir de la culpa, huye de la vida; pero aquel que expía sus culpas por toda la vida y encuentra en ella la eternidad, ése será nuevo en ella. No es la salvación del mundo la que nos hace falta, no, ¡sino que salvemos al mundo! Así y sólo así vence la vida más allá de la muerte. Sólo fortaleciendo la bondad, lo noble en nosotros, por nuestras propias acciones, por un ejemplo a seguir de manera irresistible, puede llegar a ser nuestro propio yo la ayuda: liberarse a sí mismo y decidirse. Toda salvación y toda justificación son anticipadas gracias a que nosotros seremos sólo por la voluntad. El castigo es la consecuencia; solamente hay un verdadero castigo del pecado, y este castigo será ejecutado por el propio culpable sobre sí mismo de manera ineludible y al unísono con sus decisiones: el ser peor. También la penitencia es consecuencia: solamente hay una expiación, y ella también es recompensa, involuntaria, pero inevitablemente ejecutada por el culpable en sí mismo: el llegar a ser más noble. De sus acciones y trabajos finalmente sale -sea hacia arriba, sea hacia abajo, para

mejor o para peor-, como resultado, el propio ser humano. Sólo tenemos una realidad: actuar. Sólo tenemos un hecho: la acción.

Cerré mi sermón con citas de *Zarathustra*, de Nietzsche: "Lo grande en el hombre es que él es un puente y no un fin; lo que puede ser querido en el hombre es que él es una transición y no una caída. Yo os suplico, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra!".

La "Tierra" es un componente del cielo, rebosante de estrellas...

AMORSBRUNN

Próximo a la pequeñísima ciudad de Amorbach, cuyos campanarios barrocos, edificio conventual e instalaciones de palacio parecen sofocar el montoncito de casas más modestas o más pobres, hay un lugar de gracia rodeado de árboles: Amorsbrunn con su iglesita.

Ya en los tiempos paganos, tan injustamente llamados oscuros y sin piedad, era éste un lugar santo. "Cuándo los primeros heraldos de la cristiandad vinieron al valle, eligieron -según informan explícitamente otros apóstoles-, deliberadamente, el lugar venerado por el pueblo pagano para predicar en él. Y es por eso que tiene razón la tradición al decir que aquí, en este sitio adorado desde tiempos inmemorables, fueron bautizados con el agua bendita los primeros cristianos." Se suele contar que san Pirmin y su discípulo, un santo Amor, llegados de Irlanda les trajeron "la luz del Evangelio" a aquellos hombres que "todavía vagaban en las sombras de la muerte". El santo Amor permaneció como abad durante treinta y tres años, "después de que Bonifacio, en el año 734, consagrara la primera iglesia de Amorbach" -y él para la fuente del Amor debe de haber "rogado y recibido de Dios una fuerza salvadora y

sanadora"- . Un archivero episcopal procedente de Würzburg había documentado, veinte años antes, que la historia de la abadía de Amorbach se forjó de comienzo a fin antes del siglo X. Pirmin no había participado en la fundación de Amorbach, el santo Amor (también hay un dios romano de este nombre) sería una criatura surgida espontáneamente de la fantasía en un tiempo muy posterior, y la abadía de Amorbach sólo habría sido fundada hacia fines del siglo X por monjes del convento borgoñón de Cluny.

A este santo Amor tiene que agradecerle su nombre el lugar de gracia Amorsburnn. Dentro de la iglesia se yergue una figura de madera del santo, donada hace trescientos años por un concejal del Ayuntamiento de Würzburg como agradecimiento por haber recibido allí la bendición matrimonial. Cuándo en 1889 un poeta local, hoy olvidado, planteó en su narración "El santo Amor" la hipótesis de que la esposa de este concejal de Würzburg no fue bendecida por intercesión del santo, sino "por la estancia fortificante y reanimadora en el sano aire de los bellos montes del Odendwald", se vociferó, como podría ocurrir todavía hoy; poniendo el grito en el cielo contra este hereje.

En un libro regional de Amorbach leo que, de la capilla de Amorsbrunn. "las improntas en cera, muñecas infantiles e imágenes que hasta hace treinta años cubrían altares y paredes han desaparecido casi todas". Como "resultado de la convicción religiosa repercutiendo desde hace siglos", también se puede admirar el altar relicario tallado, del estilo gótico tardío, que representa el árbol genealógico de la Virgen María: en el nicho de la predela duerme recostado el fundador de la familia, Jessé. De él crece hacia arriba el árbol genealógico, que en el campo central de la arqueta ostenta a la Virgen María con el Niño Jesús.

Los dos altares barrocos, el santo Amor, los reclinatorios rococó y los pilares de la Virgen, todos ellos se ensamblan, tal

como figura en el libro mencionado, y logran un armónico efecto de conjunto, que sólo se ve afectado por una imitación de la gruta de Lourdes.

Tampoco san Cristóbal "armonizaba bien con la fuente primitiva". Creo que -fuera de los árboles, del agua de la fuente y de la bóveda celeste- nada de todo lo que actualmente se puede ver en Amorsbrunn recuerda al culto de la fuente original. Aún menos al Santo Amor y, como también asevera mi fuente autorizada, la reproducción de mal gusto de Lourdes.

Amor le llamaban los provenzales heréticos a la *Minne*; *Minne* es memoria y recuerdos, "pero recuerdo quiere decir - como ha reconocido nuestro amado poeta Jean Paul Richter- el único paraíso de donde nada se puede expulsar". Y de ahí que recuerde que todas las tribus germanas hacían ofrendas de adoración a las fuentes y manantiales. Si unas evocaban a la divina protectora del agua de vida Freya-Holda, también llamada Venus, al acercarse a la fuente, otras poblaban el agua sagrada con invisibles náyades y libélulas. Nuestros antepasados no le demostraban su veneración y su devota convicción con formas visibles por medio de figuras de yeso o muñecas de cera, reclinatorios o grutas artificiales. Sus divinidades tampoco precisaban un árbol genealógico. Su padre, el propio Dios Padre del Universo, de múltiples nombres y a la vez sin nombre, el múltiple y uno a la vez, era el manifiestamente eficiente e inconcebible a un tiempo. De Jessé no vine la especie, sino del cielo, del cual un componente es la Tierra.

AMORBACH

Con dos historiadores de literatura fui al castillo Wildenberg , muy próximo al pueblo Preunschen, situado en medio de un majestuoso bosque frondoso y en Odenwald llamado Castillo del Grial. Mis acompañantes estuvieron muy de acuerdo en que las de Wildenberg son las más bellas ruinas de castillo alemán. En el punto en que sí disintieron fue en si la estupenda construcción románica, en ruina desde las Guerras Campesinas, había albergado en realidad al trovador Wolfram von Eschenbach. Para dar punto final a la disputa, propuse que primero habría que intentar verificar si el poema sobre Parzival, acuñado en el movimiento herético de entonces, podría haber sido escrito en el castillo Wildenberg con conocimiento o por encargo de aquel caballero Von Durne. Según mi parecer, para lograr el objetivo estas investigaciones deberían llevarse a cabo de la siguiente manera: parientes de los señores Von Durne, los condes Lootz (el poeta de su casa fue el trovador Heinrich Veldeke), fueron acusados por el maestro en herejía Konrad von Marburg, en el parlamento de Mainz, el año 1233, de herejes luciferinos. En Cuánto así hablé, los antes desunidos intelectuales devinieron compañeros confabulados contra mí.

Puede que Amorbach, esta deliciosa y pequeña ciudad, tuviera que agradecer su nombre a esa obra de la fantasía que es el santo Amor o, como yo quisiera llamarla, pero no me atrevo a afirmar rotundamente, a la palabra amor (*Minne* en la Provenza herética); puede que las veneradas ruinas del castillo de Wildenberg, hace setecientos años, hayan visto crear o no al trovador Wolfram su gran obra poética. Poca importancia tiene. Yo sostengo lo que ya destacué en su momento y en el sur de Francia: como el propio Wolfram expone, las verdaderas leyendas del Grial y de Parzival llegaron de la Provenza a tierra alemana; Wolfram utilizó un poema herético provenzal como modelo a seguir para su poema épico; con su garante de

verosimilitud de la fuente, Kyot de Provenza, el trovador Guiot de Provenza había alabado a herejes caballerescos y a señores principales heréticos; el castillo del Grial Mountsalvatsche tuvo su ejemplo en el castillo pirenaico Montségur, el país del Grial *terre de salvatsche*, fue la zona del Tabor pirenaico. Y quizá fue el Grial aquel Tesoro de la Iglesia, al que cuatro puros heréticos salvaron del amenazado castillo Montségur en la región de las cuevas del Sabarthés. No ese Grial que el falseamiento eclesiástico ha hecho cáliz de la Pasión de Jesús de Nazaret, sino una piedra caída de la corona de Lucifer, la que otorga comida y bebida y confiere no tener que perecer a aquellos que son dignos de su vista.

Una vez más subo solo al castillo Wildenberg. Hace mucho que no observo las raras y bellas obras de cantería, así como sus variados signos. Luego oteo en el país recordado. Mis pensamientos van hacia la lejanía. Al Oriente, van por el mismo camino que una leyenda pirenaica dice que siguió como blanca paloma aquella condesa Esclarmonde de Foix, señora del Castillo del Grial, del Montségur: hacia las montañas de Asia. Esclarmonde no ha muerto, me dijo un pastor. Todavía vive allí, en el paraíso terrenal...

También para los parsis iraníes y para los arios indios, el recuerdo fue el único paraíso del que ellos no podían ser expulsados. El alto Septentrión, como es sabido, enseñó su santa tradición de haber sido sede primitiva de los arios, aquel afortunado país Ariana, en el que el sol tuvo su patria y donde los hombres eran felices. Allí se vivía una larga vida y con toda confianza se podía dialogar con los dioses; si casi parecía que los dioses vivían en medio de los hombres. Un elixir emanado de árboles portentosos otorgaba la inmortalidad celestial y la divinización a los hombres: la bebida Haoma o, como la llamaban los indios arios, soma. Con la que se asimilaba la fuerza aria.

Cierto día se alzó la serpiente de invierno; el frío se impuso para los hombres, los animales y las plantas; el amor se congeló; el sol desapareció; el clima ártico se enseñoreó: cada año tuvo diez meses de largo invierno. Los hombres debieron emigrar. Hacia el sur. Pero el alto Septentrión permaneció como objetivo en el recuerdo. Y para recordarlo en su oración, los arios, en su nueva patria, subieron a un monte, a un paraíso: el *paradêsha* (que significa comarca situada en lo alto). Para los arios cada montaña fue originalmente un paraíso desde cuya cumbre se iba en espíritu al Norte, al país de Dios y de los ancestros. Para nombrar la certeza interior piadosa, los arios iraníes e indios utilizaron la palabra *man*.

La divinidad fue benévola con los arios emigrados al sur: envió un águila, o una paloma, según relatan las sagas de tiempos remotos, con orden de llevarles el árbol, del que se preparaba el soma, para que, así, la fuerza aria no se perdiera. Desde ese momento entonces, también en el sur se pudo disfrutar del soma. Para la memoria. Para la *Minne* (esta palabra, como ha sido demostrado, tiene el mismo origen que el sánscrito *man* y el gótico *munni*, recuerdo). Un *paradêsha* de similares características, informa el *Rigveda* -que cuenta con más de cuatro mil años de antigüedad-, se llamó Mûjavat y estaba situado al este de la India.

Pasaron siglos y milenios, nació Jesús de Nazaret, judíos y romanos lo instituyeron y comisionaron como el Dios encarnado; la cristiandad se propagó. Comenzó una nueva era.

A partir del siglo III de la era cristiana, el maniqueísmo iraní y el arrianismo germano fueron los más importantes enemigos de la cristiandad. El monte iraní Mûjavat, desde aquella época pasó a ser el santuario principal de los maniqueos. Hoy

se llama Kôh-i-Chwadschä (Monte de los Reyes o Monte de Dios) y está desamparado y yermo, en el empantanado lago Hamun, en la frontera entre Irán y Afganistán. Los helenos lo llamaron Aria Palus: lago ario. Alejandro Magno estuvo aquí. En este monte santuario, Kôh-i-Chwadschä, que es más antiguo que Jerusalén, La Meca y Roma, un investigador austríaco contemporáneo, Friedrich von Suctscheck, ve el arquetipo de la Montaña del Grial Muntsalvatsche de Wolfram. y ve en el lago Hamun aquel lago Brumbane al que logró llegar el buscador Parzival antes de encontrar el Castillo de la Gloria. Ya con los nombres que Wolfram les dio a sus personajes no podrían, según Suctscheck, renegar de su patria irania: Parzival, correctamente Parsiwal, quiere decir Flor Parsis o Flor Pura, ya que parsi significa puro. A su padre, Gamuret, debería considerársele como el primitivo rey iranio Gamurt; el hijo de Parzival, Lohengrin (en Wolfram y en la "Guerra del Wártburg", Lohrangrin) será el dios persa Lohangeri. Este nombre significa Mensajero Rojo. El *Parzival* de Wolfram en gran parte corresponde a la reelaboración rimada de un texto original iranio. La maniquea "Canción de las perlas" (siglo III), considerada el más antiguo modelo literario, es una de las más profundas expresiones tanto del espíritu humano como del más noble espíritu iranio. Muchos aseguran que esta canción fue escrita por el propio Mani, fundador del maniqueísmo. La "Canción de las perlas" relata la conquista del supremo símbolo de la creencia maniquea, la perla mística (*ghr-al*); Wolfram ensalza el Grial como una piedra. No hay ninguna contradicción, ya que la palabra persa *ghr-al* también es apropiada para el significado de piedra preciosa.

Me pregunto si aquel libro escrito con extrañas letras que se encontró entre los escombros de Montségur (un anciano de la pequeña ciudad pirenaica Lavelanet me habló de él) será un escrito maniqueo. Tal vez pueda ser copia de la versión original irania del Parzival. Hay algo más que me dio que

pensar: han sido encontradas en las ruinas de Montségur palomas de barro y, anualmente, en Viernes Santo, "el día de la suprema *Minne*", Wolfram von Eschenbach hace descender una paloma del cielo a la tierra y coloca una hostia, blanca y pequeña, sobre el Grial.

Entonces alzad vuestro plumaje luminoso.
Hacia el alto cielo ella vuelve a la patria.
Cuándo retorne el Viernes Santo,
Nuevo será el don de venerar la piedra...

El día que Wolfram ensalzó como el de la suprema *Minne* no tiene por qué ser necesariamente el Viernes Santo cristiano, ese día en el que José de Arimatea recogió en un vaso la sangre del crucificado Jesús de Nazaret, en el Gólgota, el calvario cercano a Jerusalén; bien podría ser la fiesta de Nauroz maniquea, la fiesta que iguala el día y la noche en primavera. En cada fiesta de Nauroz una tórtola, así lo refieren las viejas canciones maniqueas, llevaba las sagradas semillas de *homa* hasta la piedra sagrada *ghr-al*.

A solas, en la cima del Wildenberg, eché a volar mis pensamientos hacia occidente y al norte y al sur. Del norte, de la comarca de Tulla o Tullan, deben de haber marchado al sur, como ya he indicado, los antepasados del antiguo pueblo mexicano de los toltecas. Ellos consideraban esta tierra como el país primitivo, donde comenzó a reinar el hielo y dejó de haber sol. Ahora, como entonces, sostienen que era el "paraíso" de sus héroes. Esta Tulla tolteca se corresponde completamente con la enigmática isla de Thule, aquella *Thule ultima a solé nomen habens* (la más lejana Thule que lleva su nombre gracias al sol). Un Pytheas de Massilia zarpó hace más de dos mil años para admirarla. En épocas posteriores muchos se empeñaban todavía en llegar a ese país "que es el más cercano al cielo; el más sagrado" y donde él esperaba "ver al padre de los dioses y disfrutar de un día casi sin

noche". Una *última Thule* fue también el país de los hiperbóreos, que más allá del viento norte vivió en luz eterna, y sobre el cual el Apolo délfico gobernó como divinidad. El país de los hiperbóreos fue considerado por los helenos nobles como el lugar del origen de su especie y la patria de su divinidad. No hay ninguna otra tierra como esta isla del Sol Aea, la que salieron a buscar los argonautas. Tal como los iraníes, también los helenos tuvieron su "paraíso": los famosos montes de los dioses, Olimpo, Parnaso o Eta, fueron, cada uno, un *paradêsha* sobre cuya cima se conmemoraba, orando a la tierra de la luz nórdica, aquella isla del sol donde se disfrutaban la inmortalidad y la bienaventuranza como néctar y ambrosía. A esta certeza interior piadosa los helenos la designaban con la palabra *Minneskein*, voz emparentada con la sánscrita *man*, la latina *memini*, la gótica *munni*, la alemana *Minne*.

También fue un *paradêsha* el majestuoso Montségur, en el bosque de montaña del Tabor pirenaico.

Los cátaros provenzales -a los que nosotros, por razón del *Parzival* de Wolfram, nos sentimos en obligación de agradecer-cuidaron los escritos y canciones nacionales. La literatura de los provenzales heréticos, así como su historia, fue muy variada y llevaba la marca de los griegos, los celtas y los germanos.

Es por esto que en la poesía de Wolfram encontramos, junto a denominaciones del levante, abundantes referencias de occidente. Algunos ejemplos: Wolfram enalteció a Persia, a Babilonia, al Eufrates, al Tigris y a la India; pero también alabó a Alejandría, a los troyanos, así como al Hiperbortikón (el país de los hiperbóreos); denominaciones de lugares provenzales, españoles, franceses y británicos (Aragón: Aragón, Katelangen: Cataluña, Gascuña, París, Normandía, Borgoña, Bretaña, Irlanda o Londres) que entremezcla con sitios alemanes y escandinavos (Worms, Rhein: Rin, Spessart,

Turingia, Dinamarca, Noruega o Gröland: Groelandia). Y con Zarathustra, Eneas, Platón, Heracles, Alejandro, Virgilio, Sigfrido y los Nibelungos; con Sibich, adversario de Dietrich von Bern, y con Wolhart, partidario de Dietrich, Wolfram crea las interpretaciones más diversas que puedan imaginarse. Los verdaderos trovadores debían conocer en profundidad la historia y los mitos, tenían que poseer, por así decirlo, un saber enciclopédico.

Wolfram y su fuente autorizada, Kyot-Guiot, satisfacían tan bien este requisito fundamental, que hasta el día de hoy el *Parzival* nos llena de reverente admiración, por lo que debemos incluirlo entre las creaciones más sublimes del espíritu humano.

Hasta el siglo XIII de la era cristiana había permanecido activa una fuerza que, junto con el catarismo en Europa, era independiente de la Roma vaticana, y que no precisó ser limpiada de toda mitología judaica porque no la había tolerado o sólo lo había hecho muy superficialmente; una fuerza influyente desde hacía mucho en un enorme espacio geográfico -desde la India hasta las Columnas de Heracles, desde Groenlandia hasta Sicilia-, pero que sabía que su centro siempre estaría en un único "polo": en el polo norte, en el Polus Arcticus, como lo nombra Wolfram durante la "guerra poética" en el Wartburg; una fuerza que unió a hombres de los más diversos puntos cardinales y naciones, pero de la misma raza y del mismo origen. Adhiriéndonos a los más antiguos mitos arios, la llamamos "fuerza aria".

Todos los partícipes de esta fuerza aria supieron del origen de su linaje en el alto norte. Ellos conformaron una comunidad para la que no importaban fronteras políticas ni distancias geográficas. Esta comunidad de *Minne*, como era ya denominada por esos tiempos, conservaba y cuidaba las Santas Escrituras de los arios levantinos, los mitos de los celtas, los

poemarios de los helenos arios y también los *lieder* de los germanos. La ligazón que los unía era la *Minne*: la memoria legada por los antepasados en el origen nórdico del hombre "noble", la "divinidad nórdica en el paraíso nórdico". Una segunda ligazón era el libro del enemigo en común: la agustiniana *Ciudad de Dios*, imaginada por un hombre de la familia de Sem y explotada por sacerdotes para que la ley de Sión llegue a ser la ley del mundo.

En el monte el dios Mûjavat, cuyos restos se reflejan en las turbias y ahora superficiales aguas del lago Ario -en la Montaña del Grial Montségur, en cuya jurisdicción los *cagots*, los canes de los godos, arrastran una maldita existencia-, y también en el Grial napolitano, hay precursores o mártires enterrados: guardianes del ideal ario. Labriegos del Pirineo me dijeron que el Grial se va alejando tanto más de los hombres, Cuánto más innobles éstos vayan siendo. La leyenda está inconclusa: el Grial se va acercando tanto más a los hombres, Cuánto más nobles éstos vayan siendo...

TERCERA ETAPA

*¿Infierno llamáis a esto? -
preguntó don Quijote -, esto no
merece tal nombre, como vos de
inmediato sabrás.*

Cervantes

CON PARIENTES EN LA REGIÓN DE HESSE

Quise hacerle un regalo a mi primo menor, de 14 años. Lo llevé conmigo a una librería para que eligiera algo. No le fue difícil hacerlo: extendió la mano para coger un tomo de *Leyendas heroicas alemanas*; lo hojeó un rato y opinó con petulancia y a la vez inseguro que en consideración a las 470 páginas del volumen el precio sería razonable para mí. Cuando vio que permanecí callado, lo dejó separado; vacilando, hojeó otros

libros, volvió a tomar las *Leyendas heroicas*, y me observaba de Cuándo en Cuándo por el rabillo del ojo. No pude contener la risa y golpeé cordialmente al chaval en el hombro. El libro le pertenece. Irradiaba felicidad. Ahora podrá asimilar y nunca olvidar durante toda su vida las magníficas sagas de Nibelungos, rey Rother, Gudrun, rey Ortnit, Wolfdietrich, Wieland el herrero, Dietrich von Bern, Parzival, Lohengrin, Tannhäuser: todas sagas de la corte de Lucifer.

Al librero le quedaba otro ejemplar de la misrña edición en su almacén. Lo compré para mí.

Leo: "Cuándo gobernaron sobre Alemania los káisers de la casa de los Hobenstaufen, el árbol de la poesía alemana echó una rica abundancia de nuevos botones y flores. Walter von der Vogelweide, Wolfram von Eschenbach y muchos otros bardos hicieron sus canciones; el pueblo los escuchaba gustoso y honraban en ellos a los favoritos del cielo".

Sigo leyendo: "Tú estás en el paraíso, Tannhäuser, en el cielo de la diosa Freya, que desde ahora es llamada Venus. Te digo: Freya, la diosa de la *Minne*, la señora de las "valquirias de cabellera dorada y sonrisa encantadora, ha establecido su hogar en este bosque selvático. En su interior está el nuevo Folkwang de la más plena gracia de la diosa Asgard, el Monte de Venus".

Para terminar leo cómo podría haber sido el fin de Dietrich von Bern: "Una vez se bañaba el señor Dietrich en el río Cuándo desde el bosque llegó un espléndido ciervo a calmar su sed. Con rapidez el viejo rey ganó la orilla, echó sus vestiduras sobre el hombro y llamó a su caballo. Y fijaos: vino galopando un semental negro como un cuervo; el señor Dietrich se encumbró hasta el lomo del animal y partió a la caza del ciervo cual viento de tormenta. Los escuderos no quisieron seguirlo y ningún ojo humano lo ha vuelto a ver; pero los poetas ponderan y valoran su fama hasta el día de

hoy, y el pueblo cuenta que él, con Vodán, caza legiones salvajes en las noches de horror, lanza en ristre, por los aires".

Mi primo acaba de cerrar el libro, casi de mal humor, porque su madre le hizo recordar que tenía que memorizar textos del libro de cánticos para la preparación de confirmandos. Ahora apoya su cabeza -en ambas manos y murmura, aprendiendo de memoria, sin comprender nada:

Cuán hermosa alumbra la estrella matutina,
Plena de gracia y verdad del Señor, Saliendo de
Judá.

En la mesa junto a la cual estamos sentados mi primo y yo, hay primaveras, también llamadas prímulas, y un tintero como el que el doctor Martín Lulero le arrojó al diablo. A su lado está la Biblia traducida por él al alemán. La abro en el libro del profeta Isaías: "Acontecerá, en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa del Señor como el más alto de todos los montes y será exaltado sobre los collados y todos los gentiles irán allá e irán muchos pueblos y dirán: venid, vayamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob a que nos enseñe su camino y caminaremos por sus elevaciones. Porque de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén, la palabra del Señor, y se acabará del todo con los ídolos. En ese tiempo, el Señor visitará la nube que está en lo alto y a los reyes que están sobre la tierra y que serán reunidos como prisioneros en el foso y encerrados en la prisión, y después de un largo tiempo, nuevamente serán visitados. Y la luna se avergonzará, y el sol sufrirá vergüenza, Cuando el Señor de los Ejércitos sea rey sobre el monte de Sión y de Jerusalén. Pero a aquellos de vosotros que olvidaréis mi sagrado monte y pondréis a Gad una mesa y escanciaréis un vaso lleno de libación a Meni, pues bien, yo os incluiré para la espada, deberéis agacharos para la matanza. Por eso el Señor habla así: ved,

mis siervos comerán, vosotros sufriréis hambre; ved, mis siervos beberán, mas vosotros sufriréis sed; ved, mis siervos serán alegres, mas vosotros seréis deshonrados; ved, mis siervos se alegrarán ante el valor, mas vosotros gritaréis de pena y gemiréis de miseria y mis elegidos llevarán vuestros nombres al tribunal. Ved entonces, yo os quiero crear un cielo nuevo y una tierra nueva, para que nunca más los anteriores sean recordados ni tomados a pecho. Sí, vosotros seréis complacidos en Jerusalén".

Él y los demás confirmandos siempre tienen que reír. Cuando el cura, en la hora de religión, les habla de Moisés, Abraham, Sara e Isaac, interrumpió mi primo el silencio. Últimamente, el párroco anda muy enojado, por eso pregunté:

-¿Prefieres las leyendas heroicas alemanas a las historias bíblicas?

-Sí.

-Entonces jamás olvides que se las tenemos que agradecer al pueblo errante de la Edad Media.

Le conté al atento muchacho sobre los cátaros y los trovadores, le expliqué que los últimos de ellos tuvieron que echarse al camino y retirarse a los bosques porque para ellos, los "siervos del diablo", no había lugar en el Sacro Imperio romano-germánico. También le conté la curiosa leyenda de Parzival, que marchó a la búsqueda de su padre y su Dios, y que encontró el conocimiento sobre ambos frente a una prenda anticristiana de la Minne (Amor) de Dios: la piedra caída de la corona de Lucifer. Le conté acerca de los legendarios caballeros del rey Artús y los custodios del Grial. Ellos tenían una mesa puesta para su Dios y bebían Minne. Cuando los romanos marcharon contra el monte de Artús, se arruinó la alegría de la corte...

Ninguna crónica registra que los trovadores alemanes (nuestros muy amados cantores de la *Minne* y de mayo) también habían hecho causa común con los herejes. Tampoco dieron a conocer que los cátaros alemanes conservaban "canciones nacionales". Es por esta razón que mi viaje a la corte alemana de Lucifer es una empresa audaz y difícil.

Todavía más difícil será encontrar la "Montaña de la Asamblea en el más lejano Septentrión" de Isaías. Pero, completamente confiado, me internaré en la oscuridad, sabiendo que la luz se hará claridad en medio de las tinieblas y que la búsqueda de Dios me podrá trasladar franqueando mares y montañas. No recorro a ciegas mi camino, pero, si mis ojos fracasaran, palparé.

Marcho en todas las direcciones, pero tengo un objetivo final. Allí espero hallar la piedra caída de la corona de Lucifer, si no, incluso, la propia corona. Busco la piedra filosofal desde hace años; ¿Cuántos más necesitaré?

Incluso el sentido del tacto es uno de nuestros sentidos. Cuánto más débil sea el sentido de la vista, tanto más sensato y claramente sensitivo se hará el hombre. Por esto, ¿no debo palpar a través de las tinieblas, para que allí dentro se haga la luz? Las cuevas del Sabarthes me resultaron buenas instructoras. Si también fallara el sentido del tacto, sé de otro último medio para no equivocarse el camino. Desplegar las alas de mi alma. Quien se sienta seguro ante el vértigo, que siga...

MELLNAU JUNTO AL BOSQUE DEL CASTILLO

Un conocido me trajo en su moto al pueblecito de su padre. Mellnau se arrima al Bosque del Castillo, uno de los parajes cordilleranos más hermosos de Hesse. Los frutales, a la vera de la carretera nacional y en los huertos, lucen una capa del primer verde, y algunos todavía brillan con sus flores. Las casas campesinas revocadas de blanco y la esbelta torre del castillo, construida de piedra clara, hacen que el bosque de coníferas parezca negro. Y a todos encanta el sol de mayo con su juego de luces y sombras.

En las rúas del pueblo muchachos y muchachas, éstas vistiendo el traje típico de la región de Marburg, nos brindan una cordial bienvenida. Nos esperaban. Fuimos en quinteto a través del límite comarcal. Los frutos estaban en su máximo desarrollo, y el sol veraniego quemaba.

Nuestra larga caminata matutina incluyó el paso por una pradera ahondada, la Pocilga de los Señores. Pero sólo se llama así en los planos de plancheta. Los campesinos la llaman por su antiguo nombre: rosaleda. Para los tiroleses la rosaleda pertenece a Laurín; para los de Mellnau, a Lurer. Ésta es la porción de tierra que se junta a la pradería del fondo del valle. Muchas armas y segures han sido halladas al arar. En la rosaleda y en Lurer hay que recordar a los ancestros...

Ya conozco tres rosaledas. La segunda está por Worms. Puede que el mismo lugar donde hoy los restos del convento Laurisham-Lorsch guardan un lugar conmemorativo por los caídos en la Guerra Mundial. También Sigfrido debe de descansar aquí. Es posible, siempre que este héroe haya sido un hombre de carne y hueso. Porque "la denominación de la rosaleda para el Campo Santo en los tiempos de antaño estaba muy extendida". Una rosaleda de este tipo, como supe hace poco, "estaba circundada por un espino calcinado para la cremación de cadáveres prescrita por el ritual consagrado al dios Thor-Donar", o sea, por una rosaleda silvestre. Porque nuestros antepasados paganos calcinaban los cuerpos de los muertos en el fuego llameante de espinas de rosas y el señor divino de la rosaleda era Thor-Donar.

Por último subimos al cabezo del solsticio erróneamente indicado en los mapas como Cabeza del Sábado, una cima más arriba de la rosaleda. En la cumbre hay una piedra puesta por hugonotes, aquellos seguidores de Calvino emigrados de Francia. La piedra lleva la inscripción: *¡Resistez!* Se tenía en la mente a

Roma, por lo que habría que leer: ¡Oponed resistencia a Roma!

Desde el cabezo del solsticio abarqué con la vista el distrito de Hesse y Nassau, donde abundaban los cátaros en el siglo XII. Sus adeptos, en general los nobles y los campesinos libres, los llamaban amigos de Dios u hombres de bien. Recuerdo al Rey del Grial y buen hombre Anfortas de Wolfram von Eschenbach...

MARBURG

Hace setecientos años vivió aquí el magíster y maestro inquisidor Konrad: gran inquisidor de Alemania.

En el año 1231 el papa Gregorio IX escribió una carta al magíster Konrad en la que le expresaba su agradecimiento y le otorgaba a él, su "hijo amado", los siguientes poderes: Konrad debía reclutar ayudantes idóneos, de donde quisiera; podía imponer el interdicto a su arbitrio, como también el destierro. El maestro inquisidor y sus cómplices (uno de ellos, de nombre Hans, alardeaba de poder ver a través de las paredes de una casa al hereje que allí estuviera) organizaron un regimiento terrorífico sin precedentes en Alemania. Prestaron oídos a toda denuncia y pidieron cuentas a todo aquel que algo dijera de cualquier herejía. Aquel que negaba era quemado "el mismo día de haber sido sentenciado sin que fuera posible ningún tipo de defensa o apelación". Para todo acusado inocente había una sola posibilidad: declararse hereje arrepentido. Así salvaba la vida, se le cortaba el pelo hasta las orejas, tenía que coser una cruz sobre su vestimenta y todos los domingos, semidesnudo, ir a la iglesia entre la epístola y el Evangelio para ser azotado.

Cuándo cerca del año 1212 fueron detenidos los herejes de Estrasburgo, "se hizo abrir una fosa profunda y amplia para la cremación, que en el día de hoy se llama la Fosa de los Herejes; a su interior se condujo a los herejes entre grandes lamentaciones; sus hijos y sus amigos les suplicaban que se convirtieran al cristianismo, pero ellos permanecían impertérritos, cantaban y rezaban invocando a Dios, decían que no podían abandonar a su Dios; por propia voluntad cami-

naron al fuego, fueron rodeados con leños y calcinados entre terribles lamentaciones. Deben de haber sido más de cien, entre ellos, muchas nobles personas". Konrad von Marburg, según muchos suponen, estuvo involucrado en esas ejecuciones masivas. Por doquiera en Alemania fueron "interrogados innumerables herejes por el magíster Konrad como autoridad apostólica y luego sentenciados por veredicto profano y quemados". Una vez detuvo, en su ciudad materna de Marburg, a algunos caballeros, sacerdotes y otra gente selecta; unos se convirtieron, otros fueron quemados detrás del castillo de Marburg, y por esto todavía se llama el Arroyo de los Herejes.

El Arroyo de los Herejes se ha transformado actualmente en una calle igual a cualquier otra. Sólo su nombre advierte sobre las atrocidades allí cometidas por el representante especial de Roma. Tampoco la iglesia de Santa Isabel, construida en estilo gótico temprano, como catedral sepulcro de la santa, cerrando con su pesadez el Arroyo de los Herejes, habría recordado aquellos sucesos si Konrad no hubiese sido el director espiritual de Isabel. Sin Konrad von Marburg, hubiese habido una condesa, Isabel von Thüringen, pero ninguna santa Isabel.

El esposo de Isabel, el conde Ludwig VI de Thüringen y Hesse, era el soberano de Konrad. Isabel, hija del rey Andreas de Hungría, fue conducida a él y comprometida en matrimonio. A la tierna edad de 14 años pasó a ser esposa de Ludwig; a los 15, tuvo su primer hijo.

No sabemos lo que indujo al landgrave a reconocerle al magíster Konrad derechos especiales del papa, para designarlo director espiritual de su esposa. ¡Muy extraños derechos! Por Isentrud von Hørselgau, sirvienta de la condesa, fueron dados a conocer los siguientes sucesos: una vez Konrad exhortó a su penitenta a que escuchara un sermón. Isabel no pudo ir porque había recibido la inesperada visita de una pariente, la margravina de Meissen. Konrad dijo a la joven esposa del landgrave que, por esta desobediencia, de allí en más no se preocuparía por ella. Sólo

Cuándo Isabel cayó postrada a sus piés y le imploró que desistiera de su decisión, sólo Cuándo las mujeres de Isabel quedaron desvestidas hasta la camisa, *usque ad camisiam bene sunt verberetae*, y fueron azotadas por Konrad, sólo entonces le fue otorgado el perdón.

En otra ocasión, un tal Rudolf Schenk von Vargila se había sentido en la obligación de poner en conocimiento de la esposa del landgrave difamaciones que circulaban sobre ella y su director espiritual; ella mostró su espalda inyectada de sangre por los latigazos que Konrad le propinaba y dijo que ése era el amor del padre espiritual para ella y el de ella misma para Dios. A los 21 años quedó viuda; su marido fue muerto en una cruzada contra Palestina. Abandonó el burgo de Wartburg y se trasladó a Marburg, donde vivía Konrad. Una orden especial del papa la dejaba bajo la vigilancia más absoluta del magíster. La vida que tuvo que sobrellevar en Marburg prefiero silenciarla y sólo con un cronista, declaro que “ella, por fin, es recompensada en atención a sus oraciones y finalmente también liberada, por el amor a sus hijos”. Isabel traicionó su maternidad para llegar a ser santa...

Murió a la edad de 25 años. El pueblo ortodoxo se apoderó del cadáver y cortó incluso los pechos a la muerta para hacerse con la posesión de reliquias. Después fue inhumada en la capilla de San Francisco, en Marburg. Cuatro años más tarde fue canonizada. Sacaron sus huesos del panteón, los metieron en un sarcófago y los exhibieron sobre el altar de la iglesia. Durante este traslado estuvo presente el emperador Federico II, obligado por razones de estado. Coronó la calavera con una guirnalda dorada y donó un vaso de oro para acompañar los huesos. La muerta sólo pudo descansar Cuándo el papa Inocencio IV, en una bula del año 1249, dio la orden para un segundo traslado de sus restos. Del texto de la bula se desprende que la capilla franciscana de Marburg se había hecho pequeña para albergar a tantos peregrinos. No sabemos adónde fueron a parar los huesos. Veinticinco años después de su muerte, Cuándo una vez más la esposa del landgrave y santa fue llevada a algún otro sitio, se constató que “del esqueleto fluía un maravilloso buen olor” y que

“las telas que envolvían su cabeza estaban empapadas de un líquido perfumado con aspecto de aceite de Provenza. La masa encefálica estaba tan fresca como la de una muerta reciente”. Su buen olor ya antes había quedado establecido, Cuándo el contemporáneo de Isabel y su primer biógrafo, Cesarius von Hesterbach, escribió según informes proporcionados por testigos oculares: “Tres días antes del traslado, que fue fijado para el primero de mayo, el prior Ulricus (posiblemente Ulrico von Durne, un pariente directo de aquel Rupert von Durne, cuyo huésped, Wolfram von Eschenbach, en el castillo Wildenberg de Parzival cantó una estupenda canción del Grial y de la Provenza), acompañado por siete hermanos, se dirigió a altas horas de la noche a la capilla mortuoria, abrió las puertas, sacó con palas la tierra de la tumba y, al ir abriendo el féretro, lo fue envolviendo un olor extraordinariamente agradable. Separaron la cabeza del cuerpo, con un cuchillo quitaron toda la piel, la cabellera y la carne, para que la santa no tuviera un aspecto aterrador”. Tres días más tarde, el emperador Federico hacía su devota obra. Durante los siglos siguientes, los señores de la orden alemana de Marburg, a cuya tutela habían sido confiadas las reliquias, recogieron el aceite perfumado que sin cesar continuaba siendo exudado por los huesos y lo vendieron caro como remedio contra toda enfermedad imaginable. Entonces sobrevino lo peor y lo más triste:

En el año 1250, en Eisenach, Sofía, hija mayor de Isabel, hizo prestar juramento al margrave Heinrich von Meissen, sobre una costilla de su madre. Aquel mismo año, la duquesa Anna von Schleisien, nuera de la santa Hedwig, que era una tía de Isabel, donó a la iglesia conventual de Trebnitz otra costilla engarzada en oro y plata. Un brazo fue expedido por aquel entonces a Hungría, patria de Isabel. En el siglo XVII un tal Winkelmann, a quien conozco por una *Descripción de Hesse*, vio en Altenburg cerca de Welzlar, además de las reliquias de la hija menor de Isabel, Gertrude, una mano de la santa guarnecida con oro y piedras preciosas. Un preboste Walter, avecindado en Meissen, tenía en su poder la reliquia de un dedo. ¿Qué había ocurrido? Pues bien: que los señores alemanes habían trapicheado a la santa por pedazos...

En el siglo XVI, Felipe el Magnánimo, landgrave de Hesse, fue acusado por la Orden Alemana ante el rey Carlos V de haber robado y removido los huesos, que (posiblemente en el año 1238) habían sido depositados en la Iglesia de Santa Isabel de Marburg, construida expresamente con este fin. Sorpresivamente, a pesar de que los señores alemanes vendían reliquias desde hacía trescientos años, Felipe había encontrado todavía restos de los huesos de su afamada antepasada; pero se permitió escribirle al rey: "Santa Isabel fue una meritoria y piadosa reina de Hungría; pero ya su regio esposo (el landgrave Felipe) encontró que se habían cometido muchas idolatrías con sus reliquias, que sin duda Vos no hubierais deseado [...]. Los del cementerio de San Miguel las han depositado en la Casa Alemana, pero no juntas, sino una pierna por aquí, la otra por allá, enterradas con otras piernas". Por consiguiente, él las había hecho soterrar dispersas. Durante la Guerra de Smalkalda del año 1547, Felipe, por delación, fue hecho prisionero por los católicos. Lo que significaba que sería llevado a España y allá seguiría cautivo de por vida, si no restituía los huesos de la santa. El 12 de julio de 1548 fueron traídos desde algún lugar "una cabeza con una mandíbula, más cinco cañitas pequeñas y grandes, más una costilla, más dos omóplatos, además de una pierna aplastada", y entregados a los señores alemanes. Se podría suponer que estos huesos volvieron a ser sepultados en la Iglesia de Santa Isabel. Fue pasando el tiempo, hasta que en el año 1625 sucedió lo siguiente:

En Marburg existía una armadura de cama que, al parecer, había sido el lecho de Isabel. A esta armadura de cama el landgrave Ludwig V le hizo sacar un trozo de madera y de él le hicieron un bastón. Este bastón fue regalado por él a la santurróna infanta Isabella en Bruselas. El mismo regalo hizo el hijo de Ludwig, Jorge II, al elector y arzobispo Ferdinand von Köln. Cuando se libró la Guerra de los Treinta Años y al país de Hesse le iba terriblemente mal, este Jorge II se decidió a enviar una carta en la que le ordenaba a un cierto presidente de Bellersheim que todo aquello que aún se conservara de los huesos

de Santa Isabel fuera desenterrado y se le enviara ya que quería utilizarlo para un "fin secreto" que "a él y a su país les redundaría en gran bendición". Bellersheim obedeció la orden. Los huesos fueron enviados al landgrave y éste los obsequió al elector y arzobispo Ferdinand von Köln. En el año 1636 el landgrave Jorge se pasó al catolicismo. Éste era el "fin secreto".

Ahora las reliquias se encuentran en Colonia, desde hace mucho tiempo, pero ya no son las auténticas. Sin embargo, según deduzco de mi copia, "el señor príncipe elector volvió a hacer negocios con ellas. Aparecieron por estos días en Bruselas, donde la infanta Isabella los entregó al convento Carmelita. De aquí se perdieron durante la Revolución Francesa". La cabeza sí que sería salvada y se encuentra en el Hospital de San Jacobo de Besancon. Los señores alemanes son de otra opinión, a saber, que los verdaderos restos de la santa no han abandonado nunca las murallas de la Iglesia de Santa Isabel. En el año 1718, el entonces gran maestre y señor alemán, príncipe Franz Ludwig von Trier, declaró que el conocimiento del escondite de los huesos de Isabel "lo había obtenido por transmisión oral directa en los ambientes relacionados con el señor alemán". Poco importa de quién. Ya en el siglo XVI había en occidente diez veces más huesos de los que Isabel habría podido tener.

Antes de terminar este capítulo, que me sentí obligado a escribir, aunque la pluma me haya conducido a la náusea, aclaro: Isabel de Turingia, quien nunca perteneció a la corte de Lucifer, tuvo que cargar con paciencia con el anatema del Señor de los Ejércitos, el mismo con el que Isaías había amenazado tanto a Lucifer como a los suyos: ella no fue sepultada como los demás.

GIESSEN

Un día laborable estaba en la iglesia donde hace mucho tiempo fui confirmado. Se llama Iglesia de San Juan y es un templo protestante. Mi padre, de joven, la vio construir. Subí a la torre de la iglesia. Tal como en mis años mozos, esta vez también en puntillas de pies, a través de la desolada nave que resonaba fantasmal, subí la escalera de caracol pasando frente al poderoso mecanismo del reloj hacia los cuatro balcones, bajo la aguda cúpula de la torre. Nunca olvidaré que durante la Guerra Mundial con mis condiscípulos estuvimos allá arriba y, como en la lejanía, truenos apagados y regulares parecían no querer cesar: se combatía en el frente occidental y el Fort Vaux. Me vino al recuerdo que en el tiempo de las calamidades de la guerra recolectaba en las cercanías de Buseck semillas de hayas para obtener de ellas aceite; en las cercanías de Krofdorf, ortigas para la elaboración de telas; que una vez a la semana traía, desde un molino próximo a Wetzlar, harina y leche para mi hermano enfermo; que en Giessen oí marchar día y noche por las calles a prisioneros de guerra en su mayoría franceses y rusos; que vi el movimiento de nuestras tropas en columnas interminables yendo al teatro de guerra, viajando en sentido contrario, esperanzados en la curación.

También recuerdo sin avergonzarme aquel día en que, siendo ya estudiante universitario, de manera irreflexiva y petulante, en el castillo de *Gleiberg* empiné el codo algo más de la cuenta.

Pero luego pensé, porque ahora sí debo pensarlo normalmente, en Konrad von Marburg. Sobre el lomo de una mula cruzó él la misma comarca que se otea desde la torre de la Iglesia de San Juan de Giessen.

Cuándo Konrad hubo quemado gran cantidad de herejes, se consideró impetrable que el papa en Roma consagrara santa a

su hija de confesión. Para ello se precisaba la prueba de que los huesos de un cadáver en estado de putrefacción en una iglesia de Marburg obraban milagros en los hombres. El magister Konrad con ello perseguía un objetivo específico. Con la canonización de Isabel conseguiría un contrapeso contra el *virulentum semen heriticae pravitatis*: contra la simiente venenosa de la perversidad herética, y así los herejes serían refutados, porque habían condenado todo tipo de veneración a las reliquias y no creían en milagros sobrenaturales. Cabalgó a través del país recopilando pruebas de milagros, recogidos de la gente del pueblo que temblaba de terror ante él. Finalmente escribió al papa una *Relatio authentica miraculorum a Deo per intercessionem B. Elisabeth Landgr, patratorum* (Relación auténtica sobre los milagros realizados por Dios por intercesión de la santa landgravina Isabel). Empezó la relación con estas señas: 'Al muy Santo Padre y Señor Gregorio, Pontífice Supremo de la muy Santa Iglesia Romana'. Después exponía: "En la parte de Alemania donde es normal que domine la creencia verdadera, había comenzado a germinar la simiente venenosa de la perversidad herética. Mas Cristo, no consintiendo que los suyos fuesen atacados más allá de sus fuerzas, y para aplastar la terquedad de los herejes (laguna en mi texto [...]) inmediatamente a nuestra maravillosa fe, la verdad (laguna [...]) por medio de muchos milagros y buenas obras que en gran cantidad y públicamente han sucedido para su gloria y para honrar el recuerdo de la bienaventurada soberana Isabel, en otros tiempos esposa del landgrave de Turingia". La canonización de Isabel se hizo esperar, Konrad von Marburg no pudo llegar a verla.

Tomando como base la relación de Konrad, el Santo Padre debe de haber considerado súbitamente pueblo elegido de Dios a los habitantes de Lahngau y del país de Hesse designados como idiotas por Bonifacio:

En Giessen, un tal Heidenreich declaró bajo juramento que su hija había tenido todo el cuerpo cubierto de fístulas, pero que

sanó por la invocación a la muerta esposa del landgrave; un Heinrich von Gleiberg aseguró que gracias a la canonización de Isabel se vio libre de una grave enfermedad de estómago; alguien de Krofdorf, con su cara roída por gusanos, sanó al aplicarse en la cara tierra de la tumba de Isabel; en Buseck, una muchacha perdió su miopía; una señora de Wetzlar declaró que su hijo fue curado de la ceguera en un ojo.

En las inmediaciones de Densberg, que podría ser Dünsberg, cerca de Giessen, un guerrero de nombre Degenhart había caído en manos del enemigo y cerca del mediodía, luego de haber dirigido a Dios por intermedio de Isabel un montón de oraciones, quedó libre de sus cadenas y voló hasta la orilla del bosque. Pero aquí quedó parado como si hubiera echado raíces; algo lo retuvo y *Degenhardus súbito suo domino fuit restitus*: de súbito, Degenhard fue restituido a su Señor. Si bajo este *Dominus* de Degenhard hay que entender al propio señor feudal o al enemigo, es algo que prefiero no decir. Se sostuvo que el guerrero Degenhard, de fe cristiana, había sido liberado de sus cadenas antes del bosque, gracias a santa Isabel, y no pudo internarse en él. Porque en los bosques de abetos alemanes, con su encanto y sus portentos, no mandaba el Señor Sabaoth, ni el espíritu de Ruach, ni Jesús, ni María, ni Konrad von Marburg, ni tampoco Isabel. El señor del bosque libre era Tiubel, como los cronistas antiguos llamaron al diablo. También podrían haber dicho Lucibel o Lucifer...

Cerca del mediodía, Tiubel reinaba en el bosque libre. El caballero Heinrich von Falkenstein, ya me referí a él, quiso "echar una mirada al mundo tenebroso del más allá". Un mago lo condujo alrededor del mediodía a una encrucijada, trazó un círculo en el suelo y advirtió al oriundo de Falkenstein no salir de allí y no dar regalos ni recibirlos. "Se oyeron bramidos tormentosos, se levantaron torrentes impetuosos, aparecieron figuras espectrales. Finalmente salió del bosque una figura alta como un árbol y oscura. Era el diablo. El caballero entabló con él una conversación. Tiubel le ofreció regalos: una oveja y un

gallo. El caballero rechazó ambos y se mantuvo dentro del círculo. Pero se fue poniendo blanco cadavérico y nunca más recuperó el otrora saludable color de su cara". De aquí en adelante fue un hombre, como se dice, pálido como un maniqueo...

Desde el campanario de la Iglesia de San Juan, en Giessen, observé el Frauenberg (Monte de las Mujeres). En sus inmediaciones, los señores de Dernbach, caballeros del Westerwald, mataron a golpes al magister Konrad. Que suplicó lloriqueando por su vida.

SIEGEN

Vi un camino de peregrinación que desde Herkersdorf conducía cuesta arriba a un pueblecito. A su vera se alzan doce estaciones con coloridas imágenes que describen la historia de la pasión de Jesús de Nazaret. Una audaz cima de basalto sobresaliente remata el camino: el dolmen, portando una enorme cruz de madera. En la roca se ha empotrado un nicho, la decimotercera estación. En su interior, hechos de yeso y chillonamente pintados, están María y el Niño. Quien en otros tiempos caminara por aquí, iba de la casa de los Herka a la piedra de los Trute. Éstas son dos designaciones antiguas. Lo más bello de Alemania se ve desde la cumbre de la Piedra de los Trute. Montes, colinas, bosques, praderas, ciudades, pueblos por los vastos alrededores. Corrientes de agua rielan argénteas hacia lo alto. Rayos de sol y sombras de nubes juguetean por sobre ellas y el viento entona un delicioso canto.

Al lanzarse al ataque el viento de medianoche o el de la mañana, como decir del norte o del sur, va narrando de Sigfrido cómo aprendió el arte de la forja con los enanos de Balve, allí en los abismos de los montes del Sauerland, como informa la saga

noruega del Thidrek. . En el este, donde azulean bellas e inspiradoras alturas, él, el héroe luminoso, debe de haber dado muerte al dragón Fafnir. En la landa del Gnita. Un abad islandés de nombre Nikolaus, que hace setecientos años peregrinó contrito de los países boreales a Roma, durante su caminata aseguraba haber visto en Kadern an de Lahn un "agujero de Sigfrido" y el vetusto Horohûs cerca de Niedermarsberg, donde el rey franco Karl no dejó piedra sobre piedra del burgo de Ere y desde donde siguió el camino destruyendo un famoso santuario de nuestros antepasados, los pilares de Irmin, el Irminsul famoso, de los que había gran cantidad. ¿No habría alguno en las inmediaciones del Trutenstein, cerca de Irmgarteichen o de Erndtebrück? Irmingar-deichen e Irmingardebrük son sus antiguos nombres.

En el sur destacan el Feldberg, el Altkönig y el Rossert, las máximas elevaciones de la sierra del Taurus. Al Feldberg lo corona un hermoso grupo de tolmos: los tolmos de Brünhilde. Aquí descansaban entre llamas las valquirias Cuándo fueron despertadas por el beso de Sigfrido.

Desde Trutenstein hasta Herkersdorf y desde allí hasta Siegen, no hay mucha distancia. En Siegen vivió el gran artista Wieland, según cree otro hijo del siglo XII, el cronista oriundo del Valais y capellán Gottfried von Monmouth. Es muy posible que la vecina Wilnsdorf deba su antiguo nombre al forjador de forjadores: Willandsdorf.

Muy lejos llega la vista desde las altas elevaciones del Trutenstein hacia el suroeste: hasta las Siete Sierras cercanas al Rin. Los poetas han comparado sus siete cumbres con gigantes o reyes, pero sin dudas lo que prefirieron fue el majestuoso Risco del Dragón (*Drachenfels*), el Drekanfil del mito escandinavo. Drusian, el antiguo rey legendario debe de haber vivido aquí alguna vez. Y Dietrich von Bern, a cuya esposa Godelinde se la tiene por una hija del rey del Risco del Dragón, sostuvo aquí,

como se decía, una dura lucha con los gigantes Ecke y Fasolt. El Löwenburg, algo menos revestido de tradiciones legendarias; el Olberg que en tiempos ya lejanos fue residencia del Thing; el Petersberg, soportado por un ringvall; el Lohrberg, que, según muchos aseguran, tiene que agradecer su nombre a Laurín; el Wolkenburg y el Nonnenstromberg completan el número de siete, por lo cual la sierra ostenta con toda justicia su nombre.

También alrededor de Herkersdorf se extendía aquella vasta región boscosa denominada por los geógrafos de la Antigüedad como *Silva Orcynia* y por César, *Silvia Hercynia*. Comienza en la fuente del Theiss, se extiende acompañando al Rin desde Schaffhausen hasta Speyer, pasando por Westfalia y el Harz hacia el norte. En este bosque de Orkus o de la Herkyna, los griegos y los romanos creían que gobernaban el Orkus, custodio del País de los Muertos, y la madre tierra Démeter Herkina. De ésta vienen los hombres de su linaje y también a ella retornan. El bosque era el templo de la diosa, vestido por árboles y techado por el cielo.

De manera muy parecida llamaron los germanos a su diosa de la muerte: Herka, también Hel u Holda. La acción de la diosa no tenía nada de terrible para ellos, pues ésta envió hacia lo alto, afable y propiciamente, árboles, hojas, flores, frutos y a los hombre vivientes. Es por esto que los antiguos alemanes creyeron que los primeros hombres brotaron de un árbol, cuyas raíces llegaban hasta la misma señora Hel. Al morir un hijo de hombre, su cuerpo debía peregrinar por el camino de Hel hacia Hellia, Casa de la Señora Hel, que está "profundamente bajo hacia el norte". Allí podía coger frutas deliciosas que le ahorran una segunda muerte, cual los frutos del jardín de las Hespérides, obtenidos por el héroe Heracles -al que los romanos antiguos veneraron como Hércules-, para sí y para los hombres, después de difíciles pruebas. En el bosque de Herka aún hoy hay más de un camino que se llama Camino de Hel...

Hel es la madre grandiosa, madre que todo lo ha parido y que para todo es tumba. Incluso para las estrellas y los seres humanos. Al irse el año se va el sol, al írsele la vida al hombre, entra en ella. Pero todo sale de ella joven otra vez, revivificado con nuevo ser. Porque Hel es, como enseñaron los antiguos, reina del agua de la vida, de la que sale el sol rejuvenecido. También son de ella las manzanas de la inmortalidad. La señora Hel es la muerte. Ésta es la causa de que ella impere de forma despótica más en el Norte invernal que en ninguna otra parte. Cuánto más cerca de él se esté, más desmedrados serán los árboles; Cuánto más escasa sea la hierba, más pálidas serán las flores. Por último, al reinar la nieve y el hielo, que nunca necesitaron ceder, no viene el sol.

En la región más interior de la Madre Universal, bajo las raíces del Árbol del Mundo, que también se llama Árbol de la Vida, se encuentra la Fuente de Urd (*Urd* significa "norma del pasado" en la mitología nórdica). Allí Odín sumergió su ojo de sol para obtener la última sabiduría. En la casa más profunda de la señora Hel descansa el enigma de todos los enigmas. Y que también su solución. El padre del universo, Odín, susurró esta solución, contenida en una sola palabra secreta, al oído del muerto Badr, antes de que se lo colocara encima de la leña de espinos para la muerte en la hoguera.

La señora Hel es la muerte, no la vida, aun Cuando de ella nace todo lo que vive. Como toda mujer, permanece estéril si no la fecunda el hombre; así también, la señora Hel necesita un esposo. Y celebran su boda la Tierra-Mujer y el Sol-Hombre para que nazca el hijo de esta unión: la vida. Para abrazar a la diosa de la muerte, el dios sol va hacia ella, que es la tierra. En la noche del solsticio de invierno celebran ambos el "santo matrimonio". Vencida por la fuerza del dios masculino, la señora Hel se entrega a él y será madre. "¡Gloria a tí, Tierra, madre de los hombres! Que tú seas creciente en el abrazo del dios, que te colmes de frutos para el provecho de los hombres." Esta alabanza era gritada antaño por los campesinos anglosajones a la tierra de

labranza mientras la araban y sembraban.

La señora Hel también es el amor trayendo vida nueva, y, puesto que todo lo viviente debe morir, trae en sí la muerte. Ella es el amor, el de mujer a hombre y ese amor que la madre prodiga a sus hijos. Grande es el amor de la madre grandiosa.

Desde Trutenstein vi unas elevaciones del bosque Westerwald muy cerca de mí: el Ketzstein (Piedra del Hereje) y el Hohenseelbachskopf. Ambos están, como me señaló mi guía, entretejidos de leyendas. Pero sólo pude conocer la saga del Hohenseelbachskopf, que dice así:

Sobre la cumbre del monte se irguió antaño el castillo del caballero Von Seelbach. Debe de haber sido sólido, y los señores en Hohenseelbach, autodenominados "amigos de Dios y enemigos de todo el mundo", poco deben de haberse preocupado por la paz del país en general, que entonces había sido firmada. Un día el arzobispo Balduino de Tréveris fue encomendado por el emperador alemán para desalojar al caballero de Seelbach. Todo un año permaneció Balduino frente al castillo sin lograr cumplir su propósito. El señor del castillo y su ama de casa creyeron y afirmaron que, mientras no se convirtiera en piedra el haya que estaba frente al castillo, tanto menos podría ser vencedor el arzobispo. Pero los sitiadores lograron conquistar el fuerte Hohenseelbach, en 1352. El haya se petrificó. Cuando la castellana de Hohenseelbach vio que el juego estaba perdido, pidió al arzobispo que le permitiera llevarse su dote. Los de Tréveris pensaron que se refería a sus joyas y le otorgaron el permiso, con la condición de que no podría llevarse más de lo que pudiera portar. Se llevó a su marido y lo trasladó hasta el fondo de Zeppenfeld. Todavía a fines del siglo XVIII quedaban restos del castillo; hoy han desaparecido. Pero durante las noches de ciertas épocas se ve el castillo entero, tal como fue entonces. Un séquito de caballeros sube entonces por el camino del castillo, delante del caballero y la fiel ama de casa. Buscan el

haya con follaje nuevo frente a la puerta del castillo, pero la encuentran petrificada. Y tan rápido como el espectro llega, vuelve a desaparecer. Los señores de Hohenseelbach se autodenominaban "amigos de Dios". Deben de haber pertenecido a los amigos de Dios, a los cátaros alemanes. También la hacía tiempo establecida nobleza del "reinado libre de Westerwald" fue una vez adepta a ellos. Allí estuvieron los condes Sayn y Solms, que quisieron zurrar a Konrad von Marburg. También los señores Von Wilnsdorf, de los que se hablará más adelante, y los caballeros Von Dernbach. Éstos deben de haber sido los que dieron muerte al repugnante maestro de herejías Konrad.

Amigos de Dios... lo contrario a ello es: siervos de Dios. Los caballeros del Westerwald fueron amigos de aquella divinidad que hace crecer el hierro y que no quiso ningún siervo. También en Alemania alguna vez tiene que haber habido caballeros de verdad; de esto no tengo dudas.

A los cátaros alemanes se les recriminó que "Cuándo se admitía a un novicio, y éste asistía por primera vez a una asamblea, se le ponía ante un escuerzo, al que él [...] tenía que besar [...] en el trasero. En ciertas ocasiones el animal tenía la apariencia de un ganso o un pato, en otras era tan grande como un horno de panadero. Después, un hombre caminaba hacia el novicio, maravillosamente pálido, con los ojos más negros del mundo. El novicio lo besaba de igual modo, sobre la piel glacial. Con el beso desaparecía de su corazón todo recuerdo de la creencia católica. A continuación, todos los participantes se sentaban para un ágape; después, un gato negro tan grande como un perro, con la cola a gachas, bajaba de una estatua siempre presente.

El gato caminaba reculando y su trasero era besado en primer lugar por el novicio; luego, por el maestro de la asamblea, y por último, por todos los que eran dignos y

perfectos; mientras los imperfectos y los que se sentían indignos recibían la paz que otorgaba el maestro. A continuación cada uno retornaba a su lugar y se cantaban canciones. El maestro preguntaba a su vecino más cercano: '¿Qué significa esto?'. A lo que el interpelado respondía: 'La paz máxima'. A lo cual, otro añadía: 'Y que debemos obedecer'. Entonces se apagaban todas las luces y se mantenían relaciones sexuales mientras otra vez se encendían las luces y se ocupaban los lugares. Justamente en ese momento salía un hombre de un rincón oscuro, que desde la cabeza hasta las caderas relucía como el sol iluminando todo el espacio, pero que, de las caderas para abajo, era tan negro como el gato. El maestro cogía una punta de la ropa del novicio, se la retenía y decía: 'Maestro, te doy lo que he recibido', a lo que el hombre iluminado respondía: 'Me has servido bien, me seguirás sirviendo más y mejor; yo confío a tus preocupaciones lo que tú me has dado'. Acto seguido desaparecía. Todos los años, por la Pascua de Resurrección, los miembros de la secta recibían la hostia católica en la boca, la llevaban a su casa y la escupían en la letrina para expresar de esa manera su desprecio por el Redentor. Ellos sostenían que Dios arrojó a Satán a los infiernos sin justificación y alevosamente. Al final él sojuzgará a Dios y traerá la bienaventuranza. Hay que evitar lo que le guste a Dios así como amar lo que él odia".

"Este transparente tejido de invenciones -como dice en el libro del que saco este informe al papa Gregorio IX-, a pesar de todo, halló credulidad por todas partes" y más que nada inquietó al crédulo anciano que por entonces se sentaba en la silla papal, hasta casi llevarlo a la locura. El papa Gregorio replicó que se sentía "como embriagado por vermut", y, efectivamente, sus cartas suenan como las de un frenético: "Si contra tal tipo de hombres la tierra se abriera y las estrellas en el cielo mostraran su maldad, de manera que no sólo los hombres se unieran para su aniquilación, sino también los

elementos, para exterminarlos por ser vergüenza eterna para los pueblos de la tierra, sin miramientos de sexo ni edad, ningún castigo sería suficiente por sus delitos. Si ellos no pudieran ser convertidos, se tendría que echar mano a los medios más fuertes; a las heridas que no sanan con medios moderados hay que aplicarles el fuego y la espada". Dicho y hecho, el 10 de junio de 1233, Konrad von Marburg recibió la orden de predicar una cruzada contra estos luciferinos; tanto el arzobispo de Maguncia como el obispo de Hildesheim recibieron la orden de poner a disposición la totalidad de las fuerzas con las que contarán, "para exterminar de raíz a los viles". El maestro inquisidor Konrad von Marburg no pudo ejecutar la orden. Veinte días después era muerto cerca de Marburg. Konrad, que no tuvo miramientos con nadie, imploraba clemencia entre sollozos. Fue en vano.

"Como recordatorio de este asesinato, en el sitio probable del hecho se levantó una capilla en Kappelin, cerca de Marburg. El cadáver fue llevado a Marburg y enterrado al lado de santa Isabel. Cuando su osamenta llegó a la soberbia iglesia de Isabel, fue también inhumada allí."

Konrad von Reisenberg, obispo de Hildesheim, mantuvo el derecho a seguir predicando una cruzada contra el Westerwald. Esta cruzada fue ejecutada por el landgrave Konrad von Thüringen y Hesse. La vieja "Crónica rimada de Hesse" informna acerca de esto de manera breve y concluyente:

En tiempos del landgrave Konrad,
En esta región muchos herejes había.
El conde Heinrich von Sayn era uno de ellos,
Pero se hizo convertir.
Por aquel mismo tiempo,
Caballeros, sacerdotes y gente honrada
Fueron víctimas de la herejía y

Otros muchos se apartaron de ella.
No pocos fueron condenados a las llamas.
El landgrave Curt ha destruido todas las escuelas de herejes,
Allí donde él las hallara.

Runkel an der Lahn

Bajo los rayos del plenilunio llegué anoche a esta pequeña ciudad. Hombres y bestias dormían; mis botas de estaquillas hicieron resonar el desparejo empedrado; una presa de embalse susurraba; como un monstruoso tronco de piedra negro sobresalía de las casas el viejo castillo; había perfume de tilos.

Runkel tiene que ser una creación de Rolando, aquel héroe que en el valle pirenaico del Roncesval (en alemán *Dornental*, valle de espinas) "descargó su espada Durendal como sólo lo hacen los honestos", y que murió allí de muerte heroica. "Como Rolando había muerto, apareció una gran luz en el cielo". Es probable que también Rolando perteneciera a la corte de Lucifer, y con seguridad es el rey Kari quien fue su señor, de ningún modo ese rey franco y emperador, sino el "gran Karl y señor" en el cielo nórdico: Thor.

Los tilos y las rosas exhalaban sus aromas, al igual que todas las flores que los jardines rebosaban. También imponía su aroma el heno en las praderas; los trigales se mecían al suave son del viento; una alondra jubilosa se alzó hacia el cielo; de una herrería cercana me llegaba el sonido de un yunque; en la fronda de un jazmín, desde la cual escribo, una mariposa multicolor se ha enredado. *Psiké* la llamaron los griegos; *psiké* también significa alma.

Cual olas marinas, ondea el trigal. Me explican que por estos lugares, para atemorizar a los pilludos, se les muestran los ondeantes campos de trigo y se les dice: "¡Viene la mala madre

del grano! Y si os coge tendréis que chuparle sus leñosas tetas".

¡Antes era otra cosa!

Démeter, Madre Tierra, denominaron los griegos a su "madre del grano". En las comarcas alemanas se le llamó, otrora, señora Herka o señora Hel. Su casa fue el bosque o el campo, y su aliento era el viento. Y los seres humanos la amaron porque era Venus, una Holde, una benévola. Tannhäuser fue su galán...

La madre tierra Hel es, también, la fresca noche y la muerte oscura. La muerte es la fresca noche, que canta una hermosa canción alemana compuesta por Johannes Brahms. Aunque el sol otorgue vida, sólo la noche hace crecer plantas y árboles. Testigos son la luna, los astros y las bestias.

He comprendido por qué los argonautas debieron recalar en un "Puerto de Venus" para encontrar el Vello de Oro. Querían desarrollar su deificación en sentido contrario. Tal como nosotros igualamos los hombres a los árboles. Se torna claro en aquellos helenos convertidos en vikingos que "con vientos nórdicos" navegaron a vela sobre el mar universal llevando con ellos un tablón de encina: el símbolo de que hay que hincar las raíces de la madre tierra, que se desarrollará hacia lo alto en la luz y se extenderá hasta las estrellas. Entre los hombres hay criaturas y héroes, en el bosque crecen arbustos y árboles gigantescos. De nosotros depende ser lo que realmente deseamos ser.

Quiera la madre grandiosa, degradada a mala madre del grano y a abuela del diablo, secarse las lágrimas de sus hermosos ojos y reír a menudo, así como hace ahora, que pasa como una exhalación por los rayos del sol, sobre los trigales dorados de los confines de Runkel. De ahora en más ella experimentará menos injusticias y volverá a ser una "dama del corazón".

¿Y si nuestra palabra *Herz* [corazón] derivara de Herka? Si así fuera, la madre de Parzival, Herzelayde, es la sufriente Herka. Parzival abandonó a su dolorida madre y la reencontró después de la larga odisea en búsqueda del Grial. Allí moraba, como lo afirma la crónica de la ciudad sajona de Alberstadt, la señora Venus. Por lo tanto, el buscador del Grial tuvo que hacer el trayecto de la madre humana a la madre divina. La una lo había traído al mundo, la otra lo acogió en sí. Parzival había completado el círculo de su actividad; había puesto fin a lo "que de este lado del bosque del Grial se denomina vida", y había logrado ser rey. Sus ojos miraron la piedra de la luz, ante la cual el fulgor terrenal es nada. La piedra fue ostentada por una reina. Sólo la señora Sabiduría, madre del cielo, gobierna la piedra de los sabios, la piedra filosofal. Permanezcamos fieles a la mujer y no digamos "mujer, nada tengo que ver contigo".

Cuándo Tannhäuser abandonó a la señora Venus, ésta se afligió profundamente. Entonces el desafortunado emprendió una peregrinación que fue una odisea. Cuándo en Roma se dio cuenta de su error, regresó al interior de la montaña, a Venus, donde una mesa redonda lo esperaba. Había logrado ser rey en el reino de las hadas y redimió a la diosa de su pena. Érase una vez *une comtesse qui depuis devint fée*, una condesa que devino hada. Una antigua poesía francesa cortesana dice que fue la esposa de aquel rey Hüon de Burdeos, que es conocido por la obra poética "Oberón", de Wieland, y por la ópera romántica "Oberón", de Karl María von Weber. Esta condesa emprendió largas odiseas con su esposo a través de los países de Commans y Foy hacia el *bocaigne Auberon* (el bosquecillo encantado), después de las cuales ambos fueron transportados a través de un vasto mar por un pescador que se había transformado en el pez de Apolo, en un delfín. En medio del bosquecillo encontraron un castillo. Allí reina Oberón. y, como Anfortas o Artús, también sufre una herida grave. No puede morir antes de que un joven rey reciba de él "corona y lanza", las insignias

de la soberanía sobre el reino de las hadas. Hüon y su esposa son coronados. Oberón se despide. Muere. El cadáver es guardado en una arqueta y se lo mantiene oscilando en el aire por medio de imanes.

Érase una vez una condesa que llegó a ser hada. Su nombre era, dice una antigua poesía, Esclarmonde. Yo confirmo: los países de Commans y Foy son las comarcas pirenaicas de Comminges y Foix, donde se halla aquel castillo de los cátaros que se llama Montségur y que es el que perteneció a la condesa herética Esclarmonde de Foix...

También hubo un sufriente rey y padre. Había sido, aunque semejante a un Dios, más bienaventurado que cualquier otro rey en su posición. Este sufriente rey nada sabía de ese Dios de los judíos, que celosamente vigilaba que él es "el Señor y ningún otro" y que a su unigénito Jesús, que fue llamado Cristo, dejó en la estacada, entregando a manos extranjeras al Sufriente, en vez de sufrir él mismo a causa de la insuficiencia de los hombres que creó, el sexto día de la Creación, a su imagen y semejanza. El hizo que el Hijo cargara con los pecados de su mundo y sufriera la muerte en la cruz, aunque él por medio de Moisés había maldecido a todo aquel que fuera colgado en la cruz. El, que también "creó el mal", maldijo por adelantado a su unigénito. Se arrepintió de haber creado a los hombres...

La divinidad, que no es la bíblica, será redimida. Debe ser redimida para ser divinidad. Y la redención debe venir de los seres humanos. ¿Qué sería Dios sin los hombres? La divinidad sufre porque en el mundo no todo está "en orden". Si los hombres pusieran en orden al mundo, entonces estarían en armonía la parte esencial visible de la divinidad, la naturaleza, y la parte esencial invisible, el centro de la fuerza. Como entre imanes, entonces, "flota" el Dios. Todas las corrientes de fuerzas, las positivas y las negativas, tienen finalmente la misma intensidad,

y la divinidad puede descansar en sí. Este descanso divino tiene que ver con el reposo; la fuerza circulante hace que la divinidad ya redimida e invisible permanezca en equilibrio. Y un joven Dios domina visiblemente.

El joven Dios reina, en las antiguas sagas de caballeros, sobre barones y hadas: sobre una caballería. La vida que éstos llevan es distinta de la de las criaturas humanas. El mundo en que moran no es un terrenal valle de las lamentaciones, sino un paraíso terrenal dominado por una corona y defendido por una lanza. Sólo quien permanece vigilante, combatiendo y defendiendo, mantiene la corona, permanece en el paraíso terrenal hasta que él, "redimido" por una juventud inminente, se puede poner al servicio de la corriente de la fuerza cósmica. Él vive hasta entonces, pero su vida es una obra de la interpretación, del respeto a la ley y del sucesor de aquel "Dios" que "flota" en el cielo: el sol. Su vida es una vida de *Minne*. *Minne*, que es la memoria, hace que aquellos que no olvidan su origen y su objetivo se asemejen a los dioses terrenales: igual a los dioses terrenos, como bien sabe decir la canción de "Wartburgkrieg". La *Minne* (Amor) conforta, porque en el recuerdo de su origen el hombre *Minnende* [amante] reconoce su objetivo final. Al recibir un hombre el "consuelo" de la *Minne* (consuelo que requiere, primero, la búsqueda, el error y la lucha), se ha puesto un nuevo "hábito": ha conseguido ser un "hijo de Dios". De aquí en adelante, él queda ligado con el anillo de la creación y con todo lo que se arrastra, anda, vuela, crece y muere. Él penetró con su espíritu, al que la fe le aclaró los ojos, incluso a los árboles y a las fuentes, cuyos secretes ahora entiende. Él mismo se ha vuelto un espíritu del árbol o una náyade. Llega a comprender hasta la esencia de la piedra. La verdadera caballería y verdadera *Minne*, ambas, eran accesibles a todos. Para esto no era necesario ser nombrado conde o tener mucho dinero. La única condición era no ser un bastardo, sino un "puro". Ésta es la razón por la que Feirefiz, hermanastro de Parzival y mestizo, no

pudiera ver el Grial; a pesar de que le fue pasado ante sus ojos.

Los verdaderos dioses quieren a la juventud que con ímpetu exige sus derechos y, no obstante, obediente a la ley, releva y en consecuencia "redime" a la divinidad que se ha vuelto vieja. Esto lo escribí un domingo estupendo; en Runkel, cerca de Lahn, mientras la madre del grano hilaba y el padre sol lanzaba sus flechas. Ante mí hay un libro amarillento. En la página abierta hay una frase en latín: "*Roncari vocantur a villa*". Según algunos es por la ciudad de Runkel que los cátaros alemanes fueron llamados Runcarii (o, como también he leído, Runkeler). Los Runkeler portaban espadines, y Jakob Grimm entendía, por el contrario, que esta espada se llamaba *runco* y era la causa de que llevaran ese nombre.

COLONIA

La inscripción del antiguo sello de Colonia reza: "*Sancta Colonia Dei Gratia Romae Ecclesiae Fidelis Filia*", Santa Colonia por la gracia de Dios, fiel hija de la Iglesia romana. El papa Inocencio III, el máximo responsable de la cruzada contra los albigenses, la calificó como la más ilustre de todas las ciudades de Alemania por su fama y por su magnificencia. Y una crónica del siglo XI dice que ella es "*caput et princeps Gallicarum urbium*", capital y princesa entre las ciudades galas. Así es; durante mucho tiempo, Colonia fue romana y, una vez más, romana.

Como Colonia Agrippinensis fue la fortaleza renana más importante de la Roma gentil, plaza de armas y asiento de un generalato en jefe. Tenía capitolio, templo, anfiteatro, acueductos, era de construcción semejante a las romanas y ni los propios cesares se privaban de ella. Luego, un buen día, llegaron los francos y los obispos cristianos. Colonia permaneció "romana". En el siglo

IX fue destruida por los normandos. ¿Querían los hombres del Norte, enemigos de los del Sur, impedir la influencia romana en el país alemán? Tal como aseguran las crónicas monacales, aunque de manera exagerada, después de esta destrucción habría quedado hecha un montón de escombros si la Iglesia de la ciudad no la hubiera sostenido y vuelto a fortalecer.

A pesar de esto, una gran parte de la población de Colonia, sobre todo el gremio de los tejedores, no estaba para nada contenta con el dominio de los curas. Muchos cronistas se quejan amargamente porque "los ciudadanos muy pocas veces han acogido con agradecimiento los privilegios y prerrogativas que los obispos directa o indirectamente les deparan".

Bajo el dominio del arzobispo Anno, en el siglo XI, la población comenzó a rebelarse contra el poder eclesiástico. Anno, que entre tanto había llegado a ser santo, no tuvo ninguna piedad con los rebeldes. Por orden suya se le vaciaban los ojos a los regidores de Colonia. Sólo unos pocos líderes quedaban exentos para que guiaran a los otros en el regreso a casa. Incluso el santo Engelbert, más o menos cien años después de Anno, como arzobispo de Colonia, un "pilar de la Iglesia y soporte de Alemania", tuvo problemas con los ciudadanos. Pero él sabía atemorizar de tal manera a los condes, nobles y personal de servicio que nadie se atrevía a sublevarse en su contra.

También en Colonia ardieron hogueras.

En el *Diálogo milagroso*, del monje cisterciense Cesarius von Heisterbach, se puede leer: "Un día fueron capturados herejes en Colonia. Después de que los letrados los investigaron y culparon, fueron sentenciados por el tribunal civil. Al ser llevados al fuego, uno de ellos, de nombre Arnold, llamado maestro por los demás, pidió pan y un recipiente de agua. Algunos quisieron satisfacer su deseo, pero hombres expertos los disuadieron, argumentando que el diablo muy

fácilmente podía hacer algo que causara escándalo y perversión. Como yo, Cesarius von Heisterbach, en conformidad con la declaración prestada por otro hereje, capturado y quemado por el rey de España hace tres años, puedo dictaminar: el maestro Arnold quiso preparar a los suyos para una comunión sacrilega, viático para la condenación eterna. Los herejes fueron conducidos fuera de la ciudad y entregados al fuego en el cementerio judío. Cuando ya ardían violentamente, muchos vieron y oyeron cómo Arnold posaba su mano sobre las cabezas medio quemadas de sus discípulos y decía: '¡Sed firmes en vuestra fe ya que hoy estaréis con Laurentius'. Entre ellos estaba una virgen bella y a la vez entregada a la herejía. Debido a que muchos se compadecían de ella, se la sacó del fuego, y se le prometió que se la casaría o llevaría a un convento en caso de que se convirtiera. Pero ella se dirigió así a los que la sujetaban: 'Decidme, ¿dónde está aquel seductor?'. Cuando se le indicó al maestro Arnold, se precipitó, cubriéndose el rostro con su vestal, sobre el cadáver del herético instructor y descendió con él al infierno".

El maestro Arnold y sus leales habrían sido unos herejes muy raros si hubieran tenido que esperar asándose a fuego lento, en una hoguera encendida por católicos, para gozar en lo venidero en el paraíso bajo la protección de un mártir y santo católico, de Laurentius. San Laurentius debe de haber sido colocado en el año 258, después de ser diácono en Roma, encima de una parrilla ardiendo, en la misma ciudad, por los paganos, y así fue muerto. Es considerado santo protector de las bibliotecas y los bibliotecarios. ¿Sería también santo protector de los herejes, especialmente de los devorados por las llamas? El informe de Cesarius suscita otras preguntas: ¿desde cuándo se asciende al infierno y por qué los herejes de Colonia fueron quemados en un cementerio judío?

Una vez, santa Hildegard von Bingen vino a Colonia para

pronunciar un discurso frente a todo el clero de la ciudad. Pero no habló sobre el dulce Amor de Dios al que tanta poesía se le ha dedicado, tampoco del cielo, sino que ofreció un informe sobre los refugios de los herejes e hizo saber a los atentos curas espías que, para poder atrapar a esta corte del diablo, había que registrar los sótanos aprovechados como talleres por los tejedores. De Frisia había llegado al Rin el arte del tejido. La isla de Helgoland es parte de Frisia, y ésta es la razón de por qué no es casual que los tejedores de Frisia hayan sido tan atrocemente exterminados al mismo tiempo que se daba caza a los herejes de Colonia y a los albigenses. Tampoco puede ser casualidad que habitualmente los cátaros provenzales fueran llamados *Tisserands*, que quiere decir tejedores.

Santa tejeduría... ¡A zumbante telar del tiempo se sienta el espíritu de la tierra y teje una vestimenta viviente a la divinidad! Devenir es tejer. Bajo los fresnos del mundo tejen las normas la trama del destino. De tres hilos. La más antigua se llama Urd, que significa pasado y tejedora; ella anuda el primer nudo del tejido que seguirá urdiéndose para Hel. También tejió a Laurín, el rey enano, el hilo de seda para que cubriera su paradisíaco jardín de rosas. Lanzadera, cual barco tomas la ruta que debes seguir. De aquí para allá, de allá para aquí, hasta que el vestido estuvo tejido. Lanzadera, tú simbolizas el círculo que cada individuo debe llenar con eficiencia. Por eso fuiste llamada Radius por los primeros hombres que hablaron latín...

En el año 1133, un campesino de la villa India (hoy Kornelimünster, cercan de Aquisgrán) construyó un barco provisto de ruedas. Este barco fue llevado a Aquisgrán por integrantes del gremio de tejedores. Durante el camino, todo aquel que lo tocara sin ser tejedor tenía que entregar algo en prenda. En Maastricht, adonde dirigió el viaje saliendo de Aquisgrán, el barco fue provisto de mástil y velamen, y en Saint-Trond, cerca de Lieja, los tejedores del lugar lo vigilaron día y noche y lo llenaron de toda clase de aparatos por lo cual no pudo

ser entregado. Los músicos daban vueltas alrededor de él tocando y bailando. Doce días duró la batahola, hasta que las autoridades entraron en acción. Está claro que no se atrevieron a quemar la embarcación o destruirla por otros medios, por la creencia de que "el propio lugar donde algo queda hecho cenizas queda deshonrado". Por esto se dispuso llevarlo a un lugar vecino. Allá el soberano ordenó al transporte del barco un sangriento final por la fuerza de las armas. En una cueva del Sabarthis encontré un dibujo del período albigense. Representaba un barco de los muertos con el sol como velamen...

Santo barco... Cuando Apolo llegó al mundo de Zeus, le dio una mitra de oro, una lira, un carro uncido a cisnes y lo envió a Delfos para que anunciara allí la justicia a los helenos. Pero Apolo dirigió a sus cisnes al país de los hiperbóreos, y su esplendor, igual que una estrella, se abrió paso en el cielo. Por las olas llevó la yacija hueca que el cojo Hefestos-Vulcano, hijo de Venus, había forjado de precioso oro. Sobre la superficie del agua transportó al dormido. Los atenienses se figuraban a su Atenea Partenos, su virginal diosa de la sabiduría, como tejedora y conductora del huso. Un vestido color azafrán era traído ceremoniosamente, cada cuatro años, en un compartimento de un barco, cual velamen izado, por los más altos dignatarios atenienses hasta la Acrópolis, donde le era ofrendado a la diosa.

Mujeres atenienses nobles de nacimiento habían recamado con arte el velamen con la representación de la lucha en aquella guerra librada entre dioses y titanes en el monte de los dioses, el Olimpo. Atenea, tejedora divina de la alfombra color azafrán de la vida, también protegía el oficio de la forja. Al herrero Hefestos o, según enseñaron otros, al portador del fuego Prometeo, agradeció ella su existencia, Cuando uno de ellos partió por la mitad la cabeza de Zeus, desde donde brotó Atenea. Sobre la Acrópolis resplandecía permanentemente su lanza dispuesta para el combate, simbolizando que, sin disposición para el combate y sin desafío a la muerte, la vida es indigna.

Una vez que los atenienses habían subido la vela hacia el templo del burgo y hacia la lanza, las hijas más nobles de la ciudad tejían un emblema de cuervos que era desplegado en el mástil del santo barco; y finalmente el barco era abandonado a orillas del mar, al viento favorable de la suerte, para que éste lo condujera a donde quisiera.

Santo barco... En el *Argo*, que quizá fue un arca, viajaron por el mar los más afamados héroes helenos. Levaron velas al norte. El salvador Jasón era la autoridad del barco. Orfeo, los dióscuros Castor y Pólux, así como Heracles, fueron sus compañeros. En la proa del barco se intercaló un tablón de encina parlante que se había traído de Dodona, donde susurra el bosque de encinas más sagrado de Grecia. Durante su viaje los argonautas realizaron proezas de toda clase hasta que hallaron aquello por lo que habían viajado contra viento y marea: el Vello de Oro de la deificación. En la Edad Media se le apreciaba como "piedra filosofal"...

Wieland, el herrero cojo, se encerró en un tronco de árbol y se dejó llevar, cual argonauta, por este "barco" a su destino, para quedar exculpado. Antes que el rey Nidhod, del que quería vengarse, lo hubiera dejado cojo, él y sus dos hermanos habían tomado por sorpresa a tres muchachas cisnes en Myrkwid, el "bosque oscuro" que "en la batalla eligen los muertos". Fatigadas, las valquirias se habían echado a descansar a la orilla de un lago llamado Wolfsee, se habían despojado de sus vestidos de cisne y habían extendido unos lienzos blancos. Egil y sus dos hermanos hicieron desaparecer bajo los lienzos los vestidos de cisne y llevaron al hogar a las tres vírgenes como sus mujeres. Un día, después de que habían transcurrido siete inviernos, las mujeres se adentraron en el Myrkwid y nunca más regresaron. Aún mayor fue la pena de Wieland cuando también su hijo Wittege quiso abandonarlo: "Padre, no quiero ser

forjador. Dame un buen caballo, una espada afilada, una lanza fuerte, un escudo nuevo, un yelmo duro y un arnés bien pulido, para marcharme en busca de un buen señor. A él quiero servir y a su lado quiero cabalgar, mientras la vida me lo conceda". "¿Hacia dónde has pensado cabalgar?", le preguntó el padre. "Al país de los Amelungos, con Dietrich von Bern"...

Hasta avanzado el siglo XVIII, en el pueblo de Berkshire, en el sur de Inglaterra, se decía: "El herrero Wayland mora en una piedra".

Barco santo y piedra santa. Carón, el barquero de los muertos, transporta en su barca las almas, sobre el Estigia, hacia el Averno. Sobre un agua que todo lo torna puro. Glasisvellir y Glasislundr se llama este país del más allá en los mitos nórdicos, lo que puede significar "moradas o lugares de vidrio", pero también "país del ámbar". Según Tácito, la palabra germánica *glas* testimonia para el ámbar; los romanos lo llamaron *glesum* y los griegos, *elektrón*. También fueron islas de los muertos las islas frisias del mar germánico. Helgoland y las demás. El romano Plinio las llamó Glesiae y Elektrides. Eran las *insulae vitrae*: las islas vitreas de la tradición céltica, el rey Artús permanece allí. Artús significa "oso grande", Osa Mayor.

En una embarcación pequeña pero muy navegable, viajó Pytheas desde Massilia hacia el norte. Logró llegar, como era su objetivo, a la isla Thule y al país del ámbar. Pytheas era filósofo, amigo de la sabiduría. ¿De qué sirve toda sabiduría si no se sabe sobre las cosas más simples? Puede que Pytheas haya llevado un ámbar en la mano al arribar al puerto de su ciudad natal después del afortunado viaje. El era, en su tipo, un argonauta, viajó como los héroes del *Argo* al norte. Tiene que haber traído de allá una piedra amarillo dorada. Después se sentó frente a ésta y la observó igual de meditativo que, después de él, Hamlet Cuando contempló la calavera del padre. Preguntó qué era la vida y para

qué vive el hombre. Planteó la pregunta que hizo caer del cielo a Lucifer. Este peligro no lo amedrentó, de eso estoy seguro, y tampoco habría sentido miedo si hubiera sabido de la maldición del Dios de los judíos, Yahvé. Pytheas mantuvo una piedra amarillo dorada en su mano; para él, ella era la "piedra filosofal", el Vellochino de Oro.

Sobre una barca sirgada por un cisne, Lohengrin vino a los hombres para entregarles el mensaje del Grial, de la piedra caída de la corona de Lucifer. También prohibió a los hombres la pregunta sobre el ¿de dónde?, pero sólo sobre su propio dónde.

Porque él no era un humano y debía, si los hombres lo reconocían, retornar al lugar de donde había venido.

A los cátaros de Colonia se los logró encontrar y capturar en los talleres subterráneos de los tejedores, se los quemó para que Europa no pudiera quedar limpia de toda mitología judía. La quema fue consumada en un cementerio judío por escarnio.

En vez de las palabras que Jesús dijo en la cruz al buen ladrón: "Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso"; en vez de estas palabras bíblicas, los cátaros usaban, o por lo menos el archihereje Arnold, las palabras consoladoras: "Hoy mismo estarás con Laurentius". Con esto no se aludía a san Laurentius, ya que la mayoría de los santos eclesiásticos, mientras vivieron en el valle de los lamentos terrenales, sólo sentían odio hacia los herejes. Nada de comprensión ni de perdón. No hay ninguna razón para suponer que en el cielo hubiesen podido ser de otra opinión. También para ellos es aplicable lo que dijo el papa Gregorio, llamado el Grande, sobre la alegría del justo que desde el cielo miraba el infierno y decía que a la vista de los tormentos infernales se multiplicaba el goce celestial de los que permanecían en el regazo de Abraham. Por lo tanto, ¿es por esto que san Laurentius había escogido para sí la muerte de los

mártires, para poder ser partícipe del cielo eclesiástico y allá arriba convertirse en protector de los infernales? Si logró serlo quiere decir que o el papa Gregorio sacó mal las cuentas o que Laurentius reconoció que los herejes eran hombres distintos de lo que la Iglesia le había enseñado.

Del informe de Cesarius se desprende con claridad que aquel Laurentius en el que tenían cifradas sus esperanzas los cátaros de Colonia permanece en el lugar que los católicos del siglo XIII tomaron por el infierno. Para ir a este lugar del mas allá, hay que ascender, en consecuencia, no es el infierno hacia el que Jesús después de la resurrección descendió para, finalmente, ascender al cielo y sentarse a la diestra de Dios, como sostiene la profesión de fe cristiana.

Aquel Laurentius al que los cátaros esperaban esperanzados era Laurín.

RUINAS DEL CONVENTO DE HEISTERBACH

Hace setecientos años el famoso monje y cronista Cesarius escribió aquí sus obras fundamentales: el *Diálogo milagroso*, que entre tanto ha sido declarado peligroso para la Iglesia; la *Vida de la santa esposa del landgrave, Isabel*, y -a petición del magíster Johannes, que era torturador de herejes- el escrito *Contra la doctrina herética de Lucifer*. Muchas y muy variadas cosas se pueden decir de esta abadía, de su evolución y de su apogeo, de sus abades y sus monjes...

Antes de que fuera fundada "Heisterbach en el Valle del Santo Petrus", viajaron río Rin abajo catorce monjes cistercienses un día de abril del año 1188. Querían llegar a las Siete Sierras para instalarse en el abandonado "Convento de Santa María, sobre el Stromberg". De pronto vieron -según relata el cronista Cesarius

von Heisterbach- un círculo en el cielo rodeando siete soles.

Lo tomaron como una buena señal, creyendo que el círculo representaba el Espíritu Santo, y los siete soles, las siete mercedes cristianas con las que ellos de ahora en más alumbrarían al país incrédulo y hereje. Llegaron a la cima del monte Stromberg. Cincuenta años antes, un caballero se había establecido aquí como eremita, había fundado un convento y reunido en torno a su ermita una muchedumbre de creyentes que, al igual que él, "se habían salvado desnudos del naufragio universal". Promovidos y protegidos por papas y arzobispos de Colonia, que por este tiempo construían, una tras otra, fortalezas defensivas y ofensivas en los alrededores del convento, intentaron predicar el Evangelio. En qué medida tuvieron éxito en su empresa no ha sido dado a conocer.

Lo que sí nos ha llegado es que los hermanos, después de la muerte del eremita "al que ellos habían abandonado por causa del molesto domicilio emplazado encima del monte" y con la autorización arzobispal, habían fundado otro convento. En lo que atañe a estos catorce monjes cistercienses que se apoderaron del convento abandonado, tampoco les fue de perillas en la cima de Stromberg. "El rigor del clima, las deficiencias de las habitaciones y la dificultad de satisfacer en la altura del monte las más perentorias necesidades vitales", todo esto puso descontentos a los afeminados. Querían marcharse. Sin embargo, el abad creyó, basándose en un sueño que había tenido, que debía retener a los padres mediante la persuasión y el castigo. Había soñado que acompañado de un grupo de hombres blancos, con la cruz en la mano, había subido a un bote, el que impulsado por los rápidos del río llegó al coro de una iglesia y sólo él, gracias a su diestro gobierno del timón, pudo evitar que bote y tripulación se estrellaran contra una columna. Por esto se quedó en el Stromberg. Finalmente también al abad dejó de gustarle estar allí arriba y en el año 1191 trasladó el convento al Valle del Santo Petrus, a los pies del monte. La iglesia de la cima permaneció como templo del convento.

Aconteció que un día Teodorico, arzobispo de Colonia, construyó el castillo del monte Godes. Desde hacía cierto tiempo se levantaba allí la capilla de San Miguel, pero nadie se había atrevido, "por la santidad del lugar", a construir un castillo. El arcángel Miguel, al parecer, estaba tan indignado por esta construcción, que acompañado de un relicario de la capilla sobre el monte de Wudin (monte de Wotan), como todavía se llamaba entonces el monte Godes, voló con las alas desplegadas hasta la capilla sobre el monte Stromberg. Desde este acontecimiento el pueblo creyente solamente peregrinó al monte Stromberg, y los monjes de Heisterbach (así se llamó el nuevo convento en el Valle del Santo Petrus desde su reciente fundación) obtuvieron pingües beneficios de ello.

Más ganancias todavía obtuvieron de otra reliquia: un milagroso diente del bautista Juan. Que debe de haber llegado a los monjes de Heisterbach de la siguiente manera: un caballero renano, llamado Heinrich von Uelmen, lo había hurtado de la Hagia Sofía de Constantinopla; vuelto a Alemania, Uelmen dio con sus huesos en la prisión del ministerial del Reich, Werner von Boladen. (Este Boladen, dicho sea de paso, parece que no se llevaba muy bien con los ortodoxos y que permitía a su gente amplia libertad en las cuestiones de la fe, pues de no ser así nunca hubiese permitido que uno de sus caballeros armados durante el sitio a la pequeña ciudad renana de San Goar, en el año 1201, menospreciara una cruz. Por esto Werner tuvo que intervenir en una cruzada en Palestina.) Una monja del convento Steuben soñó entonces que Uelmen sería liberado de la prisión de Boladen tan pronto él obsequiara el diente -para el que él, en su castillo de Eifel, ya había hecho levantar una capilla- a la abadía de Heisterbach. A Uelmen no le quedó otra opción que desprenderse del diente y quedó libre, aunque con el corazón compungido.

En aquel entonces, el abad de Heisterbach era Gevard von

Walberberg, antes canónigo de Colonia. Como su cofrade Cesarius, al que tenía que agradecer su conversión, informa que Gevard procuró "olvidar una juventud vivida sensualmente". Sin embargo, renunció a su actividad de abad -que también incluía la recepción solemne del diente del bautista Juan- debido a que Felipe de Suavia y Otto de Brunswick reñían por la corona del Imperio alemán. Mal cariz tomaba en aquellos tiempos el Sacro Imperio romano germánico. A la guerra y a la corrupción moral se sumaron las malas cosechas y la hambruna. Cuando la miseria llegó al extremo y el número de las bocas hambrientas que congestionaban el convento ascendió a mil quinientas, entonces el cielo bendijo al pueblo monástico saciando su hambre: los pequeños panes en el horno del claustro salían de él con un tamaño gigantesco. Había ocurrido un milagro, sólo era necesario creer.

No, las cosas no eran fáciles para el abad Gevard. Cierta día fue admitido en el convento un joven de nombre Richwin. Pero sucedió que el novicio Richwin era torturado por el más ardiente amor por una mujer, y ésta le escribió cartas rogándole que abandonara el claustro y volviera a ella. Lo peor era que Richwin cada vez que recibía una carta o cuando se sentía arder de amor por ella, se arrojaba al suelo y gritaba a voz en cuello. Allí era difícil recibir un buen consejo para estas lides y sólo Dios podía brindarle ayuda.

Sobre este intríngulis, tanto el abad Gevard como los monjes de Heisterbach, de común acuerdo, enviaron rogativas al cielo "*Tándem per Dei gratiam triumphans factus est monachus*", hasta que el novicio triunfante por la gracia de Dios se convirtió en monje. Aún hay que informar algo, que nos hace aguzar el oído, acerca del abad Gevard. Cierta vez aconteció, según escribió Cesarius, que los monjes de Heisterbach se durmieron mientras su abad predicaba en el cabildo. Mientras hablaba de santos milagros y otras cuestiones

de este mismo jaez, meditaba el abad en lo íntimo de su alma sobre cómo podría espantar por las buenas el sueño de sus durmientes y se le ocurrió algo. Y lo que se le ocurrió debía -como el famoso golpe del timbal en la undécima sinfonía de Haydn- despertar a todos los que tan mansamente dormían. La feliz idea del abad Gervard fue alzar su voz y exclamar: 'Aguzad los oídos, hermanos míos, y escuchad una historia totalmente novedosa y asombrosa: ¡érase una vez un rey que se llamaba Artús! En ese instante todos se levantaron de un brinco, pero sólo para, por obligación, escuchar a continuación un ejemplarizador sermón represivo.

Un monje de Heisterbach logró ser más famoso que Cesarius. Su nombre era Maurus y eclipsaba en sabiduría, pese a su tierna juventud, a sus cofrades. Sin embargo, era un ser fatal, pues el gusanillo venenoso de la duda le roía -según informa nuestra fuente autorizada- su exuberante sabiduría. Y esto es lo que aconteció con Maurus, el monje de Heisterbach: con frecuencia sus ojos erraban sobre las hojas apergaminadas de la Biblia. Un día -repito la narración de la saga de mi modelo casi al pie de la letra- él había vuelto a estar en vela toda la noche hasta la madrugada. Abrazando los altos arcos del claustro, el sol del alba ya mostraba su delicado esplendor. Sus rayos tentadores brincaban encima del rollo escrito en las manos del monje, pero éste fijaba constantemente sus ojos en un pasaje de la Biblia: "Ante el Señor, mil años son como un día".

Hacía meses que estas palabras atormentaban su cerebro. Ahora danzaban otra vez frente a sus ojos. Los signos enmarañados y negros crecían, se ensanchaban y se alargaban hasta lo gigantesco, transformándose en irónicas figuras.

"Ante el Señor, mil años son como un día." Huyó de la estrecha celda y salió a la solemne soledad del jardín conventual. Clavó su mirada en el suelo. Sin notarlo, había dejado atrás el jardín del

convento y ahora estaba en el bosque. Alegres lo saludaban los pájaros, saliendo de verdes enramadas, y con grandes ojos lo saludaban las flores, saliendo del túrgido musgo. Pero él, el pensador caviloso, nada escuchó ni vio, más que las palabras del manuscrito. "Ante el Señor, mil años son como un día." Desfalleciente estaba su pie errante; su cerebro, fatigado. Se sentó sobre una piedra y apoyó la torturada cabeza en un árbol; un sueño reconciliador arrebató su espíritu. En esferas bañadas de luz, allende las estrellas, volvió a encontrarse; junto al trono del Altísimo, rodeado por el susurrar del agua de la eternidad. Todos los productos de la creación comparecieron y alabaron su obra: desde el gusanillo en el polvo, del que nunca un ser mortal entendería el motivo para crearlo, hasta el águila en los aires, a la que se le dieron alas para que pueda mirar hacia abajo desde las alturas de la tierra; desde el grano de arena en el mar, hasta el cono de montaña gigantesco escupiendo fuego por orden del Señor. Todos ellos hablaban un solo idioma, el idioma de Aquel que un día los creó.

Y con leve estremecimiento, el monje fue abriendo sus ojos. Aguzando su oído, se puso de pie. Tañían lejanas las campanas del convento; tañían a vísperas. Ya rayaba el arbol entre las hayas centelleantes. De prisa se encaminó al convento. La iglesia ya estaba alumbrada; a través de la puerta entreabierta miró a los hermanos en la sillería. Con sigilo se aprestó a tomar su lugar, pero descubrió con estupor a otro monje en su asiento. Aún más asombroso: era un extraño a quien nunca antes había visto. Ahora este monje levanta su cabeza del libro y mira enmudecido e interrogativamente al recién llegado.

Lo oprime la angustia; percibe rostros extraños. Con el corazón palpitante aguarda el final del salmo. Ahora canto y oración han enmudecido; preguntas cuchicheadas corren de monje en monje. El abad, un anciano respetable, se aproxima. Sobre su cabeza descansa la nieve de casi ochenta años.

"¿Cuál es tu nombre, hermano extranjero?", le pregunta en

tono suave y bondadoso.

El monje se queda horrorizado. "Maurus", susurra con voz apagada y temblorosa. "Bernhard el santo es el abad que tomó mi voto solemne en el sexto año de reinado del rey Konrad, que ellos llamaban el franco."

Asombro e incredulidad sobre los rostros de los monjes. Maurus alza su cara pálida hacia el anciano abad. Le relata con voz emocionada cómo, por la madrugada, salió al patio del convento, se adormeció en el bosque y no despertó hasta escuchar el llamado a vísperas.

"Hace poco más o menos trescientos años que san Bernhard y Konrad, a quienes llamaban los francos, han fallecido." Así habla el abad, y hace una seña a un hermano, que trae la documentación del monasterio. Vuelve sus hojas muy atrás: trescientos años hasta los días de san Bernhard. Al dar con la página, el abad lee: "Maurus, un escéptico, desapareció un día del convento y nadie pudo saber qué pasó con él".

Resulta claro que él es aquel hermano Maurus. Ha retornado al convento después de trescientos años. En sus oídos siguen retumbando las palabras que el abad había leído.

Con mirada aterrorizada alza sus ojos, sus manos tantean acá y allá buscando auxilio. Los hermanos lo apoyan con encubierto pavor, porque su rostro es ceniciento cual el de un moribundo. La rala coronilla de cabellos de su cabeza queda súbitamente decolorada.

A continuación, mi informante hace dar al bruscamente envejecido y agonizante monje Maurus un tipo de sermón que él, como una persona que ha encontrado su eterno Dios en el bosque y que no ha sido otra cosa más que aquello que las iglesias cristianas llaman con horror un panteísta, nunca

jamás, con excepción de una sola frase, hubiera podido pronunciar.

Incluso así voy a reproducir el sermón:

"Hermanos míos, observad siempre con humildad la palabra eterna del Señor e intentad no penetrar en lo que él deliberadamente ha velado. Para él no hay ni espacio ni tiempo". Esta última frase es la única que yo apruebo. "Ojalá que este ejemplo jamás se extinga en vuestra memoria. Ahora se me hizo evidente la palabra del apóstol: para el Señor mil años son como un día. Él, el insondable, era misericordioso conmigo, pobre pecador".

Exánime cayó a tierra Maurus y los hermanos, conmovidos, rezaron a su cadáver oraciones para difuntos. Así concluye la saga mi informante.

Pero yo creo que al hermano Maurus, si así realmente se llamase, no le eran necesarias las oraciones de difunto. Tampoco fue un pobre pecador que necesitó o necesita la comprensión de Dios. El monje de Heisterbach, como queremos sin más llamarlo, ya era bienaventurado en vida. Sin convento, sin Biblia, sin reliquias, sin un Redentor. Él se metió tan dentro de la naturaleza que hasta se maravilló del gusano que en la Biblia se cita con aversión y que es proclamado como símbolo de la abyección más lejana a Dios. Él ha visto los milagros de la creación visible, los únicos para nuestros sentidos; él ha visto el mundo, al que la cristiandad llama "valle de lamentos" y "valle de lágrimas", en toda su grandeza. Tanto le ha encantado la maravilla del mundo y del universo que olvidó hasta la Biblia apergaminada y al santo Bernhard junto con la abadía de Heisterbach. Hasta olvidó sus dudas. Y encontró la armonía deificante. Ya en vida fue bienaventurado, el afortunado.

El monje de Heisterbach pertenece a la corte de Lucifer.

Un gusano sólo puede ser concebido por quien se puede sentir insecto en la diminuta, terrea y esforzada existencia de un gusano, por quien, al igual que el bajo gusano, plantee el problema: Creador, ¿por qué me has creado? Un águila, como Wieland el forjador, sólo puede ser concebida por quien quiera colocarse alas para viajar allende las altas nubes, por quien por sí mismo puede ser águila real para admirar el enmarañado semblante del mundo, como tan bellamente se dice, a vista de pájaro -y comprenderlo-. Unos trepan por las rocas escarpadas, otros han encontrado el avión, después de larga reflexión y adaptación a las leyes de la naturaleza, y ahora vuelan. Y otros vuelven a desplegar las alas de su añoranza para ver cómo el cielo, plácidamente, besa a la tierra...

Monje de Heisterbach, tú eras alemán, porque los verdaderos alemanes preguntan, dudan y cuestionan hasta que encuentran a Dios. Todos los verdaderos alemanes hallan a Dios. Tú también lo hallaste. Sí, al Dios verdadero y eterno. Tú también fuiste hereje, bienaventurado monje de Heisterbach. Lo fuiste porque, al igual que Tannhäuser, te adentraste en el bosque. Y allí reina Tiubel. Has vivido trescientas veces el encantador mediodía de Tiubel, trescientos sesenta y cinco días, sin contar los bisiestos: ciento nueve mil quinientas veces, sin contar los días bisiestos, te ha hablado Lucifer. Y, puesto que no trazaste en torno a ti un círculo encantado, como hizo el caballero Falkenstein, te llevó el diablo; pero te condujo ante el trono del Todopoderoso, no al infierno, el más profundo de los fosos.

Tú, el más digno de ser amado, monje de Heisterbach, también te has dejado encantar, como Dietrich von Bern, por una montaña de fuego. De ti se cuenta que se te apareció "un

pico gigantesco vomitando fuego por orden del Señor", que alababa la gloria de Dios; incluso Cuándo el señor del fuego es el diablo. También dentro de los hombres arden fuegos; se los llama pasiones. El sentido más profundo de las montañas fogosas sólo lo puede comprender quien haya concebido el fuego en su propio interior y sepa cómo interpretarlo. Entonces sabe también sobre el fuego terrestre y ya no quiere más de ningún fuego del más allá inventado por los curas y al que todavía hoy predicán tal como otrora lo hicieron. Tú no eras cura, ni te hizo falta, para percibir mejor, el purgatorio. Fuiste un sacerdote verdadero, amigo heisterbachiense.

Bonn

Antaño, nuestros estudiantes universitarios también cantaron la "Canción de la taberna": "*Mihi est propositum in taberna mori*", se me ha ordenado morir en la taberna. Esta canción estudiantil fue compuesta en el siglo XIII por un "clérigo errante" de nombre Nikolaus, al que llamaban el archipoeta. Cuenta Cesarius von Heisterbach que una vez Nikolaus enfermó con fiebre cerca de Bonn y creyó que le había llegado su última hora. Arrepentido, llamó con golpes a la puerta de la abadía de Heisterbach y rogó hospedaje, que le fue dado. Con mucho arrepentimiento, o así creyó en un principio, llegó a ser monje. En Cuánto se hubo curado, se libró del hábito, lo arrojó con sarcasmo y se escapó.

Jakob Grimm comparó a este archipoeta con una fiera amaestrada que de repente retorna corriendo al bosque libre. Nikolaus me recuerda a tres famosos personajes:

En primer lugar, el trovador Peire Cardinal, al que su padre quiso convertir en canónigo, pero que acabó siendo hereje y cantor errante. En segundo lugar, a Till Eulenspiegel, al que los monjes y santurronas no pudieron soportar en la muerte, pero

que, al sentirse miserable y vencido, estuvo por unos días de portero en un convento. Lo que Till hizo en su condición de portero también lo habría hecho igual de bien el archipoeta Nikolaus: permitió que estudiantes y cantores errantes entraran al convento y les sirvió lo que cocina y bodegas contenían; luego, junto con sus invitados, tomó las de Villadiego. Finalmente, Till cayó -quién no lo sabía- de cabeza en la tumba. En tercer lugar, Nikolaus me recuerda al lord Falstaff de Shakespeare, aquel celebrado barrigudo y odre de vino, que se echó a los caminos de Inglaterra, que hacía "cabalgar al diablo sobre el arco del violín" y que ahogaba con cava su dolor de que en la tierra ya no hubiera virtud. Sí: a Falstaff, "el picaro, execrable corruptor de la juventud, el viejo Satán de barba cana". El siempre comparaba su vida con una lanzadera de tejedor y al morir entró al regazo de Arturo. El regazo de Arturo no es el infierno, aseguró la señora Hurtig, dueña de la taberna de Eastcheaper, donde acostumbraba emborracharse Falstaff. La señora Hurtig lo asistió en sus últimas horas, hasta que se puso "frío como piedra". De lord Falstaff todavía tengo que decir todo tipo de cosas, porque fue un hereje...

ASBACH EN EL WESTERWALD

Debido a que en las cercanías de este pequeñísimo lugar hay un segundo Wambach, y debido a que los nombres de ambos poblados traen a la memoria a los Ases y Wanen, la estirpe divina de la mitología germánica, no temí dar un rodeo. El azar me cogió de manera inesperada, y desde otro punto de vista, porque me permitió saber lo siguiente:

Hace menos de cien años, en 1830, una muchacha campesina que estaba cosechando desenterró una moneda de oro en perfecto estado, con la inscripción griega: *Lysimakos*

Basileus, Rey Lisímaco. (Lisímaco fue uno de los generales más valientes de Alejandro Magno. Después de la muerte de éste llegó a ser rey de Tracia y unió ésta con la que por añadidura le cayó en suerte, Asia Menor, para formar un reino independiente. Dede el año 288 -obviamente anterior a nuestra era- pudo compartirlo con Pirro, el afamado rey de Epiro y vencedor de los romanos, incluido el dominio sobre Macedonia. Cayó en una batalla que perdió contra el diadoco Seleuco.) La moneda fue entregada a la colección del entonces príncipe heredero Friedrich Wilhelm y se encuentra ahora, si estoy bien informado, en el Gabinete de Numismática de Berlín.

Así es que una pequeña pieza de dinero ha tendido un puente desde Macedonia y Asia hasta Asbach en el Westerwald alemán. Extraño...

Me detengo y reflexiono...

Alejandro Magno, a quien incluso Wolfram von Eschenbach alabó como sabio, también tú perteneces a la corte de Lucifer, ya que mediante héroes, tal como tú fuiste, Isaías clamó de dolor en el nombre de su Señor de los Ejércitos.

Tú quisiste sentarte "en la Montaña de la Asamblea en el más lejano Septentrión", porque trataste de derribar las murallas del paraíso, que algunos te hicieron encontrar en el país de Obarkia, en un país de tinieblas temporales y largas noches invernales, en el alto norte. Quisiste "viajar sobre las altas nubes", porque la saga cuenta que ya como mozalbete, con arrogancia, te dejaste llevar por dos ancianos al cielo. Tú también quisiste "ser consubstancial con el Altísimo", tuviste que gritar impetuosamente exigiendo ser admitido en el paraíso: "¡Yo también soy un rey!", y te hiciste proclamar por los sacerdotes del Oasis de Siwa como hijo de Zeus-Ammon.

Tu padre se llamó Filippo, que significa amigo de los caballos.

Amaba a los caballos, porque creyó que en ellos obraba la santidad. Debes de haber preguntado "por qué me engendró"; de no ser así, no hubieses sido consciente de tu deber como rey de los macedonios e hijo de tu padre, cuyo objetivo fue amar el área aria. Tu madre se llamó Olimpia. Tú te has respondido la pregunta "por qué me dio a luz". Quisiste llegar a ser olímpico y lo lograste porque eres inmortal.

En una campaña militar de tu padre aconteció, supuestamente, que un águila voló a su tienda, se posó sobre su hombro y puso un huevo. El huevo cayó al suelo, se rompió y de él salió arrastrándose una serpiente. En ese momento aparecieron mensajeros de Olimpia con la noticia de tu nacimiento. Lo has tenido con la tía serpiente.

Tú moriste joven, Alejandro, moriste, como sabemos, con una sonrisa en los labios. Tu cadáver fue colocado en un magnífico ataúd, pero tu mano se dejó -cumpliendo tu última voluntad- colgando hacia fuera. Señalaba la tierra y estaba llena de ella. Sabíamos lo que deseabas; querías preguntarle al creador ¿por qué me hiciste de tierra?

Finalmente, tu cadáver se inhumaría en aquella ciudad que fundaste en el delta del Nilo, cerca de la homérica Faros y que todavía hoy lleva tu nombre: Alejandría. Allá se mostró a los que quisieron verlo. Desapareció cuando unos cristianos fanáticos destruyeron todos los templos de tu Alejandría y en una iglesia torturaron a la filósofa Hipada hasta matarla.

Tú caíste del cielo, Alejandro, pero entraste en el reino luminoso del portador de la luz, Lucifer. Tus iguales llamaron a este reino Olimpo. Nosotros lo llamamos Asgard, Walhala, Rosaleda y Monsalvat. Los judíos lo maldijeron como Gehena, y los cristianos se aterrorizaron ante él como infierno, ése que tú, según el cura Lamprecht, ya en vida llevabas dentro de ti: la fiera humana enfurecida era idéntica al infierno, que abrió el espacio vacío del

abismo, cielo y tierra, y nunca se llenará. Por último, de ti se dice, gran macedonio, en el devocionario medieval y ortodoxo *El consuelo de las almas*: "Por lo tanto a él le fue tal como vivió, ejerciendo violencia sobre todo lo viviente; ahora el diablo se ha adueñado de él. Un breve instante gozó de la vida; ahora le irá mal toda una eternidad. Aquí fue rico por un corto tiempo, ahora será pobre para siempre. Aquí no pudo satisfacerlo nadie con buenas acciones; ahora deberá ser satisfecho con el fuego del infierno. Aquí recibió grandes honores profanos: ahora tiene una gran vergüenza. Aquí no quiso cumplir el mandamiento de nuestro Señor; ahora tiene que serle obediente al diablo en el infierno". Pero lo sabemos, Alejandro: Lucifer, a quien no se le hizo justicia, te ha saludado -¡y besado!-.

En los tiempos en que Pytheas abandonó Massilia para viajar al país del ámbar y a la isla de Thule, Alejandro estaba meditando en Gordión, la ciudad del Asia Menor, ante un sagrado carro de Zeus. Quiero creer que sería en el mismo año 334 antes del nacimiento de Jesús Nazareno.

Alejandro estaba ante un carro de Zeus, cuyo yugo y barra de tracción estaban unidos por un artístico nudo. Él quiso desatarlo para que se cumpliera el oráculo delfico profetizado por una pitonisa: él quería llegar a ser rey de Asia. Y Apolo le dictó sabiduría, porque su voluntad era firme. Alejandro cogió con ambas manos el símbolo del poder real, su espada, y, con resolución, de un solo golpe, cortó el nudo en dos.

En tiempos pasados, el rey frigio Midas había atado el nudo. Era un maldecido por Apolo, todo lo que tocaba se convertía en oro y, en lugar de tener oídos humanos, tenía orejas de burro. Es que en lugar de regalar el canto de Apolo había regalado el oído de Pan. ¿Acaso conocía Alejandro el enigma de Midas? Nos lo figuramos al ver en Roma, en las catacumbas cristianas de los primeros tiempos, imágenes de Jesús el Nazareno con una

cabeza de burro, y aquí, en esta misma ciudad, en lugar de ver un hombre colgando en la cruz, se ve a un asno -o Cuándo a los papas católicos les brilla el oro venido de todas las partes de la tierra...-.

Pytheas de Massilia buscó el saber en la divina Anana. Alejandro quiso llegar a ser rey de reyes y reinar sobre Asia e Irán, que es una nueva Anana. A ambos, la búsqueda y la pasión los condujeron a lo mismo: a mantenerse armados y a la superación de la conciliación para la deificación. Pytheas tuvo que armarse con la espada de la voluntad de conocimiento; Alejandro, con la de la voluntad de triunfo. Aquél necesitó de compañeros y remeros; éste, de generales y soldados. Pytheas tuvo que superar en su ciudad las blasfemias y en la lejanía las olas del océano, las tormentas de Vizcaya, las nieblas cerradas del Mar del Norte y, más que todo, la temida pregunta: "¿Y ahora qué?". Contra Alejandro se enfrentaron los macedonios escépticos de poca fe y, más allá del Hellesponto, las tormentas de arena del desierto, la gelidez de la montaña, los impetuosos torrentes, los ejércitos contrarios, y también la pregunta inquietante: "¿Qué ocurrirá Cuándo yo no esté?".

En oro se convertía todo lo que Midas, el hacedor del nudo gordiano, tocaba. Había *sido* maldecido por Apolo por poner el canto de Pan por encima de lo apolíneo, porque él prefirió el canto católico al canto de los hiperbóreos. Católico, literalmente, quiere decir "universal"; hiperbóreo, traducido libremente, significa "nórdico". Por lo tanto, Midas puso por delante del inequívoco norte la esencia enredada del mundo, y el nudo se enredó. Sólo un Alejandro pudo deshacerlo. Por la acción. Acción que debe llevar a la victoria, siempre que la voluntad de acción acompañe al conocimiento. El conocimiento de Alejandro era de naturaleza apolínea: así como el dios solar Apolo, originario del país de los bárbaros, se acercó y caballerosamente venció a las innumerables estrellas, algunas de las cuales brillan sólo gracias a su luz, así debió él, el rey de sangre nórdica, venir y vencer, para que le correspondiera la

soberanía sobre el "rey de reyes de estirpe aria", Darío. Cada combate fue para él una misión, y cada enigma fue para él un combate. Para salir vencedor en un combate se necesitan armas; Alejandro blandió su espada -que también podría haber sido la Balmunga de Sigfrido o el hacha de Dietrich o la rosa de Omitr y rompió el nudo con puntería precisa. De este modo desenredó la esencia enredada del mundo, pánico de Midas, y pasó a ser soberano del mundo. La sangre que llevaba en su interior le señaló el camino correcto.

Pytheas era de la misma sangre; ella le hizo partir hacia el norte para responder a las preguntas "¿de dónde en otro tiempo?" y "¿adonde, en mi tiempo?". Antes de él, ya Heráclito habría sospechado el concepto heliocéntrico del mundo, si sacerdotes de Apolo hubieran profetizado primitivamente el Apolo nórdico y si otros en Delfos hubiesen creído tener que poner una piedra sagrada sobre el dragón Pitón, muerto por Apolo. Conocían los enigmas; pero todavía les faltaba resolverlos. Así como el dios solar Apolo navegó en una barca hacia el país de los bárbaros para traer fuerzas de allá, así también viajó Pytheas en su barquito al país del ámbar y a Thule. A su modo cortó él, el massiliota, el nudo enigmático del destino y así reconoció en el norte de su mundo el principio, el centro y el fin. Su amor por la sabiduría había dado el impulso triunfal a Pytheas hacia el norte. Por la acción, Alejandro resolvió el enigma más difícil. Acción que debe conducir al triunfo, pero que, sin embargo, como condición previa requiere -¿cómo podría ser de otra manera?- del conocimiento. Por ello, Alejandro tuvo que, antes de poder proceder a la acción por medio del conocimiento, tener el amor por el conocimiento. ¿Sería por esta razón que él no debía fortalecer y finalmente colmar su amor por el conocimiento con intelectuales, uno de los cuales era Pytheas? Su maestro fue Aristóteles...

Viajó por el país y también buscó el conocimiento acerca de

una piedra caída de la diadema de Lucifer. Una osadía descabellada y anacrónica, se podría decir. Se dice.

He venido a Asbach en el Westerwald, un pequeño lugar alemán conocido por poca gente. Una moneda de oro encontrada por una simple muchacha campesina hace más de cien años hizo que me detuviera y meditara. Medité sobre Alejandro, medité sobre Pytheas y ahora medito sobre Aristóteles.

Estoy alegre: una vez más el círculo se ha cerrado, a pesar de que todavía no se ha rellenado; porque Aristóteles "*was kun diu maere von dem agetstein*", conoció los mares de ámbar. Así cuenta por medio de Wolfram von Eschenbach la canción de la "Guerra del Wartburg". También Aristóteles supo acerca de la piedra de la corona de Lucifer...

De Aristóteles y Alejandro, que deben de haber encontrado la piedra Claugestiân en un país adonde nunca ha llegado un cristiano, tendré mucho que decir. Incluso en plena medianoche la piedra alumbraba clara como el día. Por último, el anciano meranés duque Berchther, vasallo canoso del rey Rother, la llevó como adorno de su yelmo.

GOSLAR

En un sermón pronunciado por el prepósito de la nueva obra del convento de los cistercienses de Goslar, Heinrich Minneke, cerca del año 1220, éste aseguró que en el cielo habría una mujer más grandiosa que la Virgen María; su nombre es Sabiduría. Y también que él había visto a Lucifer pedir perdón al Todopoderoso. ¿Cómo sería de extrañar que se acusara de hereje a Heinrich Minneke ante el obispo competente en

Hildesheim? El obispo de Hildesheim era en aquel momento Konrad von Reisenberg; Reisenberg es una ciudad en la que se enseña un rosal milenario. Aún en vida de su predecesor le fue otorgado el obispado por deseo del papa Honorio III; y no sin fundamento. De Francia -donde había hecho un buen papel como predicador de la cruzada contra los albigenses- había traído consigo a Alemania una rica experiencia. Roma necesitaba un tipo de hombre como éste para la región del Harz.

Desde hacía mucho tiempo también aquí se hereticaba. Desde hacía ya ciento setenta años, desde 1052, los habitantes de Goslar preferían dejarse colgar a dejarse convencer de matar una gallina. Según dicen, estaban contagiados de maniqueísmo, aquella doctrina herética tan odiada por Roma: a los maniqueos les estaba prohibido matar animales para no interferir en la ley de la metempsicosis. Al obispo Konrad von Reisenberg, nacido en el alto Hesse, le fue encomendado resolver el caso Minneke, por lo que, junto con algunos prelados, se trasladó a Goslar. Después de que las monjas de la Nueva Obra fueron interrogadas por él, inculparon en contra de su voluntad al inculpaado y el obispo le ordenó enseñar sólo ortodoxia en el futuro. Claro que Heinrich Minneke no dejó de alabar la sabiduría divina y de predicar sin odio contra Lucifer. El obispo de Hildesheimer se había puesto en exceso variopinto; convocó al prepósito ante su tribunal, lo separó de su cargo y le ordenó regresar a su convento madre (Minneke era miembro de la orden de los premonstratenses). Ordenó a las monjas buscar otro prepósito, esta vez uno perfecto; pero ni Minneke ni las monjas obedecieron el mandato episcopal.

Entonces, enfadado, el hildesheimerense se dirigió al papa; mas también se quejaron ante el Santo Padre las cistercienses, que no deseaban perder a su prepósito. Parecían estar del todo seguras de la decisión papal, pues, de lo contrario, no hubiesen escrito una carta al emperador Federico II para hacerle saber que el convento Nueva Obra, bajo la dirección de Minneke, florecía como un lirio, y que el obispo de Hildesheimer era un envidioso

que quería perjudicar al convento, sin tener en cuenta "los derechos que el Benevolente real había reconocido. Vuestro prepósito Minneke es un hombre piadoso y sólo desea lo mejor para vos". Por el contrario, el obispo de Hildesheimer lo llevaba al inmerecido descrédito de la herejía.

El emperador Federico entregó la carta para someterla al veredicto de los obispos que se hallaban en su corte, en Ferentino. Naturalmente, ellos afianzaron a su colega de Hildesheimer. Sostuvieron que las veladas de Nueva Obra eran de una limitación mental cercana a la chifladura. Había llegado la hora, y así lo hicieron saber finalmente a las cistercienses de Goslar, de ser razonables, de obedecer al obispo y de observar las reglas del santo Benito. No mucho más contestó el papa a las monjas. Minneke es, escribió él, un miembro podrido que hay que amputar del cuerpo, un hombre rechazable cuya destitución es legal; pone en riesgo a las almas y da mala fama al convento Nueva Obra. Todos tendrían motivos para alegrarse por la separación de Minneke de su cargo.

Poco tiempo después, el obispo Konrad hizo detener al prepósito herético. Esta vez fue el propio Minneke el que se dirigió al papa. Había sido arrojado en prisión, se lamentaba, sin que la herejía hubiera sido probada. Pedía ser interrogado de acuerdo con las reglas. En caso de que lo encontraran culpable de herejía, no podría volver contrito a la unidad de la Iglesia, por lo que mejor se lo mantendría encarcelado de por vida. El papa Honorio, impresionado por el escrito de Minneke, encomendó al obispo de Hildesheimer que se interrogara al recluso en presencia de dos legados papales, de muchos teólogos y del maestro en herejías Konrad von Mauburg. El 22 de octubre de 1224 se reunió en Hildesheimer el sínodo organizado por el papa. Minneke fue llevado a comparecer y después de muchas idas y vueltas acerca de la doctrina herética se declaró culpable. En toda regla fue destituido de su cargo y privado de su rango; también fue despojado de su vestimenta sacerdotal.

Heinrich Minneke fue quemado vivo; por maniqueo y por luciferino. Había querido ser filósofo, amigo de la verdad, pero perteneció, si estamos bien informados, a aquellos herejes en quienes ya actuaba con su influencia debilitadora la doctrina de la redención cristiana, aunque con vestidura no romana: Lucifer fue para él un ángel "caído" que un día -el Día del Juicio-, por el perdón de Dios, sería "rescatado".

Jugar con palabras es un juego dudoso; incluso así no puedo menos que ver un sentido profundo en que en la época de la trova de *Minnesang*, que también nos llegó gracias al llamado *Manuscrito de Manes*, se haya quemado a Heinrich Minneke como maniqueo...

En una obra de historia suralemana, la *Crónica de Hermann von Reichenau*, se encuentra hacia el año 1052 la siguiente observación: "El emperador (Enrique III) pasaba las navidades en Goslar e hizo que ciertos herejes, que además de otras malas doctrinas heréticas de las sectas maniqueas aborrecían de todo placer carnal, con la aquiescencia de todos fueran ahorcados para que, de este modo, no continuara extendiéndose subrepticamente la lepra herética y contaminara más hombres". Incluso a la vista de la horca, leo en otra parte, los herejes de Goslar se negarían a matar una gallina; en el siglo XIII, esta negativa fue considerada como un argumento seguro para condenar herejes.

Si los herejes se negaran a matar un gallo, me sería comprensible, ya que era sagrado, como el gallo de Apolión, como el Apocalipsis según San Juan llama al Apolo y a los anticristianos -un animal que también para el Tiubel alemán, Cuándo cerca del mediodía prorrumpía en el bosque entre el bramar del viento y el crujir de los árboles, era un bienvenido regalo de exorcismo-. Que los herejes de Goslar fueran vegetarianos debe de ser cierto, y me preocupa tan poco como que yo soy vegetariano de hoy por propia voluntad y miro con ojos bizcos que pudiera ser todavía quemado o ahorcado.

La cantidad de cátaros ascetas debe de haber sido ínfima, confiesa un historiador del campo católico. ¿Para qué, por lo tanto, hacer una afirmación con motivo de excepciones que habitualmente suelen ser válidas? Tampoco yo me pondría a hacer ruido sobre la particularidad que se afirma sobre el landgrave de Turingia Hermann, suegro de santa Isabel: "*Herínge noch buskinge entspeisz er nye und getrank ouch nyrkkein bier noch meethe*", él no comía ni arenques fritos ni ahumados y tampoco bebía cerveza ni aguamiel (lo que los cátaros, por el contrario, hacían con especial predilección). Dejemos que investiguen en las minutas de comidas y en las cartas de bebidas de herejes u ortodoxos medievales los sutiles intelectuales de la sabiduría libresca.

Mani es considerado fundador de la secta maniquea, a la que pertenecían los herejes de Goslar. La tradición sostiene que él vino al mundo riendo. Yo encuentro a este heresiarca, desde su primer aliento, más atrayente que todos los otros, tan tristes fundadores de religiones. Él debe de haber sido, como deduzco de una conocida descripción de su vida y obra, "sobre todo desde el punto de vista poético, una personalidad muy dotada y visionaria, un orador arrebatador y un artista sin igual. Este gran aprecio del arte por parte de Mani, sin dudas es parte de su herencia irania. El retoño de la antigua estirpe de los haskíanos y de los arsácidas era en este aspecto un auténtico persa que consideraba la poesía, la música y las artes plásticas como la ocupación realmente digna de nobles y puros". Tampoco hay que dejar de mencionar que en una *Historia de la literatura de Persia*, escrita en inglés, el goce de la belleza es calificado como característico de los maniqueos. Como los helenos mantenían y cuidaban su amor por el *Kalos k'agatos* y los provenzales por el *Bel e bos*, del mismo modo tenían también los maniqueos su Bello y Bueno, su "ciencia jovial"...

El que vino al mundo riendo, Mani, provenía tanto por parte de padre como de madre de la casa real parta de los arsácidas o haskianos (askanija, haskanija), que fue fundada por el rey escita Arsaces I en el año 256, Cuándo había acampado su regimiento en la región del norte de Irán, Partia. Aquí se había mantenido viva en el pueblo la antigua religión persa, constituyéndose en dique contra el helenismo (por el cual entendemos ese helenismo influido por el cercano Oriente, por lo tanto desvirtuado, oponiéndose a la romanización que se expandía y a la furtiva introducción del judaísmo). Iría demasiado lejos si quisiera describir e interpretar las historias de los partos y su rey o la moral y doctrina maniqueas; hay que dejar establecido que Mani el arsácida fue de sangre aria y rechazó tanto el Antiguo Testamento como a Jesús de Nazaret.

En el año 275 de la era cristiana fue crucificado por sacerdotes zoroástricos. Se le arrancó la piel y se la colgó rellena, como ejemplo aleccionador, aparentemente a las puertas de Babilonia. En ella, mucho tiempo antes, Alejandro Magno había dado su último suspiro y poco después entraron en ella los seguidores de Mahoma; el maniqueísmo pareció acabado. Desde hace algunos años se van poniendo en pie los "parsis" muertos.

En mi fichero hay un recorte de periódico que reza así: "Hace poco las páginas científicas y después también los periódicos trajeron la sensacional noticia del descubrimiento de los manuscritos del fundador de la religión persa, Mani. Murió en la cruz por amor a su doctrina en el año 275, y sus seguidores escondieron sus obras por miedo a que fueran descubiertas. Los siete volúmenes encontrados ahora en un sótano de Fiume son de un incalculable valor, tanto para la ciencia como para la historia de las religiones. Muy putrefactos, polvorientos, corroídos, parecidos a un trozo de corteza apelillada, así lucen los tesoros ante el doctor Ibscher (un paleógrafo berlinés). Con lupa,

pinzas y un tubo neumático, el experto comienza a poner manos a la obra y va levantando hoja por hoja de a pequeños trocitos y, con sumo cuidado, los pone entre planchas de vidrio. Otros agentes auxiliares, como, quizá, productos químicos, no deben aplicarse de ningún modo, ya que estropearían todo lo escrito. El propio doctor Ibscher evalúa que el tiempo que necesitará para la completa conservación de los manuscritos de Mani es de, por lo menos, diez años. ¿Y cuánto tiempo tendremos que esperar la traducción de estos tesoros?". Este recorte fue publicado en 1935.

Sigo revisando las fichas de mi archivo y encuentro otro artículo del mismo año. Lleva el título "¿Hallado el Grial?" e informa que en el valle del río Orontes, entre Antioquía y Hamat, en Siria, una expedición arqueológica inglesa, en una cueva cercana a la primera iglesia cristiana, fue encontrado un cáliz que se supone es el que utilizó Jesús en la Santa Cena. Este cáliz ha sido llevado a Londres para ser examinado en detalle por científicos. En el ínterin nunca más escuché algo sobre este "Grial". Tampoco escucharé algo más sobre él.

Hace poco leí que habrían encontrado concordancias asombrosas entre poesías iránias, maniqueas e islandesas; se descarta la casualidad. Probablemente hayan llegado hasta Islandia misioneros maniqueos.

Los trovadores provenzales, algunos de los cuales al escapar de los inquisidores de Roma al país de las *Eddas* encontraron a los escaldes, sus hermanos en espíritu, ¿no les transmitirían ideas maniqueas?, ¿o se habrán inspirado -como creo- los maniqueos, trovadores y escaldes en el mismo manantial original: la sabiduría nórdica?

De todas maneras mi viaje a los espíritus luciferinos de Europa, que no fueron espíritus malos, me conducirá algún día a Islandia...

HALBERSTADT

Es Navidad... Antes de pasar a buscar a los amigos con los que pasaré la Noche Buena, paseo tranquilamente por la ciudad. Por las ventanas de casas vetustas veo abetos amorosamente decorados, que brillan provistos de velas ardiendo; oigo risas de niños felices y siento Cuán alegres están los corazones de sus padres y madres. Estoy melancólico y contento al mismo tiempo. Ya anuncian las campanas la fiesta, la antiquísima fiesta de luz durante el rigor del invierno. El dios-sol Helios-Apolo, el dios sol Mitra, incluso Cronos padre de Zeus, deben de haber nacido en este día y seguirán siendo rejuvenecidos, naciendo de un vientre materno virginal. En la catedral de esta antigua ciudad, por el contrario, para la medianoche los coros anunciarán triunfantes: "¡Para vosotros hoy ha nacido el Salvador, que es Cristo, el Señor de la ciudad de David!".

Lucifer se quejará si los hombres ignoran que antes, para estas fechas, se celebraba su cumpleaños y se pensaba en su retorno luminoso. A él, el portador de la luz, no se le hizo justicia, y nadie piensa en él. Yo seré su pensador; me pondré frente a la catedral de esta ciudad, a dos veces doce pasos de distancia del portal de entrada, y pasaré mis manos sobre una piedra que allí descansa. Una piedra que cayó del cielo: el diablo, encolerizado por la construcción de la catedral, debe de haberla lanzado hacia abajo, para que el edificio a medio construir fuera destruido. No acertó al blanco, se puede decir. La piedra se llama "piedra del diablo", y desde el cielo fue lanzada por él.

¡Vosotros, cristianos, llenos de contradicciones! En Colonia habéis hecho ascender al infierno a herejes, que habéis entregado a la hoguera, mientras que Isaías puso el infierno en el más profundo abismo. Y aquí, en Halberstadt, el diablo os ha arrojado una piedra desde el cielo, donde, desde luego, para gente como vosotros, el diablo es el príncipe del infierno insondable. Vosotros, cristianos, creéis a ojos cerrados.

Cuándo esté frente a la piedra del diablo, la toque y la vea levemente iluminada por las estrellas, que por el cielo, imperturbables, van recorriendo su divino camino, entonces recordaré también al Grial, aquella piedra desprendida de la corona de Lucifer y que fue obtenida por Parzival.

No en menor medida mantendré en mi memoria al mensajero del Grial, Lohengrin, a él, al que tantos llamaron "Helias", portador de luz. Helias no significa otra cosa que Helios: Sol. Los cátaros, como leí en los registros de la Inquisición, esperaban con fervor su aparición. "Los cronistas dicen que este doncel, el caballero del cisne Helias, llegó de la montaña, donde la señora Venus está en el Grial", así quedó escrito en el siglo XV en la *Crónica sajona de Halberstadt*. Ante la piedra del diablo de Halberstadt, recordaré al portador de la luz Apolo, que en el país de los hiperbóreos, en cada noche de solsticio invernal, es parido por una divina virgen, que es la Tierra que se deja llevar por los cisnes a los hombres mortales, para anunciarles la ley. Los hombres son aún más sonido y humo, Cuándo de nombres de dioses se trata.

¡Bien celebrada Navidad!

BERLÍN

Cuándo, a través de anchas y largas calles, voy por esta ciudad viendo seres apresurados; Cuándo desde el cuarto donde vivo miro al gran patio de la casa de vecindad y observo gente somnolienta que nunca o casi nunca sale de sus habitaciones, entonces siento compasión por estos hombres. No saben Cuán profunda y bella puede ser la vida al aire libre, en las montañas

y llanos, en ciudades pequeñas, pueblos y caseríos. Lo que es duro es que tantos de estos habitantes de gran ciudad, los presurosos y los somnolientos, no querrían cambiar nunca sus desiertos de casas pedregosas por lo que ellos llaman despectivamente "provincia". Y por esto su sangre se irá extinguiendo...

He escuchado nuevamente los dramas musicales "Parzival" y "Lohengrin", de Richard Wagner. Cuando vi las palomas sobre la vestimenta del caballero del Grial, repentinamente me vino a la memoria aquella paloma de barro que hace mucho tiempo, en Lavelanet, pequeña ciudad pirenaica, un anciano me había mostrado. Cuando Lohengrin cantó su narración de aquel castillo, "en tierra lejana inaccesible a nuestros pies", recordé Montségur, las roquerías del Pirineo con sus soberbias fortalezas entre cuyos escombros se encontraron palomas de barro. Acabada la representación del "Lohengrin", me fui caminando a casa con un amigo. Había llovido; el asfalto mojado de las calles reflejaba las múltiples luces de las lámparas de arco voltaico y también las de los automóviles se multiplicaban, los escaparates de las tiendas y grandes almacenes irradiaban claridad, los avisos luminosos también alumbraban - en fin: se había hecho de día casi de noche-. El aire estaba saturado de olor a gasolina y de esos buenos aromas artificiales llamados perfumes. Trepidaban el bullicio de hombres y el traquetear de vehículos, y pensé: mi antiguo profesor de religión ciertamente tenía razón Cuando nos enseñó que el "infierno" no era otra cosa que el estar separados de Dios. En estas inmensas ciudades, tan orgullosas del título de metrópoli, Dios guarda silencio rápido. Morar permanentemente en una ciudad de éstas, para mí, sería como estar desterrado en la Gehena.

Sintiendo así, entablé conversación con mi acompañante. Hace años fue eclesiástico, pero llegó un día en que, en lugar de seguir sermoneando desde el pulpito las leyendas bíblicas, de exponerlas

como si realmente hubieran ocurrido e insertarlas en medio de la vida, se dedicó a escribir poesías para los hombres alemanes, en su espíritu y en su idioma. Desde entonces nunca más volvió a decirles que lo que él anunciaba era palabra y revelación de Dios, sino que a otro Dios, no al bíblico, era a quien él poetizaba, y que aquellos que quisieran escuchar esta voz podían hacerlo.

Terminamos sentándonos a una mesa redonda, bajo la suave luz de una lámpara. Mi amigo me leyó pasajes del manuscrito de su nuevo libro, que tituló *El nacimiento del milenio*. Comenzó así: "Ha llegado el tiempo en que se entregará todo el poder a los fuertes. Así morirá el "pecado" de este mundo, porque pecados son la imperfección y la debilidad. Fuerte es el que reconoció a su ley, a su esencia, en toda su amplitud, pero también con todas sus limitaciones, y con este conocimiento actúa; fuerte es el que dentro de la comunidad es capaz de vivir como dueño de sí. Los añorantes se han puesto de pie y estrechan filas para la ejecución de las exigencias que les plantea su deber. Las religiones redentoras de los débiles están muertas; nace la religión de la ejecución, la de los fuertes: ella es la ley".

Y continuó: "La historia de esta ley perdida es breve: los pueblos de la zona norte llevaron la ley no escrita a las exuberantes ciudades-estado del sur cansadas de vegetar, las que, en el democratismo temprano, habían renunciado a la sangre y la orientación. Pero a los pueblos de la zona norte - al ver las consecuencias del democratismo y después de analizar sus causas-, ante el descubrimiento de las revelaciones de la ley, se les vino encima la doctrina de la cruz. Dicho más claro: la zona norte estaba a punto de dar una nueva estructura al mundo, que estaba vacilante como consecuencia del putrefacto helenismo oriental. El viejo mundo ya estaba formado ~y rendido de cansancio-. Los profetas de la decadencia predicaban el miedo, lo que trajo como

consecuencia que el último capital efectivo fuera derrochado. En el último tambaleo de la vacilación quiso expirar el viejo mundo; el tiempo final proclamó su siniestra doctrina. Resonaba el eco de los pasos de los jóvenes pueblos de la zona norte entrando a la gran agonía; entonces el Oriente levantó la cruz y cubrió de sombras a los jóvenes pueblos.

"Aunque los cuerpos de los jóvenes estaban preparados para luchar bajo soles extraños, sus almas estaban indefensas contra la venenosa doctrina oriental. La zona norte rejuveneció el mundo, pero su sangre fue envenenada. La cruz se dispuso al ataque; la decadencia pasó a ser evangelio que condenó la fuerza y la voluntad y alabó la resignación. El espíritu del norte era en exceso infantil, su voluntad era poco orientada y su orientación era demasiado poco planificada, por todo esto el mundo viejo chupó la sangre joven. Así, los pueblos de la zona norte perdieron la ley. Con la calculadora experiencia que acumulaban los envejecidos y con la impetuosidad de los que temen su muerte, los profetas de la decadencia se enfrentaron a los mensajeros de la vida, los portadores de la voluntad. La bondad y el respeto profundo impidieron que los jóvenes mataran a los viejos que se les venían encima. Así es que tuvieron que vivir y aprender bajo su dominio. La doctrina ocupó el lugar de la acción. Debido a que la ley se había extraviado, los pueblos perdieron el sentido del camino y el objetivo de vida, de verdad y de grandeza... ya más de una vez en la zona norte ha reinado la paz de los cementerios, pero fue tan fuerte la voluntad de vivir del pueblo germanoalemán, que siempre creció un brote hacia la luz. La ley sofocada, pese a todo, siempre se abrió camino por entre la política mortuoria de la cruz, para volver a esconderse en los momentos críticos".

Así es la cuestión, pensé para mí. No debemos olvidar que hubo guerras contra herejes, las llamadas "cruzadas contra herejes". Nunca jamás debemos olvidar. Y continué escuchando:

"Los pueblos débiles de voluntad han establecido un ídolo que, aunque algo apagado y por esto enigmático, es realmente bastante cómodo: el ídolo del destino. Alguna vez el destino jugó un importante papel en el mundo de las ideas de la zona norte; el destino como ley pendía sobre el ser, pero es claro que no quedaba fuera de la legalidad. En el destino estaban incluidos el transcurso de la vida individual, de la familia y del pueblo. Creer en el destino significaba creer en la validez, el valor y el sentido de la vida. Quien era creyente no sentía ningún temor por su muerte. Su acción estaba basada sobre la validez de la ley, que no sólo sobrevive a la vida individual, sino que -precisamente mediante la acción- se agrega como eslabón a la gran cadena que desde lo temporal llega hasta la eternidad del pueblo. Quien creía en el destino, sabía de la responsabilidad de su propia vida, por esto sabía que una cadena siempre es tan fuerte como el más débil de sus eslabones. En consecuencia, el destino no era un poder secreto amenazador, sino la causa primigenia de la legalidad velada al ojo.

Quien creyendo en el destino ponía los pies en el camino de la vida consciente, no se cansaba de combatir en la batalla sempiterna por la existencia. El saber sobre la validez de la ley dejó al creyente a salvo de la inseguridad y la desesperanza y le otorgó la dignidad, esa actitud incomparable y admirable del paganismo, que parece tan alejada del ser, tan merecedora de todo esfuerzo y tan inalcanzable por medio de las religiones redentoras, que se alejaron de la ley. La creencia en la validez y en el carácter vinculante de este destino implica que los hombres, pese a todos los desengaños y aparentes absurdos cotidianos, dicen un entusiasta sí a la vida y alaban plenos de fe la luz creadora de la vida del sol, pese a la noche, la niebla, el hielo y la nieve. Tener fe en el destino significa, una vez más, vivir el heroico 'aun así'. Esta actitud la reconocemos hoy en las sagas y baladas, hasta tanto podamos mirar, a través de la confusa mezcla de posteriores falsificaciones y superposiciones, en la esencia de los poemas."

Mi amigo me pregunta qué opino al respecto: "A este respecto respondo sí, un sí incondicional. Seguid leyendo".

Y escuché: "Los que creían en el destino estaban unificados con todas las formas con que se revela la ley, ellos sabían sobre las leyes naturales de las estrellas y levantaron su visión a la vida en proceso de revelación y a la manifiesta vida del mundo que nos rodea. Con toda autoridad estos hombres aseguraban entender el lenguaje de los animales, el rumor del bosque, el cantar de los prados y el retumbar de los truenos: bien conocían acerca de la ley universal vinculante.

"Porque los fuertes anunciaran el destino, el pronunciamiento fue victorioso. Así es como surgieron los cantos heroicos que alabaron el combate como misión de vida. ¿Qué eran, en cambio, los trabajos cotidianos? ¿Qué era, en cambio, la certeza de tener que morir? Pasaban a ser nadería, se transformaban en nimiedad, acerca de las que más valía no hablar".

Encantado por la coincidencia entre buscador y buscador y entre amigo y amigo, hablé de Lucifer y de su corte, de su "inquietud", de un Pytheas, de la vía de autorredención de un Heracles, de Parzival y de Tannhäuser; de los paraísos terrenales Grial y rosaleta, de la "gaya ciencia" de los trovadores y los cátaros, que prepararon el ocaso de Jehová y de la cruz.

Continuamos dialogando a nuestra manera, haciendo de la noche día, hasta que el rosicler penetró en la habitación. Al ir a saludar al sol, éste ya se asentaba sobre los techos de la enorme ciudad. Y frente al astro surgió la afilada torre de una iglesia pretendiendo cortarlo por la mitad. Esa iglesia de allá, dije yo, se ha convertido en uno de aquellos pilares del sol tan odiados por el profeta Isaías y sus judíos como el orgulloso Lucifer. Pues en la Sagrada Escritura de los judíos está escrito:

"En este tiempo, los ojos del hombre mirarán al santo en Israel y no a los altares que sus manos hayan hecho, ni a la efigie de Aschera (Aschera es Artemisa, hermana de Apolo) ni a los pilares del sol. En este tiempo, el Señor castigará el alto ejército, que está en las alturas [...]. Y la luna se avergonzará y el sol seguirá avergonzado. Cuando sea rey el Señor de los Ejércitos sobre el monte Sión y en Jerusalén. En los últimos tiempos la montaña permanecerá incólume porque es la casa del Señor, más alta que todas las montañas y más elevada que todas las colinas, y todos los gentiles y muchos pueblos irán a ella y dirán: 'Venid, vayamos a la montaña del Señor. A la casa del Dios de Jacob, para que nos enseñe su camino y caminemos sobre sus senderos'. Porque ¡de Sión saldrá la ley y de Jerusalén la palabra del Señor!"

Como el sol de ninguna manera se avergonzó, sino que irradió y rió. nosotros también miramos alborozados al nuevo mañana, fieles a nuestra *ley*, que no es la ley de Sión.

WARNEMÜNDE-GJEDSER

El transbordador surca las breves olas del Báltico. Sólo unos pocos viajeros están sobre cubierta; unos duermen, otros, como yo, están sentados en el salón de fumar. Antes estuve en la popa siguiendo con la vista la patria que se desvanecía en lontananza, hasta que las luces de Warnemünde se pierden a la luz de la luna llena, alumbrando los anchos surcos de agua y arrojando tiernamente a las nubéculas, al aire, a la tenue bruma y a nosotros mismos. Un fanal traza amplios círculos. Volví mis ojos a proa: mástiles y cabos de los aparejos se balanceaban suavemente ante la Osa Mayor y la Osa Menor del carro celeste. Otrora ambas eran llamadas Arktos: Oso.

El Arktos nos servirá de indicador del norte, tal como lo

debe de haber sido antaño para el osado y sabio Pytheas de Massilia, hace dos mil doscientos setenta años.

Viajo a Islandia. Quiero aprender a descubrir el secreto de la corona que está en el norte, el secreto de la corona de Lucifer. Navego al país de las *Eddas* y de las sagas...

EDIMBURGO

Nuestro barco ha fondeado por un día en el puerto de Leith; durante la tarde se arruma carbón, por lo que aproveché para visitar Edimburgo. Desde el castillo donde hace mucho tiempo fue reina María Estuardo, obtuve una vista imponente de la mayor ciudad de Escocia, hacia el mar y hacia el abrupto pico Arthur's Rock o Roca de Arturo. Recordé, ya que piso suelo inglés, al poeta supremo de Inglaterra, Shakespeare, y al hacerlo no olvidé a los seguidores de Wídeft, los lolardos archiherejes ingleses, porque ellos también pertenecieron a la corte de Lucifer. Se les reprochó la falsedad de enseñar todo lo malo y de "considerar indigno de, un caballero el ocuparse de la Biblia". En una balada escrita por un ortodoxo católico llamado Thomas Occleve, sobre el más afamado de los lolardos, lord Oldcastle, redactada estando él aún con vida, dice que Oldcastle en vez de la Biblia leía sólo novelas de caballería...

También para los herejes ingleses valía más un Artús que un Abraham o un David; un Parzival, más que un Cristo; un Dietrich, más que un Petrus. Por esta razón los curas les marcaron la frente con una llave ardiente.

En el año 1160, por primera vez en Inglaterra, fueron descubiertos herejes. Se trataba de aproximadamente "treinta campesinos y campesinas alemanes de nacimiento y lengua". Es probable que fueran flamencos que habían abandonado su país para escapar de la atroz persecución del arzobispo de Reims de

entonces. Los llevaron a Oxford ante un concilio episcopal. "Ellos admitieron ser herejes, fueron sentenciados a la flagelación, con una llave fueron marcados a fuego en la cara y luego echados a la calle. Desnudos hasta la mitad del cuerpo, azotados, marcados y desamparados fueron arrojados en pleno invierno hacia el campo y todos ellos, uno tras otro, rápida y miserablemente murieron", terminaron con una ganzúa dentro del corazón y una llave de Petrus ardiendo en su frente. Yo creo que, para Dios, cuenta más el corazón.

Doscientos setenta y cinco años más tarde, el más renombrado de los herejes ingleses, y uno de sus más distinguidos lores, el llamado Oldcastle, fue ejecutado de la manera más espantosa. Fue colgado, por medio de una cadena de hierro enroscada a su cuerpo, sobre un fuego llameante y se lo dejó arder lentamente. *"In the end he commanded his soul into the hands of God"*, al final encomendó su alma a las manos de Dios. Después de una desapacible vida, fue a la última y larga paz. Un monje cronista inglés dedicó al muerto un artículo necrológico, que comienza así: "Aquel secuaz del infierno, el archihereje y lolardo John Oldcasde, cuya pestilencia abominable, como de un foso de estiércol, sube hacia la nariz de los católicos".

Sir John Oldcasde fue caballero en tiempos de paz y *a strongman in bataile*, un hombre valiente en la guerra. Entró en la historia porque era hereje. El favor del rey le permitió reconocerse como lolardo. Así se entiende que en un comienzo el clero no se animara a proceder contra él de manera abierta y decidida. Primero, se dirigió contra el capellán de Oldcasde, un hombre llamado Johannes que, como predicador ambulante, reunía mucho auditorio, y que había puesto en entredicho a algunas iglesias donde había predicado. En el año 1413 presentaron una demanda indagatoria contra el lord. Después otra por unos libros de su propiedad encontrados a un librero. La indagación no obtuvo resultados positivos, pero muy pronto el clero se dirigió al rey con nuevas y más graves quejas: inculpaba a Oldcastle no sólo de

hospedar predicadores no ordenados, sino de que él mismo los enviaba a buscar. El rey reprendió al lord con dureza. Éste se distanció abiertamente de la corte, se mudó a su castillo Cowling Castle, no lejos de Rochester, en Kent, y se parapetó allí. Montado en cólera, el rey encargó al arzobispo el procedimiento sumario siguiente contra Oldcasde, quien no hizo caso a las citaciones cursadas por el obispo y negó la entrada a su castillo a todos los mensajeros. Declaró que no podía reconocer por encima de él a ningún juez clerical. Se decretó una citación pública; dos veces fue clavada en el portal de la catedral de Rochester. Oldcastle no compareció.

Finalmente, el lord tuvo que ser conducido por la fuerza por el jefe de la Tower ante un tribunal de la clerecía reunido bajo la presidencia del arzobispo. Sin abordar las cuestiones que se le planteaban, Oldcastle se ofreció para exponer su credo; era menos herético de lo que se había esperado. Resultaba evidente -y probablemente con razón- que se dudaba de su sinceridad, por lo que se le exigió dar respuesta con toda franqueza a preguntas precisas. Puesto así entre la espada y la pared, Oldcasde declaró al tribunal clerical que no se sentía obligado a darle cuenta de nada, que sólo ante Dios tenía que responder y sólo ante El pedir perdón. "Por aquellos que quieren juzgarme y sentenciarme, seréis engañados y se engañarán a sí mismos y seréis llevados la infierno; guardaos de ellos", dijo con voz muy alta Oldcasde a los que lo rodeaban. A continuación, el tribunal dejó al lord a merced de los brazos terrenales. Oldcastle pasó a ser un prisionero de la Tower, pero logró escaparse. Mucho tiempo anduvo errante por Gales, hasta que fue capturado y entregado al Parlamento que lo condenó a muerte por alta traición y por hereje. Y lord Oldcastle, llamado por el pueblo "*the good lord*", el buen lord, murió como ya he relatado.

A Shakespeare, el más excelso poeta de Inglaterra, sus

contemporáneos y correligionarios protestantes le reprocharon haber convertido al mártir de la fe, lord Oldcastle, en su lord Falstaff, aquel barrigón, tramposo y mujeriego. Shakespeare se defendió en el epílogo de la segunda parte de su drama *Enrique IV: "Oldcastle died a martyr and this is not the man"*. Oldcastle murió como mártir y Falstaff no es este hombre. Sin embargo, el Falstaff de Shakespeare era aquel Oldcastle, pero ridiculizado.

Para el episodio de Falstaff del drama *Enrique IV* Shakespeare había desarrollado como modelo, según hoy resulta indudable, el drama escrito en el espíritu de la tradición monacal más malévola y más exenta de sinceridad: *The Famous Victories of Henry the Fifth* (Las famosas victorias de Enrique V). Así se constata: también en Shakespeare el caballero gordo se llamó originalmente, tal como se puede deducir del epílogo y como queda demostrado por otras razones, sir John Oldcastle.

Los puritanos se escandalizaron de que el hombre venerado por ellos fuera transformado en una figura ridícula. Ya que, en la segunda parte del famoso drama *Enrique V*, es introducido sir John Oldcastle como antiguo paje de Thomas Mowbray, un duque de Norfolk (lo que históricamente sir John Oldcastle fue en realidad, se puede pensar que puso las miras en una caricaturización de Oldcastle. Ésta es la causa por la que Shakespeare modificó el nombre en Falstaff. Y sabemos cómo murió lord Oldcastle, este lolardo y caballero. Ante su espantoso final, luciendo una sonrisa en su boca, afirmó que iría en un carro al cielo y al tercer día resucitaría. Estas últimas palabras de Oldcastle fueron registradas por un monje llamado Thomas Elmham. Creo con firmeza que

verdaderamente las pronunció, ahora que he leído, no sin profunda emoción, el pasaje de Shakespeare que describe cómo murió lord Falstaff, el otro Oldcastle. La señora Hurtig, la dueña de la taberna de Eastcheap, lo atendió en sus últimas horas. Ella informa: "No, seguro que él no está en el infierno, está en el regazo de Arturo, si alguna vez alguien ha llegado al regazo de Arturo. Se fue justo entre el mediodía y la una, murmuró algo acerca de prados verdes y luego exclamó: '¡Dios. Dios!' más o menos tres o cuatro veces. Le dije, para consolarlo, que no pensara en Dios, yo esperaba que ya no le hiciera falta, que no se atormentara con esa clase de pensamientos. Después me pidió que le echara más mantas sobre los pies, metí mi mano en la cama y se los palpé, estaban fríos como témpanos; le palpé las rodillas, y así seguí tocándolo hacia arriba, y todo estaba helado como un témpano".

¡Lord Falstaff está tan poco en el infierno como lord Oldcastle! Ni tampoco descansan ambos en el regazo de Abraham (a pesar de que mi mejor autoridad para la cuestión Falstaff haya supuesto que "la inculta tabernera, señora Hurtig, obviamente quiso decir 'regazo de Abraham'"). Después de muertos, Falstaff y Oldcastle emprendieron la marcha hacia el rey Arturo, que es Artús, el gran rey del norte. Este mantiene preparado su carro, listo para llevar a los suyos al reino de Lucifer, donde también están las luminosas praderas de asfódelos. Los germanos del norte lo llamaron el Carro de Thor y gobernador de la fuerza de los dioses, o, también, el Gran Padre...

Oldcastle había leído devotamente libros de caballería que relatan maravillas sobre Arturo y Artús y Dietrich, en lugar de la Biblia judía. El otro Oldcastle, Falstaff, menospreciaba a los judíos con todo el corazón. Cuando

tenía que prestar juramento decía: "*Or I am else a jew, an ebrew jew*", si no me haré judío, un auténtico archijudio. La vida no comparó al gordo Falstaff con un valle de lamentos o, lo que tampoco tendría sentido, con un prostíbulo: más bien con una lanzadera, tal como lo hicieron aquellos cátaros que también eran llamados tejedores y que desde entonces hasta ahora salvaron en la Edad Media el conocimiento sobre la santidad de tejer y de la lanzadera.

¿Quién no pensaría, si de los libros de caballería de lord Oldcasde se trata, en el caballero español Ignacio de Loyola, fundador de la orden de los jesuitas, que comenzó siendo seguidor de Amadís de Gaula y terminó siendo un seguidor de Jesús? Así es: lord Oldcasde comprendió el espíritu vital de los libros de caballería; Loyola, sólo las letras muertas. ¿Quién no pensaría también en aquel loco llamado don Quijote? Los tochos que leía día y noche acabaron haciéndole perder la razón. A su rocín lo elevó al nivel de un Pegaso o al del fiel corcel Bucéfalo de Alejandro. A pesar de todo, don Quijote resultó más sabio que loco...

EN EL ESTRECHO DE PENTLAND

Dejamos atrás el Mar del Norte y nos adentramos en el Atlántico norte. Los acantilados de la costa escocesa y las altas colinas de las islas Orcadas, en las que aún vemos el oleaje, cual blancas cintas de espuma marina, elevarse hacia lo alto y empequeñecerse, desaparecen más en cada momento. El mar sube y baja en largas y altas olas, éstas levantan y bajan nuestro barco. Una lancha pesquera de velas parduscas está pegada al horizonte, los primeros golpes del mar irrumpen en cubierta. Ha caído la noche y sin embargo hay claridad, como en Alemania en un día de invierno cubierto de nubes. Navegamos contra el sol de medianoche. He permanecido observando mucho tiempo,

apoyado sobre los carretes. Ahora leo un libro y escribo notas.

En España, exactamente como leo en el *Quijote*, de Cervantes, había una vez un cura, un barbero, un ama de llaves y la sobrina de un hombre que por leer libros de caballería se había vuelto loco de remate y desde entonces estaba obstinado en buscar aventuras, tal como debe de haber hecho la caballería andante. Estos cuatro, dos hombres y dos mujeres, registraron la biblioteca del loco dueño de casa que poco antes, apaleado y herido, había regresado de su primera "aventura" y que ahora estaba profundamente dormido en su alcoba. Ellos querían corroborar la ortodoxia de sus libros de caballería. Antes de empezar su trabajo, el ama de llaves trajo una bacía con agua bendita y una mata de hisopo que debía servir como asperges y le dijo la cura: "Tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de la que les queremos dar echándolos del mundo". La simplicidad del ama hizo reír al cura. Le pidió al barbero que le fuera pasando un libro tras otro para ver qué contenían, ya que algunos de ellos podían librarse del castigo de la hoguera. "No -dijo la sobrina-, no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: será mejor arrojarnos por las ventanas al patio, y hacer un rintero dellos y pegarles fuego, y, si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo." Lo mismo dijo el ama: tanto era el deseo que ambas tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no se avino a ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que le dio el barbero en las manos fue *Los cuatro de Amadís de Gaula* (la misma novela de caballería que le había "quemado el cerebro" al paje Ignacio de Loyola). Entonces dijo el sacerdote: "Parece cosa de misterio ésta, porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste; y así, me parece que, como a dogmatizador de una secta tan mala, le debemos, sin excusa alguna, condenar a la hoguera".

"Éste que viene -dijo el barbero- es *Amadís de Grecia*, y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mismo linaje de Amadís."

"Pues vayan todos al corral -dijo el cura-, que a trueco de quemar a la reina Pintiquiniestra, y al pastor Darinel, y a sus églogas, y a las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

-Del mismo parecer soy yo -dijo el barbero.

-Y aun yo -añadió la sobrina.

-Pues así es -dijo el ama-, vengan, y al corral con ellos.

"Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dio con ellos por la ventana abajo. [...] Abrióse otro libro y vieron que tenía por título *El caballero de la cruz*".

Y de este modo habló el cura: "Por nombre tan santo como este libro tiene se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir 'tras la cruz está el diablo': vaya al fuego".

Tomando el barbero otro libro, dijo:

-Éste es *Espejo de caballerías*.

-Yo conozco a su merced -dijo el cura-. Ahí ande el señor Reinaldos de Montalbán (Montalbán fue, antaño, el nombre de la ciudad Montauban, cerca de Toulouse) con sus amigos y compañeros [...] y en verdad que estoy por condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo (del cual no es necesario informar), de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto (que poetizó el famoso "Rolando furioso", y que era, en consecuencia, incluso Cuándo cristiano, reconocido como "tejedor" poetizante o poeta "tejiendo"). [...] Digo, en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y se depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecutuando a un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y a otro llamado *Roncesvalles* (este nombre viene a ser Valle de Espinas, y en otro llamado Ronceval en los Pirineos, donde Rolando murió heroicamente, me ha hecho pensar no hace mucho, en la pequeña

ciudad a orillas del Lahn, Runkel), que éstos en llegando a mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego, sin remisión alguna.

"Y sin querer cansarse más en leer libros de caballería mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo a tonta ni a sorda, sino a quien tenía más gana de quemarlos que de echar en tela"(por lo tanto ella no era "tejedora").

Más adelante el barbero pregunta:

"-Pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?

"Estos -dijo el cura- no deben ser de caballería, sino de poesía.

"Y abriendo uno vio que era *La Diana* de Jorge de Montemayor (del que en Francia aún hay ediciones para la juventud) y dijo, creyendo que todos los demás eran del mismo género:

-Éstos no merecen ser quemados, como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entendimiento, sin perjuicio de tercero".

Después continúa el barbero:

"-Estos que siguen son *El pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaños de celos*.

-Pues no hay más que hacer -dijo el cura- que entregarlos al brazo seglar del ama, y no me pregunten el porqué, que sería nunca acabar.

"[...] Aquella noche quemó y abrasó el ama Cuántos libros había en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos." (Para ser bien entendido, cito a Cervantes al pie de la letra.)

"[...] Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron, por entonces, para el mal de su amigo fue que le murasen y le tapiasen el aposento de los libros, porque Cuando se levantase no los

hallase (quizá quitando la causa, cesaría el efeto), y que dijese que un encantador se los había llevado, y el aposento y todo; y así fue hecho con mucha presteza. De allí a dos días se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fue ir a ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde los había dejado, andaba de una a otra parte buscándole. Llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo, sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza, preguntó a su ama que hacia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había que responder, le dijo:

-¿Qué aposento, o qué nada, busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

-No era diablo -replicó la sobrina-, sino un encantador que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que hizo dentro, que al cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y Cuándo acordamos a mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno [...].

-Señor tío -dijo la sobrina-, ¿no será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo (tal como Fausto cogió de los cabellos un capricho así), sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?

-¡Oh, sobrina mía -respondió don Quijote-, y Cuán mal que estás en la cuenta! Primero que a mí me tresquilen (como se trasquiló a los herejes) tendré peladas y quitadas las barbas a Cuántos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.

"No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera. Es, pues, el caso que él estuvo quince días en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer secundar sus primeros devaneos, en los cuales días pasó graciosísimos cuentos

con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que él decía que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecía, y otras concedía, porque si no guardaba este artificio, no había poder averiguarse con él."

Aparto el *Quijote* y medito...

El cura que escogió los libros para la hoguera, y que no habría acabado con el "caballero" sin el truco de la condescendencia, representa la Iglesia católica. El "abrazo terrenal" del ama es el brazo seglar. ¿Quiénes eran la sobrina y el barbero? No puedo decirlo. Los libros que fueron quemados, bien sé que eran libros originalmente escritos por la corte herética de Lucifer...

Retomo la lectura: durante la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote, el caballero de la triste figura se dio al siguiente soliloquio:

"¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, Cuándo salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, Cuándo llegue a contar mi primera salida tan de mañana, desta manera?: 'Apenas había el rubicundo Apolo (que debe ser también el rubicundo mensajero de Loherangrín-Lohengrin) tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos (Apolo era un "tejedor"), [...] Cuándo el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido Campo de Montiel'. Y era verdad que por él caminaba. Y añadió: 'Dichosa edad y siglo dichoso aquél donde saldrán a la luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quien quiera que seas, a quien ha de tocar el ser cronista desta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en

todos mis caminos y carreras'. (Cervantes, el sabio encantador, no olvida a Rocinante, hermano consanguíneo de Pegaso.) Con éstos iba ensartando otros disparates (que para nosotros representan gaya ciencia). Todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en Cuánto podía su lenguaje; y con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si alguno tuviera. (El corazón de don Quijote era sano, y ante Dios el entendimiento cuenta menos que el corazón.) "Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, [...] anduvo todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vio, no lejos del camino por donde iba, una venta, que fue como si viera una estrella (también los herejes vieron 'estrellas') que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba. Diose prisa a caminar, y llegó a ella a tiempo que anoecía.

"[...] Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman *del partido*, con extraño contento llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo:

-No fuyan las vuestras mercedes ni teman desaguizado alguno; que a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, Cuánto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran".

Don Quijote le preguntó a una de las ramerás "cómo se llamaba, porque él supiese de allí en adelante a quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle

alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de brazo (un brazo que ha llegado a convertirse en "intemporal" e inmortal). Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa [...], don Quijote le replicó que, por su amor (yo pregunto: ¿de él por la *Minne*?), le hiciese merced que de allí en adelante se pusiese don, y se llamase doña Tolosa".

Después le preguntó el nombre a la otra ramera, que dijo llamarse la Molinera, a la cual también rogó don Quijote que se antepusiera el don y se llamase doña Molinera.

De esta guisa restituyó a la Tolosa y a la Molinera su honor el sabio y puro loco don Quijote. Tolosa es la albigense, y la Molinera, la valdense. A los cátaros se les consideraba como *Tisserands*, tejedores -a los que fácilmente se podía encontrar en los talleres del sótano-. Los valdenses también fueron llamados *Moliniers*, molineros. La molienda no es menos santa que la tejeduría. Por esto en el Tirol un caballero del séquito de Dietrich von Bern halló camino recto desde el sótano de un molino hasta el jardín de rosas paradisíaco y la eternidad.

Retomo el hilo de la lectura: Sancho Panza -a quien Cervantes llama un hombre de bien, don Quijote lo ha escogido de paladín ensilló a Rocinante y preparó su asno, provisionó su bota de beber. y, encomendándose a Dios, se despidieron del lugar partiendo en camino hacia la famosa cueva de Montesinos.

Durante el camino. Sancho preguntó al primo -un letrado y ratón de biblioteca que los acompañaba para encaminarlos a la cueva-:

"-¿Quién fue el primer volteador del mundo?

-En verdad, hermano -respondió el primo- que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie. Yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré Cuando

otra vez nos veamos; que no ha de ser ésta la postrera.

-Pues mire, señor -replicó Sancho-, no tome trabajo en esto, que ahora he caído en cuenta de lo que le he preguntado. Sepa que el primer volteador (así llamó la Iglesia con todo desprecio a todos los poetas y *joglars* errantes, malabaristas) del mundo fue Lucifer, Cuándo le echaron o arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos.

"Y dijo don Quijote:

-Esa pregunta y respuesta no son tuyas, Sancho, a alguno lo has oído decir.

-Calle, señor -replicó Sancho-, que a buena fe que, si me doy a preguntar y a responder, que no acabe de aquí a mañana.

-Más has dicho, Sancho, de lo que sabes -dijo don Quijote".

Como Hölderlin, también don Quijote, el caballero de la triste figura, había "abatido a Apolo"...

EN EL ATLÁNTICO NORTE

El mar se agita; nuestro barco, el *Gulfoss*, un islandés de 1.200 toneladas, lucha con dificultad contra el oleaje. Los *Tümmeler* argénteos, estos ágiles delfines del Mar del Norte, nos acompañaron un largo trecho. Fue un verdadero placer ver sus centelleantes cuerpos asomar en cardúmenes sobre la marea y volver a sumergirse.

Mientras los observaba recordé a Orfeo, bardo divino. Un delfín, animal preferido de Apolo, lo transportó sobre las olas.

También Orfeo, uno de los argonautas, vino al norte, quizás haya sido un hombre del norte, un normando. Su madre, una mortal, se llamó Chione: la nevosa. El cantor, con su música, encantaba a las fieras.

También él ascendió al infierno más profundo, para recobrar a su amada Eurídice y traerla a la luz del día.

Ya no habrá noche. La noche destella nacarada en las horas a dos luces entre el ocaso y la aurora. El pendón de la nave fue una cruz gamada azul sobre fondo blanco.

Le pregunté la posición al capitán, que desde hacía ya un rato estaba en el puente de mando, dijo que estábamos entrando a los 60° de latitud norte.

Cuándo, en el siglo IX, el rey Harald Haarfagre (Haarschön) y, cerca del año 1000, el rey Olaf el Santo comenzaron a oprimir al libre y pagano campesinado de Noruega, emigraron los mejores hijos del país a Islandia y en la libertad de allá encontraron una nueva patria. Olaf es uno de los muchos santos a los que la Iglesia católica no enaltece. El famoso escaldo Snorri Sturluson -que entre otros poemas nos legó la segunda *Edda*, en prosa- informa en *Heimskringla*: "A todo el que no quería dejar el paganismo, Olaf le imponía duros castigos. A algunos los desterró, a otros les hizo amputar manos y pies o les vació los ojos; a otros los hacía colgar o pasar a cuchillo".

Y entonces el mejor campesinado de Noruega se marchó por el Mar del Norte hacia el litoral de Islandia. No en último lugar por la creencia heredada de sus ancestros, los que no querían ningún siervo.

Gracias al *Libro de colonización islandés* (de comienzos del siglo XIII, Cuándo Islandia ya había sido cristianizada) conocemos

el tiempo que se necesita para ir de Noruega a Islandia y a Groenlandia: "Hombres experimentados dicen que hay que navegar (a vela) recto hacia el oeste, hasta Hvarj, en Groenlandia, y se pasa a doce millas marinas frente al sur de Islandia. Al hacerlo así se pasa tan lejos al norte de Shetland que a ésta es posible verla sólo Cuando la marea está completamente tranquila; y tan distante del sur de Islandia que de allá vienen aves y ballenas. Desde Reykjanaes en el sur de Islandia puede haber tres días de crucero hasta Jölduhlaup en Irlanda y un día de travesía desde Kolbeinsey (una islita al norte de Islandia) hasta la yerma costa de Groenlandia". El primer colonizador de Islandia se llamaba Ingolf. El *Libro de la colonización* dice de él: "En ese verano, Cuando Ingolf salió para irse a Islandia, habían pasado 6.073 años desde el comienzo del mundo, pero, desde la encarnación del Señor, 874 años. Al tener Islandia a la vista, Ingolf arrojó sobre la borda al azar los pilares de su candelero. Él quería ser colono del lugar donde los pilares llegaran a tierra. Ingolf desembarcó en el lugar que hoy se llama Ingolfshoefdi. Vifil y Karli eran siervos de Ingolf; fueron enviados por él a buscar los pilares del candelero, pero los hallaron recién al tercer invierno. En la primavera, Ingolf se fue a vivir a Reykjavik El hijo de Ingolf fue Thorstein y su nieto, portavoz de la ley, Thorkel Mond, el que al yacer enfermo de muerte se dejó llevar por el rayo del sol y se encomendó a las manos del Dios que creó el sol. Había llevado una vida tan pura como sólo la han llevado los cristianos más piadosos.

Otro colonizador tuvo por nombre Thorolf. Era un gran sacrificador y creía en Thor. También él debió partir a Islandia a causa de la brutalidad del rey Harald Haarfagre. Al llegar al fiordo Breidi, también él lanzó por la borda sus pilares de candelero, que llevaban grabada la imagen de Thor: quería establecerse donde Thor tocara tierra. Le hizo el voto solemne a su Dios y amigo Thor de consagrarle todo el contorno y bautizarlo con su nombre. Thorolf se adentró en el fiordo con su barca a vela. Allí encontró a Thor llevado por el mar a un extremo de tierra; más adentro atracaron en una bahía y allí

construyó una casa de labor y un gran templo, que consagró a Thor. El fiordo en aquellos tiempos estaba poco o nada poblado; Thorolf tomó la tierra y a todo el contorno lo bautizó Thorsnes. Tenía una fe tan acrisolada y profunda en el monte que estaba en la península que le dio el nombre de Helgafell, Monte Santo, y nadie que no estuviese limpio podía mirarlo. Dejó el monte como lugar de paz: a nadie debía pasarle nada malo, ni a bestia ni a hombre. La creencia de la familia de Thorolf era que todos ellos fallecerían en el monte. Más tarde, Cuando su hijo Thorstein murió ahogado en el mar, éste también fue al monte, tal como lo cuenta la saga *Eyrbyggja*. Allí dentro ardió el fuego y sonaron los cuernos. A la vista del padre, el hijo tuvo permiso para ocupar un candeicho.

Otros dos hombres, fornidos cual gigantes y a su vez expertos en encantamiento, también arrojaron por la borda sus pilares de candeicho al estar a la vista de Islandia. Estos hombres se llamaron Lodmund y Bjolf. Su patria había sido Thulunes, en la comarca noruega de Vors, al norte del fiordo Hardanger...

Repiquetea la campana para la hora del té de la noche. Son las diez. Allá en casa ahora es medianoche, y las estrellas titilan chispeantes; quizá la luna platee la tierra alemana. Aquí es de día y seguirá siendo día. Durante semanas.

Llueve a cántaros y hay tormenta; las olas golpean contra los ojos de buey herméticamente atornillados del comedor. Sólo una docena de los setenta viajeros han acudido a tomar el té. Platillos y tazas están insertos en cuadrados de madera atornillados a la mesa, pero, pese a las precauciones, algunos se hacen añicos. Como funámbulos se balancean los camareros; el barco arfea mucho.

Estoy acostado en mi camarote, la cama sube y baja bajo mí, por momentos es como si flotara en el aire; el barco cruje por

todas sus ensambladuras.

Leo: "Las sagas cuentan que los primeros colonizadores que llegaron a Islandia por mar eran hombres occidentales: irlandeses". Así informa también el monje irlandés Dicuil en su crónica, redactada alrededor del año 825. Él habló con unos lugareños que habían estado en una isla muy septentrional, en la Tierra del Hielo, la Thule de Pytheas. Literalmente dice:

"Ahora hace treinta años que unos religiosos, desde el primero de febrero hasta el primero de agosto, estuvieron en aquella isla, como me lo han contado, no sólo durante el solsticio de verano, sino también en los días anteriores y posteriores al sol poniente que se va ocultando, por así decirlo, por el otro lado de una pequeña colina, por lo que tampoco se pondrá oscuro ni en el más breve espacio de tiempo". Hasta aquí la información del monje irlandés Dicuil. Se debe admitir como seguro que antes de la llegada de estos inmigrantes, o sea, antes del siglo VIII, Islandia estaba despoblada. Este hecho se opone terminantemente a los que dicen que la Thule poblada, a la que se refirió Pytheas, se debería buscar en Islandia. Porque, ¿cómo podría esa población entonces existente haberse extinguido del todo? Considerando el aislamiento completo de la isla, es prácticamente inadmisibles la razón de las epidemias; una exterminación por guerras también se descarta al no haber pobladores nativos enemigos. Sólo si no tomamos por válida esta argumentación y si consideramos posible una extinción de los habitantes de Thule de la época de Pytheas sin influencias externas, sólo así sería posible encontrar los restos, probablemente muy sencillos, de las más primitivas poblaciones. Sin embargo, no existe ninguna huella que pudiera ser apropiada para alterar lo que nos transmiten las sagas islandesas sobre la llegada de los primeros pobladores, hecho acaecido sólo alrededor del año 795. Para más redundancia, los supuestos pobladores de Thule-

Islandia tendrían que haberles hablado, a los extranjeros recién llegados, preferentemente de volcanes y de fuentes termales de aguas calientes, más que del mar helado en el profundo norte... ¿No podrían el fuego y la lava haber devastado la población de Islandia y haber reducido a la nada todo vestigio?

Leo otro libro más creíble: "Según Estrabón (el célebre geógrafo griego que vivió en Roma cerca del año 1), Thule se encuentra a seis días de navegación en dirección norte de la Britannia". Esta indicación sólo puede corresponder a Islandia...

¿Dónde queda Thule?

Dejo mis libros en la red contigua a mi lecho. Voy apagar la luz; debido a que estoy en un camarote interior, tendré noche. El ventilador, que suministra aire marino cáustico y frío, zumba.

Sin ver, sé que la aguzada proa del barco va cortando ola tras ola, impertérrita y consciente de su rumbo pese a la mar gruesa. Escucho el bramido de las olas. Dejaré mis cuartillas junto a los libros en la red y me pondré a dormir. Para nosotros es más fácil que para los vikingos.

Érase una vez un rey en Thule, fiel hasta en su tumba. ¿Dónde se encuentra Thule, la que al sol agradece su nombre? ¿Fue de Islandia o de aquella comarca noruega Thulunes, a orillas del fiordo Hardanger, de donde los pobladores Ladmund y Bjolf llevaron sus pilares de candeicho a Islandia? Thulunes significa isla o península Thulu...

REYKJAVIK

Luego de un lluvioso y, sobre el final, algo más plácido viaje, nuestro valiente barco, hacia las cuatro de la mañana, arribó al puerto de la capital islandesa. Nubes de lluvia densa y baja cubren

los montes, cuyos acantilados y cumbres sólo se pueden presentir. Una luz pálida baña mar y tierra. Mujeres pintarrajeadas y azotacalles pálidos pasean, pese a la hora, por las calles; sobre el asfalto ruedan automóviles. La ciudad es bien poco bonita: muros de hormigón, techos de chapa ondulada y edificaciones de tipo estadounidenses rascan el cielo.

El interior de nuestro hotel es claro y sorprendentemente confortable. Por primera vez en semanas pude sacar todos mis trajes y ropa blanca de la maleta.

No puedo conciliar el sueño, echo en falta el seguro orfar del barco; y me falta la noche, la noche oscura. ¿No hay días en los que a uno le gustaría prescindir de la luz? Estoy desvelado, los pensamientos me persiguen en la mente. Una frase de Goethe me hace estremecer. "Ahora estás al borde de lo esencial". ¿Para qué buscaste la comunión con el infierno, si no puedes llevarla a la práctica? ¿Quieres volar y no estás seguro del mareo? ¿Nos entrometemos en tus asuntos o tú en los nuestros? Más o menos así habló el diablo Mefistófeles a Fausto. Mis pensamientos se acosan unos a otros. Abandono la habitación, salgo, deambulo por las calles.

La poca agraciada ciudad duerme. El sol de Islandia relampaguea entre las nubes, sólo un breve instante. Parece que hay vida en el puerto; el resto está quieto. Ningún árbol que cuchichee en el viento, ningún pajarillo que cante su canto en la rama. Los muros de hormigón lagrimean de humedad. Voy al puerto.

En nuestro *Gulfoss* reina la animación. Las grúas descargan cajones y barriles; sacos y fardos; alambre de púas y barras de hierro.

Continúo. Arriba una barca de pesca, observo cómo la descargan. Vidas nerviosas y centelleantes llenan las cestas. Un pescador barbudo y vestido con un mojado capote de hule, resplandeciente por las escamas de pescado, ha levantado un

enorme pez y me grita algo. Creo que quiere mostrarme su magnífica captura; con gestos le hago saber que no conozco su idioma. Lanza el pescado dentro de una cesta y limpia sus manos en un saco, pasa al muelle, me tiende su mano y me dice: "Bienvenido a Islandia. Sé que esta noche arribaron viajeros de Alemania. Que os sintáis bien entre nosotros".

Estaba llegando casi al límite de mi ingenio. ¿Por qué? Había soñado con un país de leyendas y de pronto me reencuentro con una tierra que nada tiene de leyenda. Encantado me tuvo la soledad ilimitada de esta isla yerma orillando el mar polar. Y no fue la noche, la que todo cubre con su velo, incluso los párpados, para que los ojos cerrados no necesiten mirar aquello que quieren rehuir. Otra fue la causa: quise "Volar" cual Lucifer y no estuve seguro frente al mareo. Sí, ante toda otra causa ésta fue la que me llenó de inquietud...

Me detuve, pensé y rememoré: todo me arrastró desde hace años hasta aquí. ¿Son las orillas de Islandia el lugar desde donde una canción muy popular hizo soltar las velas para el viaje vikingo? ¿Es ésta la isla de Thule por la que Pytheas arriesgó la vida? Yo había soñado con un país de leyenda pero me circunda la más triste realidad. Ningún árbol, ningún bosque, ninguna flor, ningún campo. Casas monótonas, casas puestas con egoísmo, entre ellas oficinas comerciales, tiendas de modas, redacciones de periódicos, cines. Todo da la impresión de inorgánico, desarraigado, necesario pero no deseado. Es el aspecto que debieron tener las ciudades de los buscadores de oro, Cuándo el oro de California o del Klonde hizo a los hombres cavar hasta que la mayoría de ellos cavó allí su propia tumba.

Pienso en mis campesinos y campesinas del alto Hesse, a los que apenas les alcanzan para alimentarse sus veinte o treinta yugadas de terreno, siempre que cuiden bien sus brazos y elijan las vestimentas más modestas que sea posible, y que, pese a todo, no olvidan mantener en alto su dignidad y su amor a la belleza;

mientras, por otra parte, veo que aquí, en la capital de la tierra de los vikingos y de los escaldos, domina el cliché más ostentoso de lo peor de Europa; entonces, más que nunca, debo mirar aún más al norte o al sur.

Un viajero a Palestina, de fe cristiana y muy devoto, una vez me contó que las impresiones más desagradables de su peregrinación las había experimentado en la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén: trapicheos y reyertas son allí costumbre y son contados los días en que no se profane el lugar más sagrado de la cristiandad con asesinatos. Este viaje a Islandia debiera ser entonces mi peregrinación. A través de mí, la palabra expresa la decepción y no puedo callar. No es que las experiencias que he recogido sean fastidiosas o repugnantes. Si lo he afirmado, he exagerado o he dicho algo no completamente cierto. No: aquí, nada tengo que buscar. ¡Así es!

Lo que Reykjavik me puede ofrecer, una Marsella, aunque me haya abstenido, también me lo hubiera podido ofrecer...

Hoy hay viaje a Thingvellir, convertido en el más universalmente famoso lugar de asamblea general. Mucho se ha escrito sobre él. Ningún santo chubasco me lo ha impedido. Me dejé conducir y pensé en Alemania, y no sólo porque en las paredes de basalto del *Thingvellir* encontré escrito en alemán con pinturas rojas y en mayúscula un "Muera" para el nefasto dirigente comunista alemán. En el albergue Walhall tomamos café y comimos pan dulce, después regresamos en automóvil a Reykjavik. Ningún árbol, ningún arbusto, ni siquiera un matorral nos ofreció lo que es la riqueza de la tierra. Y lo que desde Reykjavik tomé por una cadena de montes resultó ser un desconsolador amontonamiento de conos de ceniza volcánica. De seres vivientes, lo que vimos durante el viaje fue una amazona sobre un pony, tres ovejas madres con

otras tantas crías, unos poquísimos jirones de hierbas amarillo verdosas y secas, y algunos apelmamientos de líquenes islandeses moteados de minúsculas florecillas. Finalizamos el recorrido sobre una carretera asfaltada recta entre casas feas en dirección a nuestro hotel.

Mi habitación es confortable y acogedora. Una cama, un escritorio, una silla de acero, un armario empotrado y, en las paredes cuadros de pintores islandeses. Son cinco cuadros de cuatro pintores. Sus marcos cercan árboles nudosos de amplia copa y espléndidos verdes. ¿Los artistas de Islandia añoran el sur?...

Uno de mis camaradas -somos una veintena los que vinimos a Islandia- me dijo hace un rato que cuenta los días que le faltan para volver a casa. Allí, Cuando llegue, haría una larga caminata por el bosque Teutoburger.

La palabra islandesa para memoria y recuerdo es *minni*.

Los artistas de Islandia añoran el sur. Sin embargo, al estar en el sur, quieren volver a casa, y si tuvieran la opción definitiva de optar entre el sur o su tierra helada y pelada contigua al mar polar, definitivamente elegirían esta tierra de hielo. Ya he planteado la cuestión y esa respuesta me dieron. Fue un pintor. Nos hemos hecho amigos. Su esposa es alemana. El pintor, Mansi, y su único hermano, Sveni, son los últimos descendientes de los más célebres escaldos islandeses, Snorri Sturluson y Egil Skallagrimson. En poco tiempo, Sveni se trasladará a Alemania. Tiene 20 años y nunca ha visto un árbol. Existen algunos árboles y bosquejuelos en Islandia, me dijo, pero él no había logrado llegar hasta donde están. Sí conoce todos los glaciares y desiertos.

También Mansi viajará este año a Alemania, por algunos meses. Nos hemos citado en la roaleda tirolesa para una escalada, y ya son cuatro las veces que ha escalado y pintado en este monte majestuoso. Esos cuatro cuadros no los vende por nada. Me los ha mostrado. ¡Cuánto ha de amar la roaleda!

"Ha llegado el momento de irme de Reykjavik", dijo Mansi. Bien puede entender mi frustración y añoranza por la patria, de las que Islandia no es culpable, sino yo mismo -y Reykjavik, ya que ésta no es toda Islandia-. Yo tendría que haber buscado en su isla patria diversidad de asuntos -y encontrarlos-, y al hacerlo no debería olvidarme de mirar el cielo islandés.

LAUGARVATN

Domingo. A través de las delgadas paredes del hotel llega música de jazz, descansaremos aquí durante algunas horas. Los jóvenes de Reykjavik han llegado en automóviles, por las incomparablemente malas carreteras, para bailar. Las mujeres están maquilladas y vestidas al *dernier cri* de la moda de hace muchos años; los hombres jóvenes y adultos visten bien, deportivos. Todo es música de baile muy trillada. Acaban de tocar un foxtrot que por muchos meses, en Berlín, todas las mañanas de los miércoles me mortificó. Un músico de patios la cantilineaba en su organillo.

Por la ventanilla miro las leves olas del Laugarvatn, un lago caliente. Un ligero vapor se va enroscando hacia lo alto. Al sureste, en lontananza, resplandece el lomo niveo del más afamado volcán islandés, el Hekla.

Fue en el año 1300 Cuando el Hekla se abrió y escupió "fuego terrenal".

Oscureció tanto que nadie podía decir si era día o noche. "Al mis-

mo tiempo hubo una erupción en Sikiley que quemó dos diócesis." Sikiley es Sicilia. Trescientos años después, Cuando Carlos V era rey de medio Occidente, debe de haber venido a Islandia uno de los meninos imperiales, Walter von Meer, donde vio cómo eran conducidas al Hekla "las almas de los condenados, en un oscuro y estrepitosamente crujiente barco conducido por un negro".

Por lo tanto, al igual que Sicilia, también Islandia tuvo su monte de fuego Bel. Ambos, Hekla y Etna, son alimentados por el mismo fuego, por el fuego terrenal; y el taller del forjador divino Hephaistos-Vulcanus, que es considerado el esposo de Venus, es el planeta Tierra.

Dietrich von Bem, el Thidrek de la saga noruega, debe de morar en el monte Bel...

Hace pocas horas estuvimos en el Gran Geiser. Tuvimos que esperar varias horas hasta que brotó agua hirviente; finalmente, para provocar una erupción, se le arrojó jabón varias veces al complaciente geiser. Pasado un rato la tierra comenzó a temblar y a retumbar en un amplio radio y, súbitamente, el gigantesco caldero de agua arrojó, a empujones, sus espumeantes flujos y su borboteante vapor. El chorro hirviente, en sus más enérgicas propulsiones, debe de haber llegado a una altura de cuarenta metros. Después, la marmita terráquea volvió a quedar desnuda y vacía. De Cuando en Cuando todavía se elevaban, borboteantes, unas nubes de vapor. En las insondables profundidades de la tierra, los gnomos trasgueaban. Sobre el ancho valle se asientan vapores densos, el aire se impregna de olor a azufre. Oprime el pecho.

Siniestramente bello debe ser estar junto al geiser en una noche de invierno o en un día de pleno invierno, que es igual que la noche. El niveo sudario se aposenta sin fin y rasante cubriendo las tierras; la tempestad polar aulla; las nubes de vapor sisean; la tierra gime. En ninguna parte hay un ser viviente. Quizás en algún sitio flamea el chorro de fuego de algún volcán. Surcan el espacio y giran

silenciosos, sobre el cielo, los colores de la aurora boreal. Es probable que aquí, durante el invierno, las estrellas luzcan más luminosas que por allá entre nosotros. Estamos en verano y, permanentemente, es de día.

REYKHOLT

La casa donde pasamos la noche clara es un nada bonito cajón de hormigón, que durante el invierno hace las veces de escuela. Son las diez horas de la más clara de las noches de solsticio de verano.

Estoy en mi habitación y escribo. En la planta baja hay una gran piscina alimentada por agua de manantial caliente, en la que retozan mis camaradas. Hasta yo, agotado por el largo y pesado viaje, abandoné el agua reconfortante a regañadientes. Mi traje de baño, que dejé colgado a secar sobre la calefacción, ahora huele levemente a azufre.

El sol está alto en el noreste, el cielo refulge con los más vivos colores y una neblina muy ligera y apenas perceptible atraviesa el ancho valle atravesado por el Rekjadalsa. A lo lejos ascienden nubes de vapor de los manantiales calientes. Desnudos están los picos del Skaneyjarbunga y del Steindorsstadaöxl; desnudo también está el Reykholtsdalur. En ninguna parte hay un árbol. El mezquino verde de diminutas praderillas le da a la tierra un aspecto aún más muerto; que lo está de todos modos.

No creo que pudiera pasar aquí mi vida por propia decisión. Tendrían que forzarme a ello, y añoraría con todas las fibras de mi corazón los bosques y praderas de mi patria.

Justamente aquí, en Reykholt, hace exactamente setecientos

años, vivió el portavoz de la ley y escaldo Snorri Sturluson. Su baño caliente, cerrado por un muro circular, existe todavía y queda a pocos pasos del albergue, vecino a miserables cabinas de turba, de las que asciende humo. ¿Habrá escrito Snorri, contemporáneo de Wolfram von Eschenbach y Walter von der Vogelweide, de Peire Vidal y Peire Cardinal, en una choza tan miserable la *Edda menor* y la historia de los reyes noruegos Heimskringla? ¿No habrán guiado su pluma la añoranza por su patria perdida y la fe de su padre caída en el olvido, ya que durante las largas noches invernales el frío helado y la oscuridad más negra, sólo muy de Cuándo en Cuándo aclarada por la aurora boreal, pesaban sobre su casa de trabajo, tan apartada del mundo?

También en Borg, cerca de la cual pasaremos mañana, vivió él durante mucho tiempo, en la misma casa donde se habría sentado su antecesor Egil Skallagrimson doscientos años antes que él, Cuándo no tomaba parte en los osados viajes de vikingos sobre el vasto mar y las tierras lejanas.

Alrededor de la casa aulla y brama la tempestad. Voy a reunirme con camaradas. Es la noche del solsticio de verano en el país de las *Eddas*.

Una hora después. Pronto empezará el nuevo día. Mientras el sol cada vez se inclina más hacia el norte, miro al Steindorsstadaöxl. El juego de colores sobre el calvo roquerío fue sublime, detrás se extendía la interminable superficie del glaciar del Langjökül, solemne y serio. Hasta donde alcanza la vista, las tonalidades iban de los malvas más sutiles al rojo más fogoso, del blanco más resplandeciente al grisnegro más apagado. Sobre el pequeño prado de una casa de labor del otro lado del río, señalada en mi mapa como Hoegindi, se mueven unas manchitas. Con los prismáticos miré bajar lentamente hacia el río ponis islandeses. La casa estaba tranquila. Dirigí la lente al Steindorsstadaöxl. Las pendientes, que aumentaron

ligeramente, acababan a media altura ante murallas de basalto abruptas. Si no me engaño, las manchas negras que había notado eran entradas a cuevas. Junto a mí sonó la voz de un camarada preguntándome si otra vez buscaba cuevas. Ante mi respuesta afirmativa, me propuso trasnochar y emprender la subida al monte, ya que era la noche del solsticio de verano, y aunque el cauce del río Reykjadalsa es ancho, hay un vado bastante cerca.

Antes de cenar fue a explorar el río y allá vio pasar una carreta campesina. También podríamos vadearlo nosotros hasta la otra orilla y subir a las cuevas, porque él creía que allí arriba habría cuevas. No titubeé ante la propuesta y nos pusimos en camino. La tempestad por poco nos derribó. Llegamos al río, nos quitamos los zapatos y medias, nos arremangamos bien los pantalones y nos metimos al agua. Estaba tan helada que me faltó el tiempo para ganar lo más rápido posible la otra orilla. Una maratón hasta la granja Hoegindi, por uno de los caminos no expuestos al viento tormentoso, nos hizo pulsar la sangre. El monte era menos escarpado de lo que parecía. Alcanzamos nuestro objetivo en la roca basáltica. Habíamos errado. Lo que habíamos tomado por cuevas eran pasos engastados en la roca, semejando grutas de las que fluían arroyos y regueros en cascada hacia el valle. Nos regalamos un descanso junto a la más hermosa de las caídas de agua. Miramos al sol. Miramos hacia Reykholt, que profundamente bajo nosotros parecía de juguete. Estuvimos observando por muy largo tiempo el glaciar del Eyriksjökull, que se nos ofreció por primera vez. Yo no recuerdo quién de ambos fue el que rompió el silencio, aunque eran pocas las horas que habían transcurrido.

Dije: hay una palabra india, *titthakara*, que originalmente significó buscador de vados y designaba a los hombres que lograban encontrar un vado donde ya otros habían buscado, en vano, un camino hacia la otra orilla. Un *titthakara* de este tipo, en sentido figurado, también indicaba un vado desde la orilla de

esta parte hacia el más allá. Lo que significa que él sabía conducir por la oscuridad abismal que está delante de los hombres y que los separa de lo que ellos pueden descubrir sólo después de la muerte -por más que sigan portando dentro de sí el problema permanente: ¿cómo podríamos pasar ahora en espíritu al otro lado, hacia lo que nosotros conocemos sobre el allá, para poder comprender el aquí, así como su sentido?-. Hubo hombres serviciales que dieron al interrogador la respuesta que ellos, buscadores de vados, por sí mismos en su espíritu habían encontrado. La palabra india *titthakara* en la actualidad designa a aquellos que calificamos como herejes.

Con agrado recuerdo las palabras que dijo mi camarada. Nunca lo interrumpí. Mientras tanto, subía con suma cautela el disco solar colgado de leves nubéculas púrpuras, sobre alturas desnudas. Fluían las aguas buscando el valle y cantando. ¿No me equivocaba? En el Reykholtisdalur, donde el río se ensancha cual mar, había cisnes: cisnes cantores. ¿O el viento había encontrado, en los abismos y simas, un arpa eólica? Un cantar recorría esta noche de solsticio de verano. Y así habló mi camarada, de pensar más "cristiano" que yo:

"Mientras el cristianismo con preferencia se ocupa de los hombres y a la naturaleza la anatematiza como contraria a lo divino o la entrega a las manos de una ciencia y una técnica ateas, para el paganismo la naturaleza en sí estaba "plena de dioses", todos los acontecimientos eran palabras y actos de genios y espíritus. En este sentido hay que calificarlo de más devoto, más deísta y más cristiano que lo que finalmente resultó ser voluntad de poder e intransigencia legal, tanto en el catolicismo como en el protestantismo, y más a menudo inspirado por Roma y Judea que por Cristo.

"La nacionalidad originaria es inseparable de la autoridad de los dioses, completamente comprometida con el pueblo. Este nexo causal espiritual impregna el nexo causal sanguíneo y sólo entonces otorga a un pueblo la última unidad pujante. Es por esta causa que la *Edda* canta: 'En los tiempos antiguos, Cuando las

águilas cantaban, fluían aguas santas desde los montes del cielo'.

"Cada pueblo, sí, cada tribu, ve a sus propios dioses claramente diferentes de los otros. Ve en ellos los poderes que generan coaligados como unidad, dirigiendo emigraciones y guerras, inspirándose en la recopilación de leyes consuetudinarias y en preceptos de leyes. Los dioses son tan indudablemente reales como lo son las lenguas y los pueblos.

"Estos dioses del pueblo y dioses de tribus están en estrecha relación con el paisaje, con los centros de interés de los lugares sagrados nacionales, templos, florestas, manantiales o montes. Se puede experimentar cómo determinados lugares -cuevas o precipicios- son puntos de convergencia de fuerzas planetarias o estelares. Un árbol surgiente es considerado como centro en el que el elemento agua y el elemento tierra van emergiendo desde abajo mientras que el elemento aire-luz-fuego se va sumergiendo desde arriba.

"En este tiempo remoto no se encuentra lo divino en un más allá accesible solamente a la 'fe'. Lo divino no entrega el mundo a una legalidad mecánica, sino que la naturaleza es, por encima de todo, la faz más poderosamente expresiva de las actividades divinas.

"Ante todo, los pueblos germánicos de la antigüedad recibieron sus más profundas revelaciones espirituales de la naturaleza. Sus dioses eran dioses naturales; sus misterios, misterios de la naturaleza. El alma germana primero estuvo sumergida en el soleado y casto sueño de las manifestaciones espirituales de la naturaleza. En la época del dios Baldr, el favorito de los dioses y los hombres.

"La historia más antigua no puede ser comprendida si no se ve Cuán decisivamente fue dirigida por los lugares sagrados esparcidos por el país, así como por focos y centros de fuerza. Ni hombres aislados, ni las razas y pueblos como tales, esto es, como grupos pasajeros de seres mortales que lucharon o se aliaron

entre sí, fueron los que determinaron la historia antigua, sino aquellos que en los grandes templos fueron revelando los poderes divinos y desde allí los irradiaron a las regiones pobladas del país. Las tribus germánicas se remitieron en los momentos clave a sus lugares de culto: a Irminsul en el bosque Teutoburger o a la pitonisa Veleda en las fuentes del Lippe. Creían que el espíritu nacional se revela sin intermediarios y señala el destino.

"De aquí proviene que, para someter a un pueblo, lo primero es destruir completamente sus lugares sagrados. Bien se sabía que de ese modo se hace blanco justamente en el corazón palpitante. Si algunos grupos de parientes y familias aislados sobrevivían en casas de campo más allá del país, entonces eran despojados de sus lugares sagrados y con esto quedaban privados de la relación de sus dioses, convirtiéndose entonces en una mera suma de hombres desorientados y desarraigados, en un pueblo sin capacidad de combate. De ahí que ya los romanos se empeñaron en persuadir, por medio de donativos y de amenazas, a la pitonisa Veleda, para influir sobre los príncipes de las tribus germánicas. Y el rey Karl, igual que Varus y Germanicus, siempre dirigió sus expediciones militares a la zona de los bosques de Teutoburger, porque en ese lugar, línea de demarcación de varias grandes tribus, palpitó el corazón del culto de la Germania.

"Sólo se entiende el tiempo mítico Cuándo se tiene claro que aquí el individuo aislado no ha aparecido aún. En la convicción no viven pensamientos individuales y voluntades individuales, sino el cumplimiento de órdenes nacionales. Su naturaleza no sólo está colmada de dioses, sino también de las almas de los muertos. Rodeados por los espíritus de ancestros, que se esfuerzan por revivir en sus nietos, marchan los germanos al combate. Cada uno, acompañado por los númenes y por las valquirias, se sabe, ya con cuerpo vivo, ser inmortal, miembro de una columna sobrenatural conducida por los dioses, que anda rugiendo en los sucesos de la atmósfera. Todavía posee la facultad de ver a los

héroes muertos en las cercanías de la colina sepulcral como visión luminosa. Toda la vida es un drama de espíritus, dentro de la cual están unidos lo vivo y lo muerto.

"Tras 'mítico' y 'mito' debemos ver revelaciones de un pasado lejano, en que el hombre fue directamente entregado a la superioridad de un mundo divino. Querámoslo o no, hoy permanecemos alejados de todo lo mítico. El campo del hombre moderno son las ciencias naturales, la técnica y el modo de considerar la historia que mira los acontecimientos superficiales y a los 'dioses' como superstición. La cristiandad clerical fue, desde este punto de vista, no menos intelectualista que las modernas ciencias naturales. La mística es inseparable de la revelación de los poderes divinos. Éstos nos son hoy secretos. El hombre moderno no vive en inspiración cósmica, sino que piensa y actúa fuera de sí mismo dentro de un mundo de cosas.

"El mito tampoco tiene que ver con la 'creencia' ni con 'la profesión de fe'. Toda creencia será mucho más necesaria sólo cuando la existencia de los dioses se eclipse y el hombre deba añorar lo perdido en el alma, la creencia y la confianza. Si nosotros reconociéramos el mítico mundo de los dioses y en él las raíces de las nacionalidades como lo que son, entonces estaría de más toda consideración externa. El mítico mundo de los dioses de ninguna manera es un producto poético de los hombres; el hombre, mucho más, es un producto de los dioses actuales. Primero, al hombre se le reveló la imagen del hombre en la divinidad. Antes que él se pudiera ver a sí mismo, el Dios se puso ante él; su imagen precedió a la humana. Lo que la forma y la especie humana podía y debería ser, el hombre lo ha aprendido de la manifestación de lo divino. Siempre, en el inicio, está el Dios. Cuando las formas míticas son productos de una fantasía, entonces no son productos de una fantasía humana, sino de una divina, que se ha ido poetizando al interiorizarse en los hombres. El hombre mítico es entregado a la fantasía universal

que, por encima de toda arbitrariedad, en rigurosa organización de imágenes y de palabras vive sus cosmologías e himnos como en la propia naturaleza: en las plantas y los animales, en las estaciones del año y las órbitas planetarias. Él dice la verdad, Cuándo concibe sus fuerzas espirituales como actividades de un mundo de dioses. Una humanidad así todavía está abierta al cosmos; de alguna manera, sin piel ni límite.

"Los orígenes de la religión no hay que buscarlos en los hombres, sino en lo divino. Es Dios quien primero ilumina, obra y habla al interior del hombre visionario abierto, antes que éste logre expresarse a sí mismo, pensarse a sí mismo y hacerse a sí mismo en el yo soy. La religión primigenia es una unión de lo divino con lo humano y, en cierta medida, la génesis evolutiva del hombre en su organización corporal-anímica a partir de lo divino.

"El hombre mítico es alimentado y formado por el cosmos como un embrión en la matriz. La manifestación de la divinidad, de la que toda religión toma su origen, no sólo no es ninguna locura, sino que es, de todas las realidades, la más real. Ella crea de las hordas la comunidad, y de la comunidad crea al pueblo.

"La nacionalidad original no vive en un insensible recinto de objetos, sino en un mundo repleto hasta los bordes con lo significativo, con lo expresivo, con lo sacrosanto. La vida humana gana significación consagratoria, sacerdotal. Cada revelación de lo divino abre también el ánimo humano, y su consecuencia directa es el hacer creativo. El hombre debe confesar lo monstruoso que lo ha conmocionado. Lo más loable de este gran lenguaje es el culto; su lengua se ha convertido en la más ajena de todas para nosotros. Mientras reduzcamos los cultos a codiciosas consideraciones utilitaristas de los hombres frente a los dioses, sólo habremos mal interpretado la más venerable revelación de la antigüedad, desde nuestra propia conducta egoísta.

"En vez de medirnos en relación con la grandiosidad del pasado y de elevarnos en consecuencia, medimos al pasado en relación con nosotros.

"El culto es un servicio universal. El acto primitivo del culto puede expresarse con los brazos abiertos extendidos hacia arriba. Con él el hombre entero se convierte en ademán expresivo, que, como en estado embrionario, contiene todo aquello que el hombre sólo puede recibir del mundo y puede dar al mundo. En él se pone en pie, entre el cielo y la tierra, y será intermediario de lo de abajo a lo de arriba, de lo de arriba a lo de abajo. El coro primaveral de los niños sobre un césped florido en torno de un árbol es ya, por lo tanto, un verdadero acto de culto. Los niños todavía no están tan amurallados como los adultos. Ellos no comprenden el mundo con la razón, sino con el alma, con la respiración y con el latir del corazón. Un día de primavera luminoso es por sí mismo un cantar y un regocijo, la danza en corro de los elementos oscilantes hacia arriba y hacia abajo y del espíritu elemental, estímulo en consonancia con los niños receptivos. Los cultos no son 'símbolos' abstractos o meros 'actos solemnes conmemoracionales', son la actualidad avasalladora de una potencia universal. Aquí no se teoriza todavía sobre mundo y Dios, sino que se les sirve con profunda emoción.

"El máximo pináculo del culto, por cierto también el más enigmático, es el sacrificio. Algunos propósitos egoístas en relación con lo divino deberían considerarse como degeneraciones posteriores. Sólo el hacer humano puede consumir un sacrificio primitivo, porque en el sacrificio se expresa una relación universal. El sacrificio no origina ninguna avidez egoísta ni trata de granjearse de manera cobarde las simpatías de un poderoso, sino que origina una riqueza interior que se quiere manifestar a otro donante de vida.

"La vida de los hombres por sí misma es, tanto en su hacer como en su soportar, un gran fuego de holocausto del que

participan todos los elementos, seres naturales y dioses. El hombre no sólo recibe, sino que da. En su hacer del culto radica buena parte de la salud y el orden del mundo; hasta los mismos dioses dirigen la mirada sobre estos hombres que en el actuar desinteresado se van transformando en alegoría de las fuerzas creadoras. También el sol sacrifica Cuándo hunde sus rayos en la tierra. El vapor de agua que remonta hacia lo alto, la vida de las plantas, sus colores, aromas y frutos son una polifónica respuesta de sacrificio de la tierra a la acción de sacrificio del cielo.

"El sacrificio original no tiene ningún fin fuera de sí mismo. No debe originar nada, pedir nada ni causar encantamiento. Lleva su realidad en sí. El hombre manifiesta por su intermedio su incorporación a la gran comunidad universal de todas las fuerzas y seres. El que en la naturaleza los seres vivos se comen unos a otros es sólo una expresión parcial del dar y el recibir, que señala que nada está egoístamente terminado, sino que todo da y recibe.

"La profunda unión de los germanos antiguos con las fuerzas de la naturaleza condiciona la múltiple manera en que éstas se sacrifican y, debido a esto, se mantiene con ellas la comunidad de vida. Se ofrecen sacrificios a los espíritus de la fuente y del árbol encendiéndoles luces, por medio de himnos y de proverbios (o poesías de una sola estrofa), por medio del sacrificio de animales y de plantas. Se venera la fuerza vital en los árboles, Cuándo se les cuelgan de sus ramas flores, cintas y frutos o se les rodea cantando y danzando. En las más lejanas épocas se construía la vivienda rodeando el tronco de un árbol vivo y se crecía así compenetrado en el dar y recibir con estas fuerzas.

"Esta naturaleza común entretejida de dioses fusionará a los hombres en comunidad. Según Tácito, los germanos se oponían a limitar a los dioses en espacios cerrados o a venerarlos

en imágenes con formas humanas. Esto era incompatible con su grandiosidad. Floresta y bosques les fueron consagrados y llevaron los nombres de los dioses de aquel secreto que ellos sólo podían ver por medio de una devota adoración.

"Los cristianizados, al arrasar las santas florestas para construir con madera iglesias cristianas, arruinaron la vida en común con una naturaleza espiritualizada, vieron en los árboles sólo material muerto y prepararon la extrañeza de la naturaleza y la falta de respeto para con ella, y, como consecuencia, el hombre moderno mira todo lo que lo rodea solamente como material aprovechable para sus fines y usufructo.

"A pesar de que la historia mítica se asienta en épocas nebulosas, es indudable que no sólo pertenece al pasado, sino que es la permanente fuerza de toda la historia, aunque posteriormente disimulada. La historia refleja en los acontecimientos exteriores aquello que el mito, conformado simbólicamente, ya ha anticipado. Por lo tanto, incluso detrás de la historia exterior están por doquier los poderes míticos, aunque éstos, para la conciencia adormecida de los tiempos actuales, no se manifiesten como tales, sino solamente mediante sus incomprendidas repercusiones. Precisamente allí donde los mitos, medidos superficialmente, se manifiestan totalmente irreales y ahistóricos, se asienta su realidad metafísica.

"De los verdaderos historiadores deberíamos exigir la superación del primer plano dado al materialismo y al psicologismo. Cuánto más mística sea una realidad menos coincidirá con una determinada realidad en la superficie del espacio y el tiempo, más bien, a éstos, los invade y los gobierna. La obra tejida está muerta, no posee ninguna fuerza procreadora. Sobre ésta sólo gobiernan los poderes míticos, de los que junto con Schiller se puede decir: 'Sólo aquello que nunca en ningún lugar ha acontecido no envejece jamás'. Una

personalidad histórica será tanto más importante, Cuánto más expresión otorgue a estas potencias, Cuánto más místico sea él mismo.

"El paso de las potencias de los dioses hacia la historia exterior forma las sagas y los héroes y heroínas que en ellas viven. Éstos, como dioses que adoptan forma humana, o como hombres que se elevaron hasta la consagración de dioses. Ellos son algo parecido a fundadores de ciudades o legisladores desde la raíz de la historia humana, que guardan cierta relación con determinados acontecimientos históricos concebibles y que conducen más allá, hacia los sacerdotes y reyes de la historia más lejana.

"Dentro del ámbito de las sagas se pasa de lo ahistórico y lo suprahistórico, imperceptible, a lo histórico. Sin embargo, la saga no caracteriza los acontecimientos inmediatos tal como el historiador está acostumbrado a verlos. Partiendo de su criterio, se tendría que hablar de 'distorsión fantástica' y de 'ficción'. Una ficción de esta categoría puede ser más verídica que la historiografía moderna, porque en la conformación de la saga el alma popular se expresa por sí misma sobre fuerzas determinantes de su pasado. La saga trae estas fuerzas en imágenes que de ninguna manera pretenden describir acontecimientos externos, sino aquellos destinos esenciales vigentes en ellos. Precisamente son los historiadores los que deberían analizar muy seriamente las sagas que se han tejido alrededor de, por ejemplo, Arminius, Teodorico o Alejandro.

"Si comprendiéramos correctamente los signos del tiempo, hoy nos dedicaríamos a las figuras de los dioses y los héroes, no porque tengamos a disposición la documentación correspondiente o porque ésta haya sido considerada alguna vez como real por los hombres, sino porque nosotros mismos haríamos el esfuerzo de ir pasando desde los primeros planos ideológicos hacia regiones más profundas. Los testimonios del

pasado nos resultarían sintomáticos porque comenzaríamos a acercarnos lentamente y con presentimiento al polimorfismo creador o destructor de las potencias universales.

"El comienzo del ocaso de los dioses, que simultáneamente es la disociación del hombre ligado a la tribu, fue preparado por el relajamiento de las rigurosas reglas familiares que en la antigüedad representaban la unión de lo particular con los poderes de los dioses, los héroes y los ancestros. El hombre individual se libera de sus lazos cósmicos y de consanguinidad. El ocaso de la sangre es, al mismo tiempo, el ocaso de los dioses. La sangre pierde su significación espiritual, se seca, y los ancestros callan. Se inicia la lucha de todos contra todos. En el lugar de la sabiduría divina de los mitos se coloca el intelecto mecánico; en el lugar de la interpretación del culto, la eficacia egoísta en el mundo de los objetos. Estos sucesos humanos se reflejan en el cosmos como la derrota de los dioses luminosos ante los poderes oscuros. De este modo patético lo expone la *Edda*: el miedo invade el mundo, hasta los mismos dioses se sienten amenazados por la muerte de Baldr, porque éste, como ninguna otra figura, es la expresión más luminosa de la espiritualización de la naturaleza.

"En el combate final de sus dioses populares, en el ocaso de los dioses, las características nacionales míticas de la antigüedad experimentan en sí su caída: Thor lucha con la serpiente Midgard; por cierto la vence, pero al dar, a continuación, nueve pasos más cae muerto por su veneno. Odín será tragado por el Lobo, cuyas fauces se abren como el espacio entre el cielo y la tierra; aquí uno recuerda que el genio tutelar de Roma es una loba.

"De inmediato, sin embargo, acaece la peripecia: el hijo de Odín, el taciturno Widar, mata al lobo, mientras despedaza sus fauces. Baldr, una vez más, retorna y revela otra vez a los hombres resucitados el secreto de los dioses de la tierra y el cosmos: 'Yo veo una sala más clara que el sol, recubierta de oro, sobre los montes Gimil. Allí morarán apreciados príncipes y disfrutarán eternamente del honor. Allí cabalga el Poderoso

hacia el Consejo de los Dioses, el Fuerte de lo Alto, el que todo lo dirige'. Él decide la contienda, zanja los desacuerdos y reglamenta los preceptos coeternos. Así canta la *Edda*. ¿Quién es aquel Fuerte de lo Alto', aquel vencedor de los poderes de la muerte y del odio? ¿Quién es el que anima a los hombres, que se han ido aislando después de la caída de los dioses, a constituirse en comunidad, el que obliga a su egoísmo a cumplir un servicio desinteresado y no reduce la libertad a la nada, sino que la santifica?"

Le di la mano a mi camarada, y pensé para mí: aquel Fuerte de lo Alto es el sol portador de luz, cuyos hijos hemos de ser nosotros. En el Nuevo Testamento, él se llama Apolión. A él no se le hizo justicia.

Se oyó un cantar en esta noche de solsticio estival sobre Islandia. ¿No habrá sido música de los astros que anuncia la muerte y el retorno de Baldr? Antes de que este dios muerto fuera consumido por las llamas sobre la madera de espino, el dios padre del universo Odín le susurró al oído la palabra de la suprema sabiduría. Esta palabra podría haber sido pronunciada por Lucifer; también Lohengrin o Helias. Este caballero del cisne tenía que traer al pueblo cristiano un alegre mensaje...

Antes de que regresáramos a Reykholt, recogí una piedra. En casa la sumaré al trozo del friso del templo delfico y a aquella piedra de las ruinas de Montségur que interpreté.

PARADA

Este libro nació de las hojas del "Diario de mi vida" y fue escrito en una pequeña ciudad del alto Hesse; en el centro del territorio de mis antepasados paganos y de mis ancestros herejes.

Sobre mi escritorio descansa el manuscrito del libro que ahora quiero terminar. Las páginas escritas en apretadas líneas están bajo el peso de una piedra de un trozo del friso del templo de Delfos. Otras dos piedras deben cuidar que las hojas del "Diario de mi vida", respetables legajos puestos a mi derecha y a mi izquierda, no queden desordenadas o sean barridas por una ráfaga de viento.

La ventana de mi habitación está abierta. Hace un rato, luego de un día de calor sofocante, se descargó una fuerte tormenta. De los árboles y arbustos caen abundantes gotas.

Se escucha el leve tic-tac de mi pequeño reloj, que señala el paso de las horas con muy buen tono. Me lo obsequió una anciana señora que ya no está entre los vivos y que ahora sabe hasta de las más mínimas cosas. Sabe más que todos nosotros.

Mis ojos ponderan las cuartillas del "Diario de mi vida", las de la derecha y las de la izquierda. Estas últimas han cumplido su objetivo, de ellas proviene este libro. Las guardaré bajo siete llaves, pero de Cuándo en Cuándo he de leerlas: contienen apuntes que han sido hechos para mí y que no deberé olvidar jamás.

De las cuartillas de la derecha, mañana temprano quitaré aquella piedra que traje de la aislada y desértica Islandia y la hoja de encima para dejarlas que digan sus palabras una tras otra, para un nuevo libro que comenzaré mañana, y esta obra como diario tendrá como objetivo la continuación de mi viaje.

La cuartilla de encima fue escrita teniendo a la vista el Cabo del Norte islandés, en el círculo polar nórdico; las otras, en su mayor parte, en el corazón de Europa: en mi patria alemana. Algunas pude llevarlas conmigo desde la zona de influencia de dos volcanes hasta mi casa: desde el Vesubio y desde el Etna, que en la Edad Media se llamó Bel.

Junto con las cuartillas del "Diario de mi vida" de mi izquierda, guardaré la piedra que las carga. Interpreté hace mucho tiempo esta piedra de las ruinas de la fortaleza pirenaica y Castillo del Grial, Montségur. Después quedará vacía la tercera parte de la izquierda del escritorio, a la espera de su nueva realización. Las cuartillas, para las que dejará lugar esta tercera parte, serán protegidas contra el desorden por otra piedra: un ámbar amarillo dorado.

Hace un rato se descargó una fuerte tormenta. Los truenos no querían cesar. Desde el cielo, en el que el sol todavía permanece invisible detrás de las negras nubes que pasan corriendo, cruzan nerviosamente el espacio rayo tras rayo cayendo a tierra, a la que impactan con estruendos. ¡Cuánto debe de haber padecido la Gran Madre! Quizás en este mismo momento un campesino esté ante sus pocos bienes, que, llameando luminosamente, serán consumidos por el fuego. En el corazón del campesino se fragua un forjador: el dolor. El corazón humano debe ser un yunque. Al corazón dolorido le duele Cuándo no es lo suficientemente duro.

Un zumbido penetra en mi oído: sobre la repisa se arrastra una abeja cuyas alas quedaron tullidas por el agua de la tormenta. Sólo Cuándo el sol vuelva a salir, la humedad evaporable de las alas, que el Maestro divino tan portentosamente ha creado, ascenderá al cielo. Durante la noche, la humedad se atesorará en forma de rocío caído dentro de un cáliz florido y centelleará cual piedra preciosa. La abejita

bebe el rocío; Cuándo lo haya absorbido podrá penetrar en las profundidades de la flor. Allí descansa el alimento para el frío y desflorecido invierno: encantadora, amarillo dorada miel.

Nuestros ancestros elaboraron la hidromel con miel de abeja para poder beber *Minne*. *Minne* es recuerdo, y recuerdo significa un paraíso del que nada puede ser expulsado. Los germanos paganos creían que las abejas son el resto que queda de la antigüedad de oro, del paraíso. Ellos untaron los labios del niño recién nacido con miel santa, extraída de flores de manzano, de rosas y también de margaritas; por esto, los islandeses las llaman "ojos de Baldr". Además de todas las flores de árboles, arbustos y plantas, las abejas aman un árbol: el fresno. A veces se pasan de a cientos o miles sobre la dulce savia del fresno y la absorben. Y esto permite decir a la *Edda* que del fresno universal Yggdrasil, del Árbol de la Vida, gotea el rocío como "como caída de miel" y así va alimentando a las abejas. El fresno universal es la Vía Láctea en el cielo nocturno.

Los anglosajones la llamaron Camino de los Arios y en Suecia se llama Camino de Erich. Erich es un nombre del diablo. Por fin, el sol ha aparecido a través de las nubes, sus rayos oblicuos hacen que todo brille y centellee. El bosque exhala vapor. Mi pequeño reloj pronto repicará siete veces, a las nueve es de noche. Entonces saldré de casa. Conozco un camino de bosque cercano, orillado por abetos majestuosos. Viene de una franja de tierra de labor que se llama El Hombre Libre y lleva, pasando por el Monte de Espinas, a Ransberg. Allí hay una dehesa: el jardín de rosas. El camino se llama Diebsweg, Camino de Ladrones.

Yo llevo conmigo a Dietrich...*

Iré por el muy antiguo Camino de Ladrones y siempre mantendré frente a mis ojos la Osa Mayor. Esta constelación en el cielo septentrional, en tiempos lejanos, ostentó el nombre de Arktos, o Artús, o Arturo, o Thor, o Antiguo Abuelo.

También el oso Thor, el Antiguo y Grandioso Padre, el gobernador de las fuerzas divinas de las *Eddas*, desea, como todo oso, la miel virgen acumulada durante la primavera y el verano por las incansables abejas. Como hidromiel, la bebieron nuestros antepasados en los jardines de rosas. Junto a Thor y a la *Minne* muerta.

Aunque todavía tullida, la abejita alza vuelo, gira en torno de la mesa en la que escribo y se pierde en la noche, tal vez la pase en un rosal silvestre.

Y mañana será un nuevo día.

* En alemán, *Dietrich* significa "ganzúa" (N. del T.).

FUENTES

Tomando en consideración el deseado tipo "poco científico" de esta obra, creí que debía rehusar añadir notas a pie de página o pruebas documentales. Pero, para mí, es un deber indicar aquellos libros, escritos y ensayos que he citado o que, preferentemente, he consultado:

Albert, G., "Der Jesuitenorden", en *Cuadernos Mensuales Nacionalsocialistas*, 1936.

Aroux, G., *Les mystères de la chevalerie et de l'amourplatonique au moyenage*, 1858.

Bachofen, J.J., *Urreligion und antike Symbole*, 1926.

Baur, E., *Das manichäische religionssystem*, 1928.

Broeckx, E., *Der Eintritt des Christentums in die Welt*, 1930.

Eggers, K., *Die Geburt des jahrtausends*, 1936.

Evola, J., *Erhebung wider die moderne Welt*, 1935.

Fülop-Miller, R., *Macht und Geheimnis der jesuiten*, 1932.

Gibbon, E., *Die Germanen im römischen Weltreich*, 1935.

Grimm, J., *Deutsche Mytologie*, Redslob (ed.), 1934.

Hartmann, O. J., "Volkstum und Götterwelt", en *Die tat*, 1935.

Henke, E. J., *Konrad von Marburg*, 1861.

Heunig, R., *Von rätselhaften Ländern*, 1925.

Hert, W., *Gesammelte Abhandlungen*, Von der Leyen (ed.), 1905.

Heusinger, C. E., *Geschichte des Hospitals Sanct Elisabeth in Marburg*, 1868.

Hófíler, O., *Kultische Geheimbünde bei den Germanen*, tomo 1, 1934.

Jiriczek, O. L., *Die deutsche Heldensage*, 1808.
Kaufmann, A., *Cäscarius von Heisterbach*, 1862.
Krebs, R., *Amorbach im Odenwald*, 1923.
Kunis, H., *Widenberg, die Gralsburg im Odenwald*, 1935.
Lea, H. Ch., *Geschichte der Inquisition im Mittelalter*, 1905-1913.
Leschtsch, A., *Der Humor Falstaffs*, 1912.
Niedner (ed.), "Thule", *en Islands Besiedlung und älteste Geschichte*,
tomo XXVIII, 1928.
Ninck, M., *Wodan und germanischer Schicksalsglaube*, 1935.
Raab, G., *Ewiges Germanien*, 1935.
Rehorn, K., *Der Westerwald*, 1912.
Ruland, W., *Die schönsten Sagen des Rheins*, 1934.
Schaeder, H. H., *Urformen und Fortbildung des manichäischen Religions-system*, 1927.
Schmidt, K., *Histoire et doctrine de la secte des Cathares ou Albigeois*, 1849.
Simrock (ed.), *Wartburgkrieg*, 1858.
Spiegel, E., *Die arische Període und ihre Zustände*, 1887.
Suhtscheck, E., "Wolframs von Eschenbach Reimbearbeitung des Pârsiwalnâmä", *en Klio*, 1932.
Weschssler, E., *Das Kulturproblem des Minnesangs*, tomo I, 1909.
Wesendonck, G., *Die Lehre des Maní*, 1922.
Wesselsky, A., *Die germanische Kulturtragödie und Deutschlands Erwachen*, 1933.
WolfT, K. E., *König Laurín und sein Rosengarten*, 1932.
Zander, E., *Die Tannhäusersagen und der Minnesinger Tannhäuser*, 1858.

INDICE

ESTUDIO PRELIMINAR

EL BUSCADOR DEL GRIAL 5

LAPARTIDA.....25

PRIMERA ETAPA

Bingen del Rin..... 27

París..... 29

Toulouse..... 31

Pamiers..... 33

Foix..... 36

Lavelanet..... 39

Montségur en los Pirineos..... 42

Reprimí una sonrisa..... 43

Una vez más Lavelanet..... 50

Castillo P. en la Tolosania..... 54

Carcassonne..... 56

Saint-Germain en Laye..... 60

Cahors..... 63

Ornolac en la región de Foix..... 65

Mirepoix..... 71

PortVendres..... 82

Marsella..... 86

Puigcerdá en Cataluña..... 91

Lourdes..... 102

SEGUNDA ETAPA

En una noche de viaje.....	111
Génova.....	113
Milán.....	116
Roma.....	123
Verona.....	128
Merano.....	132
Rosaledas de Bolzano.....	138
En la cumbre del Freienbühl sobre Brixen.....	144
Brixen.....	145
Gossensass.....	149
Ginebra.....	155
A la vera de un camino del sur de Alemania.....	163
Worms.....	169
Michelstadt en Odenwald.....	172
Amorsbrunn.....	175
Amorbach.....	178

TERCERA ETAPA

Con parientes en la región de Hesse.....	185
Mellnau junto al Bosque del Castillo.....	189
Marburg.....	190
Giessen.....	196
Siegen.....	199
Runkel an der Lahn.....	206
Colonia.....	211
Ruinas del convento de Heisterbach.....	218
Bonn.....	226

Asbach en el Westerwald.....	227
Goslar.....	232
Halberstadt.....	238
Berlín	240
Warnmünde-Gjedser.....	245
Edimburgo.....	245
En el estrecho de Pentland	250
En el Atlántico norte.....	257
Reykjavik	262
Laugarvatn.....	266
Reykholt.....	267
Parada	280
Fuentes.....	283

OTTO RAHN
LA CORTE DE LUCIFER

LA CORTE DE LUCIFER



OTTO RAHN

Al igual que en un diario de viajero, Otto Rahn busca y encuentra en esta obra plena de revelaciones los rastros de un mundo pasado que, sin embargo, mantiene una viva actualidad. Por ella transcurren personajes heterodoxos y excluidos, perseguidos por el olvido, negados por los círculos académicos y difamados por su concepción religiosa. El autor ya había estudiado anteriormente la epopeya de los cátaros en 1930 cuando escribió *Cruzada contra el Grial*. En él identifica las leyendas medievales de la famosa copa sagrada y concretamente la obra de Wolfram von Eschenbach con los cátaros y señala que el Grial estuvo custodiado por los cátaros en la fortaleza que Eschenbach denomina Mountsalvatsche, la que, según Rahn, no es otra que el mismo Montségur.

Eschenbach, en su libro *Parzival*, se refería al Mediodía francés de los cátaros y al tesoro que guardaban en la fortaleza de Montségur, aunque todo había sido explicado en un lenguaje abstruso y con los nombres geográficos y de las personas cambiados.

Éste es el gran mérito del estudioso alemán: descubrir que el Grial había sido custodiado por los cátaros en Montségur hasta su capitulación ante las fuerzas del Vaticano y que, la noche anterior a la rendición, cuatro caballeros perfectos consiguieron llevarlo a una caverna de las montañas del Sabarthés, en el Pirineo norte.

La SS de los nazis tiene conocimiento del libro de Rahn y, ya con el nacionalsocialismo en el poder, aquél es convencido para que prosiga su estudio sobre el tema.

La crónica de este viaje, que incluye el sur de Francia, norte de España, Italia, Tirol, Alemania hasta acabar en Islandia, da como fruto *La corte de Lucifer*, texto en el que el lector tendrá oportunidad de tomar contacto con las antiguas raíces griálicas, el Velloco de Oro y los argonautas, los templarios y los caballeros teutones y otros misterios que la historia aún adeuda aclarar definitivamente.



visite nuestra página
www.circulo-latino.com





Otto Rahn nació en Michelstad, en la región de Hesse, Alemania, el 13 de febrero de 1904. Hijo de una familia luterana y burguesa, asistió al gimnasio humanístico en Giessen y terminó sus estudios de Bachiller en 1922. Posteriormente se interesa por el Derecho, y lo estudia en Giessen, Freiburg y Heidelberg. Es en ese tiempo que decide también asistir a clases de Filosofía e Historia. Sus investigaciones lo llevan a presentar una tesis doctoral sobre la herejía cátara-albigense y también sobre el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach. Además, sigue la pista de Giot de Provins, quien habría comunicado a Eschenbach los hechos y leyendas sobre el Grial.

En 1929 comienza sus investigaciones sobre el tema y durante los siguientes tres años explora de manera exhaustiva la región del Languedoc. Su espíritu inquieto y sediento de conocimientos lo lleva a las universidades de Toulouse, París y Friburgo, en las que toma contacto con antiguas fuentes en archivos y bibliotecas.

Enamorado de la historia romanística, su preocupación vital se orientó en esa dirección, que luego será la motivación de toda su vida. Eso sellará su destino: desde ese momento su obsesión por la historia de la Occitania provenzal, el Languedoc, no lo abandonará hasta su misteriosa muerte, predestinando su vida a una increíble búsqueda, que plasma en sus dos obras principales: *Crusada contra el Grial* y *La corte de Lucifer*, que hoy presentamos a los lectores de *Círculo Latino*.

Colección EL ÁRBOL SAGRADO

Tradiciones irlandesas

Un viaje a través de sus mitos, leyendas y cuentos populares

La producción literaria irlandesa tiene marcadas diferencias con las de cualquier otra región del mundo. Entroncada en la tradición y los mitos desde sus orígenes aun hoy, los escritores, como los antiguos bardos, son considerados en gran medida la voz de sus iguales, aquellos que expresan el sentir que pervive en las historias y las leyendas que se cuecen desde siempre en los calderos del pueblo. Así, relatos como "Oisín de Tirnanoge" o la "Historia del pescador que se casó con una foca" reviven en estas páginas para el lector ávido de comprender el complejo universo céltico, así como su pervivencia y evolución en la historia europea.

Los celtas

Forjadores de la Europa moderna
Henri Hubert

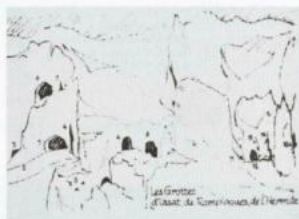
Durante siglos los historiadores relegaron a un escalón secundario la influencia que este antiguo grupo de pueblos tuvo en el mapa de la vieja Europa. Este deliberado olvido quizás encuentre su explicación en el fracaso que sufrieron en la creación de un Estado y en la desaparición de su lengua. Pero a ello debe oponerse el aporte de sus expresiones artísticas, su tecnología y la riqueza de su cultura, rescatados en este volumen por Henri Hubert, discípulo de Emile Durkheim y autoridad indiscutida en el campo de la arqueología y las religiones comparadas.



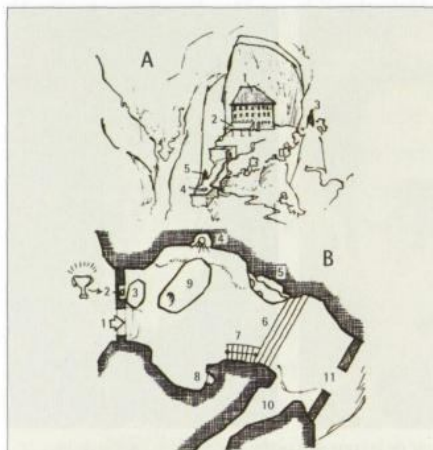
Otto Rahn, un integrante de la corte de Lucifer; a la derecha, en una de las catacumbas de la catedral de Lombrives investigadas en su búsqueda del Grial.



Grabados en la cueva de Ormolac, en Francia, visitadas por el investigador alemán en varios de sus viajes.



Rahn realizó estos esquemas sobre los supuestos lugares donde podía hallarse la piedra sagrada nombrada en el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach.



A

1. Castillo
2. Hornos de cerámica
3. Gruta de Bethléem
4. Mesa (ahora bajo el monumental)
5. Gruta de los Caballeros

B

- | | |
|-----------------------------|-------------------------------|
| 1. Entrada del Gran Maestro | 7. Muro |
| 2. Símbolo | 8. Lucto |
| 3. Oratorio | 9. Altar |
| 4. Estrella | 10. Entrada de los perfectos |
| 5. Pentáculo | 11. Muro con puerta de salida |
| 6. Nivel mínimo | |



Otra ilustración del mismo Rahn de un castillo en el que habitaron los herejes cátaros que escondieron el Grial. El esquema detalla desde la ubicación de los hornos de cerámica hasta el sitio donde se hallaban los principales símbolos del culto (izq.). En un pentáculo de las cuevas de Orinolac (arr.).



Otto Rahn, con su uniforme de oficial de la SS, posa junto a la svástica. Si bien mantuvo relaciones con los más altos jerarcas del nazismo, en una carta enviada a un amigo muestra desagrado con el futuro de Alemania en manos de Hitler y sus secuaces.



La búsqueda llevó al investigador por los más recónditos lugares del macizo pirenaico.



Pese a todo lo que se supuso, Rahn jamás habría estado en contacto directo con el jefe del nacionalsocialismo alemán, Adolf Hitler.



En marzo de 1936 Rahn ingresa a la SS, al poco tiempo es nombrado coronel (*obersturmführer*) y es destinado al Estado Mayor personal de Himmler (arr.).



La credencial de Rahn como miembro de la SS.



Lucifer, el ángel de la luz, a cuya "corte" dice haber pertenecido Rahn, según el artista Gustave Doré.



Se dice que el coronel Otto Skorzeny (izq.) encontró el tesoro cántaro y lo puso en manos de Himmler...



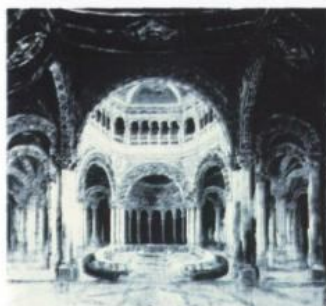
El creador de la geopolítica, Karl Haushofer (arr.), perteneció a la Logia de Vril, cercana a la Orden de los Nuevos Templarios.



A fines de 1933, Otto Rahn entabla amistad con Alfred Rosenberg (arr.), filósofo y jefe hitleriano. Fue la mente de la gnosis nazi, de orientación metafísica y vasta cultura, autor del libro *El mito del siglo XX*.



Dietrich Eckart, uno de los principales inspiradores del grupo Thule.



Templo del Grial. La búsqueda del mismo inspiró a numerosos hombres desde la Edad Media. Rahn se convirtió en un buscador moderno.



Montsalvat, posible refugio del Grial-Graal en tiempos de la herejía cátara, en una obra clásica del pintor alemán Max Brückner.



El rey Arturo. Para Rahn, "la redondez de la tabla de Arturo y la redondez del Grial deben considerarse como el mundo poético del amor glorificado de los cátaros".



Una representación de la copa del Grial junto a un periódico con simbología nazi. Las sociedades secretas tuvieron importante gravitación en la conformación del nacionalsocialismo alemán.



San Agustín. Su obra *Civitas Dei* (siglo IV) sirvió “como eficaz martillo” a la Iglesia católica “para volver a forjar Occidente en el sentido semítico”.



Miniatura medieval. San Juan y la herejía, representada ésta, significativamente, con el símbolo dual del dragón-serpiente.



Ciudadela de Rennes, hogar de herejes cátaros durante la Edad Media.



Ruinas de las famosas fortalezas conocidas como los Cuatro Castillos Cátaros.



Simón de Montfort, uno de los jefes de la cruzada contra los cátaros, llegó a comandar trece mil soldados durante el exterminio de los herejes del Languedoc y la Provenza, acción por la que fue nombrado vizconde de Carcassonne.



Cruzados expulsando albigenses de un castillo.



Santa Isabel junto a su guía espiritual, el magister Konrad von Marburg, gran inquisidor de Alemania durante el siglo XIII. "Sin Konrad von Marburg, hubiese habido una condesa, Isabel von Thüringen, pero ninguna santa Isabel."



El místico alemán Jacob Böhme, de cuyo *Aurora* cita Rahn: "Mira, te cuento un secreto; ha llegado el momento en que el novio corone a la novia; adivina dónde se halla la corona. Hacia la Medianoche, entonces en las tinieblas la luz será resplandeciente".



Inocencio III con san Francisco. "En 1207 se hacía cargo del sillón de Pedro el tristemente célebre Inocencio III. Había jurado aplastarle la cabeza al dragón albigense y preparar al país herético para una nueva estirpe."



Santa Isabel de Hungría (siglo XIII). “Isabel de Turingia, quien nunca perteneció a la corte de Lucifer, tuvo que cargar con paciencia con el anatema del Señor de los Ejércitos, el mismo con el que Isaías había amenazado tanto a Lucifer como a los suyos: ella no fue sepultada como los demás.”



El maestro Klingsor (arr. der. y ab. cen.). Participó, en 1207, de la famosa Guerra de Wartburg. “Wolfram von Eschenbach le propinó durante la lucha una animosa derrota.”



Castillo de Puilaurens, característica fortaleza medieval en la región conocida como “país de los cátaros”.



Miniatura medieval representando el sitio de Carcassonne, durante la cruzada católica contra los herejes albigenses.



Tannhäuser, vistiendo el manto de la Orden del Temple.



Vista actual de Carcassonne.



Castillo Therme Aquilar, otro típico refugio de cátaros durante el medioevo.



Santo Domingo quemando libros sospechosos de herejía. Obra de Pedro Berruguete, en el Museo del Prado, que impactó especialmente a Rahn.

Peire Vidal.



Peire Vidal,
afamado trovador



Vista actual de la fortaleza de Saissac, refugio de cátaros durante el medievo.



Miniatura medieval representando a Wolfram von Eschenbach. Sobre su *Parzival* se basó Rahn en su búsqueda del Grial-Graal, asimilando el Muntsalvastche a Montségur.



Convento de Heisterbach. En el siglo XII, el monje y cronista Cesarius escribió aquí sus obras fundamentales, entre ellas *Contra la doctrina herética de Lucifer* y una biografía de santa Isabel.



Un mapa del Takt-taqdis como centro del mundo (izq.). Entrada a la gruta de Bouan (der.).

Bingen del Rin, desde donde inició su viaje Rahn; allí pasó también ocho años de su infancia.



Ruinas de Montségur, último bastión cátaro desde donde se resistió la feroz agresión de las tropas cruzadas. A sus pies, fueron muertos en la hoguera doscientos cinco herejes.



Interior de la gruta de Bethleen Ussat les Bains. Estas construcciones fueron frecuente refugio de los cátaros durante la época de su persecución, fundamentalmente entre los siglos XII y XIII.



Tannhäuser adorando a la diosa Venus, en una pintura de John Collier.



Segunda cruzada contra los albigenses (1226), bajo el mando de Luis VIII.



Vista aérea de Montségur. Rahn lo asimiló al Muntsalvatsche del *Parzival* de Wolfram von Eschenbach.

Peire
cardinal.



Peire Cardinal,
otro de los más
famosos trovadores
medievales.



Castillo Quéribus. Fue construido en el siglo XI, y desde sus 730 metros de altitud domina la llanura de Roussillon.



Dominicos en el claustro de la Universidad de Marburgo. Obra de 1527. La orden dominica, "cuna de la Inquisición", fue responsable directa de la matanza de herejes en Montségur.

Montcugna cor.



Guilhem Montahagol, trovador tolosano del siglo XIII. Defendió con ardor la independencia de la Provenza, tanto el poder clerical como de la dominación francesa.



Castillo de Puivert, en la Occitania. Fue escenario de un famoso encuentro de trovadores en el siglo XII. Durante estos encuentros, se transmitían, en clave simbólica, las enseñanzas consideradas heréticas por la Iglesia católica.